







Богомошница

R. 38.472

OBRAS

DE

DON DIEGO DE SAAVEDRA

FAXARDO.

Donativo Compañía de Jesús

~~Universidad de Granada  
Facultad de Derecho  
Historia del Derecho  
Estante  
Tabla 2336  
Número (6)~~

BIBLIOTECA REAL  
GRANADA  
Sala: B  
Estante: 050  
Número: 109

124062418

CORONA GÓTICA  
CASTELLANA Y AUSTRIACA  
DIVIDIDA EN QUATRO PARTES.

PARTE QUARTA.

P O R

DON ALONSO NUÑEZ DE CASTRO,

CRONISTA QUE FUE DEL REY.

T O M O I.

Contiene la vida del Rey de Castilla  
D. Alonso el Onceno.



EN MADRID: AÑO DE MDCCXC.

EN LA OFICINA DE D. BENITO CANO.

CON LICENCIA.

CORONA GÓTICA  
CASTELLANA Y ARABIGANA

DIVIDIDA EN CUATRO PARTES

PARTE PRIMERA

T. O. R.

CON LICENCIA DEL REY

EN LA CIUDAD DE MADRID

EN EL AÑO DE 1781

EN LA IMPRENTA DE DON JUAN GARCÍA

DE ALFONSO DE BARRA



EN LA CIUDAD DE MADRID

EN LA IMPRENTA DE DON JUAN GARCÍA

DE ALFONSO DE BARRA



## AL LECTOR.

**A**unque la estimacion que ha debido mi segundo y tercero tomo de la Corona Gótica á la benignidad de los lectores podia tener confiada mi modestia para dar á luz la serie sucesiva de los Reyes Castellanos y Austriacos ; sin embargo , el salir en este quarto tomo la del Señor Rey Don Pedro á quien llaman unos cruel , justiciero otros , me tiene receloso : porque hablar al gusto de los que le tienen encontrado no es posible ; y está tan achacosa nuestra naturaleza , que el gusto ó el disgusto es la razon ó la sinrazon. Mas crónicas y mas fragmentos históricos se conservan hoy del Señor Rey Don Pedro que de ninguno de sus gloriosos antecesores : los mas le infaman con el título de cruel y de tirano. Quieren sus defensores se atribuya este vulgar concepto á industrias del Rey Don

Henrique, que como no tenia mas derecho á la corona que el que le diéron los vicios del Rey Don Pedro, por radicarla mas y disculpar su osadía acriminó las atrocidades de su hermano. No tiene mal color la excusa: pero se engaña mucho quien presume que los agravios que hacen los Príncipes deben al papel su duracion; siendo láminas los corazones en quien los talla el buril, contra quien no tiene jurisdiccion el tiempo. Infamó el Señor Rey Don Pedro á la mayor parte de las familias nobilísimas de sus Reynos: no pudo, aunque quiso, embarazar que aquellos generosos troncos no arrojasen ilustres renuevos: cada rama que brota de nuevo es libro de memoria de las atrocidades que obró; con que sobran las páginas de las crónicas para la difamacion, estando impresos en los corazones los agravios.

Sin embargo de esta voz comun y de tantas plumas veneradas por sabias que la apadrinan, hay quien le haga lugar al Señor

ñor

ñor Rey Don Pedro entre los mejores Príncipes, escribiéndole otros en el catálogo de los peores tiranos. Yo, que ni escribo como ofendido ni como obligado, entresacaré de las historias lo que hallare mejor fundado, sin faltar al respeto que se debe al cetro; pero tampoco á la verdad que se debe á la historia: no callaré ni paliaré sus vicios, ni omitiré sus virtudes; pero no haré tema de canonizar sus acciones, á la verdad horribles en el sobreescrito. Puede ser que tal vez con el furor que acciones á la primera vista detestables infunden en el corazon de quien las lee se desenfade la pluma en algunos rasgos ácia quien quiere persuadir á hombres que tienen ojos, que se satisface bien con disculpas misteriosas á culpas literales. Reducir las defensas á misterio, quando son sensibles y de mucho cuerpo los delitos, es añadir artículos á la fe. Diré con ingenuidad libre las acciones feas que pueden ser advertencia á los sucesores. Ten-

go por especie de traicion y crimen de magestad lesa el dorar los yerros de los pasados. Disimular ó esconder el escollo en que otros naufragaron es pretender el naufragio á los venideros. Sepan los Reyes que se han de saber sus vicios, y quizá en los agenos hallarán la medicina de los suyos; que las mas generosas triacas con ingredientes de veneno se confectio- nian. Quien dora los yerros de los antecesores les cierra una escuela á los que suceden, en que puedan ser sabios de balde debiendo á las ruinas de los pasados las lecciones mas importantes para no caer. En la vida del Señor Rey Don Alonso el Onceno y en la de Don Henrique Segundo que componen este volumen sigo el método, la division y el estilo que en los dos tomos antecedentes: si hubiere en ellos defectos, irémos á medias en las culpas yo y los lectores; estos porque los han celebrado; yo por muy crédulo á sus piedades.

CRÓ-



CRÓNICA  
DEL REY  
DON ALONSO EL ONCENO.



A muerte inopinada del Rey Don Fernando fué de gran sentimiento en sus Reynos: perdiéronle en la mejor sazón de sus años para el gobierno, habiéndole cultivado tanto las experiencias y desengañádole tanto los engaños con que la ambición lisongera de los que le querian hacer creer que eran servicios hechos á su persona los que eran ajamientos de su púrpura y prisiones de su soberanía, que los apartó con indignacion de su lado: le hicieron

ron vivir despues tan cauteloso, que solo admitia para sus determinaciones consejo de sabios desinteresados, de Prelados independientes con cuyos pareceres hallaba siempre contestar el de la Reyna su madre; matrona en quien igualmente resplandecian virtud, prudencia y zelo de las conveniencias de los vasallos. Duróle á este sol coronado la vida solo lo que duráron las nubes que le obscureciéron: murió quando empezaba á vivir sin sombras que le desluciesen los rayos; con que fué mas sentido su ocaso, pues pareció ponerse en el mismo oriente.

Aunque en lo exterior fuéron en todos iguales las demostraciones de sentimiento; pero en muchos de los principales del Reyno, de Ricos-Hombres é Infanzones, el luto que vestia el cuerpo estaba reñido con el gozo del corazon. Habianse retirado del lado del Rey y de la Corte, porque conociéron que estaban ya conocidos del Rey; y los que viven con el artificio y la maña solo tienen de duracion en la gracia y valimiento lo que en los Príncipes dura la ignorancia: son aves nocturnas cuyo mayor contrario es la luz

luz; el desengaño que alumbra al Rey los destierra, porque los deslumbra. Muchos sintieron con verdadera lealtad la muerte acelerada del Rey: la Reyna como madre excedió á todos en los lamentos. Mas admirable fué el exceso de dolor en el Infante Don Pedro: en vida y en muerte conservó sin emulacion cariños y respetos de hermano, como rendimientos de hijo con la Reyna. El Infante Don Juan y Don Juan Nuñez de Lara, aun estando caliente el cadáver del Rey, se manifestáron pretendientes á la tutoría del Rey Don Alonso (1), heredado y jurado por Rey en los Reynos de Leon y Castilla en la edad de un año y solos veinte y seis dias. ¿Qué puede haber cumplido en las felicidades humanas? si el ser Rey es la mayor, y es infelicidad el ser Rey temprano: porque como le ven sin brazos para defender la púrpura, se vale la ambicion de los suyos para abrigarse con los girones que la desgarran. Entabló su pretension Don Juan Nu-

(1) Muéstranse pretendientes á la tutoría del Rey el Infante Don Juan y Don Juan Nuñez.

Núñez de Lara (1) con el color modesto de que la Reyna fuese solamente la tutora, sin que el Infante Don Pedro entrase á la parte: proposicion en que se ajustaba tambien el Infante Don Juan, por ser enemigos declarados del Infante Don Pedro. La Reyna sabia bien el motivo de las enemistades; que era muy en abono del Infante Don Pedro, á quien solo los mal atentos al servicio del Rey le miraban mal. Respondióle dando largas á la resolucion; pero sin desconfiarle, porque no se declarase enemigo. Sobrevino á los intentos del Infante Don Juan y de Don Juan Núñez de Lara un accidente favorable. Tuvo aviso de Garci Gomez, hombre poderoso y emparentado en Avila donde estaba el Rey Don Alonso, que tendria disposicion para hacer que le entregasen la persona del Rey, si acelerase el viage á aquella ciudad ántes que llegasen á ella la Reyna Doña María su abuela y el Infante Don Pedro su tio: no le pareció á Don Juan Núñez de Lara podia

te-

(1) Astucia con que entabló su pretension Don Juan Núñez de Lara.



tener efecto esta promesa, si no daba su beneplácito la Reyna: volvió á recurrir á ella, ofreciéndose á traerla á su nieto y á la Reyna Doña Constanza su madre: agradecióle la Reyna la oferta, y disuadióle la execucion; porque sin el consentimiento de los principales del Reyno, qualquiera mudanza en la persona del Rey era preciso que ocasionase turbaciones por ser muchos los que anhelaban á tener parte en la tutoría. Aprovechó esta noticia la Reyna; y envió á toda diligencia un correo en que prevenia á Don Sancho, electo Obispo de Avila (1) y de los primeros hombres de ella, venerado de todos porque esmaltaba su ilustre sangre con las dos piedras mas preciosas de virtud y sabiduría: preveníale en su carta de los intentos de Don Juan Nuñez, advirtiéndole que ni á él ni á otro ninguno del Reyno, sin que constase consentian todos los Ricos-Hombres y Procuradores de las Cortes, se le entregase: obedeció Don Sancho á la Reyna;

(1) El Obispo de Avila de orden de la Reyna retira al Rey á la Iglesia Catedral.

y para que tuviese su obediencia mas asegurado el logro , retiró al Rey á la Iglesia Cathedral de San Salvador en quien sin menoscabo de la hermosura y adorno (que es la principal mira en los templos) se juntaban el ser incontrastable fortaleza: á esta determinacion del Obispo dió mucho calor Doña Betanza, ama del Rey y tan opuesta á Don Juan Nuñez de Lara , que no podia oir sin horror su nombre. No sobró nada de la diligencia: porque en breve llegó con sus gentes Don Juan Nuñez de Lara á Avila; y hallando resistencia en el Obispo no solo para entregarle al Rey sino es para darle á la ciudad entrada, le hizo protesta de que pues no se le entregaba á él á ninguno otro se le entregase sin que este punto se determinase en plenas Cortes: y aceleró quanto pudo la vuelta, temeroso de que el Infante Don Pedro le alcanzase en aquellos parages. Juntaba el Infante Don Pedro mucha afabilidad (1) á mucho corazon y ardimiento aquella le grangeaba muchos amigos y bu-

(1) Prendas amables del Infante Don Pedro.

nas correspondencias; estotra le hacia temido de los que le eran de balde contrarios. A pocas horas de la partida de Don Juan Nuñez llegó el Infante Don Pedro: tambien le negó la entrada el Obispo, manifestándole la carta que habia tenido de la Reyna. Veneró el orden de su madre y agradecióle lo literal de la obediencia; pero consiguió el que la Reyna Doña Constanza, que asistia en Avila á su hijo, tuviese por bien abocarse en Valladolid con la Reyna Doña María para resolver con mas acuerdo la tutoría; punto que le hacian dificultoso muchos pretendientes, y pocos beneméritos. Acompañó hasta Valladolid á la Reyna y partió despues á la ligera á Aragon, donde consiguió del Rey su suegro socorros de gente y dinero para los males que amenazaban en el Reyno.

Don Juan Nuñez de Lara, viendo se reducía la tutela á los votos de las Cortes, usó de toda su actividad y maña para atraer las voluntades, así de los Ricos Hombres, como de los Procuradores de los Concejos. Sin mas autoridad que la de su arbitrio y el del

del Infante Don Juan y el del Infante Don Felipe, hijo de la Reyna Doña María (á quien con halagos, poderosos en los pocos años, y razones solo aparentes habian hecho de su bando) congregaron Cortes en Sahagun, donde concurriéron muchos de los Procuradores del Reyno de Castilla. Volviendo de Aragon el Infante Don Pedro por la Rioja, reconoció mucha inquietud en los ciudadanos, y juntas de los parientes que se convocaban para facciones de guerra: deshizo las gavillas, obligándoles á volverse á sus tierras, y reprehendiéndoles el que sin órden del Rey para juntar Cortes ocasionasen tumultos en los pueblos. Pasó á Burgos, y cerráronle las puertas porque estaban juramentados de estar en todo trance á favor del Infante Don Juan y de Don Juan Nuñez de Lara: aquí tuvo noticia de la junta que habian hecho en Sahagun el Infante Don Juan y sus aliados (1). Tenia mucha gana el Infante Don Pedro de venir con ellos á las manos, haciend-

(1) Diferencias en Sahagun entre los Infantes y Don Juan Nuñez sobre la tutoría del Rey.

ciendo juicio que no suelen ser muy valientes los muy mañosos: debió de manifestar á alguién el intento de ir á buscarlos; porque llegó muy pronta esta noticia al Infante Don Juan y los suyos: pero confiados en la mucha gente que los asistia, y en la poca que en esta ocasion acompañaba al Infante Don Pedro, dixéron al que les traxo la nueva: *cierto es que no nos buscará el Infante Don Pedro; y mas cierto que no le está bien el buscarnos: tendrá por bien el no pasar de Castroxeriz.* Picóle mucho esta confianza al Infante Don Pedro, porque amagaba á ser desdoro de su valentía: envió á llamar á Fernán Ruíz de Saldaña, que llegó en breve con sus paniaguados; y el dia siguiente se puso á vista de Sahagun, y bastó la vista para que el Infante Don Juan la desamparase. Retiráronse á San Pedro de las Dueñas donde moraba Don Juan Nuñez de Lara, pareciéndoles que por tener éste treguas con el Infante estarían á su sombra todos asegurados: pasó adelante el temor de los que blasonaban tantos bríos, y enviáron al Infante Don Felipe para que rogase á su hermano se aviniese con ellos.

Miró mal al Embaxador , reprehendiéndole el que hiciese lado á los que deservian al Rey, y oyó de peor gana la embaxada : porque deseaba que hablasen las lenguas de los aceros lo que decian con las palabras. La respuesta fué ; que él posaria tres dias en San Francisco que estaba á vista del convento de San Pedro de Cardeña , hasta informarse si su reto habia tenido mas fin que el bravear fuera de la estacada. Así lo cumplió : y viendo que ninguno se daba por entendido , partió á Toro á verse con la Reyna su madre ; donde llegó tambien el Infante Don Felipe con cartas del Infante Don Juan , acompañado de Don Gonzalo Osorio , Obispo de Orense : la pretension del Infante Don Juan se reducía á tener en compañía del Infante Don Pedro la tutoría del Rey ; y se hubiera efectuado así con gusto de la Reyna Doña María , si Sancho Sanchez de Velasco , sobrino del Obispo de Orense , no le hubiera puesto mal ánimo á Don Juan Nuñez de Lara persuadiéndole que la concordia entre estos dos Infantes miraba derechamente á su ruina , dexándole , como sin mando , tambien sin poder

pa-

para defenderse. Fué bastante esta habla para que el Infante Don Juan se retirase de las vistas de la Reyna: nunca faltaron de las Cortes chismosos, ni tampoco faltará quien los crea.

Persuadida la Reyna Doña María á que habian de ser imposibles los ajustes de la tutoría sin que se determinase en Cortes, las publicó para dia fixo en Palencia (1); á donde fué desde Valladolid, acompañada de la Reyna Doña Constanza y de su hijo el Infante Don Pedro. Miéntras llegaba el plazo destinado, partió el Infante á Asturias á convocar la gente que pudiese para las Cortes: no pudo ser tan medida la vuelta como el Infante Don Pedro deseaba; con que dió ocasion su tardanza á que el Infante, Don Juan Nuñez de Lara, los Ricos-Hombres é Hidalgos que los asistian echasen voz de que no tenia el Infante Don Pedro otro embarazo para no venir que el miedo: pero á pocos dias se puso á vista de Palencia el Infante Don Pedro, acompañado de Don Alonso,

(1) Cortes publicadas por la Reyna para Palencia.

so, hermano de la Reyna su madre; de Don Tello su hijo; de Don Juan Alfonso de Haro; de Don Rodrigo Alvarez y Asturias; y de Don Fernan Ruiz de Saldaña, con todos sus Caballeros aliados y mas de doce mil Infantes: con que se quedó en ellos el miedo que le achacaban al Infante Don Pedro, y se partiéron de las Cortes ántes de empezarse. Túvolo por bien la Reyna Doña María, conociendo el poco sufrimiento de su hijo el Infante Don Pedro y la mucha razon que le asistia para limpiar con la sangre de sus émulos las manchas con que una y otra vez procuraban obscurecer su valor. Aunque siempre se mostraban inferiores en los brios, no desistian de mejorar su partido con los ardides y las mañas: tuviéron disposicion para apartar á la Reyna Doña Constanza de la Reyna Doña María; con que les parecia autorizaban mucho su junta para conseguir el ser tutores, teniendo á la madre del Rey de su parte: y no lo discuriéron mal; porque bastó esta noticia para que Don Juan, hijo del Infante Don Manuel, y muchos allegados suyos se declarasen á su



favor. Todo el rendimiento que el Infante Don Pedro tenia á su madre no sobró para que en estas ocasiones no rompiese en sangrienta guerra: pero advirtiendo la Reyna Doña María que hay batallas tan infelices, que se llora no menos el vencer que el salir vencidos; porque siendo vasallos del Rey los que contienden, en todo trance es la pérdida para el Rey, reprimió los orgullos de su hijo y envió mensageros á todos los interesados que estaban acuartelados en las villas circunvecinas á Palencia, rogándoles tuviesen por bien que los Procuradores de las Cortes, Obispos y Arzobispos que estaban congregados en Palencia determinasen por sí, sin asistencia de ninguno de los pretendientes, el punto de la tutoría en la conformidad que juzgasen mas favorable á la salud pública y conveniencia del Rey y de los Reynos. No pudiéron negarse á proposicion tan prudente: conformáronse en que estarían á la resolucion de los vocales; pero estos estaban ya tan tenidos de los afectos de las cabezas de sus parcialidades, que la discordia de aquellos se vió con el mismo teson y

pertinacia en ellos: con que se dividióron las Cortes (1), sin ajustarse ni venir en medio ninguno tratable.

Supo la Reyna Doña María que intentaba el Infante Don Juan conducir todos sus aliados á Avila para apoderarse de la persona del Rey; y prevínose con tanta diligencia, que estuvo en Avila ántes que supiese el Infante Don Juan la partida: y la asistencia que tenia de los Maestres, de Ricos-Hombres, y de la mayor nobleza de Leon y Castilla era tan ventajosa, que ni hacerla oposicion intentáron los Infantes y Ricos-Hombres que seguian parcialidad contraria. Descaeciéron tambien mucho sus brios con la muerte de la Reyna Doña Constanza (2), con cuya sombra pretestaban hacer ellos la causa del Rey con mas fineza que los que estaban de parte del Infante Don Pedro. Murió la Reyna Doña Constanza en Sahagun, poco tiempo despues de deshechas las Cortes de Palencia.

Mu-

(1) Disuélvense las Cortes sin ajuste alguno.

(2) Muerte de la Reyna Doña Constanza.

Mucho esforzaba el hallarse ya la Reyna Doña María madre única del Rey Don Alonso, para que sin disputa le entregasen su nieto los de Avila: pero se mantuvo el electo Obispo Don Sancho en su determinacion de no entregarle sin consentimiento de los congregados en Cortes; con que halló lugar el ajuste que segunda vez intentó el Infante Don Juan, que fué en esta forma: *que la crianza del Rey corriese únicamente por el cuidado de la Reyna Doña María su abuela; que solo asistiese la Chancillería donde asistiese el Rey; que se desbaratasen los sellos que habian hecho los Infantes y Ricos-Hombres, usurpando con temeridad la autoridad Real; que la tutoría se partiese entre los dos Infantes, Don Pedro y Don Juan, despachando cada uno en los lugares en que estuviere elegido por tutor; dexándole al otro libre el gobierno de los lugares que le diéron su voto (1).* Para que los confirmasen convocó la Reyna Cortes en Valladolid, donde

(1) Capítulos con que se ajustó la tutela del Rey, aprobados por las Cortes de Valladolid: y como se entregó el Rey á la Reyna Doña María su abuela.

todos los vocales aprobáron la resolución; con que los de Avila entregáron á la Reyna Doña María el Rey su nieto: recibíóle con el gozo que puede considerarse; pues siendo dos veces hijos los nietos, doblados serian en la Reyna los regocijos de madre: llevóle á la ciudad de Toro, donde cumplió el quarto año de su edad y empezó el tercero de su Reynado.

Juzgáron conveniente los nuevos tutores que se convocasen Cortes para individuar algunas cosas no bien discernidas en la tutoría, y para componer disensiones y pleytos entre los principales del Reyno; con que se afianzase mas la paz universal: eligiéron á Burgos, á donde partió luego la Reyna con su hijo; y en el camino la llegó una nueva de mucho dolor: supo la muerte de su hermano Don Alonso. Acompañáron los principales del Reyno en su sentimiento á la Reyna, porque la veneraban todos por maestra de una doctrina tan forastera de los palacios como importante; que fué hacer creíble que se podia vivir en ellos con estimacion, sin fingir y sin adular. Fuéron estas

Cor-

Cortes de Burgos de las mas solemnes que se celebraron en tiempo del Rey Don Alonso; así por el crecido número de Prelados, de Infantes, de Maestres, de Ricos-Hombres y Capitulares, como por los establecimientos que en ellas se hicieron sin inquietudes ni alborotos en tiempos tan borrascosos y deshechos (1). Confirmáronse las tutorías en la Reyna Doña María y los dos Infantes; y añadiéron que, faltando qualquiera de los tres quedase en los dos el todo del gobierno, ó en uno si éste sobreviviese á los dos: con que desahuciáron las esperanzas de los que al presente intentaban tener en la tutoría parte. Fundiéron los sellos que con autoridad propia habian hecho algunos de los Infantes y Ricos-Hombres; y decretóse que solo el Rey tuviese sello, y que le asistiese la Chancillería siempre. Que las alzadas vienesen privativamente al Rey. Que cada uno de los tutores por sí solo no pudiese librar rentas, tierras, ni hacer otras gracias. Que se

(1) Cortes celebradas en Burgos, y los establecimientos que se ordenaron en ellas.

tuviesen por inválidas, si el sello del Rey y el consentimiento de los tres tutores no las autorizase. Así lo juraron, é hicieron pleyto homenaje todos los Procuradores de los Concejos y los que tuviéron voto en las Cortes. Pasáron á inquirir las rentas Reales: y hallándolas muy deterioradas, de su voluntad le diéron al Rey los diezmos de los puertos, servicio de que gozáron su padre y abuelo, y añadieron treinta servicios de monedas foreras para las pagas de los soldados. Determináron que partiese luego el Infante Don Pedro á la frontera para reprimir las insolencias de los Moros, y que quedasen la Reyna y el Infante Don Juan para administrar justicia en los Reynos; cada uno en los lugares de su tutoría. Feneciéron despues diferentes pleytos, aviniendo á Don Tello, hijo de Don Alonso hermano de la Reyna, con el Infante Don Pedro, disgustados sobre pretensiones que tenían á diferentes heredamientos: tambien mediáron en otro pleyto que ponía al Infante Don Pedro Don Juan, hijo del Infante Don Manuel, partiendo entre los dos los lugares de Cifuentes, Alcocer, Viana,

na,  
peto  
y l  
may  
Do  
año  
ro,  
rior

Ped  
Ube  
go,  
Cón  
favo  
ami  
vasi  
mó  
En  
asis  
da  
da  
del

(r)  
que  
latra

na, Sanon y Palazuelos sobre que era la competencia. En estas Cortes murió Don Tello y Don Juan Nuñez de Lara, y diéron su mayordomía á Don Alonso hijo del Infante Don Juan; pero sirvióla aun no cabal un año: porque murió en Morales, aldea de Toro, ántes que se celebrasen las Cortes de Carrión de que poco despues hablarémos.

Disueltas las Cortes, tomó el Infante Don Pedro el camino para Andalucía: llegó á Ubeda en ocasion que el Maestre de Santiago, el Arzobispo de Sevilla y Obispo de Córdoba intentaban introducir un socorro á favor del Rey de Guadix que padecia (por amigo del Rey de Castilla) freqüentes invasiones del de Granada. Esta empresa tomó por su cuenta el Infante Don Pedro. Envió á llamar al Maestre de Calatrava que asistia en Martos: estaba el Rey de Granada á la vista, y procuró embarazar con toda su caballería el que se uniesen las tropas del Maestre (1) con las del Infante Don Pedro;

(1) Encuentro con los Moros de Granada en que quedáron vencedores las tropas del Maestre de Calatrava.

dro; pero no pudo conseguirlo: y juntos los dos hicieron en pocas horas tan grande estrago en los Moros, que quedáron mil y quinientos muertos en la campaña; y entre ellos quarenta de los mas principales, famosos por su destreza militar y por las muchas victorias que habian dado á su Rey. Descansó de esta victoria con poner sitio á los castillos de Cambil y Algabardos: no pudo resistir su fortaleza á los continuos combates y asaltos; con que se rindiéron á discrecion: dexólos pertrechados y pasó á Córdoba, donde espontáneamente le ofreciéron los ciudadanos un cuento de reales para ayuda de costa; servicio en aquellos tiempos quantioso: de Córdoba pasó á Sevilla, donde estuvo algun tiempo administrando justicia por ser aquella ciudad de su tutoría.

La fineza con que el Infante Don Pedro, desatendiendo propias conveniencias, solicitaba las del Rey y del Reyno, le grangeaba odios y envidias en vez de reconocimientos. Pasó el Infante Don Juan desde Burgos á Toro, donde asistia la Reyna en compañía del Rey, á confirmar puntos del gobierno: en que no  
que-



queria parecer actor, aunque en la verdad las materias, si no le manifestaban delinquente, le hacian por lo menos sospechoso. Propúsole á la Reyna, que habian quedado mal contentos muchos de los que asistiéron á las Cortes de Burgos por no haber dado rehenes los tutores para que ellos pudiesen asegurarse de que obrarian la justicia sin violencia y sin contravenir á sus fueros; en que parece notaban al Infante Don Pedro: porque le imputaban haber mandado matar á un Caballero de Palencia llamado Martin Alonso de Rojas estando indefenso, contra lo que las leyes establecen. Pedian tambien se les tomasen á los tutores cuentas de la hacienda Real que habian administrado en los lugares de que habian sido tutores: de que juzgaban se desembarazarian mal; y con mas dificultad el Infante Don Pedro, por ser de quatro partes del Reyno las tres las que le habian nombrado tutor; y porque les parecia que como mas cercano á la persona del Rey miraba su hacienda como propia, teniendo el uso no como administrador sino como absoluto dueño. El Infante Don

Juan

Juan fomentaba en lo oculto estas voces valiéndose de sus confidentes, y aprovechando el mal afecto de algunos Leoneses que miraban en el Infante Don Pedro vivo al Rey Don Fernando su hermano, y estaban con razon temerosos de que castigase las ofensas que el Rey arrebatado de la muerte no pudo castigar. Tenia la Reyna Doña María muy anchuroso el pecho y gran dominio en sus afectos: disimuló, aunque conocia las tramas y el origen de ellas; y satisfecha de los procedimientos del Infante Don Pedro, consintió en que se juntasen en Carrion Cortes para determinar estas nuevas quëstiones (1). En ellas se exâminaron las rentas Reales por espacio de quatro meses, y el cobro que habian dado los tutores. Hallóse no quedarle al Rey mas de un cuento, sacados los gastos de las fronteras y de las guarniciones de los castillos; y no tuvo partida que pudiesen tildar en los libramientos del Infante Don Pedro, sin que hiciese falta su presencia para solapar

(1) Cortes convocadas en Carrion para determinar algunas diferencias entre los Infantes.

partidas ni contrahacer recibos: con que levantaron la voz en aplauso del Infante Don Pedro, no solo sus afectos (que eran muchos) sino los neutrales y bien intencionados del Reyno; y á vueltas de su desinterés publicaban su valor, su fortuna, su lealtad, su zelo del bien público: con que de las calumnias se aliñó el panegírico de sus ventajas; pero hace el vicio de la envidia tan mal humorados á sus dueños, que la mayor bondad agena los destempla como si fuera enfermedad propia. Las aclamaciones del Infante Don Pedro declararon en el Infante Don Juan las pintas de la envidia que hasta esta ocasion habia sido tabardillo encubierto. Declaróse en que convenia hubiese solo un tutor: que no dudaba lo seria él, por tener muy beneficiados á los mas de los Capitulares que concurriéron á estas Cortes de Carrión; y mas estando ausente el Infante, que era solo quien podia barajar sus designios: pero la Reyna y los Prelados se opusieron con tan varonil eficacia, que no diéron lugar á que se disputase entre pocos la resolucion

cion que en Cortes plenas con toda solemnidad se habia elegido por mejor.

Pasáron á averiguar el origen de la disminucion de las rentas Reales, habiendo averiguado que no consistia en la mala administracion el defecto; y halláron ser muchas las causas: las muchas villas y lugares que los Reyes antecesores habian dado en heredamientos con sus rentas y alcabalas, enagenándolas delpat rimonio Real, era la principal; á que se agregaban las ruinas de muchos lugares, ya por haber padecido en sí los estragos de las guerras civiles, ya por las continuas contribuciones para los gastos de las guerras: y no juzgáron pequeña causa las monedas sin ley desde el santo Rey Don Fernando hasta aquel siglo, en que se contaban cinco rebaxas de moneda, por faltarles el valor intrínseco á las que acuñáron las necesidades presentes; (alivios considerados de quien padece ardiente sed con la enfermedad que hace cerrar los ojos, para no ver el crecimiento de los ardores que se seguirán despues, por el corto refrigerio que sien-

sienten ántes) (1). Viendo la necesidad en que el Rey se hallaba, ofrecieron cinco servicios para que pudiese hacer guerra á los Moros: y habiendo dado los tutores los rehenes que se les pedian, con calidad de que se quedasen para el Rey si no juzgasen conforme á los fueros de Leon y Castilla guardándoles sus inmunidades á los Hidalgos, Infanzones y Ricos-Hombres, acordaron echar nueva contribucion para el sustento de la casa Real y para la paga y guarniciones de las fronteras; porque no alcanzaban los donativos que habia hecho el Reyno. Ventilando este punto se barajaron en la antecámara de la Reyna los Procuradores de los Concejos (2); y llegó á ser tan ciego el ardimiento, que perdiendo el respeto al palacio le hicieron campo de batalla. Vivía en él el Infante Don Juan, en quarto cercano al de la Reyna: sacóle de él el ruido estruendoso de las espadas; y se tuvo á gran dicha, que no tirase

(1) En todos tiempos fué de gran perjuicio la labor de monedas sin ley.

(2) Desacato sucedido en la antecámara de la Reyna.

se los gages de los que meten paz: valióle el que llegó la voz á sus aliados, de que mataban al Infante Don Juan; con que viniéron prontamente á socorrerle. Túvose por maravilla el que se volviesen á envaynar tantas espadas sin sangre; pero la Reyna, viendo ajado con tanta villanía su respeto, se salió de Carrion dilatando para oportuno tiempo el castigo. No tienen semejantes desacatos disculpa en la ceguedad del enojo: porque no puede ser excusa el no ver, quando el decoro de la magestad obliga á no cegarse. No ve el colérico ni el furioso; pero pudo y debió evitar en palacio las ocasiones de no ver. Acompañó el Infante Don Juan á la Reyna hasta Valladolid donde el Rey asistia, y aquí acabáron de ajustarse los nombramientos para que marchasen Leoneses y Castellanos á la conquista de los Moros.

Muy descuidado el Infante Don Pedro de los malos tercios que le hacia el Infante Don Juan en Castilla, cuidaba solo de trabajar á los Moros de la Andalucía; de quien se hizo tan temido, como amado de sus soldados. Aunque del todo le faltaban los so-

cor  
cer  
te  
pa  
tra  
per  
vill  
pos  
llas  
das  
mu  
ticia  
mor  
liger  
dó  
viós  
leró  
balle  
Bast  
los  
cione  
Gibr  
  
(1)  
dro c

cor-

corros de Castilla, no perdía ocasión de hacer hostilidad á los Moros. El cariño que le tenían los soldados suplía los sueldos. Acompañado de los Maestres de Santiago, Calatrava y Alcántara, y de las gentes que á expensas propias alistáron los Prelados de Sevilla y Córdoba (1), corrió todos los campos de Granada hasta tocar en sus murallas, sin dexar grano verde ni hoja en todas sus campiñas. Volvióse á Córdoba con muchas presas de ganados; donde tuvo noticia de que se juntaba todo el poder de la morisma para sitiar á Gibraltar. Partió á la ligera á Sevilla. Hizo armar la flota, y mandó navegase ácia la boca del estrecho. Volvióse con la misma presteza á Córdoba, y aceleró las marchas por tierra con seis mil caballos y poco menor número de infantes. Bastó la noticia para que desistiesen del sitio los Moros; y por no malograr las prevenciones que habia hecho para la defensa de Gibraltar se acercó á Granada, pareciéndole

(1) Hazañas conseguidas por el Infante Don Pedro contra los Moros.

le no rehusarian venir á las manos los Moros habiendo movido todas sus fuerzas para la conquista de Gibraltar. Rehusaron los Moros el combate. Dió la vuelta á Córdoba, y de camino combatió la villa de Asnalaos y la saqueó: despues la villa de Piña y la de Montelhica. Pasó á Belmes, villa muy fuerte, y sitióla. Envió el Rey de Granada su caballería á socorrerla, por ser de mucha consecuencia aquella plaza para la defensa de su Reyno; pero nunca se atrevieron á acercarse tanto que embarazasen los combates: con que á veinte y un dias de sitio se entregaron á merced. Puso en ella guarnicion. Volvióse á Ubeda: donde le llegó noticia de que el Pontífice, agradecido al religioso valor y zelo con que empleaba lo floreciente y brioso de sus años en ensalzar el nombre de Christo y destruir el poder de los infieles Sarracenos (1), le hacia donacion de las tercias, de las décimas y cruzada, para que prosiguiese con mas aliento la guerra á los infieles.

Es-

(1) El Pontífice hizo donacion de las tercias, de las décimas y cruzada al Infante Don Pedro.



Esta honra hecha al Infante Don Pedro del Sumo Pontífice la miró como deshonor propio el Infante Don Juan, y no perdía punto de baxarle al Infante Don Pedro de la estimacion en que sus méritos le ponian. Dió quejas sentidas á la Reyna de que no se hubiese acordado de él el Pontífice: bien irracional era la queja; pues siendo aquellos favores estipendios que solo se dan á quien batalla, no querer batallar y sentir el no recibir los sueldos es lo mismo que hacer duelo el ocioso de que no le coronan habiendo laureles para el que vence. Envió la Reyna su madre á llamar al Infante Don Pedro. Vino á su obediencia pronto. Salió á recibirle á Cigales. Informóle, ántes de verse con el Infante Don Juan, de sus desabrimientos y del motivo de ellos. Rogóle tuviese por bien el partir las tercias, diezmos y cruzada con el Infante Don Juan. Sintió la proposicion de su madre apadrinada con su ruego; pero vencióse á sí, sujetándose al gusto de su madre: de que se le siguió mas gloria, que de haber vencido tantas veces á sus contrarios; pero advirtióla, que no pasa-

ria el Pontífice porque se distraxesen aquellas rentas á otro empleo que al de hacer guerra á la morisma: y así, que le advirtiese al Infante Don Juan, que si partia con él las rentas se habian de partir tambien las conquistas (1). En esta conformidad admitió el Infante Don Juan los tratados; con que cesáron los motivos de las quejas y se reintegráron entre los dos Infantes las amistades. Conviniéronse en que se celebrasen Cortes para que contribuyese el Reyno las cantidades que sin gran menoscabo suyo pudiese para las pagas de los soldados. Las desavenencias entre los de Castilla y los Estremehos obligáron á que se dividiesen. Los Procuradores de Castilla tuviéron en Valladolid sus Cortes, donde concediéron al Rey cinco servicios. Los Leoneses y Estremehos en Medina del Campo, donde ofreciéron otros cinco y una moneda forera. En estas Cortes se declaró como le tocaban al Rey Moya y Cañete, por haber muerto sin sucesion de

hi-

(1) A instancias de la Reyna su madre hizo particion el Infante Don Pedro de las tercias, décimas y cruzada con el Infante Don Juan.

hijo ni hija Don Juan Nuñez de Lara que los poseia.

Fenecidas las Cortes en Medina del Campo, se volviéron á Valladolid la Reyna y los Infantes. A pocos dias llegó á aquella ciudad Don Fray Berenguel, recien electo en Arzobispo de Santiago: dispensó con la autoridad que tenia delegada de S. S. en el matrimonio del Infante Don Juan con Doña María Diaz, y en el de su hijo Don Juan con Doña Isabel por haberse celebrado en grados prohibidos. Habló tambien á la Reyna y los Infantes tutores en órden á que se restituyesen á Don Alonso, hijo del Infante Don Fernando de la Cerda, diferentes lugares (1) de que le habia despojado el Rey Don Fernando contra derecho, segun habia informado un Procurador suyo al Pontífice: á que le respondiéron haber sido siniestro el informe que hiciéron á S. S; que sobreyese á la demanda y á intimar las excomu-  
nio-

(1) El Arzobispo de Santiago por comision Apostólica intenta se restituyan al Infante Don Alonso de la Cerda diferentes lugares: y lo que le fué respondido.

niones, hasta que mejor informado el Pontífice resolviese esta causa: que tenían por cierto estaba por el Rey el derecho (como el efecto lo confirmó) y que á ellos les tocaba por el juramento y homenaje defender el patrimonio Real todo el tiempo de la minoridad del Rey, sin consentir se defraudase ni con ligero menoscabo.

La docilidad del Infante Don Pedro y la lisura en su trato, confirmada con tan repetidas experiencias, labraron tantos desengaños en el pecho del Infante Don Juan, que trocó el odio en cariño y la emulacion en reconocimiento: unieronse en las voluntades y en los intentos; y olvidando intereses particulares se estrecharon por el bien público, alejando de Castilla y Leon las guerras y poniendo todo el conato en desterrar los Moros de la Andalucía. A este fin partió el Infante Don Pedro á Toledo, donde concurrieron los Maestres de Calatrava y Santiago: dióles orden de que marchasen con sus gentes á las fronteras: el mismo dió al Arzobispo de Toledo Don Gutierre, para que convocase las milicias de su Arzobispado: partió desde To-

le-

ledo á Truxillo , y recobró para el Rey su Alcazar ; que le tenia en empeño el Maestro de Alcántara por el empréstito de tres mil doblas que hizo al Rey Don Fernando. Pagóselas de la hacienda del Rey , y mandóle se apercibiese con todos los de su Orden para ir en compañía de los demas Maestres á las fronteras de la Andalucía. De allí partió á Sevilla , é hizo conducir á Córdoba los ingenios que habia mandado labrar para combatir las fortalezas. De Sevilla fué á Ubeda donde le aguardaban los Maestres y el Arzobispo; y habiendo hecho consejo de guerra , se resolvió á poner sitio á Tiscar , fortaleza de los Moros , por arte y naturaleza tan fuerte que la juzgáron ellos inexpugnable. Tuvo osadía un soldado particular , por nombre Pedro Hidalgo , en todo grande sino en el cuerpo , para trepar en el silencio de una noche por lo inaccesible de un risco , que llamaban la peña negra , que dominaba la villa y castillo de Tiscar (1) y la servia de

ata-

(1) La fortaleza de Tiscar ganada á los Moros, cuya conquista facilitó un hecho memorable de un soldado particular.

atalaya para prevenir las invasiones. Guardá-  
 banla diez Moros: dió á todos muerte, y  
 con ella vida y aliento á los Españoles para  
 combatir el castillo con tanto denuedo que  
 fué empresa de pocos días la plaza; en cu-  
 ya conquista no se tuviera por malogrado el  
 empleo de muchos meses. Era señor de esta vi-  
 lla y su fortaleza Mahoman Andon. Pactó con  
 el Infante Don Pedro concediese las vidas  
 á todos los moradores, y que se la entraga-  
 ria. Vino en el concierto el Infante por re-  
 reservar para otros lances las fuerzas, y con-  
 duxo hasta Baza quatro mil y quinientas per-  
 sonas que habitaban en aquella villa y fortale-  
 za. Estando en Tiscar recibió carta del In-  
 fante Don Juan que habia llegado á Baena  
 con numerosas y lucidas tropas, manifestán-  
 dole su ánimo de correr la vega de Granada.  
 No aprobáron este intento los Consejeros de  
 guerra que asistian al Infante Don Pedro, por  
 parecerles mas conveniente el que sitiase á Bel-  
 mar; con que les dexaba sin surtida en al-  
 gunas leguas de distancia á los Moros y afian-  
 zaba los castillos y fortalezas que les habia  
 tomado en aquellos contornos. No quiso *it*  
 el

el  
 Do  
 nife  
 liac  
 reco  
 pos  
 muy  
 nici  
 que  
 el g  
 don  
 da.  
 Jua  
 la v  
 te,  
 á la  
 Inte  
 en q  
 cién  
 á b  
 troc  
 á la  
 la p  
 en l  
 con

el Infante Don Pedro á disgustar al Infante Don Juan en el primer lance que habia manifestado su voluntad despues de la reconciliacion: porque son muy de vidrio amistades reconciliadas á quien no endureciéron los tiempos y las experiencias; y el vidrio, solo por muy mirado no quiebra. Dexó bastante guarnicion en Tiscar y en las demas fortalezas que habia tomado á los Moros, y partió con el grueso de su ejército á Alcaudete; desde donde partiéron ambos á la vega de Granada. Llevaba la vanguardia el Infante Don Juan con sus tropas. Tomáron por interpresa la villa y castillo de Ayllora. El dia siguiente, que era víspera de San Juan, se pusieron á la vista de Granada con todas sus gentes. Intentó acercarse mas el Infante Don Pedro; en que no convino el Infante Don Juan, pareciéndole resolucion temeraria en que se iba á buscar la muerte, aun sin la esperanza de trocarla por la fama: pues ésta solo se debe á la fortaleza; que como virtud, se nivela por la prudencia; no á la desesperacion, que tiene en la ceguedad inconsiderada su origen. Oyó con docilidad el Infante Don Pedro el pa-

re-

recer de Don Juan: de donde se les ocasionó la última fatalidad á entrambos. Quedóse Don Juan el dia siguiente á aguardar los bagages: y salió el Infante Don Pedro á hacer hostilidad por los contornos en los lugares y alquerías del Rey de Granada. Los Moros, muy prácticos en la tierra y noticiosos por instantes por la diligencia de las espías de los movimientos de nuestro ejército, viendo desabrigadas del Infante Don Juan las tropas del Infante Don Pedro, le embistiéron de recio con toda su caballería. Avisóle el Infante Don Juan del aprieto en que se hallaba: quiso volver á socorrerle; y halló tanta resistencia en los soldados hasta aquella ocasion rendidos á una seña de su semblante, que no bastáron ni órdenes, ni porfias, ni ruegos (ni el haber desnudado la espada y mandado á golpes y cuchilladas á los que no oían razones) para que torciesen las riendas. No admiro el que atribuyesen esta cobardía los historiadores á maleficio de la magia, ya por haber caido esta mengua en Españoles que se debian mucho á sí por su sangre, ya por que les habia debido Castilla muchos trofeos



en las batallas. Cobró aliento la sospecha, habiéndose caído muerto del caballo el Infante Don Pedro, sin que se reconociese en él ni herida, ni otra causa para la muerte (1); aunque no faltará quien juzgue fué causa sobrada el haberse reconocido caudillo de Españoles que afrentaban su nombre por cobardes. Nuevo apoyo para los que tienen inclinado el ánimo á agüeros y supersticiones fué, el que llegando esta nueva al Infante Don Juan, súbitamente perdió el habla y el entendimiento, y pocas horas despues la vida; con que sin estas dos almas que le regian, quedó tambien cadáver el cuerpo del ejército: por lo menos solo tuvo de vivo los movimientos para la huida desordenada. A los vasallos del Infante Don Pedro les quedó atención para guardar el cuerpo de su señor. No pudieron ocultarle á la Infanta Doña María su muger, que residia en Córdoba, tan infeliz nueva aunque estaba preñada.

(1) Muerte desgraciada del Infante Don Pedro con singulares circunstancias; siguiéndose inmediatamente la del Infante Don Juan, no menos desgraciada.

ñada en los meses mayores: porque es fatalidad de las desgracias el tener en sí mismas lenguas y voces con que darse mas presto á conocer y dar mas presto qué sentir. El cuerpo del Infante Don Juan se les perdió á sus vasallos; pero su hijo Don Juan, que estaba en Baena, envió un mensagero al Rey de Granada rogándole mandase buscar el cuerpo de su padre y que se sirviese de remitírsele: halló tan justa demanda Real piedad en el pecho de aquel Rey bárbaro. Hallado el cadáver, le puso en una caja: encubertóla de ricos paños de seda y oro; y con mucho acompañamiento de luces y soldados de á caballo que le asistiesen, hicieron entrega de él á los vasallos que envió el hijo del Infante Don Juan para este efecto.

Llegó la noticia de suceso tan lamentable á la Reyna Doña María que asistia en la ciudad de Toro con el Rey su nieto: muy sensible para todo el Reyno; pero hizo el golpe en el corazon de la Reyna mayor estrago. Volvió á padecer segunda orfandad el Rey con la muerte del Infante Don Pedro; porque aunque la naturaleza solo le hizo

tio,

tio, las obras le publicaban padre: y es cierto que toda suerte de vasallos respetaba al Rey Don Fernando vivo en su hermano Don Pedro. Tambien se hizo gran lugar para el sentimiento la muerte del Infante Don Juan. Aguardó la fortuna á que fuese universalmente bien visto, para arrebatarle de los ojos con mas dolor. Lleváron los vasallos del Infante Don Pedro su cuerpo á Burgos, donde le diéron sepulcro y le hicieron Reales honras: el del Infante Don Juan llevó su hijo á Santa María de Burgos, donde se habia mandado enterrar. Suelen sucesos tan trágicos, y mas quando se les llega la circunstancia de inopinados, alterar los pechos mas constantes; turbar los entendimientos mas capaces; desmayar los alientos mas varoniles; y entorpecer tanto al alma y sus potencias, que no dexan lugar ni al consejo, ni al discurso: porque todo lo tiraniza la inhumanidad del dolor, cerrando á todos los alivios las puertas. Pero la Reyna Doña María tenia sin duda el corazon formado á prueba de desdichas y calamidades; pues estuvo en sí, sin rendirse al tropel de pensamientos melancólicos y acia-

gos al Rey y al Reyno que los adivinaba, y á su prudencia, y en confuso y desordenado batallon intentaban combatir su constancia: pero en vano. Despachó mensageros á todos los Concejos, trayéndoles á la memoria los establecimientos que juraron y firmaron en las Cortes de Valladolid y Carrion: con que debia quedar por única tutora del Rey, habiendo muerto los dos Infantes (1). Previnoles tambien para que no admitiesen ningun tutor, ni de los Infantes, ni Ricos Hombres, hasta que en Cortes se confiriese lo mas conveniente para el bien público. Todos los Concejos juzgáron cuerda esta determinacion, y respondiéron en esta conformidad á la Reyna: pero los efectos fuéron tan contrarios á las promesas como se verá en el siguiente párrafo. Pocas veces se habrán visto en una Monarquía parcialidades tantas y tan movilizas; tantos acreedores á un bien en que ninguno tenia derecho; tantos pretendientes, sin mas alegatos que el poder y el querer,

(1) Previsiones cuerdas que hizo la Reyna para quedar por única tutora, por la muerte de los Infantes.

desaforado de toda razon y justicia.

Aun no bien enxutas las lágrimas de la muerte del Infante Don Juan acudió á la Reyna la Infanta Doña María su esposa, acompañada de su hijo Don Juan, llamado el tuerto siéndolo por defecto de naturaleza: pidió traspasase la Reyna en él las rentas, puestos y oficios que poseia su padre (1); porque sus años y sus prendas eran ya capaces de servirlos con no menor utilidad del Reyno; y pretendió como tutor una llave del sello del Rey. Hizo la merced la Reyna de todas las posesiones y puestos, y reservó la tutoría para lo que se determinase en Cortes; ofreciéndola seria siempre su voto muy favorable, en atencion á los servicios del Infante Don Juan su esposo. Recurrió tambien Don Juan, hijo del Infante Don Manuel, á la Reyna con los mismos intentos de la tutoría; pero restado á tomarse de su mano el mando, si no se le diese de grado la Reyna. No se contentó con las esperanzas que

(1) Pretensiones de la Infanta Doña María, madre del Infante Don Juan el tuerto.

que le dió la Reyna afianzadas con su palabra, de que en las Cortes agenciaria su pretension; y partióse de Valladolid disgustado. Don Fernando, hijo del Infante Don Fernando de la Cerda, vino á verla con los mismos designios: habló á la Reyna; y salió tambien de la audiencia desazonado, por haber hallado solo buenas palabras. El Infante Don Felipe, á quien su hermano el Infante Don Pedro dexó en herencia el respeto á la Reyna y el zelo en el servicio del Rey, queria tambien ser en el gobierno el primero ó el único entre los pretendientes; admitiendo solo la compañía de su madre la Reyna en la tutoría. A ninguno de estos pretendientes le faltaba abrigo en los Ricos-Hombres; en los Infanzones é Hidalgos; en los parientes y paniaguados, para el logro de sus intentos con que se pudo atribuir á milagro el que, combatido á un tiempo el Reyno de tantos vientos contrarios, no padeciese último y miserable naufragio (1). El primero que

ros-

(1) Turbaciones que ocasionáron en el Reyno las pretensiones de diferentes sugetos.

rostro descubierto solicitó las voluntades de los vasallos, inquietó los pueblos, y ganándolos para sí los amotinó contra el Rey fué Don Juan, hijo del Infante Don Manuel. Tuvo disposicion por medio de Don Fernan Velazquez, hermano del Obispo de Avila Don Sancho, para que le admitiesen en aquel lugar y fortaleza contraviniendo á repetidas órdenes de la Reyna: quiso desalojarle de ella el Infante Don Felipe; y poniéndose con un ejército de solos mil infantes y quinientos caballos en Cardaña que dista dos leguas de Avila, salieron á favor de Don Juan, hijo del Infante Don Manuel, hasta ochocientos soldados de á caballo y mas de siete mil infantes que se le agregaron de Segovia, Madrid, Cuellar y Sepúlveda. Los de Avila como prácticos en la tierra se apoderaron de una eminencia donde era temeridad el acometerlos: con lo que balancearon las gentes que acompañaban al Infante Don Felipe el exceso que les hacian á ellas las tropas de su competidor. Deseoso Don Felipe de venir á las manos, envió mensageros de que baxase al llano pues habia mostrado tanta gana de pelear.

Hízose sordo Don Juan á estos mensajes. Volvió el Infante Don Felipe con segunda demanda; que saliesen cuerpo á cuerpo uno á uno; ó ciento á ciento: á que tampoco dió oídos; con que por último le dixo, que en todos los lugares de la comarca que le habian declarado por tutor castigaria él y sus gentes con los estragos la veleidat de haber hecho en su cabeza el nombramiento que no debian ni podian: y que desearia le obligase el zelo de sus aliados á defenderlo. Así lo executó: hasta que sabidora la Reyna, reconociendo que en la hostilidad que se hacia á aquellos pueblos era el Rey el damnificado, le llamó á Valladolid obligándole á desistir de sus intentos.

Don Juan el tuerto, Señor de Vizcaya é hijo del Infante Don Juan, aprovechó los rompimientos del Infante Don Juan Manuel con la Reyna y el Infante Don Felipe para adelantar sus pretensiones. Discurrió con probables conjeturas, que se estrecharia mas con él la Reyna y que juzgaria su lado por necesario, estando excluido el Infante Don Juan Manuel por declarado enemigo. Con esta confian-



fianza pidió á la Reyna le diese las merindades de Castilla , Leon , y de tierra de Galicia , para que él las distribuyese á su arbitrio. Halló resistencia esta pretension en el Infante Don Felipe: porque poseia la merindad de Castilla Garcilaso de la Vega de quien el Infante Don Felipe estaba muy prendado ; y no juzgó buena política desposeer á un amigo leal , con la contingencia de dar mano á quien quizá aprovechase el mando para ser enemigo mas poderoso. Fuera de eso , se miraba con mas derecho que ninguno á la tutoría : y habiendo sido estas provisiones á voluntad de los Infantes Don Pedro y Don Juan el tiempo que fuéron tutores , no quiso defraudarse á sí de este derecho ; con que Don Juan se manifestó desobligado de la Reyna , y dió á entender solicitaria por otros medios su conveniencia.

Crecia por horas la osadía del Infante Don Juan Manuel , por el gran séquito de Ricos-Hombres y de Prelados que seguian su voz para la tutoría : su maña y su diligencia le hicieron bien afortunado en los pueblos. Engrióle tanto la dicha , que se atrevió á ha-

cer sello por sí: y no solo despachaba con él oficios, puestos, mercedes y rentas, sino que tambien prohibia el que tuviesen recurso á la Chancillería del Rey, ni en las alzadas, ni en otro qualquiera linage de pleyto, los que le habian tomado por tutor (1). No dan nombre las crónicas antiguas á la insolencia de este atrevimiento: no quiero dársele yo, aunque no le ignoro. Estaba en Valladolid en esta ocasion el Infante Don Felipe: tuvo noticia de que asistia en Cuellar el Infante Don Juan Manuel, é irritado de este desacato se previno para venir con él á batalla. Embarazólo la providencia de la Reyna: y persuadida que miéntras durase entre los dos la discordia, no podria evitar otros lances; como previno éste, cargó toda la consideracion en reconciliarlos: y consiguiólo con felicidad, asegurándolos de que serian tutores con ella con las calidades y preeminencias que lo habian sido los Infantes Don Pedro y Don Juan.

No

(1) Licencia desenfrenada que se tomó el Infante Don Juan Manuel: y la forma en que se reconcilió la Reyna con el Infante Don Felipe.

No pudo ocultarse esta avenencia á Don Juan, hijo del Infante Don Juan: y solicitó con los de Burgos, donde le dexó el Infante Don Juan su padre muchos aficionados, que le admitiesen por tutor (1); y que jurasen con las solemnidades que acostumbraba aquel siglo no admitir por tutor al Infante Don Juan Manuel, y que les alcanzase excomunion reservada al Pontífice si contraviniesen á este establecimiento. Don Fernando, hermano menor de Don Alonso de la Cerda y ambos hijos del Infante Don Fernando de la Cerda, no hallando entrada con los dos Infantes Don Felipe y Don Juan Manuel, se acogió á Burgos; y revolidáron con él los juramentos que habian hecho ántes con Don Juan, hijo del Infante Don Juan; y prohibiéron el que al Rey se le acudiese con sus rentas; el que tuviesen recurso á su Chancillería; ni obedeciesen á órdenes ni decretos que les viniesen en su nombre: determinacion en que concordáron las

mas

(1) Los malos efectos que causó en los demas pretendientes á la tutela la union de los dos Infantes.



mas ciudades de los Reynos de Leon y Castilla. Firmados estos establecimientos, enviaron quatro Procuradores á la Reyna; Rui Gonzalez Delgadillo, Rui Perez de Villegas, Pedro Trapaz, y Rodrigo Yañez, con cartas de creencia para la Reyna: su mensaje se reduxo á estas proposiciones (1). *Primera: que no tuviese por tutores, ni á Don Felipe, ni á Don Juan, hijo del Infante Don Manuel. Segunda: que tuviese por bien irse luego á Burgos con el Rey su nieto; donde se tomarian las resoluciones mas saludables al Reyno.* A la primera proposicion respondió la Reyna: que los dos Infantes no tenian firmado nombramiento de tutores; hasta que las Cortes, que deseaba celebrar, los admitiesen juzgándolos hábiles para aquel cargo. A la segunda respondió: que su nieto no era solamente Rey de Burgos; y que si por instancia suya les llevase al Rey, haria con un beneficio mil quejosos: y que pues no ignoraban que casi todas las ciudades y

(1) Embaxada que hicieron á la Reyna los descontentos: y la respuesta que les dió.



villas de la Estremadura (sin consentimiento, ántes con repugnancia suya) habian tomado por tutor á Don Juan, hijo del Infante Don Manuel, y muchas de Galicia, Leon y Castilla al Infante Don Felipe; no era bien añadiese nuevo motivo á las inquietudes reduciendo la persona del Rey por el arbitrio de algunos vasallos, aunque tan grandes, á un lugar determinado: debiendo el Rey ser de todos, y para todos. Oida esta respuesta, sacó uno de ellos otra carta en que se hermanaban Castilla y Leon y firmaban por los Concejos Don Juan, hijo del Infante Don Juan, y Don Fernando, hijo del Infante Don Fernando de la Cerda, en que no admittian á la Reyna Doña María por tutora. Volviéronse á Burgos: é informados los Infantes y Burgaleses de la respuesta de la Reyna, despacháron sus cartas á los Concejos de Leon y Castilla para que no obedeciesen al Rey é hicieron sello como habia hecho el Infante Don Juan Manuel. Nunca los exemplares de grandes vicios mueren sin sucesion: aunque mas quieran singularizarse por lo monstruoso, siempre dexan casta en la imitacion; y quando

son tan raros los heroes que se aventajaron en hazañas que dexan herederos de sus proezas, no se habrá visto infecundo ningun hombre señalado en vicios. Logró esta ocasion la Reyna para reprehender en cabeza agena al Infante Don Juan Manuel su culpa, participándole la noticia que tenia de los Infantes que se habian acogido á Burgos; y rogóle deshiciese el sello que habia mandado hacer sin orden del Rey, para que su emienda les sirviese de aviso á los que se habian descaminado tanto á vista de su mal exemplo. Esta advertencia irritó al Infante Don Juan Manuel en vez de emendarle; y á haber hallado en los de Salamanca buena acogida, se hubiera desunido otra vez de la Reyna: pero habiendo entrado en ella de secreto, favorecido de uno ú otro de sus ciudadanos, fué descubierto y necesitó de salirse á pie y á largas jornadas recelando le diesen la muerte; con que mal de su grado hubo de volverse á Valladolid y obedecer á lo que la Reyna le habia mandado, con el seguro de que en las Cortes empeñaria la Reyna su autoridad para que le nombrasen tutor en

compañía del Infante Don Felipe. Pudo turbar esta concordia el haber los de las fronteras enviado á llamar al Infante Don Felipe para nombrarle por su tutor. Dispúsose ya Don Felipe para la jornada: de que se dió el Infante Don Juan Manuel por ofendido. Sosególos la Reyna, haciendo que en su presencia y la de muchos Prelados (y entre ellos el Arzobispo de Santiago á quien habia concordado ya con su hijo Don Felipe y fenecido pleytos de muchos años sobre las jurisdicciones seglares y eclesiásticas en que habia intervenido la autoridad del Sumo Pontífice sin efecto) y de muchos Ricos-Hombres jurasen con la solemnidad y exêcraciones que acostumbraban en aquel tiempo, de no ir el uno sin el otro á la frontera y precediendo el consentimiento de la Reyna. Importó mucho este ajuste: porque al Infante Don Juan Manuel le favorecia la voz de otros que le querian tambien por tutor; con que era precisa la discordia.

El ver tan unidos al Infante Don Felipe y Don Juan Manuel hacia mas estrecho el lazo de amistad y confederacion entre Don Fernan-

nando, hijo del Infante de la Cerda, y Don Juan, hijo del Infante Don Juan, para poder resistirlos formando ejército de sus vasallos, amigos y aliados (1): y para poder sustentar á costa del Rey la guerra, contra todos los fueros y leyes de Leon y Castilla, con solo el consentimiento de algunos Procuradores de los Concejos, les obligaron á siete contribuciones, firmando las provisiones con el sello que fabricó su deslealtad. Si el Rey sin los votos de las Cortes les hubiera echado este gravámen, le publicaran tirano; y á los intrusos los obedecian, sin quejarse del quebrantamiento de sus fueros. Atribuyen muchos esta desigualdad á ser mas venturosos con los hombres los vicios: yo la atribuyo á miserable fatalidad de los pueblos que se sujetan á señor no legítimo. ¿Cómo se le ha de pedir que use con razon del dominio á quien tiene el dominio contra razon? y si es señor desafortándose de vasallo ¿cómo le han de pedir los vasallos, que les guar-

(1) Los desafueros que ocasionaron en el Reyno las diferentes parcialidades.



guarde sus fueros á quien tiene osadía para no guardárselos á su Rey? Trabajaban Don Juan y Don Fernando por atraer á su devocion mas pueblos; pero el principal conato le pusieron en apoderarse de Leon donde Don Juan, hijo del Infante Don Juan, por haber sido muy favorable esta ciudad á su padre tenia no menos cabida que en Burgos: y sin duda se hubieran hecho dueños de toda ella y sus fortalezas, si Juan Ramirez de Guzman que tenia las torres de Leon por el Rey no le hubiera facilitado al Infante Don Felipe la entrada. Acompañáronle para esta empresa Don Rodrigo Alvarez de Asturias; Rui Gonzalez de Saldaña; Alvar Nuñez Osorio; Garcilaso de la Vega; y Alonso Juarez Daza. Luego corrió la voz en Leon de que ocupaba el Infante Don Felipe sus torres: y el miedo que cogieron los que tenian la voz del Infante Don Juan les hizo creer que habia entrado en su compañía excesivo número de los Ricos-Hombres é Infanzones de su séquito; con que sin mas exâmen se acogieron al sagrado de Santa María de Regla que es juntamente

te templo y fortaleza. Basteciéronle de armas y víveres : y recelando que podian dar entrada al Infante Don Felipe las casas Obis-pales que estaban arrimadas al templo , las echáron por tierra ; y subiéndose á las torres de la Iglesia , apellidáron : Leon , Leon por el Infante Don Juan. Tanta prisa se dió el Infante Don Felipe á combatirla desde las torres que pactáron entregarle el templo , como les concediese las vidas. Admitió el concierto el Infante : púsolos en salvo ; y fiando la guarda y defensa de él á Martin Sanchez y á Don Rodrigo Alvarez de Asturias, se partió á Mayorga con algunos de los Ricos-Hombres. Allí le alcanzáron Don Juan y Don Fernando, y le envió un papel de desafío. Teniendo Don Juan en su compañía seiscientos hombres de á caballo y número casi igual de infantes , respondió el Infante Don Felipe , que serian veinte Caballeros los que le asistian : que eligiese otros veinte de los suyos , y que señalase hora para el combate ; y que peleasen ellos dos cuerpo á cuerpo. No admitió el partido el Infante Don Juan : con que se volvió á Burgos, habiendo

he-

hecho mucha hostilidad en los pueblos que estaban á devocion de la Reyna, y no menores extorsiones en las villas que le habian admitido por tutor; cobrando con violencia los siete servicios en que habian gravado á los pueblos del Rey contra el Rey mismo.

La Infanta Doña María muger del Infante Don Juan, sentida de los estragos que el Infante Don Felipe ocasionaba en sus tierras con las salidas que hacia desde Mayorga, sin advertir que castigaba con ellos el Infante Don Felipe los que hacia su hijo Don Juan con desatencion mas culpable en las del Rey, puso gran solicitud en traer á su parcialidad al Infante Don Juan Manuel desabrigando de este lado tan poderoso á la Reyna. No lo tuvo por conveniencia suya el Infante Don Juan Manuel; y respondió no queria honras que le hubiesen de señalar por mal vasallo: respuesta en que acreditó su buen entendimiento. Pero importara mucho que hiciesen reflexion los que saben hablar bien, de que se obligan á obrar mejor, para que no los convenciesen de ser contrarios á sí mismos y de que tienen reñida la boca con el

corazon. No advirtió este empeño el Infante Don Juan Manuel : porque habiéndole llegado aviso á la Reyna de un alboroto que habian tenido los Caballeros de Córdoba con la plebe , segun ellos decian ocasionado de los injustos procedimientos de los Ministros del Rey , suplicáron á la Reyna tuviese por bien que ellos pusiesen de sus manos las justicias. Respondió á su súplica la Reyna, que no podia contravenir al estilo observado inviolablemente desde que el santo Rey Don Fernando ganó á Córdoba ; que hiciesen en las primeras Cortes su representacion ; y que si juzgasen conveniente los Diputados por razones que hubiesen sobrevenido el que el Rey les alargase la potestad de elegir Ministros que fué siempre suya , que por su parte no lo repugnaria. No fué á gusto de los mensajeros la respuesta : y con los poderes que traian de los Cordoveses (1) habláron al Infante Don Juan Manuel ofreciéndole la tutoría de Córdoba , con calidad que autorizase

(1) Los Cordoveses nombran por tutor al Infante Don Juan Manuel, y admite la tutela el Infante con las condiciones que se le proponen.

con su sello el postulado de los ciudadanos. Olvidado el Infante Don Juan Manuel de la lealtad de que habia blasonado pocos dias ántes, les signó su despacho á la medida de su deseo; pero á su parecer con tantas cauteladas para el secreto, que reconvenido de la Reyna negó á rostro firme. Holgóse la Reyna, aunque estaba muy enterada de la verdad: porque es en los tribunales humanos parte de arrepentimiento el tener empacho de confesarla.

Pidióle la Reyna, que pues no queria dexar el sello sin que le declarasen tutor, que deliberase en si le estaria bien el medio que ella habia discurrido y que juzgaba único para sosiego de todo el Reyno. Era el medio convocar Cortes para Valladolid, en que asistiese la Reyna, el Infante Don Felipe y el Infante Don Juan Manuel: y que de primera instancia solo fuesen llamadas á ellas las personas de la Estremadura y del Reyno de Toledo que le habian elegido al Infante Don Juan Manuel por tutor; y los de Galicia, Leon y Castilla que hacian parcialidad con el Infante Don Felipe; y los Pre-

lados y Maestres que fuesen de su devocion(1). Que despues de estar todo este cuerpo junto, que seria con grandes excesos superior al que podian formar Don Juan y Don Fernando, ántes de abrir las Cortes, fuesen llamados á ellas los Procuradores de los pueblos de Leon y Castilla que apartándose del Rey habian seguido su voz. Que si obedeciesen, se mejoraba mucho el estado de las cosas y se entraba con esperanzas no mal fundadas de que confiriéndose entre tantos los medios para el bien público se encontraría con el camino mas seguro para los aciertos; y si llamados no quisiesen venir á las Cortes, justificaba el Rey mas su causa para castigarlos como rebeldes; y siempre quedaban con mas empeño los que hubiesen asistido á ellas para hacer guerra á los que quisiesen impugnar sus establecimientos. No dexaba de tener esta resolucion inconvenientes; pero en males complicados, y en enfermedades ocasionadas de accidentes contrarios, es  
 pru-

(1) Condiciones que propuso la Reyna al Infante Don Juan Manuel para que dexase el sello Real.

prudencia hacer cara á los menores males que preservan de los mayores. Mostró el Infante Don Juan Manuel en el semblante y las palabras que era saludable á los Reynos el corte que daba la Reyna, y admitió la propuesta; pero que le diese tiempo para llegarse á Segovia al ajuste de unos negocios que tenia pendientes, protestando que desde aquel día que partia en un mes estaria de vuelta en Valladolid. Pidió este plazo, porque le pareció cabia en él llegar á Córdoba y tomar posesion de la tutoria: así lo executó; habiendo primero sacado quantiosos servicios de Segovia, Cuellar, Avila, Madrid y otros lugares del Arzobispado de Toledo, y muchos de la Estremadura que le habian admitido por tutor. Entró en Córdoba: publicáronle por tutor los mas de sus ciudadanos; pero los del Alcázar, asistidos de Payarias de Castro que era su Alcayde por el Rey, y Fernan Alonso que era Alguacil Mayor en la ciudad, le hiciéron resistencia, sin querer admitirle: pero hubiéron de ceder, despues de encuentros muy reñidos, al excesivo número de los que llevaban su voz y á los

repetidos asaltos con que le combatiéron. Los de Sevilla tuviéron por manifiesto agravio contra el Rey la resolucion del Infante Don Juan Manuel: diéron cuenta á la Reyna para que sin dilacion les enviase al Infante Don Felipe, representándola los inconvenientes que podian seguirse de la tardanza; porque en las treguas que habian firmado con los Moros fué la primera y principal condicion, que no habian de admitir tutor sin que primero firmase las treguas por el tiempo y con las calidades que dexáron establecidas los antecesores: y estando tan divididos los Reynos de Castilla, era muy racional la sospecha de que los Moros aprovecharian qualquier ligero pretexto para romper las treguas en ocasion que tenian seguras las ganancias. Esta razon, y el ver que quedaba desobligado del juramento el Infante Don Felipe habiendo faltado Don Juan Manuel al juramento que hiciéron de conformidad de no partir el uno sin el otro á la frontera, determináron á la Reyna para que no solo consintiese sino le obligase al Infante Don Felipe á que con toda diligencia se hiciese pre-



sente en Sevilla (1). Fué grande regocijo el que tuviéron con su entrada, aun mas pronta que se la pudieron pintar sus deseos. Revalidó con los Moros las treguas con todos los lugares de la Andalucía, excluyendo solo á Córdoba; por voluntad de los Moros, que quisieron quedar libres para vengar la ofensa de haberles faltado á la palabra.

Juzgó la Infanta Doña María ser ésta la ocasion mas oportuna para obligar á la Reyna á que admitiese por tutor á su hijo Don Juan y á Don Fernando, hijo del Infante Don Fernando de la Cerda. Vínose la Infanta Doña María á Sanquiles, convento de Religiosas que está fundado fuera de los muros de Valladolid, de la otra parte de Pisuerga. Viniéron en su compañía los Infantes y formáron memorial para la Reyna, que contenia esta substancia (2). *Señora: no debe de ser culpa tan exécrable el haber to-*  
*ma-*

(1) El Infante Don Felipe, llamado de la Reyna, se hizo presente en Sevilla para oponerse á los designios del Infante Don Juan Manuel.

(2) Los Infantes Don Juan y Don Fernando de la Cerda pretenden tambien la tutela.

mado el nombre de tutores del Rey sin consentimiento de las Cortes, como exágeran los que se han hallado sin medios para conseguirle: á quien solo el no poder delinquir les ha hecho inocentes; pues el Infante Don Juan Manuel, que fué quien hizo camino á estos desenfados que llamarán otros atrevimientos, ha merecido no solo perdon sino la gracia y el valimiento de V. M: y ahora le agradece con la desobediencia en materia tan escalandosa como haber expuesto al tablero los Reynos de la Andalucía. ; Por qué la culpa que en él se ha mirado como venial ha de ser en el Infante Don Fernando y en mi hijo sacrilegio? y si él para ser tutor y tener sello propio no necesita del consentimiento de las Cortes ; por qué en Don Juan, en quien habia de ser herencia pues murió su padre sirviendo, ha de ser necesario? Si V. M. no se sirve de deponer los ojos y admitirle á la tutoría, será forzoso seguir la parcialidad del Infante Don Juan Manuel para que nos enseñe el arte de conseguir mas favores á precio de mayores ofensas. Mas tenia de amenaza el memorial que  
de

de súplica; pero hecha la Reyna Doña María á vencer con las armas de la paciencia, respondió que aguardaba por horas á Don Guillen, Obispo de Santa Sabina y Cardenal de Roma, que venia por Legado de S. S. á Castilla, con direccion del Sumo Pontífice para reducir á concordia christiana y pacífica sus disensiones y parcialidades: que le consultaria en la primera vista sobre la demanda que hacian los Infantes; y que esperaba en Dios, y en el buen afecto con que los habia mirado siempre, el dexarlos gustosos.

Llegó el Cardenal á Valladolid ántes que partiese de Sanquiles la Infanta; é informado, así del estado de los Reynos como de la pretension de Don Fernando y Don Juan, fué de parte de la Reyna á conferir con la madre de Don Juan el corte que se podia tomar en su pretension, que no fuese de perjuicio á la salud pública. Era el Cardenal muy cursado en materias políticas; hombre de muchos medios, y de grande y briosa eloqüencia con que les daba toda su eficacia: pero en ninguno quiso venir la Infanta ni su hijo, no sentando por primera basa la

tutoría. Solo pudo conseguir el Cardenal, que dilatasen por quatro dias los conciertos que querian firmar con el Infante Don Juan Manuel, para que en ese tiempo pudiese discurrir con la Reyna camino que no pudiese tan á los ojos los precipicios y ruinas del Reyno (1). La resolucion de esta conferencia fué: que renunciassen el Infante Don Felipe y Don Juan Manuel las tutorías, y á su exemplo Don Juan, hijo del Infante Don Juan, y Don Alonso, hijo del Infante de la Cerda: que despues de hecha esta renunciacion convocaria la Reyna, como única gobernadora y tutora, á Cortes universales en Palencia; donde fuera de los vocales de los Reynos de Leon, Castilla y Toledo, Infantes y Ricos Hombres, concurriesen todos los Prelados y Maestres de las Ordenes. Que abiertas las Cortes, renunciaria tambien por su parte la tutoría; y que hiciesen todos juramento y pleyto homenaje de estar á lo que los

(1) El Cardenal de Santa Sabina, Legado del Papa, interpone su autoridad para lograr los ajustes con la Reyna y los Infantes Don Juan y Don Alonso de la Cerda, y el Infante Don Juan Manuel.

los demas votos determinasen, así en el punto de la tutoría, como en los demas políticos ó militares que se decretasen por los demas Capitulares de aquella junta. Viniéron fácilmente en este ajuste la Infanta Doña María, su hijo Don Juan y el Infante Don Alonso; quizá porque no juzgáron posible el que quisiese venir el Infante Don Juan Manuel en renunciar la tutoría, estando apoderado de grande parte del Reyno y disfrutándole con soberanía mas despótica que si hubiera nacido Rey de Castilla: pero tuvo tanta valentía la eloqüencia del Cardenal y se hizo respetar y temer tanto su entereza, que cedió su obstinacion, bien que despues de muchas disputas, á la última amenaza que le hizo de que estaba resuelto el Sumo Pontífice si no venia en esta concordia á tomar medio tan sangriento que le pesase. Dióle una carta que traia del Pontífice, en que reconoció el Infante Don Juan Manuel no habian sido exâgeraciones para amedrentarle las que el Cardenal le habia propuesto; sino que se derivaban de mas alto principio los enojos, por estar bien informado el Pontífice, que ha-

habia sido el principal motor de las sediciones y escándalos con que estaban confundidos los Reynos; en mayor desorden que si fueran gentiles bárbaros; sin Dios; sin religion; sin leyes; y sin justicia. En el Infante Don Felipe nada tuvo que hacer la Reyna: manifestóle su voluntad; y rindióse á ella.

Gustosa la Reyna y el Cardenal de ver ya alguna luz entre marañas tan confusas que enseñaba el camino para llegar al término de la tranquilidad de los Reynos tan deseada como importante, dispuso su jornada á Palencia en compañía del Cardenal, no consintiéndole su zelo dilatar una hora el dar éste buen dia á los Reynos; pero son los juicios de Dios inescrutables: el no disputarlos es la veneracion mas decente que le puede dar nuestra cortedad. Sobrevínole una enfermedad á la Reyna, ántes de salir de Valladolid, que no conociéron ser de importancia los médicos: con que el Cardenal se adelantó en la partida á Palencia, haciendo cortas jornadas con esperanza de que la Reyna le alcanzase en el camino y de entrar acompañándola en Palencia. Al dia tercero des-

descubrió la enfermedad tanta malicia, que la juzgáron los médicos por mortal sin remedio. Así lo conoció la Reyna: y ántes que le intimasen el peligro, pidió como tan Católica y Christiana los sacramentos. Dispuso su testamento ántes; y estando juntos los Ricos-Hombres que moraban en Valladolid, Doña Leonor su hermana, y el Cardenal de Santa Sabina que volvió avisado del peligro, les hizo un razonamiento tan eloquente, tan tierno, fiando de su lealtad y nobleza el que guardarían la persona del Rey su nieto, que el fin de su razonamiento fué principio en todos los que asistian de clamores y llantos. Ofrecieron y juráron mirar por la vida y conveniencias del Rey, hasta perder sus vidas y patrimonios; y presentáron por testigos de ser verdad, las lágrimas que salían á atestiguar por los ojos el sentimiento del corazón (1). Recibió despues los sacramentos, habiendo precedido muchos actos de fe,

(1) Muerte de la Reyna Doña María: y las heroicas virtudes con que resplandeció en su vida y muerte.

fe, de caridad y esperanza, y de contrición de sus culpas. Mandó la vistiesen el habito de nuestro padre Santo Domingo de quien fué afectuosísima devota, y fundó dos conventos insignes para sus hijos en Valladolid y en Toro; y á pocas horas rindió el espíritu en manos de su Criador, Martes á primero de Junio. Dixo la misa de cuerpo presente el Cardenal de Santa Sabina. Murió en el monasterio de San Francisco de Valladolid; y enterróse en Santa María la Real, convento de Religiosas Bernardas que hoy se llama las Huelgas de Valladolid: y atendiendo el Cardenal quán bienhechora habia sido de los Reynos; quán piadosa con Dios; quán liberal con todos los Religiosos; que no habia templo, ermita ni hospital que no publicase sus generosidades, usando de la potestad que tenia de Legado del Pontífice, concedió universales indulgencias á todos los que rezasen por el descanso de su alma cinco Ave Marías con otros cinco Padre nuestros. No hubo sermon de honras en la muerte de esta nobilísima Reyna; ni le hizo falta á su estimacion: porque todos los siglos que durare  
la



la Monarquía son sermón de sus ventajas; y sermón que advierta á los venideros hasta dónde puede llegar la valentía de la virtud, desmintiendo humanas fragilidades. Tuvo el Rey Don Sancho el Bravo, su esposo, espejo en su prudencia, en que corrigió mas de una vez los desaliños y fealdades de la ira. Nada obró bueno sin su consejo: venció muchos enemigos, porque se rindió á los dictámenes cuerdos de su esposa. Muerto el Rey Don Sancho, en la minoridad de su hijo Don Fernando batalló siempre victoriosa con las armas de su prudencia aun mas con los enemigos caseros que con los extraños; sin que entre tanta confusion de lances adversos faltase jamas á la verdad, ni pactase sin reputacion. Sufrió mucho, y padeció mucho; pero nunca fué vil su paciencia. Siempre fué Real y pundonoroso su sufrimiento: y tuvo por galardón dos coronas; la suya y la de su hijo, pues su paciencia fué quien le conservó la corona. Pero habiendo sido tan árdua la minoridad del hijo, fué solo ensayo con que la previno el cielo para la que padeció en su nieto el Rey Don Alonso el Onceno:  
don-

donde se ha visto la deslealtad tan descarada; la ambicion tan sin vergüenza; la codicia tan desenfrenada; los fueros de la sangre violados; los hermanos reñidos; confederados los contrarios; las leyes, no solo de Dios sino de la honra y de la caballería, ultrajadas; en cada quatro pueblos un Rey con exercicio y sello, y el Rey legitimo solo Rey de anillo. No se han visto en las crónicas desórdenes tantos y de tan mala calidad. Permitió el cielo estos monstruos, para que se hiciesen mas conocidas las excelencias de esta prodigiosa muger; quiso que hiciese cara á las traiciones del peor siglo y á los peores hombres, para que todos la reconociesen por la mejor muger. No tuvo sermon de honras, ni epitafio; pero los dos años continuos de lágrimas de Leon y Castilla (desde que murió la Reyna hasta que empezó á gobernar por sí fuera de la tutoría el Rey) publicáron á suspiros y clamores lo que los Predicadores calláron.

Muerta la Reyna, se volviéron á su tema y con mas desenfrenamiento los pretendores de la tutoría; con que crecieron las in-

solencias que parece no podian ya crecer (1). Los tutores se declararon en tiranos, y martirizaban á los pueblos que no querian ser de su creencia: si creian, los despojaban de las haciendas y los dexaban las vidas; y si no creian, haciendas, vidas y honras: que á este extremo llegó el Infante Don Juan Manuel, pareciéndole que muerta la Reyna quedaba ya sin competidor en el Reyno. Ofendidos los de Zamora de los malos tratamientos que les hacia, llamaron á Don Juan, hijo del Infante Don Juan: ofreciéronle la tutoría todos los ciudadanos; pero los del Alcázar no: con que no pudo mantenerse en la tutoría Don Juan, sin que se le siguiese á la ciudad gran detrimento estando por Don Juan Manuel los castillos. Esta razon, y las persuasiones de Fernan Rodriguez Balboa, Prior de San Juan, estrecho amigo de Don Juan Manuel, consiguieron aunque con gran repugnancia que le admitiesen por tutor los ciudadanos. No les engañaba el corazon: porque

(1) Con la muerte de la Reyna crecieron en los tutores las insolencias.

que á pocos dias fuéron tantas las atrocidades que obró sin atencion á Dios ni á los fueros , que intentáron varias veces libertar sus honras y vidas quitándosela á su ofensor. Creció la saña y el enojo , no solo en los plebeyos sino tambien en los primeros ciudadanos , con que no contentándose de las mugeres que se rendian á su voluntad ó á sus galanteos , se valió de la fuerza donde halláron resistencia sus ruegos.

Habia en Zamora una señora de muchas obligaciones ; y tan atenta á ellas , que habiendo muerto su esposo (hombre que ocupó los primeros puestos en el palacio del Rey Don Fernando) dexándola en lo mas florido de sus años , se habia resuelto á no admitir segundas bodas cortándose en las tocas la mortaja. Era su circunspeccion y recato exemplar á todos estados. Parecióle al Infante Don Juan Manuel corta hazaña de sus bizarrías juveniles conquistar las plazas que se le entregaban por trato ; é intentó ésta por violencia , aunque la halló defendida con tantos pertrechos de virtud,

de

de pundonor y recato (1). Este atrevimiento hizo que rompiese afuera el enojo que habían concebido en el pecho los ciudadanos de Zamora. Discurrió lo que era así en la verdad: que intentarían los ciudadanos sacudir de sus cervices tan infame yugo, y partió de Zamora á Burgos para hacer alianzas con Don Juan, hijo del Infante Don Juan, y con Don Alonso de la Cerda. Ganólos por amigos; pero perdió la amistad de muchos Ricos-Hombres é Infanzones de los Reynos, por la alevosía con que hizo quitar la vida á tres Caballeros, los mas principales de los Reynos, con los brios que le añadió la sombra de los dos Infantes. Envió á llamar (con pretexto de pagarles sus sueldos de las rentas Reales que él por sola su voluntad percibia) á Don García de Villamayor; á Juan Rodriguez de Rojas; á Garcilaso de la Vega; y á Juan Martinez de Leyva. Aunque todos quatro eran de la confianza del Infante Don Felipe, no extra-

ñá-

(1) Atrocidades que executaba el Infante Don Juan Manuel en Zamora: y como salió huyendo de esta ciudad para Burgos, donde executó otras mayores.

ñaron que los llamase el Infante Don Juan Manuel para darles las pagas por el Rey: porque no habia otra caixa de la hacienda Real sino es la suya. Acudiéron los tres á su llamamiento, sin maliciar fraude. Garcilaso de la Vega no hizo buen juicio de la oferta porque sabia lo que tenia en Don Juan Manuel, y éste sabia con mas evidencia lo que tenia en Garcilaso: porque era hombre, no solo de un corazon sino de una cara; y esa la tuvo siempre firme y descubierta á favor del Infante Don Felipe. Excusóse; é importóle su cautela la vida. Dispuso el Infante Don Manuel, que á los otros tres les hiciesen causa de sediciosos; revolvedores del Reyno; de ladrones públicos, que robaban los pueblos: y executó en ellos muerte afrentosa, mandando despues arrojasen los cuerpos de una azotea á una calle pública; donde estuvieron un dia entero, sin que se atreviese la compasion ni el deudo de muchos que asistian al Infante Don Juan Manuel á excusarles aquella ignominia. Todos los vicios son ceguedad de la razon, noche del entendimiento: no es mucho, que siendo tan enor-

mes los del Infante Don Juan Manuel , le faltase luz para conocer que el cuerpo de proceso que hizo contra ellos le fulminaba contra su cabeza. Si se le hace causa de ladrón á un soldado porque cobró con violencia sus sueldos ; no será ladrón el vasallo (sea de la condicion que fuere ) que le roba al Rey su patrimonio aun no dexándole alimentos ? Si seguir por tutor á un tio del Rey, hermano de su padre , se mira como crimen de sedicioso ; seguir á quien no le autorizaba título tan bien colorido no se reputaria por infidelidad facinorosa ? Hizo el Infante Don Juan Manuel , buscando culpa contra el Rey que castigar en los que eran en la verdad vasallos leales y no tenian mas delito que el serlo , que creciese enormemente su crueldad ; pues junto con las vidas intentó quitarles la honra : hizo mas exécrable su culpa quando por minorarla quiso manifestar á los inocentes culpados. La temeridad de este arrojó le ganó universal aborrecimiento ; y muchos de sus mismos vasallos trocaron el amor en odio. Infamó con la muerte de estos tres

muchas familias de la primera estimacion de los Reynos: porque Don García era del Solar de Villamayor y hombreaba con todos los Ricos-Hombres, no teniendo por superior á ninguno; ni en el poder; ni en el lustre; ni en los blasones de la guerra. Juan Rodriguez de Rojas era Rico-Hombre de pendon y caldera: grandeza que tuviéron tambien sus padres y abuelos. Juan Martinez traia su línea en dilatada serie de Infanzones y Caballeros; y él habia añadido con su espada nuevos timbres al escudo de sus armas. Tenian muchas ramas, y todas illustres: con que sembró y cogió cosecha grande de enemigos con haber quitado la vida á estos tres Caballeros, á quien por mas amigos del Infante Don Felipe los miraba como sus mayores contrarios.

Al mismo tiempo le llegó al Infante Don Felipe (que estaba en Sevilla) la nueva de esta atrocidad, y mensageros de la ciudad de Zamora que con humildes rendimientos le suplicaban admitiese el ser su tutor y el defenderlos de la tiranía del Infante Don Juan

Ma-



Manuel (1). Apresuró la jornada el Infante Don Felipe. Púsose en breve á vista de Zamora con gran partida de caballos é infantes, acompañado de Don Alonso Sanchez, hijo del Rey Don Dionisio de Portugal y Señor de Alburquerque; Don Juan Losa de Guzman; Don Suer Perez, Maestre de Calatrava; Don Pedro Nuñez de Guzman, y Don Alvar Perez su hermano; Alfonso Jufre Tenorio, Almirante Mayor de la mar; Alonso Gonzalez de Biezma, Alguacil Mayor de Sevilla. Tuvo noticia el Infante Don Juan Manuel de los intentos con que venia el Infante Don Felipe, y envióle un mensajero en nombre de Don Juan, hijo del Infante Don Juan, y suyo, que le advirtiese que Zamora le habia tomado por su tutor; que se sirviese de no entrar en ella, ó que le aguardase en el campo: que él iria á pelear con él, y á asegurar con la fuerza de las armas el título que de su voluntad le habian ofrecido los ciudadanos. Alcanzóle este mensajero.

(1) El Infante Don Felipe viene llamado de los de Zamora contra el Infante Don Juan Manuel.

sage al Infante Don Felipe en Benialbo, aldea de Zamora sita en las orillas de Duero. Respondió, que él venia llamado de los de Zamora por hallarse de él infamados, no defendidos; que lo que le ofrecieron con violencia hoy se lo quitaban de su grado; que á ninguno en todo el Reyno le tocaba tanto como á él el defender agravios hechos á los vasallos del Rey su sobrino: que sobre esta sentencia favorable que le daba la justicia, le aguardaba en el campo; donde esperaba en Dios y en su razon conseguiria con sus armas victoria. Oida la respuesta, se fuéron acercando las gentes del Infante Don Juan Manuel y de Don Juan, hijo del Infante Don Juan, ácia Zamora, donde se acercó tambien el Infante Don Felipe; y le saliéron á recibir plebeyos, ciudadanos y Caballeros, con grandes aclamaciones en su aplauso y tantas muestras de regocijo, como pudieran cautivos en Argel viendo á su redentor y el rescate de su libertad: ofreciéronle juntamente las llaves del Alcázar y fortaleza; que aunque los poseian amigos que fuéron del Infante Don Juan Manuel, la disfamacion de

sus injusticias y atrocidades los volvió en con-  
 trarios. A este mismo tiempo llegó á su tien-  
 da su Mayordomo , Alvar Nuñez Osorio , con  
 quatrocientos hombres de á caballo ; con que  
 juntó sobre quatro mil caballos y otros tan-  
 tos infantes. Con ellos fué marchando el ca-  
 mino de Corrajes, por donde venia el Infante  
 Don Juan Manuel con su ejército. Pusiéronse  
 los dos ejércitos á la vista y tan cercanos, que  
 apartándose algunas tropas de caballos del  
 Infante Don Felipe pocos pasos del cuerpo  
 del ejército, les arrojaban las lanzas dentro  
 del esquadron del Infante Don Juan Ma-  
 nuel provocándolos á la pelea; pero nunca  
 se atrevieron á desamparar su hueste. Desde  
 las seis de la mañana hasta mas de las tres  
 de la tarde estuvo aguardando el Infante  
 Don Felipe, que cumpliese la palabra el In-  
 fante Don Juan Manuel de buscarle en el  
 campo y pelear con él; y viendo que no le  
 buscaba, por tres veces dió órden de que le  
 embistiesen sus gentes. Los que le asistian,  
 no menos prudentes que soldados, le emba-  
 razaron el que lo executase, diciéndole que el  
 fin del batallar era el vencer: y que ya ha-

bia vencido sin pelear; pues el Infante, que habia braveado tanto fuera de la ocasion diciendo que le buscaria para pelear, habiéndole hallado lo rehusaba. La bizarra impaciencia del Infante Don Felipe no oyó de buena gana consejo tan cuerdo; y dos veces, desnudando la espada y apellidando los soldados de su guardia, abotonó con el acicate al caballo, resuelto á desbaratar aunque fuese con riesgo de su vida el ejército de los Infantes (1). Buena resolucion, si el estrago se hubiera de hacer en infieles; pero habiendo de ser en vasallos, donde no se llora menos el salir vencedor que el haber quedado vencido, sobrado ardor fué y aun culpable. Atravesáronse en el camino algunas partidas de su misma caballería, y detuviéronle. No quiso aguardar el Infante Don Juan Manuel que executase arrebatado de otro furor el Infante Don Felipe lo que le embarazaron en el pasado: y al anochecer dió orden para que

(1) El Infante Don Felipe intentó desbaratar el ejército de su competidor; pero embarazáronse los suyos: y el Infante Don Juan Manuel, no queriendo pelear, se retiró con sus tropas.

que marchasen en orden ácia la villa de Corrales; y advertido el Infante Don Felipe se habia retirado el Infante Don Juan Manuel, se volvió á Zamora.

Tuvo noticia el Rey del riesgo en que habian estado de pelear los que se llamaban tutores: y aunque no habia salido de la tutoría, le aconsejaron, así los Ricos-Hombres que le asistian como los de su Chancillería, les enviase á pedir en su nombre que se sossegasen, advirtiéndole que recaian forzosamente en daño de su corona los encuentros que entre sí tuviesen. Fué elegido para este mensaje Fernan Sanchez de Valladolid; hombre celebrado por mañoso, discreto y eloqüente en aquel siglo. Habló al Infante Don Felipe: y aunque se hallaba superior en gente y en fuerzas, dixo que obedecia al orden del Rey; que sobre ser suyo, lo juzgaba muy conforme á Dios y á la razon; que de su parte estaba pronto á la concordia (1). Lo mismo respondieron el Infante Don Juan Manuel y

Don  
 (1) Los tutores, aunque ofrecieron al Rey reducirse á union, no se concordaron; volviendo á las hostilidades.

Don Juan, hijo del Infante Don Juan. Pero despues de haber trabajado mucho los medianeros en los ajustes, se desconvinieron: porque el Infante Don Juan no queria entrarse en los conciertos de esta paz Garcilaso, alegando que en Villalon le habia querido quitar una vez la vida; y que no queria arriesgarse otra, á que con el seguro de la paz mas á su salvo lo executase. Siempre viven temerosos, los que son deudores de ajenas vidas, de que habrá quien cobre de ellos lo que deben. A esta respuesta replicó el Infante Don Felipe, que él no estimaba menos á sus amigos leales que á su vida: que si él no queria arriesgar la suya, tampoco él la de su amigo; con que se volviéron á sus antiguas discordias. Don Juan Manuel y Don Juan, hijo del Infante Don Juan, se fuéron á Salamanca; y el Infante Don Felipe á Zamora. Dexó Alcaldes en los castillos y fortalezas; jueces y Gobernadores para el gobierno político; y pasó á tierra de Campos, haciendo grande estrago en los pueblos que eran de la tutoría del Infante Don Juan Manuel.

Cada día se apartaban pueblos de la tutoría del Infante Don Juan Manuel y del Infante Don Juan y se agregaban á la tutoría del Infante Don Felipe, por ser mas justo su gobierno y mas humano su trato. Arbitró Don Juan, hijo del Infante Don Juan, ir á Vizcaya, y componer de sus vasallos y parientes algunas compañías con que poder defenderse del poder del Infante Don Felipe y vengar la hostilidad que hacia en los pueblos de su tutoría y del Infante Don Juan Manuel. Cercó á San Pedro de Taice que estaba á devocion del Infante Don Felipe. Era lugar corto y de ninguna resistencia; con que se rindiéron á la hostilidad: pero á este mismo tiempo abriéron las puertas los de la villa de Portillo, que estaba por el Infante Don Juan Manuel, á Alonso de Biezma que llevaba la voz del Infante Don Felipe; y dexando en ellas oficiales de su mano, se volvió con el Infante Don Felipe á Torde-sillas: donde tuviéron habla con algunos Caballeros de Segovia, ofreciéndole franca la entrada y la tutoría que hasta aquel tiempo habia sido del Infante Don Juan Manuel. Obliga-

góles á mudar de mano verse oprimidos de una muger, á quien habia alargado el Infante Don Juan Manuel el gobierno de aquella ciudad. El nombre de esta señora era Doña Mencía, muy emparentada en Segovia: y fuera de eso, los hijos adultos y jóvenes eran muchos; con que todos los oficios honoríficos, políticos y militares, se quedaban en su parentela: de que resultó en ellos, viéndose poderosos, el obrar con desenfrenamiento castigando solo sus temas ó agravios particulares, sin ninguna atención al bien público ni á galardonar los beneméritos si no tenían la recomendacion del parentesco (1). No perdió instante Don Felipe, habiendo tenido la noche antecedente esta noticia. Amaneció el siguiente en Segovia con algunos de sus aliados. Halló abiertas las puertas como se lo habian ofrecido. Llegó á la plaza, que está cerca de la Iglesia de San Miguel, donde mandó tendiesen su pendon, y dió orden que cerrasen todas las puertas; con que no pudo

(1) Los de Segovia se apartan del Infante Don Juan Manuel, y eligen por tutor al Infante Don Felipe.



escaparse Doña Mencía ni ninguno de sus hijos ni aliados: á todos los prendió y los despojó de sus haciendas. Ocupaba el Alcázar un vasallo del Infante Don Juan Manuel, que se resistió á la entrega. No juzgó conveniente el Infante Don Felipe detenerse para combatirle: fió esta diligencia de Garcilaso de la Vega; y dexándole apoderado ya de la ciudad, se volvió á Tordesillas.

Duró poco en el poder del Infante Don Felipe el gobierno de esta ciudad: porque necesitando de la persona de Garcilaso para diferentes empresas, substituyó el gobierno en su hijo Pedro Laso, hombre de valor pero de perdidas costumbres. En pocos dias se hizo tan horrible su nombre en la ciudad y pueblos comarcanos por las continuas violencias y extorsiones, que amotinó contra sí las armas de los ciudadanos, y debió la vida á los pies ligeros de su caballo: pero mitigáron su furor quitando violentamente las vidas á García Gonzalez y Garci Sanchez; y todos los de su familia padecieron el fuego ó el hierro, por haber sido ellos los que introduxéron en la ciudad al Infante Don Felipe.

A esta desazon le sobrevino otra sin comparacion mas sensible al Infante Don Felipe, no solo por haber sido mayor la pérdida, sino por haberse executado por mano de Alonso Jufre Tenorio, Almirante Mayor de la mar, de quien habia hecho siempre el Infante amigables confianzas (1). Entrególe el Alcázar de Sevilla, pareciéndole que solo su asistencia en él le aseguraria el que no intentase otro tutor la ciudad: pero tuvo maña é inteligencia para que excluyesen al Infante Don Felipe, y le publicasen á él por tutor; y autorizó el cargo con un decreto firmado del Rey (que se le consiguió Pedro Alonso de Benavides, deudo cercano suyo que tenia officio en el palacio del Rey) en que le mandaba tuviese aquella ciudad en su nombre y á su servicio hasta que saliese de la minoridad. Este decreto mañosamente conseguido le dió osadía para executar destierros de personajes tan superiores que se fuera con tien-to el Rey en executarlos. Echó de la ciudad

(1) El Almirante Tenorio se apodera de la tutoria de Sevilla, quitándosela al Infante Don Felipe: y las violencias de que usó.

dad á Doña María Alonso , muger que fué de Don Alonso Perez de Guzman, y á Don Juan Alonso su hijo ; que eran Señores de San Lucar de Barrameda , Medina-Sidonia, Belge-Roca y de Ayamonte. El mismo ajamiento padeció Pedro Ponce su nieto, hijo de Don Fernando Ponce Señor de Marchena; y Don Luis, hijo de Don Alonso de Guzman y nieto del Infante Don Fernando; y Don Pedro Nuñez de Guzman y Alonso Fernandez de Saavedra, Alcalde Mayor de la ciudad. Juntó al destierro el desposeerlos de todos sus bienes. Aunque mas oro desperdicien los aliados y parciales á fin de sobredorar semejantes yerros, en la difamacion de los siglos siempre se juzgarán enormes: porque es sacrilegio en la judicatura, el que se pregone la pena y no se diga tambien á pregones la culpa; si ya no es que sin necesitar de agena voz se pregone ella misma con el público escándalo. Esta noticia le sacó al Infante Don Felipe de sí y de Castilla. Partió en las alas de su enojo á la frontera. Llegó á Carmona, donde halló acogida; como tambien algunos de los Señores que habia destier-

cerrado de Sevilla el Almirante. Aquí tuvo noticia, de que algunos Caballeros de Xerez tenian trato con el Almirante á fin de admitirle por tutor. Entró de secreto en la villa: y hallando ser cierta la noticia; sin tomar mas consejo que el que le dió el furor de su enojo, hizo cortar las cabezas á diez hombres de los primeros del lugar (1): horrible injusticia; pero venial, si se compara con el motivo que fingió para la atrocidad: porque echó voz de que tenian trato con los Moros para entregársela, y que les habia quitado la vida por traidores. Feísimo borracho echó el Infante Don Felipe en la plana de su vida: no la esperen mas limpia los poderosos que no dieren tiempo al enojo; treguas á la indignacion y á la cólera, madre de semejantes monstruos. Desde Xerez se volvió el Infante á Carmona; de donde tomó el camino para Palencia, porque faltaban ya pocos dias para cumplir el Rey los catorce años y salir de la minoridad, en que era preciso

(1) Atroz castigo que executó en Sevilla el Infante Don Felipe.

mudasen cara todas las cosas del Reyno: y quiso estar á la vista, para poder deliberar en sus conveniencias con mas seguros fundamentos, sin necesitar de agenos informes.

El año de mil trescientos veinte y dos de la natividad de Christo bien nuestro, en el mes de Agosto, dia de San Hipólito Mártir, cumplió el esclarecido Rey Don Alonso los catorce años; término de su edad pupilar, y principio de su juventud y Reynado: dia felicísimo para los Reynos de Leon y Castilla, en que les amaneció el sol sin nubes, despues de tantos años en que no habian visto sereno su rostro; sin ceño sus luces; sin aciagos eclipses sus resplandores. Con estudio dilaté hasta esta ocasion el escribir los desvelos que puso la bienaventurada Reyna Doña María en su Real educacion: porque el testimonio mas auténtico de la buena crianza son las buenas costumbres; y luego que se puso el Rey Don Alonso á vista de sus vasallos, le reconocieron tan cabal en quantas prendas podia desear su cariño y sus aflicciones, que hizo fe irrefragable, aun en los mal contentos, de los esmeros que puso la Reyna su abuela en su educacion.

Es verdad que por benigna providencia del cielo nació el Rey Don Alonso bien dotado de la naturaleza, así en las perfecciones del cuerpo, como del alma: era gentil en la disposición; robusto en sus miembros; agradable en el rostro, sin que lo risueño le embarazase lo magestuoso. Echara menos la gallardía de su alma estas bizarrías del cuerpo (1): dotósele Dios de perspicaz entendimiento; de feliz memoria; y de voluntad en extremo dócil: y tan rendida á la razón, que no solo oída de sus Consejeros sino de boca de un plebeyo, la obedecía. Estas dotes son basa, que sin ella está siempre temeroso el edificio que se intenta fabricar de virtudes y perfecciones; pero ella por sí no es suficiente para formar un grande héroe: importa, para que se logre, la educación; pero sin la educación no se conseguirán los logros. Importa, para que no malogre el artífice y el maestro los cuidados con que intenta pulirla y hermosearla, y para que en

(1) Prendas Reales de que le dotó Dios al Rey Don Alonso: y como las perfeccionó en su crianza su abuela la Reyna Doña María.

pocos dias y con poco afan , no faltando en la materia resistencia , logre la sabiduría sus destrezas: pero si las lecciones , si las advertencias no la adelantan y mejoran , no pasará su estimacion de diamante bruto ; que por no ser lo que pudo ser está siempre arrimado , quando los de su fondo brillan en las manos de los Príncipes ó en las coronas de los Reyes. La mayor parte de estas perfecciones debió á la continua asistencia de la Reyna su abuela : pero siempre le queda gran lugar para la gloria y estimacion á su ayo Martin Fernandez de Toledo , y á los criados que le puso la Reyna mas inmediatos á su persona ; de quienes hacia tanto exâmen la Reyna ántes de admitirlos al palacio , que su eleccion era calificacion de sus vidas y de la integridad de sus costumbres. Hasta de los pages donceles , hijos de los Ricos-Hombres y de los Caballeros Infanzones , hacia riguroso exâmen de sus genios é inclinaciones , para que en ninguno viese el Rey accion que le estoviese mal imitarla. Cuidó de que siempre leyese y le leyesen libros , que no solo fuesen por la materia útiles , sino es tambien en el

estilo elegantes; con que consiguió eloqüencia tan cortesana, que en las primeras juntas donde asistió lo principal de los Reynos (habiendo quitádose la corona de la cabeza porque no entrase la autoridad á querer parte en el triunfo de su eloqüencia) se hizo oír, admirar y obedecer como Rey. En la comida y bebida le puso tambien tasa; con que se crió sano y robusto: y conservó en el resto de su vida esta parsimonia de calidad, especialmente en la bebida, que parecia imposible pudiese en los continuos afanes de la guerra y de las jornadas tan freqüentes conservarse en tan estrechos límites.

Los criados y palaciegos, que por mas cercanos al Rey Don Alonso conocian mejor lo superior de sus ventajas, le persuadiéron varias veces entrase gobernando por sí; á que se añadian los clamores del Reyno oprimido de los tutores: pero nunca quiso dar oídos á estas pláticas; ántes les respondia con prudencia superior á sus años, que era su obligacion entrar administrando justicia, y que no era buen camino para administrarla deberles nada de gracia. A los principios del



mes de Setiembre, entrado ya en los quince años, convocó á los que tenían voz de tutores; á los Prelados; Ricos-Hombres; á los Maestros de las Ordenes y á los Procuradores de las ciudades que tenían voto en Cortes, á que se juntasen en Valladolid, por ser ya cumplido el plazo en que habia de empezar á gobernar por sí el Reyno: porque deseaba oír en Cortes universales sus pareceres, con cuyas advertencias esperaba suplir los defectos forzosos en sus pocos años (1). Todos obedecieron, sin atreverse ninguno de los tutores á mostrar resistencia: porque estaban muy entendidos de que en los mas no era voluntad el haberlos seguido, sino necesidad de ver que, no habiendo Rey que los amparase, qualquiera mudanza era peor; porque los pretendientes á las tutorías, solo aguardaban á que les hiciesen aquella gracia, para ser peores con los que se les sujetaban. Concurrieron á Valladolid todos; y ántes de juntarse en las Cortes, salió el Rey de la villa

acom-

(1) Cortes convocadas á Valladolid, para que el Rey salga de la tutela y tome el gobierno del Reyno.

acompañado de los Infantes, Ricos-Hombres y Prelados, y de toda la nobleza del Reyno, con su pendon tendido fuera de los muros de la villa. No pudo contenerse en los corazones de los vasallos el regocijo grande de haber visto á su Rey, habiendo estado tantos años sin él los Reynos, y rompiéron afuera en estruendosas voces de vítores, aclamaciones y aplausos. Como era tan hermoso y tan bien apersonado el Rey, y se halláron con él á los ojos casi inopinadamente, le juzgáron venido del cielo para remedio de sus calamidades.

Abriéronse las Cortes: en la primera session renunciáron las tutorías (1) el Infante Don Felipe; el Infante Don Juan; Don Alonso, hijo del Infante de la Cerda, y pusieron en manos del Secretario las cartas blancas que tenian con el nombre del Rey; y el Infante Don Juan Manuel el sello que habia hecho hacer con nombre del Rey para firmar en los lugares de su tutela los despachos. Hecha esta funcion, habló el Rey con

se-

(1) En las Cortes renuncian los tutores las tutorías.

semejantes razones á los Capitulares que asistian en las Cortes. *Esta primera operacion de Rey debe empezar por accion de gracias á Dios, supremo Rey y universal Monarca, de quien todos los Emperadores y Reyes de la tierra son vasallos humildes; y deben blasonar de serlo: porque sin duda será mas glorioso Rey quien se le rindiere con mas humilde vasallage. De su mano reciben los Reyes de la tierra la potestad y el cetro; y así, como mas obligados deben mostrarse mas agradecidos: y en mí fuera la ingratitud mas fea; porque han sido mas sensibles los beneficios en tantos lances adversos en que ha andado tan varia la fortuna, que le agradezco como milagro este tiempo en que me ha dado lugar á coronarme á pesar de tantos riesgos de que, ó le faltase Reyno al Rey, ó Rey al Reyno. No os refiero lo que ignorais; haré solo recuerdo, para que me ayudeis á serle agradecido á Dios. Todas las minoridades desde que hay cetros hereditarios han padecido sediciones; malcontentos; tumultos; ambiciosos; demasías de vasallos inquietos y de soldados licenciosos: pero en la mia han*

sido mayores las monstruosidades; mas desenfrenados los desahogos; y han vivido tan abandonados los leales, que el guardar fe al Rey, si no se capitulaba por traicion, se aborrecia por singularidad. Volved los ojos, si acaso os dexan libre la vista las lágrimas, á los Reynos de Leon y Castilla: solo hallaréis de las ciudades y pueblos los cadáveres; y de muchos que á solo el hierro y el fuego aun los huesos no encontraréis, porque los reduxo la llama y el incendio á pavesas. En otros dura la armazon sola de los edificios y casas: porque la tiranía de los que podian mas les obligó á dexar sus patrias, buscando abrigo en los Reynos extraños de Portugal de Aragon y Navarra. De las rentas que me tocaban por mi patrimonio percibia escasamente para mi sustento; con que la dieta en mí la juzgarian unos virtud de templanza, y otros fuerza de la necesidad. Consumíanse todas, no en hacer guerra á los enemigos de Dios y de mi corona, sino en batallar unos contra otros los tutores; pagando el Rey con sus rentas las muertes de sus vasallos, las ruinas de su Rey-

no y los destrozos de su púrpura. De los estragos en la administracion de la justicia no se puede hablar sin quebranto del corazon: como son siempre mas los malos, y cada uno procuraba mas poder para ofender y defenderse, en vez de castigo hallaban en ellos sagrado los delinquentes. Eran castigados como delinquentes los vasallos humildes porque defendian sus pobres hacenduelas, y se les daba galardón á los que se las robaban. Llegaron estos atrevimientos al cielo: pues nunca se vió en Castilla mas olvidado el culto de lo divino; con mas desprecio lo religioso y lo sagrado. No os admirará ya el que repunte por milagro estos pobres girones de púrpura que me visten: porque sin Dios y sin justicia, que son las bases sobre que se funda la estabilidad de los Reynos, mas debeis extrañar esto poco que me queda que no lo mucho que me falta. No pretendo por ahora mas castigo de estos delitos, que el que sepais que yo los sé. Si pretendiera otro castigo, lo reservara en el pecho el silencio hasta que los publicase la venganza: con haberlos propuesto se ha des-

en-

enconado mi enojo. Ofendisteis á un Rey niño; y en los niños son fáciles de acallar los enojos: pero advertid que dexé ya la infancia, para que eviteis las reincidencias; en que sobre tanta paciencia, se carga de mucha razon el dolor.

Lo que ahora solicito es que supla vuestra lealtad con la union amigable de unos y de otros, y con la union á vuestra cabeza, lo que le falta de fuerzas y de vasallos al Reyno. Mi ánimo, como lo sabe Dios que solo ve los corazones, es mantener mis pueblos en justicia, en paz, en abundancia; sin perdonar fatiga ni incomodidad propia por adelantar la salud pública y el bien comun de mis vasallos, ordenando la paz entre ellos para hacer sangrienta guerra á la morisma: á que se siente tan inclinado mi pecho, que no puedo dudar, mirándome á mí mismo, el que soy nieto del bienaventurado Rey Don Fernando. Sin esta union, no solo será imposible intentar aquellas empresas, sino el mantenerme yo en el Reyno y manteneros. Un brazo ó un pie separado del cuerpo, aunque le dexé impedido,

do, suele tambien dexarle viviente; pero separada la cabeza del cuerpo, en lo natural queda tronco sin vida, y en lo político cadáver sin alma: porque la fuerza que es bastante á destruir la union de la cabeza con el cuerpo lo es tambien para desunir el alma que le informa. En todo linage de vasallos tiene vigor esta razon; pero mas en los vasallos sobresalientes, en quien es tambien fea la desunion y desobediencia á su Príncipe: pues es sobrada demasía el que, debiéndole la potestad de mandar á muchos, no quieran obedecer á uno. Yo estoy pronto á discurrir por todos mis Reynos para ordenarlos en justicia y en christiandad: ruego á los venerables Prelados, Ricos-Hombres y demas votos que asisten á estas Cortes, me adviertan con ingenua sinceridad los medios que pudieren discurrir para que con mas seguridad lleguen á execucion mis deseos. No pretendo que me regaleis los oidos con adulaciones, sino que me abrais los ojos con advertencias que aunque me duelan á mí aprovechen al Reyno.

Acabó su razonamiento el Rey: y con  
afec-

efecto del corazon los mas de los que asistian á las Cortes, obligados del poder de la verdad todos, en gritos de aplauso le publicaron por hombre venido del cielo y concedido de la piedad divina á los clamores de las aflicciones públicas. Concediéronle de su voluntad, así los Prelados como los Ricos-Hombres y los demas Personeros, cinco servicios para el gasto de las jornadas que intentaba, y una moneda forera para los sueldos de los soldados Castellanos que asistian en las fronteras; y consiguieron á la primera insinuacion, el que guardase á la nobleza los privilegios y fueros que les concedieron sus antecesores: con que se disolvieron las Cortes; y el Rey dispuso su casa, eligiendo las personas que juzgó mas convenientes para los oficios y gerarquías de su palacio. Tenian Garcilaso de la Vega y Alvar Nuñez Osorio, personas de su cariño, el lado del Rey mucho ántes que saliese de la edad pupilar; con que llegaban á oídos del Rey sus ventajas (1): pero no el contrapeso de sus defectos. Alababan sus  
gran-

(1) Oficios que proveyó el Rey de la Casa Real.



grandes entendimientos, su actividad, su valor: pero callaban algunos borrones que no poco los deslucian; con que el Rey se les aficionó y honró con los primeros oficios de su casa, consultándolos en todos los negocios dificultosos. Quedóse tambien en el palacio con la honra de Camarero mayor Martin Fernandez de Toledo su ayo; y por Consejeros Don Nuño Perez, Abad de Santander, Canciller que fué de la Reyna Doña María, y el Maestre Pedro, Canciller por el Arzobispo de Toledo, á quien hizo despues el Rey Cardenal. Persuadióle el Infante Don Felipe su tio á que admitiése por Almojarife á un Judío que se llamaba Don Juzaph de Ecija, que se hizo gran lugar en el palacio del Rey y en los Reynos.

Esta eleccion de oficios y de Consejeros irritó mucho los ánimos del Infante Don Juan Manuel y de Don Juan, hijo del Infante Don Juan. No hallaban en todos los personages que el Rey habia puesto á su lado ninguno que hubiese sido de su parcialidad en los tiempos que duró la tutela: todos habian sido de la confidencia del Infante

Don

Don Felipe. Se persuadiéron habia sido la eleccion suya y no del Rey; y que teniendo siempre éste á su lado personas que aborrecian su nombre, tendrian el corazon del Rey para sí mal afecto. No estaban exercitados en la obediencia de vasallos, ni en los medios de rendimiento que deben tener al Rey los súbditos aun quando son justos los motivos de mostrarse quejosos: que es representar sus razones, é insistir con las súplicas; y así usáron del rompimiento. Saliéronse de Valladolid con sus compañías, recatando del Rey la noticia (1), y entráron en Cigales, lugar de Don Juan, hijo del Infante Don Juan, publicando se retiraban del Rey porque intentaba darles la muerte. Siendo tan iniquos los vicios, que son la misma iniquidad, suelen guardar justicia con los que los cometen. Habia de morir el Infante Don Juan; pero sin voz de pregonero: y porque no faltase esta circunstancia afrentosa, su pecado le obligó á que pregonase su culpa en su pena. Confe-

(1) Salen de la Corte el Infante Don Juan Manuel y Don Juan, hijo del Infante Don Juan.

federáronse en Cigales contra el Rey: y para hacer mas firmes entre sí las alianzas, le dió palabra el Infante Don Juan Manuel de darle á su hija Doña Constanza por esposa. Díxose que habian partido una hostia consagrada y consumídola á medias, haciendo testigo al sacramento, de que habian de ser unos contra el Rey defendiendo cada uno la vida del otro con su vida.

No pudo dexar de darle cuidado al Rey la liga de dos vasallos tan poderosos; y mas siendo ambos confidentes de Don Alonso, hijo del Infante Don Fernando de la Cerda, que tanto dió en que entender á Castilla con su derecho pretenso al Reyno. Despues de muchas consultas, le pareció al Rey conveniente oponer al gran daño que amenazaba gran remedio: envióle un mensagero á Don Juan, hijo del Infante Don Juan Manuel, que le hiciese cierto de que el Rey queria á su hija Doña Constanza por esposa (1), y que le haria Adelantado en su Reyno; y que le

(1) El Rey ofrece casarse con Doña Constanza, hija del Infante Don Juan Manuel.

le daría en rehenes el Alcázar de Cuenca, el castillo de Huete y Lorca: que lo gozase todo el tiempo que no tuviese heredero en su hija, y que lo restituyese al patrimonio Real en teniéndole. Aceptó y firmó los conciertos Don Juan; tan decorosos á su casa y persona, que fuéron alguna excusa en lo humano para haber violado los tratados que pocos dias ántes habia hecho con Don Juan, hijo del Infante Don Juan, con solemnidades y fórmulas tan agravantes. Conseguido el beneplácito, rogó el Rey al Infante Don Felipe su tío, y á la Infanta Doña Margarita su muger, le hiciesen gusto de ir á Peñafiel por su esposa: así lo executáron, acompañándolos muchos Ricos-Hombres é Infanzones y toda la primera nobleza del Reyno. Vino con ella su padre el Infante Don Juan Manuel, y entráron en Valladolid; donde fué mas ostentoso el recibimiento. No tenia edad competente la Reyna; ni tampoco se juzgó conveniente á los pocos años del Rey el que se juntasen en un lecho: y así señalaron quarto separado á la Reyna y á Doña Teresa, aya que habia sido del Rey, por

aya

aya que la asistiese y educase. Firmó despues despachos en que le nombraba al Infante Don Juan Manuel por Adelantado de las fronteras, y cartas en que mandaba á todos los Oficiales le obedeciesen como á su persona misma en todo lo que fuese conveniencia del Rey y del Reyno: con que sin detencion se partió el Infante Don Juan Manuel á la frontera, y el Rey salió de Valladolid á la visita de los Reynos.

La primera visita fué á Baldenebro, lugar cercano á Valladolid; pero de moradores tan insolentes, que todo el tiempo de la edad pupilar del Rey lo gastaban en robos: salian de su castillo á los caminos, salteando, robando y matando, sin temor de la justicia por tener la surtida tan cerca. Enojóle al Rey mucho que prosiguiesen, quando ya tenia manos para empuñar el cetro, en las atrocidades que quando las tenia en la cuna faxadas; y ofendido de su descaro, quiso executar en él el primer castigo. No le quisieron abrir las puertas los malhechores: entróle por fuerza y mandólos ajusticiar á todos, para que este rigor hiciese hecho en semejan-

tes delinquentes y los escarmentase. De allí pasó á Burgos para apoderarse del castillo sobre que habia habido en el tiempo de la minoridad reñidos litigios. Desde allí envió mensageros á Don Juan, hijo del Infante Don Juan, rogándole con la paz y ofreciéndole sobre sus puestos y rentas nuevos adelantamientos en el Reyno, con que viniese á su servicio. No estaba de ese parecer Don Juan; pero por poder ayudar con su presencia á muchos de los Burgaleses confidentes suyos que tenian horribles procesos contra sí y los tenia el Rey presos en las cárceles públicas, fingió que venia gustoso al servicio del Rey: y aunque es cierto no se le escondría al Rey su obrar cauteloso, procuró hacerle tantos gustos en los ruegos que le hizo por los delinquentes, que quizás hubieran bastado á trocarle el corazon viéndose tambien destituido del amparo del Infante Don Juan Manuel, si á esta sazón no hubiera recibido una carta suya desde la frontera, en que satisfacia á las quejas que contra él habia publicado y revalidaba los conciertos que habia hecho con él en Cigales de estar siem-

pre á su lado y patrocinarle con todo su poder si el Rey intentase agraviarle. Aceptó Don Juan la satisfaccion y procuró el favor del Rey de Aragon y del de Portugal, y recusitó en el Infante Don Alonso de la Cerda las cenizas frias del derecho que tenia á los Reynos: todo á fin de hacer guerra al Rey de Castilla. No solo tuvo el Rey Don Alonso noticia de sus intentos, sino de los principios; de los medios; de los progresos; de los que habia logrado su maña; y de los que se le habian malogrado por no haber hallado el amparo que él juzgaba seguro en los Príncipes: hasta de los interlocutores de quien hizo confidencia tuvo entera noticia; pero supo y pudo recatarla en su pecho, hasta que llegase la ocasion de usar el último rigor con quien no solo no aprovechaban las medicinas suaves sino hacia vanagloria de que por temerle el Rey le acariciaba.

Hallábase el Rey en Toledo prosiguiendo la visita de sus Reynos; desde donde escribió á Don Juan, hijo del Infante Don Juan, rogándole se viesse con él en Toro: porque tenia ya disposicion para pasar á la fronte-

ra, y deseaba mucho su lado para dar feliz principio contra las empresas de los Moros; y llevaron orden los mensageros, de insinuarle no perdiese esta ocasion porque les constaba tener ánimo el Rey de honrarle con la mano de la Infanta su hermana. Llevaba esta oferta mucha pólvora (1): porque sabia el Rey habia solicitado Don Juan esta boda por medio de Doña Sancha, aya de la Infanta Doña Leonor hermana del Rey; con que se le hizo verisímil la promesa. Respondió que era para él grande honra la oferta que le hacia S. M; pero que no podia dexar de representarle los sobresaltos con que le hacia vivir el estar Garcilaso tan inmediato á su persona, siendo declarado enemigo suyo. Volvió á asegurarle el Rey por sus cartas de que apartaria á Garcilaso de su palacio, y que se viniese á Belmer, lugar suyo; y que allí le enviaria mensageros con quien deliberase los medios de su seguridad: que todos los admitiria, por tenerle á su lado. Admitió

(1) El Rey con cautela procura atraer á Don Juan, hijo del Infante Don Juan.



tió este medio Don Juan: vino á Belmer; donde le envió el Rey á su valido Alvar Nuñez Osorio, el mas valido de los que asistian al Rey. Afeóle mucho el que un hombre de su sangre, hijo del Infante Don Juan y nieto del Conde Don Lope Señor de Vizcaya, alegase excusa tan indigna para no venir á la merced del Rey, como de recelarse de Garcilaso que era como uno de sus muchos vasallos: y que si en Garcilaso no recelaba la persona sino la sombra que el Rey le hacia; que estuviese cierto de que tenia él mas cabida en la gracia del Rey, y que la esforzaria toda en su defensa: y que para su mayor seguridad le hacia homenaje de vasallo (y tomándole la mano se la besó como á su Señor) de que estaria en todo trance y su lado. A que respondió Don Juan, obligado de tan corteses rendimientos, que ponía su cabeza en sus manos; y que la mejor respuesta que podia dar al Rey era obedecerle sin ella. Viniéronse ambos juntos á Toro confiriendo los medios para asegurar la boda con la Infanta Doña Leonor, en que le ofreció Don Alvar Nuñez hacerle buenos

tercios. Tuvo el Rey noticia de la venida, y salióle á recibir fuera de la villa; llegó con él hasta su posada, y convidóle á comer el dia siguiente: ese dia, que lo fué de todos los Santos, le mandó matar el Rey (1). Muriéron tambien á su lado dos Caballeros vasallos suyos; García Fernandez Sarmiento, y Lope Aznares de Hermosilla: y prendiéron á Juan Alvarez Osorio. Ninguno preguntó la causa de su muerte: porque sabian todos causas para que les quitasen muchas vidas. Sin embargo, quiso el Rey hacer manifesto de los delitos, así por lo singular de la persona, como por la irregularidad con que se executó la sentencia. Hizo llamar á los principales del Reyno; y subiéndose á un trono encubertado de paños negros, les habló en esta forma. *Todos sabeis las atrocidades que obró Don Juan en el tiempo de mi minoridad: los desacatos contra mi santa abuela, Reyna, tutora y Gobernadora legitima de mis Reynos. Ofrecíle el perdon de ellos*

(1) El Rey mandó matar á Don Juan, hijo del Infante.

ellos en las Cortes, con apercibimiento de que hubiese emienda en lo de adelante. La emienda fué solicitar la amistad del Rey de Aragon, casando con Doña Blanca hija del Rey Don Jayme y heredada en muchos lugares de Castilla, para hacerle mas poderoso contra mí; y ofrecerle al Rey de Aragon, si le hacia dichoso con la mano de Doña Blanca, ayudarle á que recuperase los lugares que yo le tenia usurpados en Castilla. Envió tambien sus mensageros á Portugal, pidiéndole al Rey le librase la cantidad de maravedises que libró á su padre; y que le ayudaria en las guerras que tuviese contra el de Castilla. Paráron en poder mio los ajustes firmados de Lorenzo Perez Dueñas, Escribano que era de Don Juan. Quien firmó estas cartas contra mí; no os parece que firmó tambien contra sí sentencia de muerte? Aun añadió delito mas feo y mas horrible, inquietando á Don Alonso de la Cerda para que tomase la voz de Rey de Leon y Castilla; intentando resucitar los motines y sediciones que trabajávon tanto los Reynos en tiempo de mis gloriosos abuelos: con que se conocen sus feos y

*abominables alevosías; y así le declaro por traidor é incurso en crimen de lesa magestad.* Aunque tuvo Don Juan tantos aliados en vida, ninguno se atrevió á sacar la cara en la muerte: publicado una vez por traidor con tan justas causas, la propia sangre le desconoció; no es mucho el que los amigos le olvidasen.

Salió el Rey el dia siguiente de Toro; y fué tomando posesion por su persona, y por algunos de sus criados, de todos los lugares y castillos que tenia Don Juan en los Reynos: que serian mas de ochenta; é incorporólos en la corona. No dexó Don Juan sucesion de varon: solo le quedó una niña de pocos meses; y el ama que la criaba, sabida la muerte de Don Juan su padre, se retiró con ella á Bayona de Inglaterra: y poco despues Doña María, madre de Don Juan que vivía retirada en el monasterio de Perales, le vendió al Rey el Señorío de Vizcaya interviniendo Garcilaso de la Vega en el contrato; y envió el Rey vasallos que tomaron en nombre suyo la posesion, y se intituló por muchos años Señor de Vizcaya.

Aun-

Aunque interesó mucho el patrimonio Real con el espolio de Don Juan (1), interesó mas con su muerte: porque faltándoles aquel asilo á los facinerosos y malcontentos, procuráron servir al Rey con fineza mereciendo el indulto con sus hazañas y lealtad. Libre de este padrastro, se aplicó el Rey á hacer guerra á la morisma: y miéntras se juntaban las compañías de los Concejos, pasó á Segovia; hizo pesquisa de los principales delinquentes que por quitar las vidas á los que fuéron parte en introducir al Infante Don Felipe en la tutela de aquella ciudad no tuviéron respeto á Dios ni á su templo, poniendo fuego á una de las principales Iglesias para que pudiesen en el incendio sus enemigos (2): substancióles la causa; y á proporcion de los delitos les señaló diferentes castigos; murieron unos arrastrados, desquartizados otros, muchos á cuchillo, y á fuego los que no reparáron en que-

(1) Con la muerte del Infante Don Juan faltó abrigo á los malcontentos.

(2) Castigos exemplares que mandó el Rey executar en Segovia.

quemar las custodias porque alcanzase á sus enemigos la llama. Antes de salir de esta ciudad, viniéron al Rey mensajeros del Orden de Calatrava que le informáron de las hostilidades que el Maestre de su Orden, Garci Lopez de Chaves, habia executado en el tiempo de su minoridad entregando las tierras del Rey y violando los estatutos de la Religion (1). Despachóle un mensajero el Rey, mandándole que compareciese á responder á los cargos. Su conciencia delinqüente le acobardó tanto, que se huyó del Reyno y pasó á Aragon á la Encomienda de Alcañiz: acreditó con la fuga los delitos; y proveyó el Rey el Maestrazgo en Don Juan Nuñez Clavero, que era entónces del Orden. Este puso toda diligencia en recobrar los castillos y fortalezas que habia enagenado su antecesor, y los conservó siempre á favor del Rey. Fué Don Juan Nuñez hijo de la Infanta Doña Blanca, Señora de las Huelgas  
de

(1) Deposition de Garci Lopez de Chaves del Maestrazgo de Calatrava, siendo elegido Don Juan Nuñez.

de Burgos, hija del Rey Don Alonso de Portugal y hermana de su Rey Don Dionis; y húbole en ella un Caballero, por nombre Carpentos.

Desembarazado el Rey de estos negocios aceleró la jornada á las fronteras. Para que le acompañase con mas séquito, le dió á su valido Alvar Nuñez Osorio por juro de heredad á Belmer, y le hizo Alcayde de todos los castillos y fortalezas que poseia Don Juan, hijo del Infante Don Juan; y le mandó le siguiese con todas sus compañías. Avisó tambien al Infante Don Juan Manuel para que le siguiese asistiendo con todas sus gentes en esta empresa. No pudo ignorar éste, que uno de los capítulos que coadyuváron á la muerte de Don Juan, hijo del Infante Don Juan, habia sido la carta que le escribió desde la frontera ratificando la confederacion que habian firmado en Belmer; y receló á semejante culpa semejante castigo: y para asegurarse del Rey desde que supo la muerte de Don Juan se empezó á entender por cartas con el Rey de Granada. Excusóse de no ir á su llamamiento: y por mas que

que procuró adornar la excusa, conoció el Rey no era ningun motivo de los que alegaba la causa de su desobediencia; pero no fué bastante el retiro de Don Juan Manuel para que desistiese el Rey de sus intentos. Envió Legados al Papa solicitando le concediese algunas gracias para esta guerra. Partió desde Segovia á Madrid, donde se detuvo algunos dias por haber hallado en él á su tío el Infante Don Felipe enfermo del accidente de que murió: y habiendo asistido á sus honras, pasó á Mérida; donde le aguardaban los Caballeros del Orden de Santiago, sus Comendadores y Freyles, con su Maestre Garci Fernandez. Habia llegado el Maestre á lo último de su ancianidad, inhábil para los exercicios de la milicia: renunció espontáneamente el cargo en manos del Rey, suplicándole le proveyese en quien pudiese servirle. Digno es de memoria quien se jubila de su mano: porque son pocos los que no cuentan por agravio el que los jubile la agena. Dióle el Rey gusto concediéndole lo que de verdad pedia por merced; y en su lugar eligieron los Comendadores y Freyles á

Don



Don Basco Rodriguez de Cornago (1), que en breve se habilitó y siguió al Rey á las fronteras.

Desde Mérida partió el Rey á Sevilla; y fué recibido de aquella nobilísima ciudad con tan singulares demostraciones de alegría, que no se lee ninguna en la cultura de nuestros siglos que en aquella entrada magestuosa no se admirase. Erigiéron arcos triunfales: hermoseáron á trechos las calles y plazas con aparadores en que las piezas de oro y plata se miraban con desprecio al lado de tantas piedras preciosas que en aliñosa proporcion los enriquecian (2). No fuéron menos de admirar las telas de oro y seda que desde la puerta de la ciudad hasta el palacio adornaban las calles, sin que tuviesen los ojos un vacío en que tropezar. El rio Guadalquivir fué teatro muy señalado á los regocijos. Estaba poblado de diferentes esquadras de galeras y barcas: en unas se veian saraos y se oian diferentes instrumentos músicos;

otras

(1) Eleccion de Maestre de Santiago.

(2) Entrada solemne del Rey en Sevilla.

otras se embestian en guerra festiva. Asis-  
 tió el Rey gustosísimo á estos festejos por-  
 que conocia se los dedicaba mas el corazon  
 que la ceremonia; mas la voluntad cariñosa  
 que la obligacion de vasallos. Pasados los  
 dias de las fiestas, presidió el Rey á una jun-  
 ta, á que convocó los cabos principales de la  
 milicia y consultó con ellos por dónde se-  
 ria bien empezar la guerra contra los Mo-  
 ros. Fuéron muy contrarios los pareceres: por-  
 que cada uno hallaba razones para que fue-  
 se conveniente hacer la guerra á los lugares  
 de los Moros que alindaban mas con sus tier-  
 ras, por alargar de sus propios paises las  
 hostilidades. Los mas desinteresados convi-  
 niéron en que era de mas consequencia cer-  
 car á Olbeva (1): así se executó; y siendo  
 la villa muy fuerte, la combatiéron con tan-  
 to valor, que en pocos dias salieron á pac-  
 tar: y debieron á los ruegos de un Moro,  
 llamado Ozmin que venia en compañía del  
 Rey Don Alonso, el librar las vidas y las  
 ha-

(1) Diferentes lugares que ganaron de los Moros las armas del Rey.

Asis-  
por-  
razon  
ñosa  
los  
jun-  
de la  
e se-  
Mo-  
por-  
fue-  
gares  
tier-  
las  
nvi-  
cer-  
ndo  
an-  
ac-  
oro,  
del  
las  
ha-  
ros

haciendas. Pasó á la villa de Pruna. Tenia esta villa un castillo que la defendia, fabricado sobre una peña inaccesible, donde estaban algunos Moros de guardia. Ofreciéronse al Rey los Christianos á escalarla: admitió el Rey su ofrecimiento, y les hizo grandes ofertas si lo conseguian. Acompañaron su valor de industria: y taladrando la peña con barras de hierro, trepáron hasta la eminencia del risco sin ser sentidos de los Moros que estaban de guardia. Al mismo tiempo combatia el Rey la parte de la villa, donde estaba la poblacion, con los ingenios y máquinas militares: con que divertidos los Moros, pudieron los que trepáron la peña echar escalas por donde subieron los Castellanos. Despeñáron á los Moros que estaban de guardia; y tremolando en el castillo la bandera del Rey Don Alonso, se diéron por perdidos los de la villa y se entregáron á la merced del Rey. Pasó con sus gentes victoriosas á Ayamonte y á la torre del Alpaquin, que se le entregáron sin resistencia. Volvióse despues de estas conquistas á Sevilla; y rindió á Dios públicas gracias en su templo de

de Santa María, reconociéndole por único autor de sus felices principios en las guerras contra los Moros (1). A pocos días que tuvo de estancia en Sevilla, le llegó nueva de que su Almirante Jufre Tenorio habia desbaratado la armada del Rey de Granada, aunque eran sus baxeles superiores en número y en grandeza á los nuestros. Supo como le habia tomado tres galeras y echado á fondo otras quatro; que habian sido muchos los muertos, y mil y doscientos los cautivos. No hay modo mas usurero, como ni mas lícito para empeñarle á Dios en nuevos favores, que el agradecer los recibidos. Tuvo nueva el Rey de que se acercaba el Almirante, y salió de la ciudad á recibirle: honra que estimó mas que otros premios de mucho interes y conveniencias. Si usaren de este arbitrio los Reyes, no echarán menos los tesoros para tener contentos á los vasallos de obligaciones. En sí tienen las minas, como recaben de sí el allanar la magestad á atenciones obsequiosas con sus vasallos beneméritos.

Bue-

(1) La armada del Rey derrota á la de los Moros.

Buena oportunidad le pareció ésta al Infante Don Juan Manuel para que desease el Rey de Granada su confederacion, con que divertidas las fuerzas del Rey de Castilla en las guerras civiles que él maquinaria dentro del Reyno, no podia hácerle tan á su salvo la guerra (1). Así lo conoció el Rey de Granada: y enviando mensageros de una y otra parte, se unieron y declararon amigos de amigos y enemigos de enemigos. Tuvo tambien disposicion el Infante Don Juan Manuel para ganar al Rey de Aragon y conseguir sus armas auxiliares. Fuera de esto: miéntras estuvo ocupado el Rey en las conquistas que referimos, abasteció sus castillos y fortalezas robando las tierras del Rey; con que de repente por sí y por sus vasallos y por sus aliados le hizo guerra en tres partes del Reyno: por los lugares vecinos á Valencia, con las armas auxiliares que le envió el Rey de Aragon; por sus vasallos en las tierras de Peñafiel; por sí en las del

Rey-

(1) Nuevas alianzas que hizo el Infante Don Juan Manuel contra el Rey de Castilla.

Reyno de Murcia. En el mismo tiempo que llegaron á oídos del Rey las quejas de sus vasallos, oprimidos de la hostilidad del Infante, llegaron Embaxadores del Rey de Portugal ofreciéndole su hija Doña María por esposa (1). Siempre habia mirado ácia este sugeto la inclinacion del Rey; pero atendiendo mas que á su gusto á las conveniencias del Reyno, por apaciguar las inquietudes que causaba el Infante Don Juan Manuel en ellos admitió por esposa á su hija. Viendo ahora que volvia en venenos las triacas, y que mas beneficios le hacian mas poderoso tirano, oyó gratamente á los Embaxadores; y les respondió enviaria personas á su Rey con poderes para ajustar en toda forma los tratados: con que se volviéron á Portugal muy alborozados. Confirió con los Consejeros de mas satisfaccion suya los medios con que pudiese lograrse este efecto, castigando por todos los caminos que pudiese los atrevimientos de un vasallo tan desleal. Determináron fuese la pri-  
me-

(1) Ajústase el casamiento del Rey con la Infanta de Portugal Doña María.

mera diligencia asegurar la persona de Doña Constanza : dió orden el Rey para que de Valladolid la mudasen al Alcázar de Toro y se la entregasen en custodia á su Alcayde ; y que hecha esta diligencia , enviase el Rey sus Embaxadores á Portugal : y despues , dexando bien guarnecidas las plazas de las fronteras , pasase á Castilla con el residuo de su exército á embarazar las hostilidades con que el Infante Don Juan Manuel le molestaba .

No perdió esta ocasion el Conde Don Alvar Nuñez Osorio para lograr nuevas mercedes de mano del Rey . No se contentaba con tener su gracia , que es sin duda la dignidad mayor : pero no saben ser ambiciosos los validos ; y por querer crecer sobre lo mas , pierden el todo . Habló al Rey , y con mañosa eloqüencia le persuadió eran servicio del Rey sus medras ; y que si él se hallase con la dignidad de Conde y Rico-Hombre de pendon y caldera , le embarazaria al Rey el indecoro de hacer guerra inmediatamente por su persona á un vasallo como lo era Don Juan Manuel : que él se preferia con los

brios que le aumentaria aquella honra , y los paniaguados que le grangearia de nuevo el ver declarado el favor del Rey ácia su persona , á mortificarle tanto los brios que tuviese á dicha el que le dexasen pacíficamente en los lugares de su Señorío (1). Poca retórica es menester para persuadirle á un hombre lo que quiere. Teníale Don Alvar Nuñez ganada al Rey la voluntad , y fué fácil ganarle tambien el entendimiento : dióle el título de Conde de Lemos y Sarria , y juntamente el Señorío de Ribera y de Cabrera ; y dióle tambien los lobos bermejos y el campo Jalde , que eran las insignias de sus Armas con cabras negras en campo blanco , y por orla del escudo y del pendon trabas de que usaban los Señores de Cabrera y Ribera : honras que sobrepuestas á la de Camarero mayor del Rey , Mayordomo mayor suyo , Adelantado mayor de la frontera y Pertiguero mayor de las tierras de Santiago , le hacian ventajoso á los prí-

me-

(1) El Rey da el título de Conde de Lemos y Sarria á Don Alvar Nuñez.



meros Señores del Reyno; y le dixo, despues de haberle armado Conde y Rico-Hombre: ya habeis visto los afectos de mi voluntad; espero gozar presto la posesion de vuestras promesas, mostrándoos tan buen vasallo que no necesite el Rey de sus manos para castigar á los que fueren desobedientes.

Antes de partir de Sevilla, envió cartas á todos los Concejos, Ricos-Hombres, Infanzones y Caballeros de Castilla, que le aguardasen con todas sus milicias en Toledo donde partiria sin dilacion en poniendo cobro á las fronteras de los Moros: y porque tuviesen algun freno las hostilidades que el Infante Don Juan Manuel hacia en los pueblos de Castilla, le dió orden á Garcilaso de la Vega para que con sus gentes, y con los que juntase en Soria de los Infanzones y Caballeros que tiraban sueldo del Rey, le embarazase el proseguir en los estragos. Admitió Garcilaso con tanto mas gusto el lance de merecer mas la gracia del Rey, que Alvar Nuñez el haberle disfrutado mas honras. Era Garcilaso hombre de gran valor; no sé si de tan grande entendimiento: por-

que hacia grande estimacion de los agüeros y consultaba con los hechiceros que traia en su compañía los fines que habian de tener las jornadas ó las batallas que emprendia. Con ser ésta tan grande ignorancia, la hizo su demasia mayor. Los creia; y no le aprovechaba la fe para evitar los desastres que le pronosticaban: infelicísima sabiduría; pues solo sabe adelantar los males, mas no evitarlos. Consultólos sobre esta jornada: y respondiéronle que moriria en ella, y á su lado los aliados y parientes. Creyó la fatalidad: pero juzgó fuese lidiando en batalla con el Infante Don Juan Manuel y con sus parciales; y en conformidad de esto, le dixo al Rey despidiéndose para ir á su jornada. *Señor: Garcilaso morirá en servicio de V. M; pero venderá tan bien su vida, que les pese á los vencedores de su muerte.* Llegó á Soria, lugar en aquella era tan florido que se contaban mil Caballeros hábiles en el manejo de las armas y de gran punto en los asuntos que emprendian; y los mas de ellos emparentados con las primeras personas de la Casa Real. De ellos esperó Garcilaso com-  
po-

poner tropas tan escogidas, que pudiesen hacer rostro á la multitud de soldados que habia alistado el Infante Don Juan Manuel: pero éste, enseñado á vencer mas con los ardidés mañosos que con el valor y el esfuerzo, teniendo noticia de que se acercaba Garcilaso á Soria, se previno enviando algunos de sus confidentes que con los colores que él y ellos supiéron fingir les persuadiesen á los sobrinos, que Garcilaso traia orden del Rey para prenderlos por insultos que en su minoridad cometiéron (1). Desprevenido de traicion semejante entró Garcilaso en Soria; y estando oyendo misa en el convento de San Francisco le hiciéron pedazos, y á los mas de los que le asistian. Pocos pudieron escaparse de sus manos, disimulados en habito de Religiosos. Este suceso, y otros semejantes, en que los presagios se conformáron con los efectos, deslumbran la gente ignorante y sencilla, persuadiéndoles puede haber sabiduría criada que alcance con certidumbre los futuros que penden del albedrío hu-

(1) Muerte violenta de Garcilaso de la Vega.

humano; sin advertir que el demonio, maestro de los judicarios, les dice como cierto lo que él con solas conjeturas verisímiles con lo superior de su inteligencia alcanza, dando calor con el poder de sus astucias y con la sagacidad de sus instigaciones á que tengan logro sus vaticinios para grangear autoridad de los discípulos á quien industria: permitiéndolo así la indignacion divina quando quiere lo mas severo de su justicia castigar unos pecados con otros, permitiendo caigan en nuevos errores en pena de otros en que por su voluntad se despeñáron.

Desde Sevilla partió el Rey á Córdoba: donde substanciados los procesos que sus justicias habian actuado contra Don Juan Ponce de Cabrera, principal motor de las sediciones que la pusiéron en último trance de perderse el año último de la minoridad del Rey, le mandó cortar la cabeza y restituir al Orden de Calatrava el castillo de Cabra que le tenia usurpado (1). La misma pena

(1) Castigo que mandó el Rey hacer en Córdoba en algunos sediciosos.

se executó en otros Cordoveses que se habían señalado mas en los alborotos. Pasó desde Córdoba á Toledo para donde estaban convocadas las milicias, y recobró los Alcázares de Cuenca y Huete que habia dado en tenencia al Infante Don Juan Manuel quando determinó las bodas con su hija. El castillo y villa de Lorca se quedó por Don Juan Manuel: porque le ocupaba por su órden Pedro Martinez Calvillo, vasallo suyo y el de su mayor confianza; con que no quiso obedecer el órden del Rey. Consultó el Rey en Toledo con los Ricos-Hombres y cabos principales de su milicia el modo mas conveniente para acabar de una vez con el Infante Don Juan Manuel; vasallo tan escandaloso, que era la cizaña de sus Reynos y el padrastro que le embarazaba el enseñar los Sarracenos. Juzgáron muchos conveniente que el Rey con todo su ejército le siguiese y cercase, sin ocupar en otra empresa sus fuerzas hasta destruirle. Discurrieron estos muy ácia el pundonor del Rey y muy lisongeros á su justa indignacion y corage: pero advirtiéron otros, que era darle

mu-

mucha vanidad á un vasallo el triunfar de él á tanta costa; y si no se triunfase, descredito no fácilmente reparable á la magestad fuera de que, no estando unidas todas las gentes del Infante Don Juan Manuel; ni faltándoles cabeza, por estar descontento Don Alonso, hijo del Infante de la Cerda, podrían sin estorbo hacer hostilidad por otras partes á Castilla: y así juzgáron mas conveniente que el Rey pusiese sitio á Escalona, que era el lugar mas fuerte y mas poblado de los del Señorío de Don Juan Manuel; y que conseguido éste y su territorio, executase lo mismo en Peñafiel: con que desamparado de sus dos mayores fortalezas, era cierto se vendria á la merced del Rey. Siguió el Rey este parecer: porque aunque no era el mas conforme á su voluntad, lo juzgó por mas conveniente al Reyno. Púsose el Rey sobre Escalona con sus gentes; y Don Juan Manuel dió un buen dia á su jactancia viniendo con sus aliados y cercándole al Rey su ciudad de Huete. Bien conoció que le había de estar mal esta arrogancia; pero fomentó con ella las voces que habia esparcido en

Ara

Aragon, en Portugal y en Roma por medio de los Cardenales amigos suyos, de que tenia tanto poder en Castilla como el Rey; y ahora lo confirmaria con que si le cercaba una villa suya el Rey, él le cercaba al Rey una ciudad (1). Tenia el Rey en Huete muchos Caballeros no menos leales que valerosos; y ofendidos del atrevimiento de Don Juan Manuel, en tres salidas que hicieron le desbarataron sus tropas, matándole muchos de sus vasallos y obligando á huir á los mas; y Pedro Lopez de Ayala, vasallo del Rey y su Adelantado en el Reyno de Murcia, con las milicias de sus Concejos se entró por las tierras de Don Juan Manuel que estaban indefensas por tener consigo sus vasallos; le robó y saqueó todos sus lugares. Lo mismo executó Fernan Gomez de Albornoz con el Concejo de Cuenca y otros Caballeros comarcanos; con que fué forzado Don Juan Manuel á retirarse al castillo de Garci Muñoz que era lugar de su Señorío. Es cierto  
no

(1) El Infante Don Juan Manuel cerca la ciudad de Huete, donde fueron desbaratadas sus tropas por las del Rey.

no escribiría á Roma ni á los Reynos extrañeros el suceso: los vanos se contentan con el intento. La desdicha es servir á Señores que no reparan en alimentar su pretension con la hacienda, vida y sangre de sus vasallos.

Estando el Rey sobre Escalona, volvieron los mensajeros que habia enviado á Portugal con poderes para los ajustes de las bodas; y viniéron tambien de Portugal nuevos Embaxadores para firmar en toda forma los tratados: y fuéron estos los conciertos (1) *Que casase el Rey Don Alonso con la Infanta Doña María; y el Príncipe D. Pedro de Portugal, heredero de aquella corona, con Doña Blanca, hija del Infante Don Pedro de Castilla, tio del Rey y á quien debió como hembravisto en su minoridad atenciones y cariños de padre: y que el Rey de Portugal la diese iguales heredamientos en su Reyno á los que ella tenia en Castilla, para que estos los gozase el Rey en recompensa de la dote que le habia de dar á su hija la Infanta Doña María.* Señalaron fuera de esto castillos y lugares.

(1) Casamientos entre Castilla y Portugal.



gares por ambas partes, que quedasen en rehenes hasta efectuarse las bodas; con calidad de que los perdiese aquel por quien se rescindiese el contrato. Determináron tambien dia y lugar para las bodas. En todas las condiciones vino el Rey gustoso: solo reparó en que le estrechaba mucho el tiempo, no pudiendo medir lo que duraria el cerco de Escalona; pero ocurrió á este embarazo, diciéndoles enviaria á su hermana la Infanta Doña Leonor, acompañada de los Arzobispos y Obispos del Reyno y de muchos de sus Ricos-Hombres, para que en su compañía viniese su esposa: y llevarian á la Infanta Doña Blanca para que celebrasen las bodas con el primogénito de Portugal; con que se volviéron muy gustosos los mensageros.

En este sitio le alcanzáron al Rey de vuelta de Roma Fernando Sanchez de Valladolid y Juan del Campo, que despues fué Obispo de Leon, y Pedro Martinez que fué Obispo de Cartagena; que habian ido con embaxada al Pontífice, pidiéndole su favor y gracias para las conquistas que intentaba el Rey contra los Infieles. De ellos supo el Rey los

los siniestros informes que tenia S. S. de los procedimientos del Infante Don Juan Manuel : habia oido á los Cardenales que le favorecian , y estaba el Pontífice en que el Rey era el ofensor y el ofendido Don Juan Manuel ; y así lo mostraba en sus cartas , quejándose de los agravios que padecia su inocencia. Tropelía es de la malicia hacer el mal, y quejarse el que le hace hurtándole los gemidos al que le padece. Comparólos gustosamente al ayre un cortesano ; que siendo él el que azota á las peñas , es él el que se queja desentonándose en bramidos quando ellas con silencio de rocas sufren (1). Supo tambien intentaba el Pontífice enviar persona que mediase en los pleytos que tenia con Don Juan Manuel y que los hiciese amigos , persuadido el Pontífice á que era Don Juan Manuel tan poderoso que no podia el Rey sin su amistad lograr los intentos de hacer á la morisma guerra. Vióse pocos dias despues este efecto : porque asistiendo en To-

le-

(1) Siniestros informes que habia hecho al Pontífice el Infante Don Juan Manuel.

ledo Pedro, Obispo de Cartagena, le envió capelo S. S. y cartas muy apretadas en que le significaba habia sido muy principal motivo de aquella honra que le hacia, el autorizar mas su persona para que se interpusiese entre el Rey y Don Juan Manuel reduciéndolos á concordia; de que esperaba se habia de seguir gran bien á la Iglesia y mucho esplendor al nombre de Christo con el ultrage de la morisma. No perdió un punto el nuevo Cardenal en obedecer el órden del Pontífice: volvió á Escalona; y en una audiencia muy larga que tuvo con el Rey le manifestó los deseos de S. S. y las conveniencias que se venian á los ojos de obedecerle, y mas quando su potestad suma humillaba su poder rogando.

No ignoraba el Rey la conveniencia de estos ajustes; pero le tenian tan irritado los medios indignos de que se valia Don Juan Manuel para quedar en sus traiciones sin castigo; en sus orgullos sin humillacion; en sus desahogos justo; en sus descaramientos inocente, que le respondió al Cardenal con el desabrimiento que manifiestan las cláusulas

siguientes (1). *Tened por cierto que el Pontífice y cabeza de la Iglesia, á quien yo pongo sobre la mia y sobre mi corona, pide por Don Juan porque mal informado no sabe por quién pide. ¿Cómo pidiera el que es cabeza de los fieles por Don Juan Manuel que, desnaturalizado de los Reynos Católicos, da armas auxiliares á los Infieles contra los Christianos, teniendo solo el nombre de Christiano y las obras de Sarraceno? Menos disonara el ruego hecho por un bárbaro desconocido, que por un Christiano tornadizo. ¿Qué confianza puedo yo tener en Dios para que me dé victorias contra los Infieles, llevando á mi lado un hombre que ayer batalló á sombra de los pendones de Mahoma? Si S. S. quando oyó á los Cardenales, á quien tienen viciados los informes de Don Juan, hubiera dexado otro oido para mí y para los Prelados y Ricos-Hombres de mi Reyno, se desengañara de que las fuerzas y poder de que blasona es tan fantástico como él. Quatro*

(1) Razonamiento en que justifica el Rey su intencion con el Legado del Papa.

vasallos míos, quando se atrevió á cercar á Huete, pisáron todo su poder y su soberbia aunque estaba tan alta. Y á ser su poder tanto en la realidad como lo exâgerado en lo escrito, creed que no es tan poco ambicioso que hubiera solicitado medianeros de la paz, ni tan leal que la fe que debia á su Rey le hubiera detenido: porque sobre veinte alevosías no hubiera escrupuleado en añadir una quitándome la corona, con que en los ojos de muchos hermoseara las demas traiciones. Pide medios de paz porque conoce no le ha de estar bien conmigo la guerra; y pídelas por medio del Pontífice, porque su rendimiento no lo parezca: sino que la cabeza y ojos de la Iglesia, mirando á los bienes de ella, hacen esta concordia. Arbitró este medio su soberbia para que no se presumiese que él cedía, sino que le obligaba á ceder poder soberano; buscando un tercero tan superior, como si hubieran de ser de un Rey á otro los ajustes. Son muy somevos los pensamientos de su ambicion, aunque él los presume tan profundos que no se habia de hallar habilidad para descifrarlos. ¿Cómo pidiera por

*Don Juan Manuel el Pontífice, si supiera lo que vos y toda mi Corte sabe? El fué el primero que por su arbitrio formó sello Real con mi nombre en el tiempo de mi minoridad, y fixó la primera huella escandalosa que á su imitacion siguiéron otros muchos. El fué el que con ánimo doblado se unió varias veces con mi abuela la Reyna Doña María, de santa memoria, solo á fin de disfrutar mas estipendios y de obtener mas puestos para hacerse mas temido y mas necesario. El fué el primero que embarazó me acudiesen con mis propias rentas mis vasallos, obligándome á pordiosear de mis vasallos leales el sustento de mi casa y aun de mi persona. El fué quien despues de haber tomado la posesion del Reyno se confederó con Don Juan, hijo del Infante Don Juan, y partió con él el sacrosanto cuerpo de Christo Señor nuestro; abusando para logro de una traicion contra su Rey de un medio tan religioso y tan sagrado. El fué quien habiendo recibido de mi mano sobre otras muchas honras, casi tantas como yo habia recibido de la suya agravios, despreció la mayor que puede ha-*

*cer*

cer un Rey á vasallo; como fué haberle pedido por esposa á su hija: pues inmediatamente á repetidos ruegos míos de que se viniese conmigo á la frontera para hacer guerra á los Moros se negó con excusas tan frívolas, que aun el color para quien quisiese dexarse engañar les faltaba. Menos es esto con ser tan exécrable, que el estar dando armas auxiliares al Rey Moro de Granada al mismo tiempo que yo le estaba haciendo la guerra.

La excusa que alegará para algunos de estos atrevimientos es haber yo dexado á su hija y concertado bodas con la Infanta Doña María de Portugal; con que querrá persuadir que él es el agraviado y que debe estar justamente quejoso. Podrá deslumbrar con este pretexto á los Cardenales y Pontífice que viven distantes y no tienen tan á la mano como yo y todos los de Castilla el redargüir sus fealdades. A toda la ciudad de Sevilla y á toda la flor de Castilla que se hallaba entónces en ella les consta, que quando dí la primera vez oídos á los Embaxadores de Portugal fué mucho

*despues de haberse retirado Don Juan Manuel por tres veces á mi llamamiento; despues de haberme hecho guerra logrando los sueldos de Adelantado que gozaba mios para destruir mis pueblos y para ayudar en sus empresas á Mahomad, Rey de Granada; mucho despues de haber firmado con él estables conciertos de ser contra mí y contra los Católicos; y mucho despues de haberse desnaturalizado de los Reynos. Considerad ahora si mi mudanza fué efecto del ímpetu ó del enojo, ó veleidad de mis pocos años ó no; sino resolucion cuerda, prudente y christianísima. ; Le pareciera bien á la Iglesia y á su cabeza el Pontífice Sumo, que un Rey, que hace mas aprecio de poner su corona á los pies del Pontífice que de autorizar con ella sus sienes, partiese su trono con la hermana de un hombre á quien para Sarraceno solo le faltaba el turbante? Esta respuesta le llevaréis de mi parte al Sumo Pastor y Padre de la Iglesia; y juntamente le diréis que me precio de hijo tan obediente de ella, que si despues de haber considerado estos motivos juzgare en Dios que es conveniente el*  
que



*que yo le ruegue con las paces, que atropellaré con el pundonor de mi persona y con el ajamiento de mi púrpura por no saltar al rendimiento de sus preceptos.*

Partió con esta embaxada el Cardenal á Roma; y el Rey se quedó sobre el Real de Escalona, donde le llegaron nuevas de la infausta muerte de Garcilaso. Sintióla muy en el corazon: porque tenia pocos vasallos tan leales como él, y ninguno mas zeloso de su servicio ni de mas valor y arresto en los lances dificultosos. Miraba tambien en él ofendido su decoro, por ser uno de sus primeros Ministros; Merino mayor de Castilla, y uno de sus tres principales Consejeros. Echó menos el Rey, estando sobre este cerco de Escalona, al Prior de San Juan, Don Fernan Rodriguez de Balboa, y á los Caballeros de su Orden: averiguando la causa, supo se habia dado por agraviado del título de Conde que habia dado el Rey á Alvar Nuñez Osorio; y que habian seguido su parcialidad los de Zamora, habiendo pervertido el Prior á Pedro Rodriguez, Caballero Zamorano que tenia el Alcázar por el Rey

en nombre del Conde Alvar Nuñez. Tuvo también industria para ganar á los de Toro, pactando entre sí las dos ciudades el ayudarse y el no admitir al Rey si primero no echase de su lado al Conde Alvar Nuñez. Muchos de los Ricos Hombres é Infanzones, ya ofendidos del mal tratamiento que les hacia el Conde regateándoles ó negándoles los sueldos del Rey por aumentar los de sus propios vasallos, ya impacientes de las medidas del Conde, aplaudiéron su voz; con que le diéron alientos al Prior de San Juan para acaudillar ácia sí mas gentes, apellidando la vida del Rey y la muerte del mal gobierno de que juzgaban única causa al Conde, que endiosado con la gracia del Rey obraba con licencias de tirano.

No le faltaban al Prior dentro de su Orden sangrientos enemigos aunque lo industrioso de su entendimiento le habia grangeado muchos parciales en el Reyno. Aprovecháron el enojo del Rey los Freyles; y consiguieron cartas suyas para el Maestre de Rodas y para el Pontífice, en que le suplicaban depusiese al Prior y eligiese en su lugar

gar otro. Aunque consiguiéron el despacho del Pontífice como lo deseaban, no tuvo efecto la deposicion por la causa que adelante referirémos.

Cumplíase ya el plazo que habia puesto el Rey con los Embaxadores de Portugal para efectuar sus bodas; y dió orden para que viniese su hermana la Infanta Doña Leonor á Escalona, para que desde allí partiese á Portugal desde donde conduxese á la Reyna. Luego que recibió el orden de su hermano se aprestó para la jornada con los Arzobispos y Obispos; y habia de venir en su compañía Don Juzaph, Judío recaudador de las rentas del Rey, y de los que mas mantenian en el Reyno. Embarazó esta jornada una Señora, por nombre Doña Sancha, criada desde su juventud en palacio y que actualmente hacia oficio de Camarera de la Infanta Doña Leonor. Era esta Señora de natural en extremo belicoso y aborrecia la paz; á que nació su genio tan contrario, que no podia vivir sin discordias: y si no fueran los chismes yerbas que por malas se dan de su gana en palacio, ella las hubiera plantado. Habló con

algunos ciudadanos de Valladolid: y como si hubiera tenido revelacion les persuadió que la jornada de la Infanta no era á Portugal, sino que la llevaba el Rey con ese pretexto para casarla con el Conde Alvar Nuñez y añadirle nuevos heredamientos en el Reyno; con que se labraba el Rey de puertas adentro un tirano tan poderoso como él mismo. Ella lo dixo como si fuera una verdad revelada, y los mas de los ciudadanos diéron fe á su dicho como si fuera evangelio. Divulgóse en breve esta noticia: y causó tanto alboroto en la ciudad, como se puede creer del odio universal que habia grangeado el Conde con sus desatenciones. Halláronse mas á mano con Don Juzaph, que era poco menos mal visto que el Conde; y de tropel entraron en el palacio del Rey para quitarle la vida: hubiéranlo efectuado, si la prudencia de la Infanta, haciéndose de parte de su enojo, no los hubiera sosegado. Pidióles suspendiesen el justo castigo que merecia Don Juzaph; y que señalasen quatro personajes, los que juzgasen mas á propósito, con quien queria conferir, no medios de librarle á él,

sí-

sino de no quedar ella mal con el Rey su hermano. Viniéron gustosos en la propuesta: y el medio que discurrió la Infanta fué éste. Yo saldré del palacio al Alcázar: irá Don Juzaph en mi compañía; y quedando yo resguardada en él, quando ya no le valga el sagrado de mi sombra podréis executar vosotros á vuestro salvo el castigo de que os parecen merecedoras sus culpas. Supo la Infanta disimular tan bien el intento que ocultaba su pecho, que sin recelo admitiéron su resolucion. Habló en secreto á Don Juzaph, para que quando ella tocase los umbrales de la puerta del Alcázar, pues habia de ir á su lado, se entrase con paso apresurado dentro: así se executó; y echando el golpe á la puerta el Alcayde, sola la Infanta y Don Juzaph quedáron dentro. Creció el furor viendo burladas sus esperanzas; y dexando gente que guardase el Alcázar, pasáron á cercar todas las puertas de la ciudad embarazando todos los pasos para la fuga. Dividióse la ciudad en bandos: y si bien todos convenian en quán importante era á la salud pública hacer los últimos esfuerzos porque  
el

el Rey apartase al Conde y á Don Juzaph de su lado, en los medios no convenian (1). Hubo votos de que introduxesen en la ciudad al Infante Don Juan Manuel: que con la industria de Doña Sancha se podia esperar consiguiese el beneplácito de la Infanta Doña Leonor para que le admitiese por esposo; con que se conseguian dos fines: embarazar la boda que ellos juzgaban no conveniente con el Conde Don Alvar Nuñez, y tener en su defensa el poder de las armas de Don Juan contra la indignacion del Rey. A otros les pareció este medio violento; y juzgáron mas natural confederarse con los de Toro y Zamora siguiendo la voz del Prior de San Juan: porque se les hacia verisímil no quisiese el Rey abandonar tres ciudades tan principales de su Reyno, en que habia tanta nobleza y tantos Ricos-Hombres, por no echar de su casa á uno. Noticioso el Prior de San Juan de estas controversias, vino á Valladolid acompañado de muchos Cabal-  
ros

(1) Alborótase la ciudad de Valladolid: y los motivos de esta conmocion.

ros sus confidentes ; y su presencia hizo que prevaleciese esta determinacion. Llególe la nueva al Rey de estas revueltas ; de la ocasion de ellas ; y de como habian intentado quitar á Don Juzaph la vida : púsole en gran perplexidad este aviso. Levantar el sitio de Escalona no era crédito de su poder , y era darle al Infante Don Juan Manuel alas para nuevos atrevimientos : fiar á providencia agena el sosiego de ciudades tan principales, y mas reconociendo que por horas iban creciendo los tumultos fomentados con el color de que muriese el mal gobierno , era arriesgarse á que cundiese en el Reyno el contagio. Cedió al tiempo : y levantando el sitio de Escalona , dió orden que marchasen á Valladolid sus gentes. Llegó á aquella ciudad y no le quisieron abrir las puertas. Quiso entrarla por fuerza de armas : empezaron á combatirla ; pero halló no ser bastantes los soldados que le asistian : convocó á los Ricos-Hombres y á las milicias de aquellas comarcas. Viendo empeñado al Rey , empezaron á blandear los ciudadanos ; y algunos de ellos sacaron tanto la cara por el Rey , que di-

dixéron tendrian por menor daño abrirle las puertas y ofrecerle al Rey sus vidas para que executase en ellos el linage de muerte que él por su voluntad eligiese, que no el que se contase de ellos en las crónicas que habian tenido á su legítimo Rey á las puertas y que se las habia cerrado su deslealtad. No se tuvo por seguro el Prior de San Juan, viendo vacilar á los ciudadanos en su propósito, y pretendió escaparse aquella noche; pero le detuvo el aviso de algunos Ricos Hombres que asistian al Rey, y tenian dispuesto hablarle en órden á que apartase de su lado al Conde: que si lograban este efecto, entregándoles las tres ciudades por su órden, ántes quedaria el Rey obligado que ofendido de su persona (1); y que en caso de no condescender el Rey con su súplica, que se apartarian todos del Rey y los tendria de su parte. Lograron aquella noche la ocasion, hallando al Rey fuera de su tienda; y tomando la voz Juan Martinez de Leyva por todos

(1) Intentan los Ricos-Hombres desquiciar del valimiento del Rey al Conde Don Alvar Nuñez.



dos los Ricos-Hombres é Infanzones que le asistian, empezó á proponerle los daños que habia padecido el Reyno por el mucho poder que habia dado al Conde, y mas por el que él se habia tomado. Interrumpió la venida del Conde esta habla; y conociendo que miraba á su daño, buscó aquella noche por dos veces en su tienda á Juan Martinez de Leyva para matarle. El dia siguiente por la mañana se presentó delante del Rey con gran séquito de escuderos de su casa, Infanzones y Caballeros de Castilla; y le enviáron á decir al Rey se sirviese, pues lo era suyo, de darles audiencia á que tenian derecho por vasallos: y que fuese sin estar el Conde presente, porque importaba así al Rey y á los Reynos. Mucho se inclinaba el Rey á condescender á su súplica; pero el Conde Don Alvar Nuñez procuró con todo empeño disuadirle, representándole llevaba mucho fondo de malicia aquella proposicion: que su intento era encerrarle en Valladolid, sin dexarle hasta los veinte y cinco años dueño de su libertad; con que era preciso faltar á los tratados hechos con el Rey de

Por-



Portugal: y que perdería Castilla los lugares que habia dado en rehenes; y el Infante Don Juan Manuel se apoderaría, sin que hubiese resistencia, de los lugares que quisiese en Leon y Castilla, desguarneciendo las fronteras para engrosar sus esquadrones y para dexar libres las entradas al Rey Moro con quien tenia amistad y alianza. Bastantes eran estos motivos para disuadir al Rey, si no traxeran consigo la sospecha de ser tan interesado el que los proponia; y así volviéndose el Rey á Alfonso Fernandez Coronel y á Don Martin Fernandez Portocarrero que habian oido el razonamiento del Conde, les pidió su parecer: que aunque les faltaba la autoridad de las canas, por ser ambos mozos; eran estimados, por ser ambos conocidos por las ventajas de su sangre, de su entendimiento, y por la madurez de sus juicios. Habíanse criado en el palacio del Rey desde sus tiernos años; y los palacios son la escuela donde se aprenden con mas brevedad las máximas políticas y de estado: porque en ellos las lecciones mas se ven á los ojos que á los oídos; y el ver es mas pronto, mas perspicaz

y mas universal que el oír. Debiéron á esta escuela el saber aconsejar; y debiéron á la voluntad que tenian al Rey, que nació y creció con ellos, el querer aconsejar lo mejor: no solo fué su parecer que los oyese, sino añadiéron á sus razones ruegos é instancias; que le obligáron, no queriendo el Conde retirarse para que ellos llegasen, á que fuese el Rey á buscarlos. Luego que llegó el Rey se desmontáron todos: batiéron el estandarte; y Juan Martinez de Leyva, en quien se comprometió todos, prosiguió su razonamiento en esta forma.

*Señor: Como hay traiciones que se rebozan con capa de color de lealtades, hay tambien finezas obsequiosas de vasallos con sus Príncipes que en la cara tienen mal sobrecrito de deslealtades. Malas apariencias son las puertas de Valladolid cerradas á su legitimo Rey, y las de Zamora y de Toro; pero los que vemos mas allá de la superficie sabemos con certidumbre que tiene V. M. la llave de sus corazones, ó que no la necesitan porque los tienen siempre abiertos para empleos de su servicio. Las tiranías del Conde*

*Don*

*Don Alvar Nuñez Osorio les han obligado á este disfraz, por ver si pueden conseguir disimulando su lealtad lo que les ha negado el mostrarse tan descubiertamente leales. El Conde ofreció á V. M. darle sin su fatiga avasallado y sujeto al Infante Don Juan Manuel: á este fin ha juntado tesoros de las rentas de V. M. y enriquecido, haciéndonos á todos pobres. El cumplimiento de sus promesas, V. M. le ve y todos le lloramos: pues cada dia crecen los desacatos del Infante sin resistencia. Es fama constante que el Conde Alvar Nuñez, en vez de municiones, tiene llenos los almacenes de la fortaleza de Tordueños y tambien su castillo de todos linages de monedas. No alcanzando en años enteros la paga de un mes á los soldados, él tiene ensilados los doblones. Mas guerra hace aquel castillo, que encarcela las pagas, que las fronteras de los Moros á las nuestras: aquellas saqueáron uno ú otro lugar; éste castillo le ha saqueado á V. M. todos sus Reynos. El que le puso en prision la hacienda con que habia de pagar á sus soldados los puso tambien en prision á ellos: por-*

*que*

que muertos de hambre los soldados, ni pies tienen para moverse, ni manos para jugar las armas. Conquiste V. M. aquel castillo; y cuéntelo entre las hazañas de haber recuperado un Reyno. De estos robos públicos no podrá dudar V. M. dexando los oídos francos á las voces de los militares y á las de los plebeyos, que se han mostrado mas sensibles: porque como les cuesta sudor el adquirir, sienten mucho el pagar al Rey ¿cómo sentirán el pechar á un vasallo? pues solo son de V. M. los tributos en el nombre; pero suyos en la realidad. Esta queja ha descompuesto mas á los plebeyos; pero á los hombres de sangre, y que ponen en primer lugar el caudal de la honra que todos los demas caudales, los tiene en extremo desabridos la altivez y soberanía con que los trata. Ayer le hizo V. M. Conde y Rico-Hombre; y hoy le parece que él solo es Rico-Hombre en Castilla. Los favores de V. M. porque no desdigan en su persona las crecidas honras que al agrado de V. M. le debe, los gasta todos en engrandecer su casa y parientes. Los premios militares, que por ley de la natura-

leza estan vinculados á las hazañas, los consigue la sangre y el deudo; dexándoles á los beneméritos el premio filosófico de que el laureo consiste en merecerle. Buena fantasía para quien se determinase á vivir en desierto; que á ese solo le bastará el tenerse contento á sí mismo: pero qué importa que yo juzgue que tengo el bien que un mundo de hombres ve que me falta. Estas demasías del Conde, ocasionadas de la excesiva mano que V. M. le da, no solo tienen contra él destemplados los Reynos, sino hacen que recaigan en la persona de V. M. tibiezas de cariño en sus vasallos mas afectos. Como sus resoluciones van firmadas con el nombre de V. M., es cosa natural que haga eco tambien ácia su persona el dolor de los agravios y extorsiones que se padecen. Señor: esto ha llegado á términos, que si V. M. hace teson de conservar al Conde á su lado, se han de persuadir sus vasallos á que hace mas aprecio de uno que no nació mejor que de innumerables que estan tenidos por tan buenos. Si V. M. condesciende á nuestros ruegos dictados de la lealtad y del cariño á su persona, las tres ciudades  
que

*que se han separado abrirán luego á V. M. sus puertas : de otra suerte , buscarán camino cómo defenderse del que juzgan no menos contrario á V. M. que á sus Reynos.*

Aunque el Rey no dió entera fe á todos los cargos que hacian al Conde , determinó por entónces apartarle de su lado ; no de su gracia , hasta justificar con mas seguros informes su causa : obró bien en apartarle aunque no la hubiese ; porque ser la multitud quien levanta el grito y conmueve los pueblos es bastante causa , aunque no sea culpa sino desgracia en quien la padece. No es justo exponer un Reyno á los estragos de guerras civiles por no desfavorecer á un vasallo , aunque sea de la mayor gerarquía (1). Mandóle al Conde que se retirase de palacio y de la Corte : importantísima resolucion , aunque no fuera tan urgente el motivo. Si supieran los validos que habia de haber treguas en su oficio , procuraran obrar como quien teme residencia ; y el Rey no aventurara el

lle-

(1) Manda el Rey al Conde Don Alvar Nuñez que se retire de la Corte.

llegar á temer de sus hechuras, que con color de que le descansan, tiran á degradarle de la corona dexándole solas las insignias de Rey y tiranizándole el Reyno.

Retiróse el Conde con las gentes y vasallos que le asistian: y saliendo el Prior de San Juan de Valladolid, con gran séquito de Caballeros, le introduxo al Rey en la ciudad con aplauso comun de la nobleza y de la plebe. Quisiéron seguir el Prior y sus aliados al Conde, con fin de prenderle ó matarle; y el Rey se lo embarazó. Aquel dia comió el Rey con su hermana la Infanta Doña Leonor; asistiendo á la comida Don Juzaph, asegurado con la presencia del Rey de sus miedos. Despues de la comida montó el Rey á caballo; y le mandó al Prior y á Juan Martinez de Leyva, que le siguiesen, como lo hicieron tambien los soldados de su guardia y de la casa Real, sin manifestar á ninguno su designio. Dió vuelta á toda la ciudad por fuera de los muros; y hallando todas las puertas de la ciudad abiertas, conoció haber sido falso el informe del Conde Don Alvar Nuñez: y dice Juan Nuñez de Villasan, que



escribió la crónica del Rey y fué testigo de vista de los mas sucesos que refiere, le importó la vida al Prior de San Juan y á Juan Martinez de Leyva el que no cobrasen cuerpo los recelos del Rey, viendo las puertas desembarazadas. Dos dias despues recibió cartas de los de Zamora y Toro; en que reconociéndose humildes y afectuosos vasallos, le pedian perdon de la desobediencia que tenia excusa en no haber tenido otro motivo que el parecerles era mas servicio suyo aquella apariencia de deslealtad. Estos sucesos, tan conformes á las ofertas que el Prior de San Juan y los de su confederacion habian hecho, dispusieron mucho la voluntad del Rey para que se les inclinase. A pocos dias la necesitó mucho el Prior: porque el Pontífice, por las cartas del Rey y del Maestre de Rodas, quitó el Priorato á Don Fernan Rodriguez de Balboa y le proveyó en Alvar Nuñez de Sarria; que fué el primer propuesto de sus Freyles. Luego que recibió las Bulas Alvar Nuñez, se hizo llamar Prior y obedecer como tal. Acudió al Rey el Prior depuesto, y consiguió hiciese nuevo informe

al Pontífice; con que le restituyéron á su dignidad: y valiéndose del poder que tenia, envió soldados que prendiesen á Alvar Nuñez de Sarria y á los Freyles que habian sido sus parciales; á unos hizo quitar la vida; otros muriéron en la prision; y él volvió á gozar pacíficamente del Priorato.

No perdía punto el Rey, aunque obra-  
ba con pasos lentos como lo pedia la gra-  
vedad de la materia, en averiguar los cargos  
que le habian hecho al Conde Alvar Nuñez;  
y aunque halló que en muchos habia sido  
fiscal la envidia y el odio acriminándolos  
con exceso, halló tambien sobrados capítulos  
para no volverle á su lado: pero quiso, ántes  
de la sentencia definitiva, hacer el últi-  
mo exâmen que en los ojos de todos hicie-  
se bien vista su resolucion. Envióle á man-  
dar le restituyese los castillos y fortalezas que  
le habia dado en tenencia; y que le tuviesen en  
custodia los administradores de la hacienda  
Real que él habia puesto de su mano, has-  
ta que se les tomasen cuentas. En todo des-  
obedeció al Rey, presumiéndose tan pode-  
roso que le precisaria al Rey volverle á su  
gra-

gracia por recuperarlos (1). Erró totalmente el asunto: porque habia dado bastantes indicios el Rey de restituírle si obedeciera. Lo que se siguió fué, que el Rey le declarase por traidor; y que manifestase á algunos de sus confidentes, que haria mercedes á quien le quitase la vida.

Declarado ya el Conde Alvar Nuñez por enemigo del Rey, trató de hacer paces con su mayor enemigo, que lo fué siempre el Infante Don Juan Manuel, para poder mantenerse en su rebeldía. Escribióle; no negando las antiguas enemistades, sino ofreciéndole serle tan amigo como habia sido hasta allí contrario: y que pues en sí mismo habia experimentado quán malo era para enemigo, esperaba conociese por las experiencias que era mejor para confidente: que no extrañaria el que hoy fuese contra el Rey, pues el Rey se habia declarado ántes en ser su contrario trocando en aborrecimiento la gracia (2).

Mu-

(1) Declara el Rey por traidor al Conde Alvar Nuñez, por no obedecer sus órdenes.

(2) Solicita el Conde Don Alvaro la amistad del Infante Don Juan Manuel.

Mucho le dió que pensar esta carta al Infante Don Juan Manuel. Si desahuciaba al Conde atendiendo á los duelos pasados, recelaba se rindiese el Conde al Rey por falta de fuerzas para mantenerse, y que volviese á conquistar con el rendimiento su gracia; de que se le seguian á él dos efectos muy adversos: uno, que le faltasen al Rey contrarios que le divirtiesen; otro, que echase del lado del Rey al Prior de San Juan: que era y habia sido desde largos tiempos estrechísimo en su confianza, y por cuyo medio presumia llegar á tener con el Rey avenencias ó conservarse sin tanto riesgo con los avisos que le podia dar el Prior en la enemistad. Si le admitia, no era posible fuese la union durable: porque siempre él habia de vivir receloso de quien tantas veces habia intentado quitarle la vida; y mucho mas, de que al presente quisiese con el sacrificio de ella aplacar al Rey por los pecados propios; y el Conde habia de vivir con los mismos sobresaltos, de que él habia de querer con su muerte adelantar su poderío: pues era natural que los Alcaydes de las fortalezas y casti-

ti-

tillos, que se hallaban cómplices en la desobediencia del Conde, eligiesen ántes reconocerle á él por dueño que viniendo á la merced del Rey exponer sus gargantas al cuchillo. Entre estos extremos halló medio cómo hacerle mal tercio al Rey, y hacérsele peor al Conde. Respondióle en esta forma.

*Para creer los agravios que habeis padecido del Rey no necesito de oír razones: porque son de estatura tan crecida los que yo padezco de su mano, que todos los demas se hacen creibles solo con proponer el autor. Y pues quereis estar á mi lado para ayudar á vengar los míos, no puedo yo faltar para que tomeis satisfaccion de los vuestros. Ni me entibian para admitir vuestra amistad los tiempos pasados en que os habeis mostrado enemigo mio: porque ya pasáron, y pasó la causa, que lo era la cercanía al Rey que fué quien os pegó con la cercanía la enfermedad del odio contra mí; tan antigua en el Rey, que nació con él, y ayudó mucho la Reyna su abuela para que junto con él creciese. Mi ánimo está resuelto á seguir en todo vuestra fortuna; pero me faltan los medios*

*dios que á vos os sobran: y así, para que no se quede en deseos el poder ayudaros yo con mis gentes, es forzoso que ó por via de empréstito ó donativo me socorrais con cinco cuentos que me parecen precisos para contentar por este año mis soldados. Quien os ofrece lo mas, que es la voluntad de serviros, no tocara en la materia civil de los maravedís si de esto menos no pendiera, no solo lo mas sino el todo, para que no se lleve el ayre nuestros intentos.*

Leyó el Conde la carta; y aunque conoció que el Infante no le queria dar su favor sino vendérsele, se le compró regateando las dos partes del precio que le pedia. Duró pocos dias este contrato: porque los que asistian al Rey, y con mas singularidad el Prior de San Juan, Juan Martinez de Leyva y el Almirante mayor de la mar Jufre Tenorio á quien poco ántes el Rey habia dado el oficio de Guarda mayor, viendo que el Rey no habia desdeñado en la plática el que matasen al Conde Alvar Nuñez abreviando los embarazos que habia de tener el recuperar por fuerza de armas los Alcázares y casti-

tillos que poseía, le propusieron para esta empresa la persona de Ramiro Flores de Guzman, estrecho amigo del Almirante mayor Tenorio. Preferíase éste, siendo voluntad del Rey, á arriesgar su cabeza comprando con su vida la muerte del Conde Alvar Nuñez. Ofrecióle el Rey grandes mercedes si lo executaba; y las mereció en pocos dias. Fingiéndose desavenido con el Rey, se fué á guarecer del Conde Don Alvar Nuñez: pretextó su fuga, maquinando haber recibido del Rey los agravios que le parecieron mas verisímiles para hacer creíble su cautela. Creyólos el Conde, y ofreció favorecerle; y en prueba de lo que esperaba hacer por él, le dió luego la villa y castillo de Belmer con homenaje: y en pocos dias logró la ocasion que le dió el trato familiar para matarle (1). Tuvo el Rey en Valladolid noticia de su muerte; y casi junto con ella, la de que todos los Castellanos y Alcaydes que habia puesto el Conde, sin necesitar de mensajeros, le

res-

(1) Ramiro Flores con cautela mató al Conde Don Alvaro.

restituian al Rey las villas, castillos y Alcázares que él habia pretendido usurpar. Fué desde Valladolid á Tordehumos donde tenia el Conde sus tesoros; allí hizo levantar un teatro, y en él un sitial: sentóse el Rey, é hizo llamar al Conde á juicio despues de muerto. Los tesoros que viéron todos los circunstantes le hicieran tan imposible el responder á los cargos, vivo, como estando muerto: declaróle el Rey por traidor; y como de tal agregó al fisco todos sus bienes.

Sosegada en parte Castilla con la severidad de éste y otros castigos que hizo el Rey en los rebeldes, dispuso su jornada para Portugal con la Infanta Doña Leonor su hermana para efectuar las bodas con la Infanta Doña María en el año diez y ocho de su Reynado y diez y nueve de su edad, y de la era de Christo bien nuestro mil trescientos veinte y siete. Llegó con la Infanta su hermana á Ciudad-Rodrigo, acompañado de toda la nobleza de sus Reynos: quedóse en Ciudad-Rodrigo el Rey; y partió la Infanta á Sabogal, lugar del Rey de Portugal. Salieron á recibir á la Infanta el Rey Don Dionis,



nis, Doña Isabel su madre, la Reyna Doña Beatriz su muger y la Infanta Doña María su hija; con quien habia de casar el Rey Don Alonso de Castilla. Tres dias estuviéron el Rey y la Infanta en Sabogal; desde allí partiéron á Alfayates, donde vino el Rey de Castilla y otorgó el casamiento con la Infanta Doña María. Despues pasáron todos á Fuentegrimaldo, que es del Señorío de Castilla; y allí firmáron los Reyes las bodas de Don Pedro, Príncipe de Portugal, con Doña Blanca hija del Infante Don Pedro de Castilla. Pusiéron de ambas partes rehenes para mayor seguridad de los contratos; y despidiéndose con grandes demostraciones de amistad y cariño, se volvió el Rey Don Dionis á Portugal y el Rey Don Alonso á Castilla.

De vuelta le alcanzó en Salamanca Don Gonzalo García, Consejero mayor del Rey de Aragon, que venia en su nombre á pedirle por esposa á la Infanta Doña Leonor su hermana. Estaban tan á la vista las conveniencias que se le seguian á Castilla de estas bodas, que no necesitó de Consejeros  
el

el Rey Don Alonso para dar su consentimiento. Traia ámplios poderes Don Gonzalo para los ajustes; y determináron que el Rey conduxese á su hermana la Infanta á Agreda, que es lugar de Castilla: que el Rey de Aragon saldria de sus Reynos hasta el mismo lugar á recibirla; y que despues se celebrarian las bodas en Tarazona, precediendo las capitulaciones que conviniesen á ambos Reynos. Partió Don Gonzalo con esta respuesta á Aragon, y el Rey Don Alonso á Burgos á disponer la jornada: porque mostrándose muy enamorado el Rey de Aragon de las prendas de Doña Leonor, le estrechaba mucho los plazos.

Partió el Rey de Burgos con lucido y numeroso acompañamiento, no solo de su casa Real sino de los Ricos-Hombres, Infanzones y Caballeros, y los Maestres de todas las Ordenes. Gustó tambien la Reyna Doña María de ir acompañando hasta Aragon á su hermana; con que el acompañamiento fué en todo Real y magestuoso. Esmeráronse en las galas y lucimientos de sus personas y criados Don Pedro Fernandez de  
Cas-

Castro; Don Juan Alfonso de Haro, Señor de los Cameros; Don Rodrigo Alvarez de Asturias, Señor de Norella; Don Fernan Rodriguez, Señor de Villalobos; Don Juan García Manrique. En Logroño encontraron ya vasallos del Rey de Aragon, de los primeros del Reyno, que se adelantaron á rendir vasallage á la que habia de ser su Señora. Pasó el Rey á Calahorra donde le aguardaba Don Pedro de Luna, Arzobispo de Zaragoza, que hizo presentes de mucho precio á la Infanta. Desde allí fué el Rey á Alfaro, donde llegó el Patriarca de Alexandria y Arzobispo de Tarragona que en nombre del Rey de Aragon su hermano traxo á la Infanta presentes tan magníficos de telas de oro y plata, en aquel tiempo vistas pocas veces; de joyas; de piedras preciosas, que parece habia querido el Rey no perdonar aun las pruebas vulgares de las dádivas para créditos de su fineza. Entre las demas alhajas coronó el presente con tres coronas, guarnecidas de diamantes y esmeraldas al tope, en tanto número que se ignoraba la materia. De Alfaro pasó el Rey á Agreda, con su hermana

na la Infanta Doña Leonor ; donde ya los aguardaba D. Alonso, Rey de Aragon, acompañado de los Infantes Don Pedro y Don Ramon sus hermanos, y de toda la nobleza de los Reynos de Aragon y Cataluña : desde allí partiéron los Reyes á Tarragona donde se celebráron las bodas (1). Asistiéron á ellas los Embaxadores del Rey de Portugal, con poderes suyos para ajustar perpetuas paces entre los tres Reyes ; con especial capítulo, de que los dos habian de dar su ayuda al de Castilla para las conquistas contra Africanos: con que se volviéron los Reyes á sus Reynos, y el de Castilla se traxo consigo á Doña Blanca que era de poca edad ; que cumplidos los doce años, habia de casar con el Príncipe de Portugal como quedó determinado en Alfayates.

Apresuró el Rey la vuelta á sus Reynos por asistir á las Cortes en Madrid, para donde ántes de partir de Burgos para Aragon habia convocado los Procuradores. Detúvose pocos

(1) Celébrase el casamiento del Rey de Aragon en Tarragona.

cos dias en Soria, en que substanci6 las causas de los c6mplices en la muerte de Garcilaso de la Vega y los demas Caballeros que le asistian. Hall6 ser muy culpados los Alcaldes, y execut6 en ellos sentencia de muerte como en los demas re6s que pudieron prender sus justicias. Hizo llamar 6 pregones los fugitivos y conden6los en rebeldía 6 muerte, dando facultad para que en qualquiera parte que los hallasen se executase la sentencia; declar6ndolos 6 todos traidores, incurso en crimen de lesa magestad, por haber dado la muerte 6 un Ministro de los mayores de su Reyno, de sus principales Consejeros y Merino mayor de Castilla: y como de tales aplic6 todos sus bienes al fisco (1). Pas6 6 Madrid, donde le aguardaban los Prelados y Ricos-Hombres con los Procuradores de las ciudades de los Reynos de Castilla, Leon y Galicia; de los Reynos de Sevilla, C6rdova, Murcia, Jaen y el Algarbe, y de los Condados de Molina y de Vizcaya. Hí-

zo-

(1) Castigo que hizo el Rey en los c6mplices en la muerte de Garcilaso.

zolos á todos testigos del cuidado que ponía en pacificar sus Reynos; sin haber sido deudor de una hora de tiempo á su obligacion desde que empuñó el cetro: y que tocaban con las manos el logro de sus cuidados, pues veían con estimacion la justicia; castigados los malhechores; reprimidas las insolencias; purgado el Reyno de ladrones; los caminos seguros de bandoleros; sin necesitar las casas y las haciendas de mas guarda que el miedo que su entereza y vigilancia habia puesto á los facinerosos: todos lo reconocieron, rindiéndole gracias por estos beneficios. Pasó á proponerles sus deseos de hacer guerra á los Moros, representando juntamente la necesidad en que se hallaba de sus socorros; y ofreciéronle mas quantiosos servicios que en otras ningunas Cortes le habian concedido. Concluida esta funcion, le diéron quejas de Don Juzaph: á que les dió entera satisfaccion, con esperanzas seguras de que verian presto el remedio; como lo executó, mandando se le tomasen cuentas: y siendo alcanzado en grandes sumas con el Rey, le privó del oficio de Consejero y del de Almoja-

ri-

rife (1); decretando tuviesen en adelante este oficio Christianos, y que se mudase el nombre de Almojarife en el de Tesorero. Antes de concluir estas Cortes tuvo carta del Pontífice (2), en que le manifestaba la mucha razon que tenia en darse por ofendido de los procedimientos del Infante Don Juan Manuel; pero que á él como á sucesor de San Pedro, á quien le dixo Christo que no solo siete veces sino sesenta veces siete perdonase, le tocaba solo interceder por los reos, no acriminarles sus delitos: y que como esta piedad de Christo bien nuestro le fué favorable á la Iglesia, porque con ella de un Saulo hizo un Pablo; de un perseguidor un amigo; de un contrario un adalid el mas valeroso de los fieles, que le rogaba probase reduciendo al Infante Don Juan Manuel á su gracia semejante fortuna: que aunque no se le siguiese el efecto, siempre lograria para sí la gloria de haberlo intentado como Príncipe

(1) Aparta el Rey de su lado al Judío Don Juzaph, privándole del oficio de Tesorero.

(2) Carta que escribió el Pontífice al Rey.

pe tan Católico que procuraba imitar en su benignidad al supremo Señor y Monarca de todos los Reyes. Otorgóle en esta carta, para hacer guerra á los Infieles, las tercias de las Iglesias de todos sus Reynos y las décimas de los Eclesiásticos de todo su Señorío: gracia que estimáron mucho, así el Rey como todos los vocales, porque se facilitaban con ella las empresas contra los Africanos.

Disueltas las Cortes, llamó el Rey á Don Juan del Campo, Obispo que era entónces de Oviedo, y hablóle en esta forma: *quiero que se entienda en mis Reynos y en los extraños, que hago mas aprecio de ser hijo humilde de la Iglesia que Rey grande y poderoso en mis Reynos; y que los consejos de la cabeza suya tienen en mí fuerza de preceptos. Id al Infante Don Juan Manuel, y decidle discurra con vos los medios que se juzgaren convenientes á su decoro, que los juzgue decente satisfaccion de los que él ha presumido agravios: que los executaré prontamente; y con olvido de todas las desazones pasadas le restituiré á mi gracia y á sus puestos, sin querer mas recompensa que el*  
que



*que como Christiano y leal vasallo me ayu-*  
*de en las guerras contra los enemigos del nom-*  
*bre de Christo.* Dixo estas palabras el Rey  
 mas con el corazón que con los labios; y  
 las imprimió tan altamente en el del Obispo,  
 que le dió eficacia para que persuadiese al  
 Infante Don Juan Manuel á venir con el Rey  
 á conciertos: aunque nunca le convenció á  
 que se pusiese en presencia del Rey (1). De  
 la conferencia entre los dos resultó el que  
 el Infante Don Juan Manuel se allanase á  
 servir al Rey en la frontera, con calidad que  
 le restituyese á su hija Doña Constanza que  
 habia dias la tenia el Rey retirada en el Al-  
 cázar de Toro, y que él le restituiria al Rey  
 la villa y castillo de Lorca que habia reci-  
 bido en rehenes. Admitió el Rey sin difi-  
 cultad los conciertos: restituyóle á su hija, y  
 libróle grandes cantidades para que hiciese  
 diversion á los Moros por el Reyno de Mur-  
 cia al tiempo que él les hiciese por el Reyno  
 de Granada la guerra.

An-

(1) Reconciliase el Infante Don Juan Manuel con  
 el Rey: aunque no se atrevió á venir á su presencia.

Antes de partir á la frontera se vió el Rey de Castilla con el de Portugal en Grimaldo; y se convino con él en que los castillos suyos que habian quedado en rehenes no tuviesen Alcaydes Portugueses sino Castellanos, y que en la misma forma las fortalezas de Portugal tuviesen Gobernadores Portugueses (1). Miró en esto el Rey de Castilla á tener en aquellos lugares comarcas á la Andalucía (si lo necesitasen los lances de la guerra) mas á su mandar los socorros y mas seguras las surtidas. Ofrecióle el Rey de Portugal quinientos caballos, montados de la mejor gente de su Reyno, que le sirviesen en esta empresa: con que se despidieron amigablemente; y el Rey de Portugal dió vuelta á su Reyno, y el de Castilla tomó su camino para la frontera. Llegó á Córdoba, donde le aguardaban los Ricos Hombres, los Maestres de las Ordenes, y toda la flor de Castilla con ellos. Despues de varias disputas determináron se empezase la conquista por Teba, lugar rico, numeroso y fuerte

por

(1) Vistas entre el Rey de Castilla y Portugal.

por la naturaleza y el arte (1). Gobernaba Ozmin, no menos valiente que experto en la disciplina militar, las armas del Rey de Granada; y juntamente gobernaba el Reyno y al Rey niño, hijo del Rey Ismael que matáron á traicion sus vasallos. Luego que tuvo noticia de que el Rey Don Alonso habia cercado á Teba, marchó con seis mil caballos á Turon; lugar distante tres leguas de Teba: desde él hacia salidas, embarazando llegasen nuestras gentes y caballos al rio Guadateba; con que imposibilitaban el poder durar el sitio con la falta de agua, necesitando cada dia de venir á las manos por no morir á las de la sed. En los dias que duró el sitio fuéron muchas y muy sangrientas las refriegas, en que contentó á ambas partes la fortuna; hasta que en un encuentro, que casi fué de poder á poder, le derrotáron los Christianos lo mas florido de su ejército: hicieron prisioneros muchos de sus cabos, y quedáron otros muchos en la campaña; con que

(1) Da el Rey principio á la guerra contra los Moros.

que no atreviéndose ya á hacer salidas, fueron mas recios y mas continuados los asaltos: con que se rindiéron á la merced del Rey. Fué mas gloriosa esta victoria para los Castellanos, por no haberse hallado en ella los quinientos caballeros Portugueses que traxéron por cabo al Comendador de Christo. Alegáron se habia cumplido el plazo que les habia señalado su Rey, y que tenian orden suyo indispensable para volverse: con que no tuviéron con quien partir la gloria los Castellanos. Conseguida esta victoria, se le entregáron sin sangre los castillos de Cañete y Pliego, y las torres de las Cuevas y la de Otrexica. Dexó el Rey por Alcayde de Teba á Sancho Rodriguez de Mendoza, Ilustre Caballero de Ecija, y abasteció las torres de Cuevas y Otrexica, los castillos de Cañete y Pliego de soldados, municiones y de víveres; y tomó el camino para Sevilla con ánimo de disponerse á nuevas empresas. Cumplió el Rey todo lo que le ofreció al Infante Don Juan Manuel: nada cumplió Don Juan de lo prometido. No solo dexó de hacer guerra por Murcia á los Moros, sino que tambien  
apro-

aprovechó la ocupacion del Rey para entrar mas á su salvo en Castilla y fabricar nuevas tramas con que poder ofenderle (1). Efectuó boda con Doña Blanca, hija de Don Fernando de la Cerda y hermana de Don Juan Nuñez de Lara; y para atraerle mas á su parcialidad, á este vínculo del parentesco añadió otro motivo mas poderoso del interes. Propúsole á su suegra un gran casamiento para su hijo Don Juan. Ya escribimos como Don Juan, hijo del Infante Don Juan á quien hizo matar el Rey, dexó solamente una hija que por diligencia de su ama la retiráron á Bayona de Inglaterra. *Esta Señora (la dixo) es gran casamiento; y no solo grande, sino el mejor para vuestro hijo Don Juan Nuñez de Lara, á quien ya miro con cariños de hermano: á ella, como á heredero único, le toca el Condado de Vizcaya y todas las demas tierras de su padre. Si el Rey de su voluntad no se las diere, para eso tengo yo fuerzas; y no son tan pocos los aliados de vuestro hijo,*

*que*

(1) El Infante Don Juan Manuel no cumple lo capitulado con el Rey, discurriendo nuevas tramas contra la autoridad Real.

*que con los míos no puedan obligarle al Rey á que obre justicia.* Creyóse de estas ofertas Doña Juana, suegra de Don Juan Manuel y madre de Don Juan Nuñez de Lara, sin advertir que era cambio muy perjudicial trocar el favor cierto, y que siempre le habia experimentado amigable de un Rey, por el incierto de un vasallo. Executóse todo como lo habia pintado el deseo de Don Juan Manuel: fué acompañándole á su hermano Don Juan de Lara á Inglaterra; y conducida Doña María á Castilla, celebró con ella bodas y puso demanda al Rey por los heredamientos de su padre.

Estas noticias favoreciéron mucho los intentos del Rey de Granada; que viendo crecer cada dia el poder del Rey Don Alonso con las nuevas confederaciones del Rey de Aragon y de Portugal; y de Don Felipe, Conde de Curen y de Angolesine y de Morgain y de Longavilla en Francia, electo este año de mil trescientos veinte y nueve por Rey de Navarra; y que el Infante Don Juan Manuel solo le podia dar á él deseos, pero no soldados (que aun para defenderse

á sí le faltaban) solicitó treguas con el Rey de Castilla ofreciéndose á ser vasallo suyo y á darle cada un año doce mil doblas en parias : á este fin le envió sus Embaxadores á Sevilla. Firmó el Rey con ellos las treguas, concediéndoles que todo el tiempo que durasen pudiesen sacar de los Reynos de Leon y Castilla granos, mercaderías y ganados por su justo precio, pagándole al Rey de Castilla de veinte uno. Firmáronse estas treguas en Sevilla por ambos Reyes (1).

No le valieron al Rey Don Alonso las tareas y ocupaciones continuas en el gobierno del Reyno para que no lograrse el amor las flechas, que mas freqüentemente hacen el tiro en los ociosos. En la primera entrada que hizo el Rey en Sevilla vió á Doña Leonor de Guzman, muger que habia sido de Don Juan de Velasco, Señora de la primera nobleza de los Reynos; y de hermosura tan ventajosa, que si por votos de ella se hubiera  
de

(1) Treguas con los Moros, pagando doce mil doblas de parias al Rey Don Alonso y jurándole vasallage.

de dar la corona solo le faltaran los de los ciegos. Vióla el Rey: y no pudo borrar del corazon la imágen que talláron en él los ojos. Manifestó su deseo: y de comunicarle halló resistencia en su recato; porque no se habia grangeado menos aplauso por hermosa que respeto por honesta: instó, rogó, porfió; rindióse la fortaleza á las importunas baterías que llevaban el peso de una magestad en cada tiro. No se hace increíble, que adornada de tantas prendas presumiese Doña Leonor posible el dorar con la corona este yerro: porque le constaban los desabrimientos del Rey con la Reyna Doña María por no haber dado señas de muger en quatro años de esposa suya.

Apartáronle al Rey de Sevilla los nuevos alborotos que Don Juan Nuñez de Lara favorecido de Don Juan Manuel fomentaba, dando querellas contra el Rey de que le usurpaba injustamente sus Estados. Pasó á Xerez desde Badajoz, donde le aguardaba Doña Isabel Reyna de Portugal, muger del Rey Don Dionis y abuela del Rey Don Alonso; y despues de haber liquidado algunos pun-



puntos pertenecientes al gobierno de ambas coronas, se vino el Rey Don Alonso á la villa de Burguillos: donde le llegó un mensajero de parte del Infante Don Alonso de la Cerda, rogándole se sirviese de mandar le tuviesen alojamiento. Averiguó el Rey que venia solo y de paz, y que estaba ya muy cerca de la villa: extrañólo, sabiendo los esfuerzos que habia puesto el Infante Don Juan Manuel en apartarle de su servicio y en volver á avivar las voces del derecho que tenia á la corona, sin advertir las renunciaciones que tantas veces habia hecho y las solemnidades de juramentos de no volver á poner demanda. Mirólo el Rey como singular beneficio del cielo: salióle á recibir fuera de la villa; y con demostraciones de gran cariño le dispuso posada cerca de su palacio (1). En esta ocasion revalidó todas las renunciaciones hechas ántes, y le besó la mano al Rey con reconocimiento de vasallo: y el Rey le señaló crecidas rentas, heredándole en villas,

(1) El Infante Don Alonso de la Cerda se reduce á la obediencia del Rey.

llas, lugares y castillos con tanta generosidad, que nunca volvió á arrepentirse de haberle rendido vasallage. Pasó á Truxillo: y porque la tregua con los Moros no ocasionase el que reducidos los Castellanos á solo el cultivo de las tierras y el trasiego de las mercaderías olvidasen las crias de los caballos, ordenó que no pudiesen subir en mulas ni en mulos, ni tragar las mercaderías ni hacer viages sino es en caballos. Fué forzoso derogar dentro de poco tiempo esta ley, porque se halláron insuficientes los caballos para el ajobo de los acarreos; y les tuvo mucha costa el volver al antiguo uso: porque con la falta de las crias se dobláron los precios. Pasó á Santa Olaya, donde hizo prender y pasar á cuchillo veinte y seis bandidos que infestaban toda la tierra. Pasó á Toledo; y con las muertes de pocos Caballeros que embarazaban á los jueces el hacer justicia dexó aquella ciudad sosegada. Quiso tener la fiesta de San Juan en Illescas; donde adoleció de una enfermedad tan grave que juzgáron fuese la última: pero quiso Dios que sanase y convaleciese en breves dias;

con

con que pasó á Madrid, y desde allí á Segovia, donde hizo algunos dias asiento, dando orden de que se labrase moneda (1): porque llegaron á estar tan apurados los Reynos de Castilla y Leon de monedas propias, que fué forzoso dar permission para que en las fronteras de Aragon y en todo el Arzobispado de Toledo corriesen las monedas del Rey de Aragon, haciendo en esta forma los trueques. Los dineros Jaqueses se cambiaban con los cornados; y los dineros Reales con el valor de los novenes. En las fronteras de Navarra corrian los sanchotes, y en las de Portugal los portugueses. Dió orden de que se labrasen novenes y cornados de la misma ley y talla que los que fabricó su padre Don Fernando, en cantidad que pudiese estar surtido el Reyno sin recurso á las monedas de los extraños. Pasó desde Segovia á Valladolid; donde le llegó la nueva de haberle nacido un hijo de Doña Leonor de

(1) Falta de moneda en Castilla: obligó á que pasase la de diferentes Reynos, hasta que se fundiese moneda.

de Guzman (1): nueva para el Rey de mucho gusto, porque acreditaba no era defecto suyo el no tenerlos en la Reyna. Celebraron esta nueva los Cortesanos, contemplando el gusto del Rey, con justas y torneos y otros festejos que se tuvieran por decentes en el nacimiento de un Príncipe heredero de los Reynos. Gustó el Rey de que se llamase Don Pedro; y heredóle en Aguilar de Campo, en Lyebana y Pernia: y dióle el apellido de Aguilar; y despues le añadió el Señorío de otros lugares en la frontera de Aragon, que poseyó el Infante Don Pedro su tio. Los adelantamientos del Rey le tenian al Infante Don Juan Manuel en un continuo sobresalto: vivia muriendo, ahogado en perplexidades y recelos. Si se reducía á la merced del Rey, temia el no ser admitido de su severidad sobre tantas deslealtades; si no se reducía, se obligaba á vivir bandido: porque estaban cerradas en Aragon y Portugal las puertas por los vínculos de las nuevas bodas, y en Gra-  
na-

(1) Tuvo el Rey un hijo en Doña Leonor de Guzman, que se llamó Don Pedro.

nada por haberle rendido su Rey vasallage al de Castilla y tener firmadas con él treguas. Pero la necesidad, que suele ser ingeniosísima, le dictó á un tiempo dos arbitrios. Envióle al Rey mensageros que de su parte le rogasen se sirviese exâminar sus procedimientos en el tiempo que asistió al cerco de Teba; y que hallaria no haber sido sus desatenciones del tamaño que se las habia propuesto la emulacion de sus contrarios, queriendo acreditar-se de zelosos en el servicio del Rey con acriminar las acciones de los que no estaban en su gracia. Que confesaba haber pedido ó tomado vituallas de algunos lugares del Rey para sí y para sus gentes; pero tan escasas, que se conocia las pedia la necesidad, no el atrevimiento ó el robo: y que si habia excedido en algo, le rogaba le perdonase. No le dexaban discurrir á Don Juan Manuel sus ahogos, que se dexaba indefenso su mayor delito; que era haber recibido sueldos del Rey para hacer guerra á los Moros por las fronteras del Reyno de Murcia, y haber faltado á la palabra que dió al Rey, dexándole en el calor de los ataques y entrándose en Cas-

tilla para hacer con Don Juan Nuñez avenencias. Sin embargo, le respondió el Rey blandamente; con que pasaron los mismos mensajeros al segundo arbitrio, valiéndose de Doña Leonor de Guzman, cuya intercesion era poderosísima con el Rey, para que tomase la mano de reducirle á su gracia. No fuera tan condenado este medio, si solo hubiera mirado al fin de reconciliar á Don Juan Manuel con el Rey; pero á pocos lances de la conversacion descubrieron su intento (1). Ponderáronle á Doña Leonor de Guzman lo que ella se sabia: su nobleza; su discrecion; su hermosura; el amartelo del Rey, que creció, si pudo crecer, con haberle dado un hijo y libradole de la nota de no ser para hombre. Este fué el prólogo con que la persuadiéron el que propusiese al Rey, que la tomase por esposa repudiando á la Reyna Doña María; en que juzgaban habia poca hechura, considerando la poca voluntad que el Rey la tenia. Era Doña Leonor aun mas entendida que

(1) Por medio de Doña Leonor de Guzman intenta Don Juan Manuel reconciliarse con el Rey.

que hermosa; y conoció no miraba aquella proposición á conveniencia suya, sino á poner discordia entre el Rey de Portugal y el de Castilla para que tuviese Don Juan Manuel sombra en que guarecerse. Respondióles, que haria quanto pudiese en apaciguar al Rey para que recibiese benignamente á Don Juan Manuel en su gracia; y que confiaba deberle al Rey esta merced: que en el segundo punto, no solo no le hablaria, sino que ellos se olvidasen tanto de haberse atrevido á hablarla á ella que se pareciese su olvido á lo que nunca fué; que de otra suerte, les estaria tan mal al Infante y á ellos que les pesase.

Estando el Rey en Valladolid recibió mensajeros de la provincia de Alava, en que le rogaban quisiese admitir su Señorío (1). Desde lo muy antiguo estuvo el Señorío de Alava dividido de los Reynos de Castilla y Navarra. Elegian Señor por su arbitrio: unas veces alguno de los Infantes de Castilla; otras al Señor de Vizcaya, ó al Señor de Lara, ó de

(1) La provincia de Alava se une á los Reynos de Castilla como las demas provincias.

de los Cameros. No habia memoria de que ningun Rey los hubiese dominado: ni aun en las villas de Victoria y Tribiño, que eran del Señorío del Rey de Castilla, admitian que pusiese el Rey ministros y oficiales. Al que elegian por Señor le pagaban pechos y contribuciones quantiosas: el primero á quien hicieron esta oferta fué el Rey Don Alonso; y habló por todos el Obispo de Calahorra en esta forma. *Señor: los Hijos dalgo y labradores de las tierras y cofadría de Alava, que al presente estan en el Campo de Arriaga lugar donde acostumbran hacer sus juntas, me envian á que os pida por merced el que querais ser Rey suyo y juntar aquella provincia á las de vuestro Reyno; que quieren ser regidos de vuestra prudencia y gobernados por las leyes y fueros que les impusiereis: que contribuirán á vuestra corona en la conformidad que los demas vasallos de Leon y Castilla.* La respuesta del Rey fué partirse, acompañado del Obispo, al Campo de Arriaga; donde todos le rindiéron vasallage: dióles leyes; nombró justicias; y fuera de los Alcaldes, les puso tambien Merino como en  
las



las provincias de su Reyno.

Vuelto á Burgos, en el año de mil trescientos treinta instituyó ó restauró el Orden de la Banda; de que solo duraban en Castilla tibias memorias (1). Era la insignia una faja del ancho de una mano, que cruzaba desde el lado diestro el pecho hasta la faldilla del lado izquierdo. Los primeros á quien dió esta insignia fuéron soldados de gran reputacion; hombres que añadiéron lustre á su sangre con las hazañas con que aspiraban los hombres de espíritu y valor á merecerla como á calificacion de su calidad y de sus proezas. Profesaban con juramento, ántes de ponerles esta insignia, obrar como Caballeros á favor de la Religion católica, del Rey y de la patria; y eran los estatutos tan rigurosos que eran pocos los profesores, por lo difícil de su observancia.

Vimos como se quedó sin efecto el arbitrio que tomó el Infante Don Juan Manuel para desunir al Rey de Castilla del de Portugal: no desistió su inquietud de buscar  
otros

(1) Institucion de la Caballería de la Banda.

otros modos. Logró su intento por medio de su gran amigo Fernan Rodriguez de Balboa, Prior de San Juan. Tenia, como hemos visto, el lado del Rey, y era uno de sus Consejeros desde que cayó de la privanza el Conde Alvar Nuñez; y era juntamente Canciller de la Reyna Doña María: de donde tomó ocasion para frecuentes correspondencias con el Rey Don Alonso de Portugal, padre de la Reyna; y ésta en las desazones que mostraba el Rey, por no dar señas de fecunda, acudia á él por consuelo: con que en el Rey de Portugal pasó la correspondencia con el Prior á amistad y confianza (1). De ella se valió Don Juan Manuel para que el Prior le propusiese á su hija Doña Constanza (á quien dexó el Rey de Castilla) para esposa de Don Pedro, Príncipe heredero de Portugal. Al embarazo de estar desposado ya con Doña Blanca, hija del Infante Don Pedro de Castilla, hallaban expediente muy fácil; por constar á todos la en-  
fer-

(1) Nuevas cavilaciones del Infante Don Juan Manuel.

fermedad que padecia de perlesia, tan arraygada, que se habian experimentado inútiles todos los remedios para su curacion: y que no podia ser racional en el Rey de Castilla la queja de faltar al contrato, habiendo sobrevenido un accidente que hacia imposible la sucesion que es el primer blanco á que miran las bodas de los Soberanos. Y añadió; que si se hiciese esta honra al Infante Don Juan Manuel, él se mostraria agradecido ayudándole con su poder á que le diese á entender al Rey de Castilla la mucha estimacion que hacia de Doña Leonor de Guzman con desautoridad é indecoro de la Reyna Doña María su hija. Con tanta destreza y eficacia le propusieron al Rey de Portugal estas razones los mensageros que envió el Prior, que se traxeron de vuelta firmados los ajustes de la boda del Príncipe Don Pedro de Portugal con Doña Constanza, hija del Infante Don Juan Manuel. Firmólas el Prior por Don Juan Manuel, con poderes que tenia suyos, y murió en firmándolas; con que le faltó al Rey un enemigo, por encubierto mas perjudicial, y por casero aun mas pernicioso.

Cobró con este suceso favorable alguna respiracion el Infante Don Juan Manuel; y acabó de resucitar, por el rompimiento de las treguas del Rey de Granada con el Rey Don Alonso. Tomó el Rey de Granada por pretexto para quebrantarlas el que le habia negado la saca de granos de Castilla, contra lo pactado quando le ofreció parias como vasallo al Rey Don Alonso. Satisfizo á su queja el Rey Don Alonso, manifestando en la carestía de los años la causa; en que no era posible consintiese Castilla en la saca, no bastándose á sí misma. Hizo el Rey de Granada que se daba por satisfecho y alargó por otro año las treguas, pagando como el año antecedente las doce mil doblas en parias para esconder mas su designio. Duró el fingimiento lo que tardó en verse favorecido de Alboacen, Rey de Marruecos, con ejército formidable de Africanos que constaba de siete mil caballeros Moros, sin mucha infantería, y de Abomileque su hijo; á quien dió el baston de General, representándole como muy zeloso de su ley, que ponía en sus manos la mayor gloria de Mahoma que

con-

consistia en el abatimiento de los Christianos (1). Para asegurar mas contra ellos las victorias apellidó el Rey de Granada el favor de todos los Reyes Moros comarcanos, y escribió al Infante Don Juan Manuel, que ya habia llegado el tiempo en que le vengaria de los agravios que le habia hecho el Rey de Castilla; y habia llegado tambien la ocasion en que le mostrase con las obras los deseos que tantas veces le habia manifestado de ayudarle á recuperar los pueblos y castillos que le tenía el Rey Don Alonso usurpados. Esta nueva, digo, que le resucitó á Don Juan Manuel: porque le pareció habia de ser buscado como árbitro el que poco ántes solo la muerte y el cuchillo le buscaba. Envióle por mensagero á su confidente Pedro Martínez Calvillo, que firmó por sí y por Don Juan Nuñez, estar siempre á su obediencia y mandato como qualquiera otro de sus vasallos.

Con-

(1) Rompe las treguas el Rey de Granada, favorecido del Rey de Marruecos.

Confiado el Rey Don Alonso en el nuevo ajuste de las treguas con el Rey de Granada, convirtió todos sus cuidados en mejorar sus Reynos de Leon y Castilla restituyéndolos á su antiguo esplendor. Para renovar la antigua Caballería, que floreció tanto en tiempo de sus antiguos predecesores y se habia agostado en los dos inmediatos siglos, determinó armarse Caballero; encendiendo los deseos de todos sus vasallos, para que á su exemplo solicitasen la honra de que hacia estimacion su Príncipe. Convocó para este fin la nobleza de todos los Reynos á Burgos, dándoles noticia de que despues de tomar la Caballería se habia de ungir Rey con las ceremonias de la Iglesia que observáron algunos de sus antecesores.

Miéntas se juntaban en Burgos, fué en romería á buscar el cuerpo del Apóstol Santiago; y desde la Mongía fué á pie hasta la ciudad: así entró en el templo de Santiago; y poniendo sobre su altar las armas, las veló toda aquella noche: al amanecer del dia siguiente le dixo misa el Arzobispo Don Juan

Juan de Lymia, y bendixo las armas (1). Despues las fué tomando el Rey por su mano, y armóse de todas armas: de yelmo; de gambax; de loriga; de quixotes; cañilleras y zapatos de hierro: ciñóse despues su espada, y la imágen del Santo Apóstol, que estaba sobre el altar, le dió la pescozada; con que quedó armado Caballero por mano del Apóstol Santiago: y esta forma, en que recibió el Rey la Caballería, hizo ley para que ninguno fuese admitido á ella sin estar armado de todas armas. De Santiago pasó el Rey en romería al Padron, venerando el lugar donde aportó el cuerpo del glorioso Apóstol. Volvió á Burgos, donde le aguardaba ya lo mas illustre de sus Reynos para la coronacion; que fué en la Iglesia de Santa María la Real, en las Huelgas de Burgos: y se dispuso en esta forma (2). Salió el Rey desde su palacio á caballo, vestido de tan costosas galas, que era de piedras preciosas toda la guarnicion del vestido; y los jaces del

(1) Ceremonias con que el Rey se armó Caballero en el templo del Apóstol Santiago.

(2) Coronase el Rey en Burgos.

caballo tan ricos, que no viéron cosa comparable aquellos siglos. Estando ya montado el Rey le puso la una espuela Don Alonso de la Cerda, hijo del Infante Don Fernando de la Cerda que tuvo voz de Rey en Castilla; la otra espuela le puso Don Pedro Fernandez de Castro. Así estos, como los demás Ricos-Hombres de Castilla, fuera de Don Juan Nuñez y el Infante Don Juan Manuel que no viniéron al llamamiento del Rey, le fuéron acompañando á pie hasta la Iglesia: en llegando á ella, le quitáron las espuelas los mismos que se las habian puesto. Poco despues llegó la Reyna, asistida de los Prelados y de todos los de su casa Real: subiéron ambos por las gradas, que estaban cubiertas de paños de oro y seda, á dos tronos magestuosos en que se esmeró la riqueza y el arte. Sentóse en el de la mano derecha el Rey; en el de la siniestra la Reyna. Díxoles misa Pontifical el Arzobispo de Santiago Don Juan de Lymia, con asistencia del Obispo de Burgos; del de Palencia; del de Calahorra; del de Mondoñedo y Jaen, revestidos de Pontifical todos: y oficiáronla  
las



las Señoras Religiosas de aquel Real convento. Despues del ofertorio, dexando sus sillas los Reyes, se fuéron al altar; é hincados de rodillas, ofreciéron tambien sus dones: y así el Arzobispo, como todos los demas allegados, diciendo en inteligible voz diferentes oraciones los bendixéron, y rogáron les alcanzase de la mano de Dios el lleno de las bendiciones. Despues el Arzobispo, desnudándole al Rey los vestidos que cubrian el hombro derecho, se le ungió con óleo bendito. Volvióse á su asiento el Rey: y los Obispos bendixéron las coronas de Rey y Reyna, que estaban sobre el altar: y acabada esta funcion, y volviéndose los Obispos á sus lugares, quedando el altar con solo el Preste, volviéron á él los Reyes; y tomando el Rey del altar una de las coronas, se la puso sobre su cabeza: y despues, de su mano coronó con la otra á la Reyna; y volviéndose á hincar de rodillas, duráron en esta forma hasta que la misa se concluyó, y volviéronse con el mismo acompañamiento á su palacio. Fuéron muy de ver las fiestas con que celebráron esta coronacion todos los va-

sallos del Rey. Habia concurrido á Burgos la nobleza de todos los Reynos; y no queriendo ninguno ser inferior, crecian á porfia en todos los Ricos-Hombres las demostraciones de regocijo, en las justas y en los torneos; habiendo en las plazas y en los campos públicos mantenedores en todo linage de exercicios, ó de habilidad, ó de fortaleza.

El dia siguiente, mandó el Rey viniesen á su palacio todos los Ricos-Hombres á quien habia de armar de su mano Caballeros: de que hizo una gerarquía; y otra de los Caballeros Hijos-dalgo á quien tambien armó de su mano (1). Los Ricos Hombres fueron Don Pedro Fernandez de Castro; Don Juan Alonso de Alburquerque; Don Juan Alonso de Haro, Señor de los Cameros; Don Rui Perez Ponce de Leon, Señor de Marchena; Don Pero Ponce de Leon, el Vizconde de Tarcas; Don Sancho de la Cerda, hijo de Don Alonso; Alvar Diaz de Haro, hermano de Don Juan Alonso de Ha-

10;

(1) Los Ricos-Hombres que el Rey armó por su mano.

ro; Alonso Tellez de Haro, su hermano; Don Fernan Rodriguez de Villalobos; Don Rui Perez de Villalobos; Don Juan Garcia Manrique; Don Garcia Fernandez Manrique, su hermano; Don Alvar Perez de Guzman; Don Alonso Mendez de Guzman; Don Gonzalo Ruiz Giron; Don Pedro Nuñez de Guzman, que moraba en las montañas de León; y Ramir Flores de Guzman, hijo de Don Juan Manuel; y Fernan Alvarez de Baza.

Los Caballeros Hijos-dalgo eran estos (1): Alonso Fernandez Coronel; Martin Fernandez Puertocarrero; Garcilaso de la Vega; Fernan Sanchez de Velasco; Juan Alfonso de Benavides; Pero Ponce de Cabrera; Fernan Perez Puertocarrero, hermano de Martin Fernandez Puertocarrero; Lope Diaz de Rojas; Juan Hurtado de Mendoza; Juan Fernandez de Sandoval; Gutier Gonzalez Quexada; Rodrigo de Rojas; Diego Perez de Ayala; Pero Yañez de Noval; Gutier Gonzalez Quexada; Diego Ortiz Calderon; Gonzalo Suarez

(1) Los que armó el Rey, de los Caballeros Hijos-dalgo.

rez de Meneses ; Suer Tellez , su hermano ;  
 Mesen Perez de Veleña ; Juan Alfonso Car-  
 rillo ; Sancho Sanchez de Rojas ; Alvar Diaz  
 de Sandoval ; Pero Garcia de Grixalva ; Go-  
 mez Gutierrez , su hermano ; Juan Rodriguez  
 de Villegas ; Fernan Yañez de Neyra ; Pe-  
 ro Diaz de Caballos ; Diego Gomez de San-  
 doval ; Fernan Yañez de Rehujos , Aposen-  
 tador mayor del Rey ; Pero Gonzalez de  
 Torquemada ; Lope Alfonso de Torquema-  
 da ; Nuño Gonzalez Quexada ; Nuño Perez  
 Gallinato ; Lope Ruiz de Villegas ; Lope  
 Rodriguez Quexada ; Fernando Diaz de Ro-  
 jas ; Fernando Diaz Duque ; Juan Fernandez,  
 hijo de Martin Fernandez Delgadillo ; San-  
 cho Ruiz de Rojas ; Pero Ruiz de Ville-  
 gas ; Pero Gonzalez de Agüero ; Gonzalo  
 Fernandez , Alcayde mayor de Toledo ; Rui  
 Perez de Soto ; Juan Garcia de Saavedra ;  
 Juan Garcia de Padilla ; Gomez Perez , hi-  
 jo de Fernan Gomez de Toledo ; Gutierre  
 Fernandez ; Pero Suarez ; sus hermanos ; Juan  
 Ruiz de Gaona ; Fernan Garcia Duque ; Gar-  
 ci Sanchez de Bustamante ; Men Rodriguez de  
 Toledo ; Diego Alvarez de Sotomayor ; Gar-  
 cia

cía López de Hermosilla; Juan García Pa-  
 lomeque; García Lopez, hijo de Lope Gu-  
 tierrez de Córdoba; Martín Alfonso de Cór-  
 dova; Nuño Fernandez de Castrillo; Juan  
 Arias Maldonado, y Salvador García de las  
 Ribas; Gonzalo Ruiz de Riotuerto; Rui  
 Diaz, primo de Lope Diaz de Rojas; Gon-  
 zalo Martinez; Íñigo Perez de Torres, her-  
 mano del Obispo de Burgos; Alfonso Nu-  
 ñez; Gil Gonzalez de Hurones; Fernan Go-  
 mez de Albornoz; Alfonso Hernandez de  
 Solís; Juan García de Villadrando; Juan  
 Rodriguez de Rojas; Diego Gil de Huma-  
 da; Gonzalo Velez de Mora; Nuño Lo-  
 pez, hijo de Diego Lopez Alcalde; Diego  
 Gomez Daza; Juan Martinez Dermijo; Gar-  
 cía Perez Alcalde; Gomez Fernandez Al-  
 calde; Juan Joanes Alcalde; Pero Diaz Al-  
 calde; Martín Ruiz de Bribiesca; Juan Guer-  
 rero de Soto; Pero Fernandez de Hervias;  
 y Fernan Gonzalez, Camarero del Rey.

A todos estos armó el Rey de su ma-  
 no Caballeros en Burgos con las mismas ce-  
 remonias que recibió el Rey la investidura  
 de Caballero en Santiago, y aquel día co-  
*Part. IV. Tom. I.* O mié.

miéron todos con el Rey en su palacio. El día siguiente armáron Caballeros los Ricos-Hombres á muchos escuderos de su casa ó Caballeros de su confianza. Don Pedro Fernandez de Castro armó trece Caballeros; Don Juan Alfonso de Alburquerque nueve; Don Rui Perez Ponce diez; y Don Pedro Ponce otros diez: y á todos los hicieron con armas, caballos y galas á lo militar; y estuvo tan benigno el Rey, que volvió á repetir segunda vez la honra de sentarlos á su mesa á todos. Siendo tan crecido el número de los que concurriéron á estas funciones en Burgos, fué tan grande la vigilancia de Gobernadores y Ministros, que estuviéron siempre sobradas las viandas y los regalos; vendiéndoselas á los forasteros la mitad menos de su valor: agradeció el Rey este servicio dándole por heredad al Concejo de Burgos la villa de Nuño con sus términos.

Acabadas las fiestas, se quedó el Rey algunos días en Burgos; y estando en una ocasión asistido de muchos criados de su casa y de algunos de los Ricos-Hombres, se trabáron de palabras Don Juan Alfonso de Ha-

ro,

ro, Señor de los Caméros, y Don Pedro Ponce de Leon. Debió de desentonarse Don Juan Alfonso, ó querer atropellarle desmesurándose en las palabras: Don Pedro Ponce le dijo que baxase el tono; que era tan bueno como él. Estaba presente un Caballero, por nombre Sancho Fernandez Trincado, vasallo de Don Juan Alfonso, y desmintióle delante del Rey: tomó éste por suyo el agravio por haberle cometido en su presencia, y mandó á sus ballesteros le matasen. Al primer golpe que le diéron con las mazas le derribáron en tierra del caballo, y le valió la vida haberse fingido muerto. Mostró sentimiento de esta determinacion Juan Alfonso, y el Rey le satisfizo; y juntamente le advirtió, que si el Rey no tomase por suyos los agravios que en su presencia se hacian á sus vasallos, les dexaba las manos y los aceros libres para que ellos á sus ojos se vengasen: porque el lugar del desagravio es el mismo en que se padece la afrenta. No quiso declararse el Rey en otros sentimientos contra Don Juan Alfonso, aunque sabia tenia inteligencias secretas con el Infante Don Manuel:

pero en cabeza de su hermano Alvar Diaz de Haro castigó sus desatenciones. Delante de muchos Cortesanos le reprehendió, porque sin haber tenido orden suya para ganar la voluntad de Don Juan Manuel, le habia dicho tenia orden del Rey para matarle (1). *Pongo á Dios por testigo*, le dixo el Rey, *de que mentisteis: que no me faltaran vasallos de mas anchuroso pecho que vos á quien fiar esta empresa si yo la hubiera pretendido. Aunque Don Juan Manuel me ha dado tantos enojos como ninguno ignora de mis vasallos, por superiores respetos nunca he tenido intento de matarle sino de reducirle.* Negó Alvar Diaz haberle dicho tal cosa al Infante Don Juan Manuel; pero al Rey le constaba la verdad del hecho, y le dixo no queria darle mas pena que el que todos los presentes conociesen era mal Caballero y que sus hechos desmentian sus obligaciones.

Tuvo noticia el Rey, ántes de salir de Burgos, de que la Reyna Doña María le habia parido un hijo, primer heredero de Casti-

(1) Lo que dixo el Rey á Don Juan Alfonso.



tilla: de que recibió el Rey gran regocijo. Partió á la ligera á Valladolid donde asistia la Reyna: celebráron mucho el nacimiento todos los Cortesanos. Gustó de que se llamase Fernando, y señalóle casa y vasallos; y dióle por Mayordomo á Don Juan Alfonso de Alburquerque (1). Llególe poco despues nueva de haberle nacido otro hijo de Doña Leonor de Guzman, á quien puso por nombre Sancho: y le dió el Señorío de Ledesma, Bexar, Galisteo, Granadilla y Montemayor: y señaló por su Mayordomo á Garcilaso de la Vega. Turbóse el regocijo de estas nuevas alegres con las noticias que le viniéron al Rey de los Gobernadores de Tarifa y Gibraltar, en que le avisaban habian llegado á Algecira en diferentes esquadras de galeras hasta número de siete mil caballeros Africanos: que ignoraban su intento; y así era preciso, no solo poner en todas las fronteras nuevos resguardos, sino tener ejército pronto que pudiese acudir donde llama-

ma-

(1) Nacimiento del Príncipe Don Fernando y del Infante Don Sancho.

mase el mayor peligro. Envió orden el Rey al Almirante mayor Tenorio para que saliese con su flota á embarazarles por el mar sus designios; y juntamente á todos los Ricos-Hombres de la Andalucía para que alistasen con brevedad sus gentes y estuviesen á la mira para oponerse al furor Africano: el mismo dió á los Priors de las Ordenes, y quedóse por entónces en Valladolid esperando reducir al Infante Don Juan Manuel y á Don Juan Nuñez de Lara para que le ayudasen contra enemigos de la fe tan poderosos. Los medios que puso el Rey fuéron tan eficaces que sin duda hubiera logrado su intento, si Juan Martinez de Leyva con maliciosos chismes no hubiera frustrado su eficacia.

Dexó Juan Martinez de Leyva la casa del Rey habiendo recibido de su mano tantas honras, sin mas agravio que el parecerle miraba con mas agrado á Don Pedro Fernandez Coronel (1) y á Don Martin Fernandez Puertocarrero: las honras que á estos les ha-

(1) Malicioso chisme de Juan Martinez de Leyva: y los malos efectos que causó.

hacia las miraba como afrentas propias; y por vengarse, se pasó al bando de Don Juan Nuñez de Lara con otros cinco Caballeros de su sangre y de su confianza. Este, viendo ya reducido al Infante Don Juan Manuel y á Don Juan Nuñez de Lara á la voluntad del Rey: que habian comido un dia juntos en Becerril, lugar del Infante Don Juan Manuel, y que estaban citados para el dia siguiente para comer en Villaumbrales, lugar del Rey, habiéndoles dado la mano y los brazos, y convenídose de parte á parte en que no solo no se hablase de los lances pasados sino que se sepultasen hasta las memorias; tuvo tanto poder con Don Juan Nuñez de Lara, dando cuerpo á la mentira de que el Rey queria matarle, con otras muchas para que le daba materiales el haber sido Consejero del Rey y parte en sus secretos, que le disuadió el que fuese al convite: y añadió que como á él no le importaba la vida del Infante Don Juan Manuel, no ponía empeño en apartarle de aquel convite; pero que el efecto le diria á Don Juan Nuñez que él era su amigo: porque era cier-

to que si iba, no volveria el Infante. Este chisme, en traje de profecía, bastó para arredrarlos á entrambos; y se enviaron á despedir del Rey, alegando el uno indisposicion en la salud, y el otro que se quedaba á asistirle. Aunque conoció el Rey era hecha á manos aquella excusa la admitió, y volvióse á Valladolid.

No tardaron mucho en declarar sus intentos los Moros que pasaron de Africa á las costas de España prevenidos de armas y víveres: en Algecira les dió orden su General Abomileque para que pusiesen sitio á Gibraltar, y así lo executaron (1). Tuvo el Rey Don Alonso en Valladolid este aviso, y sintió en extremo ver tan turbadas las cosas de Castilla que no pudiese atajar este daño á los principios. No le quedó medio que no executase para sosegar al Infante Don Juan Manuel y á Don Juan Nuñez: pero habiendo conseguido tener diferentes veces largas conferencias y amigables con ellos, singularmen-

(1) Los Moros de Africa, habiendo hecho plaza de armas á Algecira, ponen sitio á Gibraltar.

mente con el Infante; ó los chismes de algunos de la casa del Rey, ó lo que es mas cierto, el temor que les causaban sus conciencias, viéndose por tantas acciones dignos de muerte, no los permitia asegurarse en la voluntad del Rey: aunque su palabra y la ingenuidad que reconocian en su natural generoso pudiera librarles de sobresaltos, si no estuvieran mereciendo nuevas penas quando con exteriores apariencias de reconocidos solicitaban olvidase el Rey las pasadas. Hízoles el último requerimiento, enviándoles mensajeros con quien le avisasen de las mercedes que gustaban les hiciese sin perjuicio de sus Reynos: que todas las firmaria gustoso, por tenerlos á su lado con que esperaba obligarle á Abomileque que se retirase de Gibraltar (1). Confiriéron entre sí esta oferta del Rey: y pidió Don Juan Manuel le añadiese el Rey á sus sueldos doscientos mil maravedís, dexándole libres las rentas que tenia

(1) Solicita el Rey atraer al Infante Don Juan Manuel y á Don Juan Nuñez, y les ofrece mercedes: y la desmesura con que usaron de la benignidad del Rey.

nia en las tierras de Castilla; con que pasaba de novecientos mil maravedís su renta: y que le diese el título de Duque para su casa; y que hiciese á los lugares de su Señorío exéntos de todo tributo Real, con potestad de poder labrar por su arbitrio moneda. Don Juan Nuñez pidió le diese el Rey desembargado el Señorío de toda Vizcaya: y que mandase entregarle luego todas las villas y lugares que poseia el Infante Don Juan; que todos estos heredamientos le tocaban á él por hijo del Infante Don Juan, y por esposo de Doña María que era hija de Don Juan Nuñez y nieta del Infante Don Juan: y que le igualase en las rentas y sueldos de Castilla á las que pedia para sí el Infante Don Juan Manuel. Con esta respuesta enviaron al Rey sus mensageros, dándoles orden que si el Rey faltase en algo á su propuesta en su nombre se despidiesen del Rey. Oyólos el Rey Don Alonso, y volvióles las espaldas sin responderles; con que dió la mejor respuesta á sus pretensiones desmesuradas. O son insensatos los soberbios, ó la jactancia hace que lo parezcan. ¿No es locura pedir una gran par-

parte del Reyno por galardón de ayudar á descercar una villa? Viendo el Rey impracticable el reducirlos, despachó sus cartas á todos los Ricos-Hombres de Castilla, Maestres de las Ordenes y Concejos, que se encaminasen á Sevilla: donde dispuso su jornada, habiendo sacado gruesos empréstitos de Valladolid, Burgos y Toledo. Antes que partiese de esta ciudad, tuvo noticia como el Rey de Granada Mahomat, hijo de Ismael, había puesto sitio á Castro del Rio (1) poco despues que Abomileque habia cercado á Gibraltar, con ánimo de divertir las fuerzas de los Castellanos para que pudiesen mas á su salvo combatir la fortaleza de Gibraltar los soldados de Abomileque. Cargó el Rey de Granada todas sus fuerzas en este sitio, y para abreviarle dió calor á sus soldados con la asistencia de su persona; pero obráron con tesson tan bizarro el Castellano y los pocos soldados que tenia de guarnicion, que hicieron resistencia á un ejército Real. Seis brechas

abrió-

(1) Castro del Rio se defiende valerosamente del ejército Real de los Moros, hasta obligarlos á levantar el sitio.

abriéron en los muros los Africanos: y solo doscientos hombres, los mas heridos y maltratados de las ballestas y de las hondas, consiguieron á cuchilladas el embarazarles la entrada, haciendo muros de la fortaleza de sus cuerpos con que cerraban las brechas de los muros; hasta que le obligáron al Rey á levantar el sitio, no pareciéndole que batallaba con hombres sino con monstruos. Dignos son de ocupar los anales todos los que se halláron en esta refriega: pero mas que todos Alonso Fernandez de Córdoba, por ser el primero que atravesando por un ejército de enemigos se entró en el lugar á socorrer los sitiados; y porque en las obras de su valor repartió espíritus á los que rendidos á la fatiga solo podian hacer resistencia con los deseos.

Viendo el Rey de Granada malogrado este intento, pasó á poner sitio al castillo de Cabra con todo el grueso de su ejército. Tocaba este lugar al Orden de Calatrava, de quien era Maestre Don Juan Nuñez de quien dexamos hecha mencion. Era Alcaide de este castillo Pedro Diaz de Aguayo, Freyle



le del Orden, y vendiósele al Rey de Granada: luego que plantó sus Reales, le abrió las puertas del Alcázar; y habiendo hecho el Rey cautivos todos los Christianos que halló dentro del lugar y saqueado las haciendas, dió orden de que arruinasen así al lugar como al castillo. Supo el Maestre Don Juan Nuñez, que estaba en Córdoba entonces, el sitio; pero no la entrega (1). Apellidó las milicias circunvecinas: y juntáronse con el Maestre en Lucena el Concejo de Córdoba con su pendon; el de Ecija; el de Carmona y Marchena, desde donde partiéron todos á desbaratar el Real de los Moros: Venia ya el Rey de Granada de vuelta con sus tropas; y los acometió con tanto valor el Maestre que los puso en huida. Perdió un gran dia el Maestre: porque de las tropas que salieron juntas de Lucena se quedáron muchas, pareciéndoles imprudente temeridad hacer rostro á todo un ejército; que á haberle acompañado, ó hubieran muerto al Rey de Gra-

(1) El Maestre Don Juan Nuñez desbarata y pone en fuga el ejército del Rey de Granada.

Granada que huía ya desordenado entre los suyos, ó le hubieran tomado á prision. Entró en Cabra el Maestre, y asistió á que se reedificase el castillo y la fortaleza con los despojos que se habian dexado en la fuga los Moros.

Llegó el Rey á Sevilla mucho mas tarde que sus deseos: pero las inquietudes forzosas que se habian de seguir en los Reynos volviendo las espaldas y quedándose en ellos el Infante Don Juan Manuel y Don Juan Nuñez, le obligáron á detenerse tres meses despues del primer aviso de estar cercado Gibraltar (1). Halló el Rey en Sevilla lucidísimas gentes de su Reyno, que le alentáron para la empresa de socorrer á los sitiados. Los Maestres de las Ordenes con sus Caballeros; el Maestre de Santiago, Don Basco Rodriguez; Don Juan Nuñez, Maestre de Calatrava; Don Suer Perez, Maestre de Alcántara; Don Rui Perez de Bolaños, Comendador de Lora, que por muerte de Fernan

(1) La gran pretension que el Rey tenia para el socorro de Gibraltar: y los Ricos-Hombres que concurrieron á esta faccion.

nan Rodriguez gobernaba en tenencia el Priorato del Orden de San Juan ; Don Alvar Perez de Guzman ; Don Juan Alfonso de Guzman, Señor de San Lucar de Barrameda ; Don Pedro Ponce de Leon, Señor de Marchena ; y Don Luis , hijo de Don Alonso de la Cerda. Pedro Fernandez de Castro, que desde Galicia se habia puesto en quince dias en Sevilla con veinte Caballeros de lo principal de aquel Reyno , se excusó de no traer todas sus gentes , porque la instancia de la carta del Rey no daba tiempo para poder juntarlos. Admitió el Rey la excusa por legitima ; y agradecióle la venida con decirle , que traia mucho en traerse á sí : porque valia un hombre de su valor y lealtad por muchos. Vino tambien de Aragon Don Jayme de Xerica, con tropa considerable de Caballeros confidentes suyos : habíanse ántes reconciliado con el Rey ; y tuvo con él grave ocasion de sentimiento, por haberle hecho hostilidad á algunos pueblos de Castilla, banderizado con el Infante Don Juan Manuel , y con esta ocasion de fineza doró mas aquel yerro. Vino tambien á Sevilla Don Juan , hijo de Don Alonso de

de la Cerda , que tenía su habitacion en Portugal ; y sabidor de los intentos del Rey , vino á servirle en aquella empresa con muchos de sus aliados : y dió orden el Rey para que de su despensa le diesen los alimentos de que necesitase para su persona y sus comensales. Concurriéron tambien el pendon y los vasallos de Don Pedro , Príncipe de Castilla, con Don Juan Alfonso de Alburquerque que era su Mayordomo mayor : y el pendon y los vasallos de Don Pedro , hijo del Rey, y con él Don Martin Fernandez Puertocarrero su Mayordomo mayor ; y el pendon y vasallos de Don Sancho , tambien hijo del Rey , y con él Garcilaso de la Vega su Mayordomo mayor : Don Rui Perez Ponce ; Don Rodrigo Alvarez de Asturias , Señor de Nureña ; Don Fernan Rodriguez de Villalobos y Don Juan García Manrique. Luego que supieron la llegada del Rey á Sevilla , se le agregáron las milicias de las ciudades comarcanas á las fronteras : y viniéron con ellos de Jaen Lope Ruiz de Baeza ; Dia Sanchez de Benavides ; y Garci Melendez de Sotomayor , Señor de Belmar y de Jodar , Caballe-

ro de mucha sangre y de experiencias grandes en la milicia.

Presidió el Rey á una junta de guerra á que fuéron llamados los principales cabos de las milicias que habian concurrido de los Reynos: manifestóles el Rey sus deseos de socorrer á los sitiados en Gibraltar; y aguardó para la resolucion oír sus votos, porque reconocia lo árduo de la faccion. García Melendez de Sotomayor, con otros muchos, era de parecer que compensase el Rey por otra parte la pérdida de Gibraltar: porque juzgaba muy arriesgada la empresa de hacerles levantar el sitio á los Africanos. Motivó García Melendez este parecer, á que se inclináron muchos, con razones no poco verisímiles (1).

*Señor: será bien que considere altamente V. M. que á embarazar este socorro se confederan dos Reyes tan poderosos, que qualquiera de ellos hizo trabajar mucho las armas de su padre de V. M. y de sus abuelos. Nunca ellos hicieron guerra á los Reyes*  
de

(1) Razones con que motiváron algunos Ricos-Hombres, que desistiese el Rey del socorro de Gibraltar.

de aquende el mar, sin tener firmadas treguas con los de allende: hoy ha de hacer guerra V. M. á Alboacen, Rey de Marruecos, que ha pasado todas sus fuerzas á Castilla y enviado á su hijo por Capitan General; con que en él se miran á su Rey presente: y es fuerza peleen con el ardimiento que da á los vasallos el pelear á los ojos del Rey que ha de premiarlos; y se la ha de hacer tambien al Rey de Granada, que es preciso haga los últimos esfuerzos, quando no por su propio interes, por no dexar desayradas las armas auxiliares del que á tanta costa se empeñó en vengarle sus duelos. Pues si estando juntas las fuerzas de Castilla, eran trofeos dignos de historia el rendir el poder de uno de estos Reyes; no será temeridad, estando desunidas, querer prevalecer contra la potencia de entrambos? Fuera de que; las noticias que tiene V. M. del Almirante Tenorio, de que los vasos Africanos tienen cerrado el paso á nuestra armada y franco para que Alboacen pueda enviar á su salvo nuevas reclutas, municiones y víveres, nos cierran á nosotros del todo las puertas por ambos elementos para lograr este

socorro: por tierra, porque es mayor su ejército: por mar, porque son dueños de él; pues sobre qué basas ha de estribar nuestra confianza?

Aunque conoció el Rey que muchos de los Ricos-Hombres se inclinaban al socorro de Gibraltar que era conforme á su sentimiento, las razones eran de tanto peso que se tomó tiempo para deliberar en la resolución. Despues de ocho dias, en otra junta resolvió en esta forma (1). *He pesado las razones que podian embarazar el que intente socorrer á Gibraltar; y todas no valen tanto para embarazar mi deseo, como la pérdida de reputacion de aun no tener ánimo para intentarlo. Ya es público que convoqué mis gentes; que dexé mis Reynos por acudir á esta empresa; qué juicio harán los Reyes Moros del poder del Rey de Castilla, si aun le falta osadía para verles las caras? ó presumirán que no puede con sus vasallos lo que quiere, ó que ellos no pueden aunque quieran hacerles resistencia. ; Y quién*  
*ha*

(1) Resuelve el Rey el socorrer á Gibraltar: y los motivos con que fundó esta resolución.

*ha hecho á la ambicion tan bien contentadiza que crea no pasarán á sitiár otras plazas nuestras, si ésta se la llevan tan barata? ¿y qué osadía no tomará Alboacen, viéndose con tierra tan firme en que poner los pies para echar nuevos exércitos en Castilla? Es verdad que no vienen conmigo todas mis gentes; pero vienen las mejores y de mi mayor confianza: y las cuentas de la aritmética son sumamente fallidas en la milicia. Muchos soldados sin experiencias, sin valor (basta que sean sin honra) son embarazo, no defensa; y entre los Africanos, entre mucho vulgo de cannalla se hallan pocos hombres de espíritu á quien les pese mas que la vida el pundonor: entre mis soldados no hay vulgo; el que no pelea por mejorar los timbres de sus mayores, pelea por adquirirlos y dexárselos por mayorazgo á sus descendientes: y en todos se halla, quando pelean contra infieles, el religioso ardimiento de ensalzar el nombre de Christo; en que los hombres llanos de Castilla no quieren dexarse vencer de los mas soberanos. Es verdad que hasta ahora no he tenido competente armada para alejar del estro.*



*brecho la de los Africanos; pero ya se han agregado seis vasos con que la iguala ó la vence: y mi Almirante, como se ponga ejército por tierra que les dé cuidado á los Moros, tiene confianza de derrotarlos en la mar; y así, mañana se pregonará el bando para que se prevengan todos de víveres y vayan marchando á Gibraltar las milicias. Salió el Rey el día siguiente de Sevilla á la torre de los Erberos, donde se estuvo un día aguardando á que pudiese seguirlo su hueste: otro día pasó á Lebrija; y el siguiente hizo alto con toda su gente en las riberas de Guadalete por la parte que se avecinda á Xerez: y el Rey se entró en la villa, por no haber tenido ocasion de verla otra vez en las correrías que hacia por la Andalucía. Aquí le salió á ver la muger de Basco Perez de Meyra, Castellano de Gibraltar, con un hijo suyo en los brazos: tomóle el Rey en los suyos; y queriendo encarecer la lealtad con que le servia Basco de Meyra, dixo que el que no criase al hijo de tan leal Caballero como era Basco Perez no criaria hijo de ningun bueno; y ofrecióle á su muger estu-*

viese segura de que corresponderia en las mercedes que habia de hacer á su marido á la fineza con que habia obrado en la defensa de aquella plaza.

Pocas horas despues de elogio tan encarecido , con que pudiera contentarse la ambicion en lugar de premio , le llegó nueva al Rey de que Basco Perez habia entregado el castillo á los Moros (1). Aunque siendo mala la nueva no necesitaba de confirmaciones para hacerse creer , vino por muchas partes el aviso ; y la carta del Almirante Tenorio en que le referia al Rey todas las circunstancias de este fracaso , le hizo indubitable. Luego que se supo en el ejército , se discurria con variedad segun los afectos : condenábanle unos á Basco Perez por traidor sin disculpa ; otros en todo le excusaban ; otros templan , como la culpa , tambien la pena que merecia. No tiene mas de una cara la verdad : la diferencia de los afectos halla en cada accion muchas , ó para la acusacion , ó para la

(1) Entrégase á los Moros el castillo de Gibraltar por su Alcáyde Basco Perez de Meyra.

excusa. Culpaban muchos la tardanza del Rey, por excusarle: pero aunque no puede negarse fué grande la tardanza de cinco meses siendo el asedio tan apretado; teniendo frecuentes avisos del Rey de que la socorrería, y pagando el Rey por la mano de Basco Perez sueldos para bastantes soldados, si no se hubieran quedado en él las pagas y contándole al Rey por soldados vivos los muertos, hubieran sobrado gentes para cerrar las brechas que abrian los Moros y burlar con su vigilancia los asaltos. Otros alegaban la falta de víveres; buena excusa, si la providencia del Almirante de la mar no hubiera tenido industria para arrojarles con trabucos desde sus navíos talegas de harina con que poder mantenerse: y el dia que abrió la puerta á los Moros, y ellos entráron en la atarazana sus naves, se halló en la torre que la domina harina para sustentarse por cinco dias, no habiendo el Rey tardado mas de quatro en ponerse á vista de Gibraltar con sus gentes. Fuera de que, discurrían á favor de la providencia del Rey los mas noticiosos, que Basco Perez, pocos dias ántes del si-

tio, había consentido en que se hiciesen grandes sacas de trigo para Algecira, con codicia del subido precio á que le compraban. Puede ser fuese codicioso; pero no por eso traidor: porque siendo tan inopinada la invasión que hizo Abomileque, es posible no tuviese mas malicia aquella permission que la del interes, por no haber caído en su imaginacion el riesgo. Con alguna indecision se quedara esta causa, si como pactó saliesen libres los Christianos que estaban dentro de Gibraltar para volverse al servicio del Rey, se hubiera él venido con ellos: pero su fuga á Africa, y la sombra que le hizo el Príncipe Abomileque, echó contra su deslealtad el fallo.

Supuesta la entrega de Gibraltar, hubo quien aconsejase al Rey la retirada; pero su valor los oyó con indignacion, y mandó marchasen luego sus gentes: que queria ver por sus ojos si algun soldado suyo mantenía alguna almena de aquellos muros para defenderle; y que si no lograrse este efecto, la sitiaria para recobrarla de los Moros: que no era creíble pudiesen en tan breve tiempo haber-

berla abastecido, y reparado con tanta firmeza que pudiesen durar en hacer resistencia á sus combates. Partió el Rey de Xerez, y llegó dia de San Juan á Alcalá de los Gazules; y el dia siguiente, vencido el puerto, hizo alto su ejército en las riberas del rio Guadarranque. Pasado este rio, salió de Algecira el Infante Abomileque con seis mil caballos, siguiendo á pasos lentos el ejército del Rey por la retaguardia, con intento de romper su ejército en dándoles ocasion oportuna el terreno; en que eran ellos muy prácticos. Parecióles oportunidad de embestir, viendo que la vanguardia del ejército del Rey habia baxado ya al valle desde la sierra Carbonera. Chocáron de recio por la retaguardia, pareciéndoles no era fácil el que pudiesen socorrerlos los de la vanguardia por estar ya distantes en la llanura del valle: pero estaban ya con prevencion del Rey para tomar al primer aviso la vuelta, como lo executáron cercando en aquella montaña á los Moros (1). Quedáron quinientos en la refriega;

y

(1) Reencuentro con los Moros á vista de Gibraltar.

y derrotada la demas caballería, se retiraron con su General Abomileque á Algecira: y una partida de caballos nuestros les fué siguiendo el alcance hasta el rio de Palmones; y algunos con tanto corage que se arrojaron al rio hiriendo y matando, sin reparar en que se acercaban á Algecira: donde habia número excesivo de infantes y caballos Africanos, que los hubieran sin duda hecho pedazos, si el Rey no les hubiera enviado socorro sacando de la vanguardia á Don Pedro Ponce de Leon; á Don Juan Alfonso de Guzman; á Don Alvar Perez de Guzman y á Don Enrique Enriquez: y mil y quinientos balles-teros, que no pudiendo vadear el rio Guadarranque, los pasaron á la grupa; y mientras pasaban los unos, embarazaban los otros que quedaban en la orilla con la multitud de saetas que disparaban el que se acercasen los Moros que salian en gran multitud de Algecira á impedirles el esguace del rio. No hubiera bastado este cuidado, si el Almirante de la mar no les hubiera socorrido llenando una barca de víveres y pipas de agua: porque estaba ya muy cercano el sol al ocaso,

y en todo el día ni habían probado alimento ni el agua de Guadarranque por aquella parte salobre les dispensaba una sed de agua. Al esguazar este río matáron los Moros á Rui Diaz de Rojas, por renombre Cencerro; Caballero de gran valor y de gran opinion en el exército. Con el favor que les dió la noche volviéron á pasar el río todas nuestras gentes en las barcas que les dió apresto el Almirante; y al amanecer se halláron todos incorporados con el exército del Rey, que hecho Argos desde la eminencia de un monte veia todos los lances y daba las órdenes que juzgaba convenientes, despreciando los riesgos de su persona: pues se quedó sin un infante, por guardar las vidas de quatro soldados suyos que con mas valor que prudencia se entráron por las puertas de sus contrarios.

El día siguiente, con acuerdo de todos sus Consejeros de Guerra, decretó poner sitio regular á la villa de Gibraltar (1). Muy

(1) Varios lances con los Moros en el sitio de Gibraltar.

á los ojos estaba la importancia de esta resolución: porque estándose el ejército en los arrabales, dexaban el paso libre á los socorros que podian entrar de Algecira por la sierra Bermeja; pero estaban tan á los ojos las dificultades de que pasasen allá nuestras gentes, como la utilidad de ocupar aquella isla: porque habiendo de pasar el mar por barcas, y estando tan á la vista los enemigos, corrian gran riesgo al desembarcar; siendo forzoso el que no pudiesen pasar todos juntos, sino en tropas: con que podrian destrozarlos con mas facilidad, cogiéndolos desunidos. Viéron todos la dificultad; pero ninguno la rehusó: ántes bien se ofrecieron á porfia cada uno por ser el primero en lo árduo de aquesta empresa. Consiguieron el beneplácito del Rey Rui Lopez, hijo de Lope Diaz de Baeza, y Fernan Yañez de Meyra; y así los Ricos Hombres, como los Maestres de las Ordenes, escogieron de sus compañías los soldados de mas reputacion que los acompañasen en esta empresa así de caballos como de infantes. El peligro fué aun mayor de lo que se habia previsto: porque

car-



cargó Abomileque ácia aquella parte del mar toda su potencia para embarazarles la entrada á la isla; con que muchos de los infantes volviéron las espaldas, juzgando tener recurso en las barcas para la huida: y hallando que se habian retirado, pereciéron muchos en el mar eligiendo ántes la muerte que darse á prision; y muchos mas quedáron cautivos. La caballería peleó con desesperado ardimiento, y se abriéron paso hasta guarecerse en un monte sobre sierra Bermeja. Muriéron en esta refriega los dos principales adalides, Rui Lopez de Baeza y Fernan Yañez de Meyra; pero vendiéron bien sus vidas.

De gran sentimiento fué para el Rey la pérdida de dos Caballeros tan valerosos, y de tantos Christianos cautivos (1): y creceria su dolor con la voz que corrió en el ejército, que eran tantos los Christianos prisioneros que en Algecira se vendian á doblon los esclavos Christianos; con que la compa-

sion

(1) Quedáron cautivos muchos Christianos en las refriegas.

sion de estos encendia mas sus ansias de destruir á sus contrarios: pero hallábase cercado de dificultades; ya por haberle faltado víveres al ejército, faltando por ocho dias el ayre para que arribasen las barcas que traian los bastimentos de Sevilla, Xerez y Cádiz; ya por estar desmembrados hasta mil y quinientos hombres en el monte sobre sierra Bermeja, con quien no podia darse la mano ni para socorrerlos ni para que ellos le socorriesen. Tanto apremio le hicieron estas circunstancias, que intentó levantar el sitio dexando á sus aventuras á los que habian pasado á la isla. Autores hay que dicen que de hecho le levantó; y que habiendo caminado ya una legua ácia Alcalá de los Gazules, se detuvo á instancias de Sancho Sanchez de Rojas, su Ballestero mayor: y que habiendo vuelto la cara contra Gibraltar y sentado otra vez sus Reales, divisáron por el mar una vela de los navíos que venian cargados de mantenimiento; poco despues otra; y á otro breve espacio otras seis velas que venian viento en popa contra Tarifa. Cobró grande ánimo el Rey, viéndose favorecido del cielo  
en

en el mayor aprieto: porque llegaron los ocho navíos que habian visto, tan prontamente como si los deseos del Rey les hubieran prestado ligereza.

Consultó en primer lugar cómo socorrer á los que estaban en el monte expuestos á toda la fuerza Africana. No acobardó el suceso pasado á los soldados del Rey para no codiciar esta empresa. Tomáronla á su cuenta Don Garcilaso de la Vega; Gonzalo Ruiz su hermano; Don Jayme de Gericá y Sancho Sanchez de Rojas; á quien siguiéron grandes tropas de Caballeros, Infanzones é Hijos-dalgo, y gran número de ballesteros. Diéronse tan buena diligencia, que ántes que los Moros pudiesen juntar sus esquadrones estaban todos los nuestros en tierra. Halláronlos unidos y en órden de batalla; con que tuvieron por bien de volverse á Algécira sin acometerlos: con que poniendo los nuestros á la grupa los Infantes, llegaron en breve á la falda de aquel monte de sierra Bermeja y plantáron en ella sus Reales; y luego se les agregáron los mil y quinientos hombres que estaban en la cima del monte, de que se sacó

cáron quatro compañías con que se ocupó una peña eminente vecina á la torre mayor del homenaje: y tendiendo desde ella escalas, subian y baxaban por ellas los soldados dándose la mano con los demas segun la necesidad lo pedia; con que se estrechó el sitio á Gibraltar, de suerte que ni un hombre podia salir de ella sin ser muerto ó preso. Gran dia fué éste para el Rey, viendo se acercaban á ser posesiones sus esperanzas de volver á recobrar á Gibraltar: y para que otro accidente como el pasado no la interrumpiese, aunque por entónces estaba surtido de víveres el ejército, volvió á enviar parte de los navíos por alimentos; y otros por los ingenios y máquinas militares para combatir el castillo. Luego que llegaron los ingenios, puso tres sobre la peña: con los dos hacia batería á la torre del homenaje; y con el otro á las naves de los Africanos que estaban en la tarazana. Dió juntamente órden que por todas partes combatiesen y asaltasen á los Moros, y al Almirante Tenorio que se acercase por la mar con naves competentes para quemar la flota de los Moros. No pudo

do lograr éste su diligencia, aunque no perdió instante en la execucion: porque se habian prevenido los Moros, haciendo una estacada en el mar á distancia que no podian llegar nuestros navíos á prenderla fuego. Por tierra fué tan valiente la batería de los Castellanos para entrarla, como la actividad de los Moros en defenderla. Salió mal herido de las saetas y dardos que arrojaban desde las almenas los Moros Garcilaso de la Vega y su hermano Gonzalo Ruiz, y otros muchos Caballeros iguales en el valor y en la sangre. Los que combatian desde la peña la torre mayor del homenaje, tuviéron mas logro de sus esfuerzos: porque derribáron con los trabucos el capitel y el último tercio de la torre, almenas y antepechos; con que les inhabilitáron á los Moros la defensa, quedándose en descubierto: con que no podian disparar las flechas ni arrojar las piedras á los que estaban en el Real, sin evidente riesgo. Contento el Rey con la faccion que se executó este primer dia, mandó tocar á recoger, y traer al quartel de los enfermos los heridos; donde tenian en su presencia y consuelo re-

ceta saludable las heridas que daba por incurables la cirugía. A este tiempo llegó al ejército Don Frey Alonso Ortiz Calderon, recién electo de su Maestre por Prior de Leon y Castilla en el Orden de San Juan; que sucedió á Fernan Rodriguez de Balboa: recibióle con tanto gusto el Rey, como los de su Orden, por la opinion grande que celebraba la fama de su valor y de su prudencia.

El dia siguiente, habiéndose labrado por orden del Rey gatas y mantas de maderas muy gruesas, mandó acercarlas á la torre del homenaje para que guarecidos debaxo de ellas cavasen por los cimientos, y ofreció á los almogavares que andaban baldíos en el ejército, pagarles á dos doblas cada piedra que arrancasen de la torre (1); con que todos entraron en codicia: pero no se atrevian á arrimar ellos las gatas á la torre. Vencióles esta dificultad Alonso Fernandez Coronel y sus aliados; con que guarecidos los almogavares, trabajaban increíblemente, no hallan-

(1) Las baterías que se diéron por los Christianos al castillo de Gibraltar.

llando resistencia en los que ocupaban la torre : porque eran tantos los ballesteros que estaban á la mira , que no habian descubierto el brazo quando le sentian atravesado de las flechas. Hubiera sido poderosa esta traza para la última ruina de la torre , si no hubieran hallado industria los Moros para abrir en ella saetías y ventanas por donde , defendiéndose de las saetas con las adargas que ponian delante , arrojaban piedras tan disformes que hundian las gatas ; con que atemorizados los almogavares se retiraron : pero perseveró Alonso Coronel y los suyos con teson valeroso hasta que los Moros , viendo que no aprovechaban las piedras , arrojaron fuego de alquitran derretido ; con que les obligó á retirarse el fuego. Saliéron los mas de ellos mal heridos , y Alonso Coronel segun presumieron de muerte : pero las honras y caricias que le hizo el Rey le alentaron para que convaleciese presto. Iban en toda bonanza los sucesos del sitio : pero todas las prevenciones del Rey no bastaron para que llegasen á tiempo los víveres , por haber padecido seis dias tan penosa calma los navíos,

que no habian podido hacerse á la vela. Fuéron extremas las necesidades (1) que padeció en ellos todo el ejército : y el Rey , viendo en aquel ahogo á los suyos , no quiso probar cosa de carne en ocho dias ; alargando los platos de sus viandas á los dolientes , y sustentándose con frutas secas y legumbres. Esta penitencia voluntaria obligó á Dios á que enviase temporal con que llegaron cargados de alimentos , así los navíos , como las barcas que estaban detenidas en los puertos de Tarifa y San Petre ; y desde este lance siempre estuvo abastecido de víveres el ejército y á precios no desacomodados. En esta ocasion se vino al servicio del Rey Juan Martinez de Leyva ; el que estando el Rey en Burgos , desamparó su casa envidioso de las honras que hacia el Rey á Don Alonso Coronel : no queria merecerlas como éste , sino conseguir las por chismoso y por lisongero. Dexara de ser vicio la envidia si anhelara por acompañar á los envidiados en las ventajas de

(1) La extrema necesidad de víveres que padeció el ejército.



de las virtudes, como lo quiere ser en lo descollado de las honras. No pudo la ingenuidad del Rey mirarle con buen rostro; pero disimuló el enfado, y señalóle quartel donde sirviese con el cuerpo aunque sabia donde tenia el alma.

Dió noticia el Príncipe Abomileque al Rey de Granada del aprieto en que se hallaba Gibraltar; y de como no habian sido bastantes las llamadas que le habia hecho por las fronteras de la Andalucía, tomando el castillo de Benamegí y talando los campos de Córdoba, para hacerle desistir del sitio: que juzgaba preciso el que Gibraltar se rindiese, si no se reducía el caso al lance de una batalla de poder á poder. Que lo primero no podia ser sin gran indecoro de entrambos: con que le parecia forzoso venir á batalla con el Rey Don Alonso y perderse con honra, ó doblarla conservando la plaza y derrotando el ejército enemigo. No le dexó al Rey de Granada la carta de Abomileque punto en que deliberar; y así dió orden á sus cabos para que juntasen toda su caballería é infantes: y respondióle al Príncipe Abomileque; que aquel

dia saldría de Granada con todas las fuerzas de su Reyno, y que aguardaría á orillas del rio Guadaira nuevo órden suyo para encaminar al lugar que juzgase mas conveniente sus tropas: y conviniéronse en que los dos exércitos se uniesen y sentasen Reales á una legua del exército del Rey Don Alonso.

El primer ofrecimiento que tuvo el Rey Don Alonso, con la noticia de la vecindad de los exércitos enemigos, fué salirlos á recibir y presentarles la batalla; pensamiento muy decoroso á sus años y muy natural á sus ardimientos: pero tuvo el Rey Don Alonso, entre muchas prendas Reales que le hicieron famoso, la docilidad por corona de todas (1). Nunca siguió determinacion ninguna por propia; ni hizo tema de llevar al fin sus caprichos. ¡O cuántos Reynos se anegaron en lágrimas, que aun no fuéron bastantes á cubrir sus ruinas, por haber Reyes jóvenes idolatrado en sus propios dictámenes, y obedecíolos ciegamente sus vasallos! Llamó á sus Consejeros el Rey: oyólos, y repuso sin por-

(1) El Rey Don Alonso era de natural dócil.

porfia su parecer. Conviniéron todos en que no desamparase el sitio; sino que hiciese una cava en contorno de la villa hasta el mar, que embarazase el paso á la caballería Africana: y que se estuviese quedo, hasta que los movimientos del contrario manifestasen los medios por donde con mas seguridad se les pudiese hacer ofensa. En pocas horas se dispuso este foso; que cogia en medio la villa y el Real de los Christianos, rematando en el mar las dos puntas. Asistió el Rey: y valen por muchas manos sus ojos (1). Determinó que se quedasen á guardar la villa las compañías que venian con los pendones de sus hijos Don Pedro y Don Sancho, y los Freyles de Santiago y Calatrava: que los demas, en oyendo tocar á rebato, acudiesen sobre la cava á los puestos que tenian determinados. Señaló tambien batidores que se alargasen media legua del Real, para que observando los movimientos del enemigo, pudiesen anticipar las noticias de suerte que los halla-

(1) Disposicion del ejército Christiano para esperar al enemigo.

llasen prevenidos á la defensa. El día siguiente se acercaron los exércitos de los Moros y pararon sus haces media legua del Real de los Castellanos: estuviéronse todo el día á vista, sin determinarse á acometer; y al entrar la noche se retiraron. Tres dias hicieron la misma salida sin otro efecto; y en la verdad no obraron con reputacion: porque como le dixeron, y bien, sus Consejeros al Rey Don Alonso, su intento es venirmos á echar del sitio: á ellos les toca el sacarnos; nosotros cumplimos con mantenerle y defendernos: porque esa diligencia basta para que la villa se entregue; ese es el fin á que aspiran nuestras armas: y los mejores medios son los que dan alcance á los fines. Salió quinta vez el exército Africano á la distancia que acostumbraba, y hasta mil caballeros Moros acaudillados de un hijo de Ozmin; en que venia lo escogido de su exército: se acercó á tiro de ballesta á nuestros Reales. Aunque al Rey le convencieron el entendimiento las razones de sus Consejeros; pero sus brios juveniles no podian sujetar á su voluntad: parecióle mengua el vencer con el ocio; y se armó pa-

ra salir al campo con los caballeros Africanos: pero volvióse á vencer á sí, por el consejo de los militares expertos que le asistian; y le importó quizas la vida: porque en las espesuras de los montes circunvecinos á Guadaira tenian celadas los Africanos; y era creíble que si el Rey con la lozanía de sus espíritus los acometiese, los seguiria en la huida hasta darlos alcance: con que era cierto el riesgo de dar en las emboscadas, con peligro evidente de perder ó la libertad ó la vida.

Viendo la constancia del Rey Don Alonso en no desamparar el sitio, entraron en consulta los Reyes Moros para tratar de alguna avenencia, porque el acometer á nuestro ejército lo juzgaban por temeridad desesperada: y no derrotándole, era preciso que se entregase Gibraltar, así por la falta de alimentos, como por haber muerto en los combates los Moros de mas valor é industria que la defendian. Resolviéron enviar mensagero al Rey Don Alonso; pero disfrazando de tal forma la legacia, que pudiese hacer oficio de espía el interlocutor: y que so-

nase, así en el ejército de los Moros como en el del Rey Don Alonso, que no era solicitar conciertos, sino pretender diese el Rey Don Alonso licencia á sus soldados para que peleasen cuerpo á cuerpo los Caballeros de Castilla con los Africanos; voz que hacia buen eco ácia su reputacion. Con esta industria llegó un Caballero Moro á las guardias que tenia el Rey de la parte afuera del foso, y díxoles pidiesen licencia al Rey para que le hablase: que queria desafiar en su presencia á Alonso Fernandez Coronel. Mandó el Rey le diesen entrada: quizas porque discurrió tenia mas misterio aquel mensage que el que descubria la superficie de un despropósito tan mal vestido, pues para conseguir el campo no hacia al caso el hablar con el Rey. Luego que llegó delante del Rey, se descibió la espada y la abatió en tierra. Reconocido que no llevaba otras armas, le dixo al Rey necesitaba de hablarle en secreto: retiráronse los criados que le asistian, y le dixo. *Señor: mi venida á los pies de V. M. es pácifica. El Rey de Granada, mi Señor, me envia á saludaros y á que os manifeste el*  
*gran*

*gran deseo que tiene de veros y comunicaros: y que desea vuestra amistad mas que ninguno otro hombre del mundo. Solo á este fin mira mi mensage; y con vuestra respuesta, que la espero muy benigna, me volveré gustoso á mi Rey.* Respondióle el Rey Don Alonso, que estimaba mucho las honras que su Rey le hacia; y que esperaba cumplirle al Rey su Señor muy presto los deseos: porque no podia tardar en entregarse Gibraltar por el sumo aprieto en que la tenia; y que entregada, quanto ántes lograria la ocasion de verle. Partió el Caballero Moro con esta respuesta; y luego se divulgó en el ejército, por lo que dixéron las guardias, que aquel Caballero venia á desafiar á Alonso Fernández Coronel. Llegó esta voz á su tienda, donde estaba mal convaliente de las heridas que le diéron al arrimar las mantas á la torre mayor del homenaje: y sin dar cuenta al Rey Don Alonso, le escribió al Rey de Granada que le dixese al Caballero Moro que vino á desafiarle, que Don Alonso Coronel le aguardaba en el campo. Sospechó el Rey Moro que ésta era contraseña del Rey de Castilla,

lla, porque gustaba volver á verse con el mensajero que le envió para determinar las vistas con el Rey de Granada. Dió parte á Abomileque; y persuadidos ambos que en las circunstancias presentes del ahogo en que se hallaban ningun medio podian tener mas favorable, despacháron al punto aquel Caballero Moro que le significase al Rey Don Alonso lo que gustaria de que tuviese por bien el verse con él, como ya otra vez se lo habia significado. Así lo executó el mensajero: y habiendo consultado el Rey la materia, admitió por voto de todos las vistas y las treguas (1).

A los cortos de vista les pareciera esta determinacion del Rey mal considerada. Desmayar á vista del puerto y teniendo el viento favorable; no es cobardía sin disculpa? trabajar en los surcos, en la simienza, y quando ofrece el Agosto doradas las mieses emperezar y dexárselas en las hazas; no es desperdicio loco? cultivar el laurel á riesgo de  
pro-

(1) Vistas de los Reyes, de que resultó el ajustar treguas.



propios sudores y fatigas, y dexar que se marche por la pereza de no extender la mano para coronarse: comprar á precio de sangre de los vasallos, por la que derramaron peleando y por la que contribuyeron quitándose de la boca el sustento para los sueldos de los militares; y despues de dar el precio, despreciar la alhaja que se compró; no es prodigalidad inconsiderada? Así parecerá á los que ven poco: pero alargando la vista á la constitucion en que se hallaban los Reynos de Leon y Castilla, y los de la Andalucía, se conocerá que el Rey no pudo obrar otra cosa y que obró lo mejor en seguir el parecer de sus Consejeros.

Tenia el Rey repetidos avisos de los desafueros que obraban en Castilla y Leon el Infante Don Juan Manuel y Don Juan Nuñez de Lara. Era el Infante Don Juan Manuel gran arquitecto de embustes; diestrísimo en sembrar discordias, porque empezó á hacer su fortuna con texer marañas: y como le duró lo que la vida el oficio, salió gran maestro. Tuvo vistas con el Rey de Aragon miéntras estuvo el Rey sobre Tarifa; y acu-  
mu-

muló tantos agravios, y tan bien coloridos sobre la persona del Rey, hechos á su persona y á la de Don Juan Nuñez, que fué milagro de la prudencia del Rey de Aragon el no haberse declarado á su favor contra el Rey de Castilla: pero le despidió, diciéndole que veneraba en el Rey sobre todas las demas virtudes la de la justicia; que en viéndole, le representaria las quejas que él y Don Juan Nuñez tenian contra su persona: y que si no satisficiese su respuesta, le tendrian de su parte para el desagravio.

Viéndose desfavorecidos del Rey de Aragon, se aviniéron con Don Juan Alonso de Alburquerque, que de balde se habia declarado enemigo del Rey: hicieron tantos estragos en los Reynos de Castilla y Leon, como enemigos sin resistencia (1). En Lerma juntó Don Juan Nuñez un esquadron numeroso de todos los hombres facinerosos que estaban derramados por el Reyno: á su sombra gozaron indulto; y pagaron este beneficio, teniendo la

(1) El Infante Don Juan Manuel y Don Juan Nuñez, unidos con Don Juan Alonso de Alburquerque, hacen diferentes estragos en tierras de Castilla.

mayor parte en conquistar varios lugares del patrimonio del Rey. Corriéron las tierras de Triviño y Campos, robando y saqueando los lugares que hallaban sin defensa. Entráron por fuerza á Melgar de la frontera. El Alcayde de la villa de Morales, vecina á Cuenca de Campos, les entregó el Alcázar; y el lugar le ocupáron luego con las armas. Entráron por fuerza el castillo de Avia, posesion de García Manrique, de que le habia hecho donacion el Rey en atencion á sus servicios. Cercáron á Cuenca de Campos; y hallando resistencia en los moradores, sustentáron el sitio con los robos que hacian á los caminantes y á los lugares que hallaban sin poder para defenderse de sus invasiones. El Infante Don Juan Manuel se sustentaba á sí y á sus gentes pidiendo en los lugares del Rey servicios, y tomándolos con violencia como si hicieran guerra á los infieles; obligando á los vasallos del Rey á que fuesen contra el Rey y contra sí mismos tributarios. En la última carta que le llegó al Rey por el mar, estando sobre Gibraltar, le avisaban sacaba el Infante de los lugares de Castilla para el pla-

to de su mesa quatro tantos de maravedises que tenia el Rey consignados para la suya. Fuera de esto, le habia usurpado al Rey quatro villas y tenia sitiadas otras, sin que tuviese mas término su codicia que el freno que hallaba en la resistencia de los ciudadanos: porque su ambicion á todo el Reyno se extendia, y á dexarle al Rey sin púrpura con que cubrirse. El mayor mal que padeciéron los Reynos fué ver imposibilitado el comercio: porque así el Infante como Don Juan Nuñez salian como salteadores á los caminos, haciendo presa en viandas, en mercaderías y en todos los géneros que se traígan; con que se puede decir vivian los leales sitiados de dos vasallos del Rey, sin atreverse á salir de los lugares aun para adquirir las cosas precisas para la vida. Don Juan Alonso de Alburquerque, Señor de los Cameros, á las hostilidades de los demas añadió hablas en extremo perniciosas contra el Rey, publicando en los lugares de la frontera que el Rey se habia entrado donde no podia salir: que aunque tenia sueldo suyo, no habia querido seguirle; porque no es tan ab-

absoluto el dominio de un Rey, que pueda obligar á sus vasallos á que sigan asuntos desesperados. Con estas voces daba atrevimiento á los facinerosos para mayores desmanes, no temiendo los residenciase la severidad justiciera del Rey, á quien contaban ya entre los muertos; y á los hombres de bien los estrechaba de ánimo para que no se mantuviesen en lealtad, desesperando de que tendrían remedio sus ahogos (1). Esto pasaba en Castilla: con que no exágeró la Reyna escribiéndole diese presto á Castilla la vuelta si queria tener corona. En su mismo exército hubo tambien quien le obligase á acelerar las treguas perniciosas: nuevas que tuvo de que tenían trato con los Moros Gonzalo de Aguilár y Don Sanchez de Jaen; personas de tanta consecuencia y aliados, que habia de ser su falta muy considerable en el exército: y mas, pasándose con sus gentes á los Reales del enemigo.

A estas razones, por sí tan poderosas, las

(1) Lo que fomentaban en Castilla algunos vasallos sediciosos.

las hizo incontrastables el discurso siguiente; con que se conocerá fué la resolución del Rey prudentísima. Demos por hecho que dentro de tres ó quatro dias se entregue Gibraltar; aunque habia mucho que hacer hasta eso que damos por hecho. Si quedara Gibraltar por el Rey, quedaran los dos Reyes Moros enemigos, y el de Castilla necesitara de sus fuerzas y de sí mismo para defender la plaza y defenderse; con que tomada Gibraltar, se imposibilitaba mas la vuelta á Castilla: ; pues era fruto para deseado el coger una villa, con pérdida de muchas y con riesgo de abandonar un Reyno? Mejor lo pensó el Rey, en admitir las vistas con el Rey de Granada y en firmar por quatro años las treguas.

Las vistas y los ajustes fuéron en esta forma. Vino el Rey de Granada al Real de los Christianos, acompañado de muchos Caballeros Moros: convidóle á comer el Rey Don Alonso: aceptó el convite; y de sobremesa habláron muy despacio y con tanto agrado el Rey Moro, que hizo creible no eran fingidos los deseos que manifestó de verle y comunicarle. Levantados ya de la mesa,

hizo señas el Rey de Granada á un criado suyo para que le traxesen al Rey el presente que le tenia prevenido; de verdad magnífico (1). Componíase el presente de paños texidos de oro, y de varias telas de seda de lo mas precioso que se labraba en Granada; muchas y diferentes joyas de todo linage de piedras preciosas. Las alhajas de mas estimacion fuéron una espada: guarnicion, pomo y empuñadura de oro labrado á todo primor del arte cubiertos de piedras preciosas; y la vayna, sobre las chapas de oro, adornada de diferentes lazos de esmeraldas, rubíes, perlas y zafiros: y un bacinete guarnecido con igual riqueza; y en la delantera dos rubíes del tamaño de huevos de paloma tan iguales y parecidos, que se podia presumir que tambien en las matrices de los minerales aspira la naturaleza á engendrar gemelos. Correspondió el Rey Don Alonso partiendo con él de las alhajas que juzgó serian por raras mas estimables en su voluntad, y firmáron en esta

(1) Lo que presentó el Rey de Granada al Rey Don Alonso en gracias de las treguas.

ta forma las treguas. Que su duracion fuese por quatro años: que en cada uno de ellos pagase las doce mil doblas en parias, como lo hacia antes de romper las primeras treguas: que estuviesen francas las puertas, así de los Reynos de Leon y Castilla como de la Andalucía, para que los Moros por el justo precio sacasen granos y ganados: y que se guardase esta tregua en la misma conformidad con el Príncipe Abomileque que se intitulaba Rey de Algecira. A otro dia partió Abomileque á Algecira, el Rey de Granada á sus Reales, y el Rey Don Alonso mandó descercar la villa y se fué á dormir aquella noche á Puertollano. A deshora de ella llegó un hombre á la tienda del Rey Don Alonso, que le dió noticia como habian muerto los hijos de Ozmin á Mahomat Rey de Granada. Pretextáron la traicion con echar voz entre sus confidentes, que el Rey de Granada en lo secreto era Christiano: que lo habia manifestado en la conferencia amigable que tuvo con el Rey Don Alonso sobre mesa; baxando en algunas ocasiones tanto la voz, que no podian los Moros que estaban presen-



sentes distinguir lo que hablaban. Avivaban el color de su sospecha, con que se habia vestido una casaca que le habia dado en presente el Rey Don Alonso; con que persuadian no estaba léjos de imitar las costumbres de los Castellanos quien no rehusaba vestir á la Española. Con esta ocasion entraron de tropel en su tienda, y le diéron tantas heridas que bastaban á muchas muertes (1). Estaba cerca de sus Reales un Moro, por nombre Reduan, hijo de padres renegados, de quien fió mucho el Rey de Granada difunto. Luego que supo la muerte del Rey su Señor, se partió á toda diligencia de los Reales y entró en el alambra de Granada ántes que otro ninguno del ejército: dió noticia del suceso á Juzaph, hermano del Rey muerto, y publicóle Rey, con aplauso de todo el Reyno: porque si bien quedaba otro hermano mayor, por nombre Farachen, no habia dado tan buenas muestras de valor y entendimiento para mantener la corona como su hermano Juzaph.

Pre-

(1) El Rey de Granada fué muerto por sus vasallos.

Prevínose el Rey Don Alonso, como tan avisado, para las mudanzas prudentemente creibles habiendo mudado el Reyno de cabeza: aceleró á Sevilla sus marchas; donde estuvo á la mira, aguardando á que saliese del nuevo Rey el confirmar las treguas ó el romper la guerra. Abomileque declaró luego sus intentos de no estar á las treguas: tiñóle de su color al Rey de Granada; y envió mensageros al Rey Alboacen su padre, manifestándole la buena ocasion que se le ofrecia de adelantar su cetro en Castilla: porque habiéndose quedado Gibraltar por suyo, en él y en Algecira tenian surtidas seguras para hacer invasiones sin riesgo dentro de los Reynos del Rey Don Alonso. Muy fácilmente se convenció Alboacen á lo que deseaba con ansias. Convocó los cabos de su ejército; y como al proponer manifestó su inclinacion, todos le lisonjeáron el gusto: solo uno, atendiendo mas á sus conveniencias que á su deseo, le habló con desengaño. *Señor: yo he de ser el primero que execute el orden de V. A. pasando á Castilla y aventurando en las mas sangrientas refriegas mi vida por dilatarle á*  
V.

*V. A. la corona: pero no puedo conseguir de mi lealtad, aunque vea todos los demas de parecer contrario, el que no haga á V. A. representacion de las dificultades que pueden hacer á esta empresa imprudente aunque la fortuna la favorezca. V. A. tiene declarada guerra con el Rey de Tremecen, y se han reducido á las armas los derechos legítimos que tenia á las provincias que le ha usurpado. Antes que V. A. entresacase seis mil caballos de su exército, que gobernó el Príncipe Abomileque para la toma de Gibraltar, sola se atrevia el Rey de Tremecen á hacernos guerra defensiva, sin atreverse á alargar un pie de sus términos: despues que pasáron el mar, cada dia hace nuevas invasiones; y aunque no en todas logra sus intentos, de las mas con harto dolor nuestro y no sin mengua de nuestra reputacion sale con ganancias; pues qué altivez no cobrarán sus armas, si ahora ve que enflaquece V. A. su exército apurándole los espíritus mas generosos y desangrándole de la nobleza Africana? Enviando V. A. exército contra Castellanos, no ha de enviar la plebe de la milicia por-*

que es enviar reses al degüello, sino lo mas florido de sus gentes: con que el exército será cuerpo sin alma; y sin ella todo cuerpo es cadáver. Esto y convidarle al de Tremecen con el Reyno, aunque se diga por diferentes palabras, es un concepto mismo. No me persuado á que han considerado estas razones los que votáron en contra de mi resolucion: que es cierto hubiera podido mas con ellos la lealtad, que el evitarle á V. A. el sinsabor de no hablarle al gusto. Señor: el no adquirir nuevos Reynos es solamente no añadir glorias; pero el dexar perder los heredados es mancha: y ésta se saca con dificultad de la púrpura. Al Rey de Castilla, por los enemigos que tiene domésticos, le estan bien las treguas aunque son enemigos vasallos: mejor le estarán á V. A. con aquel Rey, teniendo en sus mismos confines otro Rey y tan poderoso por enemigo. Si el Príncipe Abomileque tuviera tan á la vista los estragos de su Reyno como los tenemos sus vasallos, juzgo de su prudencia que se habia de conformar con el mio su parecer. Yo le he dicho con resolucion tan zelosa, porque  
la

*la tendré mayor en seguir el orden de V. A. como soldado que la tuve en dar mi voto como consejero.*

El peso de estas razones le hizo mudar de determinacion al Rey; y escribió á su hijo solicitase con el Rey Don Alonso las treguas con los tratados mas honestos que pudiese, porque así le importaba para integrarse en las fuerzas y hacer guerra al Rey de Tremecen que era el enemigo mas sangriento de su corona. Importó mucho el ardid con que se portó el Rey Don Alonso en Sevilla, para que le rogasen con las treguas que él tanto deseaba. Hizo ostentaciones de mas poderoso quando mas exhausto de fuerzas. Concediéronle en Sevilla y en todos los lugares de la frontera por tres años alcabalas del pan, vino, carne, paños y pescados; poniendo arcas en que entrasen estos maravedises, y ministros que los expendiesen en solos los sueldos de los soldados de las fronteras. Entre todas dexó repartidos hasta tres mil caballos, parte de las Ordenes, y parte de los Concejos; con que quando le presumian los enemigos mas exahusto y mas im-

po-

posibilitado de medios, le experimentaban mas vigoroso. Llegaron á Sevilla mensageros de Abomileque pidiéndole al Rey Don Alonso tuviese por bien el confirmar las treguas pasadas; y de parte del nuevo Rey de Granada vino con la misma demanda el Alguacil mayor del Rey: tambien se insinuaron no disgustaria el Rey Alboacen de entrar en aquellos tratados. Hízole saber el Rey Don Alonso por medio de Don Gonzalo García de Gallegos, Alcalde mayor de Sevilla, las noticias que le habian insinuado y el buen afecto con que las habia oido. No necesitó de mas impulso Alboacen: y le envió firmadas las treguas por quatro años, y selladas con su sello de oro; y en carta particular le pidió al Rey Don Alonso, que en honra suya le alzase la obligacion al Rey de Granada de las doce mil doblas con que le servia cada un año en parias: que esperaba satisfacerlas él con dones que protestasen mas la fineza de su amistad por mas voluntarios (1). Otorgólo el Rey Don Alonso; y el Rey Al-

(1) Confirmanse las treguas con los Reyes Moros.

Albacen cumplió su palabra enviándole á Valladolid presentes no solo magníficos, sino tambien de alhajas peregrinas y de buen gusto.

Desembarazado el Rey de las ocupaciones precisas de la frontera, dió vuelta á Castilla. Pasó á Córdoba, donde halló á Don Sanchez de Jaen; que ingrato al perdon que el Rey le habia concedido por muchas muertes, extorsiones y robos que se le tenian probados en tiempo de la minoridad, tuvo trato para pasarse á los Moros con Don Gonzalo de Aguilar y sus aliados en el tiempo que el Rey estaba sobre Gibraltar. Juntóle las causas, y mandóle quitar la vida y despeñarle de un risco al rio Guadalquivir (1). Este castigo le dió aviso á Don Gonzalo de Aguilar y á su hermano, que se conocian mercedores del mismo siendo cómplices en la deslealtad. No se presumian en ningun lugar del Rey seguros, é hicieronse vasallos del Rey de Granada. En este tiempo le nació al Rey dos hijos de Doña Leonor

(1) Castigo exemplar que hizo el Rey en Don Sanchez de Jaen.

nor de Guzman; Don Enrique y Don Fadrique. Hallábase Don Rodrigo Alvarez de Asturias sin heredero; y adoptando á Don Enrique por hijo, le dexó en todo su patrimonio ricos heredamientos.

Llegó la noticia al Infante Don Juan Manuel y á Don Juan Nuñez, de que el Rey habia echado su jornada para Castilla: cogióles muy de nuevo este aviso, porque no juzgáron posible el que se desembarazase en muchos años de las redes que habia tejido su maraña. Don Juan Nuñez de Lara envió al Rey un vasallo suyo con carta de creencia: alcanzóle al Rey en Villa Real, donde llegó Juéves santo; y se detuvo tres dias, por asistir á los officios de la semana santa. Leyó el Rey la carta: y luego le dixo el mensagero, que Don Juan Nuñez se queria desnaturalizar de Castilla. Respondióle el Rey, que era aquella diligencia muy excusada: porque quando sus obras eran de extraño y de enemigo, no eran necesarias palabras para acreditar lo que publicaban su obras; y así que no le castigaria por lo que obrase en adelante como á vasallo infiel, pero sí por los des-

afue-



afueros que habia cometido siendo vasallo. Averiguó el Rey haberle ayudado el mensajero en los robos y sacos que habia hecho en las villas del Rey; y condenóle á que le cortasen los pies y las manos, y que despues le degollasen (1). Habian llegado al mismo lugar otros dos mensajeros del Infante Don Juan Manuel; y viendo el suceso del compañero, se fuéron sin hablarle al Rey por poder volver con respuesta. Desde Villareal se puso el Rey en Valladolid en tres dias: dexó orden, que le siguiesen sus compañías; y con quatro criados se entró de secreto en Valladolid, por haber tenido aviso de que Don Juan Nuñez le tenia cercada á Cuenca de Campos. Mandó cerrar la ciudad luego que entró en ella, y dió apretada orden de que no saliese ningun hombre. Juntamente mandó armar á los Caballeros que halló en Valladolid, y partió con ellos á Cuenca de Campos con ánimo de haber á las manos á Don Juan Nuñez. Valióle la vida el

avi-

(1) Manda el Rey cortar la cabeza á un mensajero de Don Juan Nuñez; y el riesgo en que estuvo Don Juan de ser preso por el Rey.

aviso que le dió un ballestero del Rey, por nombre Valero Martinez, descolgando á un confidente suyo por una de las puertas de la ciudad: no creia Don Juan Nuñez que el Rey pudiese estar en Valladolid; pero aseguróle de la verdad otro escudero de su madre Doña Juana: con que á toda diligencia dexó el sitio y se retiró á Lerma, que la tenia muy pertrechada; y estuvo tan cerca de haberlo el Rey á las manos, que no habia media hora que partió de Cuenca quando llegó el Rey. Apresuró el Rey el paso ácia Palencia, logrando un atajo, para salirle al camino Real que llevaba Don Juan Nuñez; pero son mas ligeros los pies del miedo, y Don Juan Nuñez temblaba de oirle nombrar despues que supo la respuesta que dió en Villa-Real á su mensagero. El dia siguiente recobró el Rey á Melgar de la frontera y á Morales, sin mas fatiga que llegar á sus puertas.

Volvióse á Palencia el Rey; donde llegaron las compañías que dexó en Villa-Real, y juntamente mensageros de Don Juan Manuel que le rogaron al Rey los oyese su propues-

puesta de parte del Infante: fué que si hiciese con él avenencia, que se darian por obligados el Rey de Aragon y el de Portugal á su amistad. Respondióles el Rey, que sabia lo que tenia en el Rey de Aragon y en el Rey de Portugal, y tambien lo que tenia en Don Juan Manuel: que le dixesen de su parte, que si él los habia menester para abrigarse con su favor, que él no necesitaba de ellos para castigar sus insolencias. Aquel dia al anochecer partió el Rey de Palencia: llegó á media noche á Palenzuela, y mandó diesen cebada; y fué á amanecer con algunas tropas de su caballería una legua de Lerma donde estaba retirado Don Juan Nuñez. Mandó á una tropa de caballos se acercasen á Lerma y traxesen los ganados que hallasen fuera de los muros, y quedóse con las demas defendido de un monte. Volviéron con la presa; y los del lugar, temerosos de alguna emboscada, no salieron á recobrarlos: y el Rey les hizo señas, que pasasen adelante para asegurar á los de Lerma; que sintieron mucho haberlos dexado ir con la presa, no habiendo descubierta la celada. El dia siguiente

te repitió el Rey la misma traza, y salieron los de la villa en seguimiento de ellos: diéron en la emboscada; con que quedáron muchos muertos en el campo, otros huyéron. Siguíolos el Rey hasta las murallas de Lerma: y no se atreviéron á salir; ni Don Juan Nuñez pensaba en mas desquite que humillarse al Rey y pedirle perdon.

Parecióle al Rey buena ocasion ésta, en que el miedo tenia encerrado al Infante y á Don Juan Nuñez, de tomar posesion de Vizcaya; de quien, aunque se llamaba Señor, no gozaba las rentas, ni le acudian con los tributos y servicios como á su Rey. Dexó compañías á vista de Lerma y de los otros lugares fuertes que estaban por Don Juan Nuñez, y en pocos meses tomó posesion de los demas pueblos (1). Estando en Orduña, viniéron los pueblos de las Encartaciones y le reconocieron por Señor; dióles Alcaldes y Merinos: tambien los del castillo de Onceta y de Bilbao; donde dexó trazado un Alcázar y puso Alcaldes y Merinos. De allí pasó á

Ber-

(1) Apodérase el Rey del Señorío de Vizcaya.

Bermeo, tierra abundantísima de frutas: pidióle al Rey por merced mandase á sus gentes no les tocasen á los árboles; especialmente á los manzanos, de que hacen la sidra que es el vino usual de aquellos países. De todas las tierras llanas de Vizcaya viniéron á reconocerle; y los Hidalgos, ayuntados en el campo de Garnica, le enviáron mensajeros con el mismo reconocimiento. Mandó derribar las fortalezas que habia edificado á sus expensas el Infante Don Juan Nuñez en el lugar de Peñaventosa, vecino á Pancorvo; y dexando sitiada la peña de San Juan, dió vuelta á Burgos. Supo, estando en Logroño, que Don Juan Alfonso de Haro estaba en un lugar suyo que decian Agonciello. Amaneció allá el Rey: envióle á llamar; y no se holgó de ver vivo al que él profetizó tantas veces en el sitio de Gibraltar la muerte. Leyóle el Rey la carta que cogiéron en Burgos; en que no solo hacia alianzas con el Infante Don Juan Manuel y Don Juan Nuñez contra el Rey, sino que tambien los azoraba para que hiciesen hostilidad en los Reynos: hizole reconocer la firma; y con ella le con-



denó á muerte (1). No tenia hijos Don Juan Alfonso; y repartió el Rey liberalmente el Señorío de los Cameros en sus dos hermanos Alvar Diaz y Alonso Tellez: y los demas castillos y lugares los incorporó en su corona con doblados derechos; por los sueldos que habia recibido del Rey sin servirlos; por los robos que habia hecho en los pueblos, y por los crímenes de magestad lesa.

Pasó el Rey á Burgos; donde acudiéron mensageros de Don Juan Nuñez, suplicándole se sirviese de enviarle á Don Martin Fernandez Puertocarrero, Consejero del Rey y de los que tenian los primeros lugares en su voluntad, para que oyéndole, informase á su Magestad de quán pronto tenia el ánimo, por conseguir su amistad y volver á su servicio, á no excusar medio ninguno aunque fuese ajando su propio pundonor y atropellando todo interes y conveniencias. Consiguieron el que el Rey enviase á Don Martin Fernandez Puertocarrero; y los ajustes de esta conferencia

(1) Condena el Rey á muerte á Don Juan Alonso de Haro, y da el Señorío de los Cameros á los hijos de D. Juan Alonso.



cia fuéron en esta forma (1). Que el Rey graciosamente le diese el Señorío de Vizcaya ; pero que ni él se firmase con este título , ni consintiese que le llamasen así : que él entregase luego el castillo de Ferrera al Rey , para que le derribase ó mantuviese á su voluntad : que serviria al Rey : que estaria pronto á sus llamamientos , sin pedir en los lugares del Rey contribuciones , ni tomar víveres sin pagar anticipadamente el precio ; y ofrecióle darle al Rey en rehenes á Castro verde de Campos, á Aguilar de Campos , y á Aguilar de Monteagudo. Admitió el Rey los concertos , obligado de los ruegos de Don Martin Puertocarrero ; pero despues de las seguridades que éste le ofreció á Don Juan Nuñez , no se atrevió á ponerse en la presencia del Rey.

Este año , que fué el veinte y quatro del Reynado del Rey Don Alonso , y del nacimiento de nuestro Señor y Redentor Jesu-Christo el de mil trescientos treinta y tres , tuvo el Rey segundo hijo en la Reyna Doña  
Ma-

(1) Condiciones con que concedió el Rey perdon á Don Juan Nuñez.

María, que enxugó las lágrimas del Príncipe Don Fernando: nació en Toro, estando el Rey sobre Gibraltar: bautizóle y púsole por nombre Don Pedro; y encomendó su crianza á Basco Rodriguez, Maestre del Orden de Santiago (1). Fué grande el regocijo del Rey: y mostróle no menor todo el Reyno, con torneos, justas, saraos y otros festejos; en que se señalaron mas los Ricos-Hombres, los Palaciegos y Cortesanos. Entre lo alegre de estos regocijos hacia lugar el Rey á los pensamientos del bien público y de la salud de sus Reynos. Tenia como suya Don Juan Manuel una casa principal, que era tambien fortaleza, en Santi-Ibañez de zarza aguda: supo que tenia derecho á ella Garcilaso de la Vega; y entregósele. Pasó á Berbiesca; en cuya vecindad estaba la casa que llamaban de Roxas, y la tenia en nombre de Lope Diaz Diego Gil de Alhumada. Este no quiso abrir al Rey las puertas: mandó combatirla. Defendianse desde las almenas con piedras y dar-

(1) Nacimiento del Príncipe Don Pedro, heredero de Castilla.



dardos, de que alcanzaron muchas al escudo del Rey y á su pendon: pero fueron tan recios los combates, que pactó entregar la villa, con calidad que saliesen las personas libres. Otorgóselo el Rey; y en saliendo, le quitó la vida á él y á otros diez y siete: porque le informaron sus letrados habian incurrido en culpa de traidores, por haber tirado al pendon del Rey y á su escudo; y los vasallos que faltan á la fe de su Rey se hacen indignos de que á ellos se les guarde fe. Volvióse el Rey á Burgos: y llególe nueva de que le habia parido otro hijo Doña Leonor de Guzman, á quien llamó Fernando, y de que habia muerto Don Rodrigo Alvarez de Asturias; con que su hijo Don Enrique habia entrado en la herencia.

Deseaba Doña Leonor, Reyna de Aragon y hermana del Rey Don Alonso, verse con él ántes que muriese el Rey Don Alonso de Aragon, su marido; que estaba doliente de enfermedad, aunque no executiva, irremediable al parecer de todos los médicos. Era muy amante de su hermana el Rey Don Alonso: vieronse en Atheta, aldea de Calatayud,

que le pareció á la Reyna el mas acomodado lugar para las vistas (1), Propúsole la congoja en que se hallaba, siendo forzosos los pleytos en la falta del Rey su esposo: porque aunque tenia en ella dos hijos, Don Fernando y Don Juan, tenia otros dos mayores del primer matrimonio; Don Pedro, que era el Príncipe jurado, y Don Jayme: y era de temer, que entrando Don Pedro su antenado en el Reyno, no quisiese revalidar las donaciones que su padre habia hecho á sus hijos: que siendo ellos de tan pequeña edad, no podian defender con sus manos el derecho que les asistia; con que le era forzoso valerse de su poder y autoridad para evitar los agravios que le amenazaban. Entre otros muchos Caballeros Aragoneses estaban muy declarados á favor de la Reyna Don Pedro de Jerica y Don Jayme su hermano, que eran de los mas poderosos del Reyno: hablólos el Rey Don Alonso; y agradeciéndoles la asistencia y empeños con que servian á la Reyna, pactó con

(1) Vese el Rey con su hermana Doña Leonor, Reyna de Aragon: y lo que dexáron dispuesto.

con ellos que estuviesen de parte de los Infantes, embarazando el que el Rey los defraudase nada de sus heredamientos: ofreciéndoles, que si por esta causa les quitase el Rey algunos de sus lugares ó rentas, restituírselas en Castilla mejoradas; y fuera de eso, les dió rentas fixas para cada un año en tierras de Castilla: y despidiéndose de su hermana, se vino á tener la Pascua de Navidad á Cuellar. Pasadas las Pascuas, salió á divertirse en la caza; y pasando cerca del castillo de Iscar, que era de Don Diego y de Don Pedro, hijos de Don Felipe de Haro, quiso entrar á verle. No quiso abrir las puertas el Alcayde: mandó llamar gente de los Concejos, para que cercasen el castillo y no dexasen salir de él al Alcayde. Era el propietario Juan Martinez de Leyva, y habia dexado en su lugar substituto. Partió el Rey á Portillo, donde le tenían dispuesta la comida: y al entrar en la villa, encontró á Juan Martinez de Leyva; y asiéndole de la melena, le llevó arrastrando hasta su posada. No obró esta accion el Rey; obróla su enojo, sin licencia de la magestad: aunque no puede negarse hay delitos, que es

mucha paciencia la de las leyes para castigarlos; y tiene excusa el ímpetu en la atrocidad. Aun estaban frescas las memorias del castigo que hizo en el Alcayde de la casa de Roxas: y no haber aprovechado aquel exemplo para el escarmiento, era desprecio de la autoridad Real. Supo despues el Rey jurídicamente que Juan Martinez de Leyva habia dexado órden á su escudero para que admitiese al Rey y no á otro: valióle esta probanza la vida, y su desobediencia le acarreó al teniente la muerte; y desde entónces, quando hacian pleyto homenaje los Hidalgos á los Ricos-Hombres de no admitir á ninguno, excluian al Rey: porque no podian jurar lo que no debian cumplir.

Pasó el Rey desde Cuellar á Valladolid, donde le aguardaban dos mensageros del Infante Don Juan Manuel. Conoció Don Juan Manuel habia errado en la antecedente legacia los medios: porque tenia el Rey muy duro el pecho para rendirse á fieros, y mas de un vasallo. Fuera de eso, le adestraba el suceso de Don Juan Nuñez, que consiguió reducirse á la merced del Rey con los ren-  
di-

dim  
los  
Ju  
Don  
las  
Don  
lítico  
ros  
los  
dió  
tas  
no  
sent  
chris  
satis  
que  
tuad  
y d  
años  
le o  
licit  
porq

(1)  
el Re

dimientos. Hablaronle en esta forma al Rey los mensageros (1): Señor: el Infante Don Juan Manuel, viendo la imposibilidad de que Don Pedro, Príncipe de Portugal, efectuase las bodas con Doña Blanca, hija del Infante Don Pedro de Castilla, por causa de ser peraltica confirmada como han visto los Caballeros de Castilla y Aragon y contestado todos los médicos que para este fin se enviaron, pidió licencia á V. M. para que se tratasen estas bodas con su hija Doña Constanza, V. M. no solo fué servido de dar para ello su consentimiento, sino con atencion tan Real como christiana le ofreció promover estos tratados; satisfaciendo de esta suerte la desazon, ya que no fuese desdoro, de V. M. no haber efectuado con ella las bodas, estando capitulado y desposado con ella casi el espacio de tres años. Si hoy tiene V. M. nuevo motivo que le obligue á disgustarse de lo que ántes solicitó, alzará la mano de todo el Infante: porque aunque esta boda es para él de tanta

es-

(1) El Infante Don Juan intenta reconciliarse con el Rey, y el Rey admite á sus mensageros.

estimacion como conveniencia, todo lo echará á las espaldas por tener á V. M. grato y merecer le admita en su gracia y servicio. No le faltarian al Rey cumplimientos contra cumplimientos urbanos: pero hizo gran peso á su christiandad el que cooperar á estas bodas era el mas decoroso desagravio con que podia satisfacer á la repulsa, habiéndola dexado por otra; y así le respondió benignamente; que experimentaria el Infante los buenos tercios que le haria hasta que se lograra el efecto: y en quanto al punto de lo que deseaba venir á su servicio, le respondió; que él habia declarado muchas veces con obras y palabras el que le deseaba amigo y no contrario, y que no mudaria este parecer como él no mudase determinaciones.

Quando los tumultos de Castilla daban mas muestra de serenidad, se levantó nueva tempestad por Navarra. Diximos como el Rey Don Felipe de Navarra quando se coronó solicitó la amistad del Rey Don Alonso, y la mantuvo todo el tiempo que estuvo en su Reyno: fuéle forzoso pasar á Francia al gobierno de sus Estados, y dexó por Goberna-  
dor

dor de Navarra á Enrique de Soly. Este, ó por  
 genio, ó por instigacion, puede ser que del  
 Infante Don Juan Manuel y Don Juan Nu-  
 ñez, aborrecia al Rey; y deseaba manifes-  
 tarlo en las obras haciéndole guerra en sus  
 Reynos. Dispuso la materia con astucia, dan-  
 do calor á que el Infante Don Pedro de Ara-  
 gon casase con la hija del Rey Don Felipe:  
 y uno de los concertos para efectuar la bo-  
 da fué, que los Aragoneses le habian de dar  
 armas auxiliares para recobrar las posesiones  
 que contra derecho le usurpaba el Rey de  
 Castilla. Con este abrigo se determinó á rom-  
 per la guerra (1). Sentia en extremo el Rey  
 Don Alonso enflaquecer sus fuerzas en bata-  
 llas contra Christianos: todo su anhelo era  
 á que sus victorias fuesen triunfo de la reli-  
 gion, y que sus exércitos militasen mas á la  
 gloria de Christo que á la suya. Deseando  
 lograr este fin, puso los medios imaginables  
 para no romper con Navarra: escribió al Rey  
 de Aragon, íntimo amigo suyo, para que em-

(1) El Rey de Navarra declara la guerra al Rey Don Alonso.

embarazase los socorros en que Enrique de Soly fiaba para hacerle guerra. Manifestó Don Alonso, Rey de Aragon, la voluntad de obedecerle: pero como estaba ya en lo último de su vida, pudo poco con sus vasallos su voluntad. Miraban á la del sol que nacia en Don Pedro: y éste estaba tan declarado á favor de Enrique de Soly, que por principio de la confederacion que hacia con él le envió hasta mil y quinientos caballos para que corriese la tierra de Castilla.

Viendo el Rey Don Alonso frustrados los medios de la paz, discurrió en los medios de hacerle guerra. Parecióle hacer experiencia de los afectos que habia mostrado Don Juan Nuñez, de servirlo; y envióle á Alonso Ortiz, Prior de San Juan, que le manifestase lo mucho que estimaria que tomase á su cuidado esta empresa. Entró Don Juan Nuñez en consulta consigo: y viendo que era forzoso haber de pasar por muchas villas del Rey para obedecerle, no tuvo por segura su vida; ni el Prior terció bien á favor del Rey, para sosegarle en sus miedos: y entre los dos hicieron á mano las razones con que excusarse.

Sos-

Sospec  
enviã  
Lopez  
á Do  
Don  
go de  
man;  
Lope  
Ruiz  
y á  
cos-H  
llamó  
fonso  
nan S  
llo;  
drigu  
ras.  
impo  
varro  
sus r  
escar  
el ev  
reput  
Don  
que



Sospechando el Rey lo que sucedió, había enviado á llamar á Valladolid á Don Diego Lopez de Haro, hijo de Don Lope el Chico; á Don Fernan Rodriguez de Villalobos; á Don Juan García Manrique; á Don Rodrigo de Cisneros; á Don Pedro Nuñez de Guzman; á Ramiro Flores, su hermano; á Don Lope Diaz de Almazan; á Don Gonzalo Ruiz Giron; á Don Gonzalo Nuñez Daza; y á Don Alvar Rodriguez Daza: todos Ricos-Hombres de Castilla y Leon. Tambien llamó á los Caballeros de su guardia: á Alfonso Coronel; Garcilaso de la Vega; Fernan Sanchez de Velasco; Pedro Ruiz Calbillo; Juan Alfonso de Benavides; Juan Rodriguez de Sandoval; Sancho Sanchez de Roxas. Estando ayuntados todos, les dixo que importaba á su pundonor conociesen los Navarros, que habian despreciado la blandura de sus ruegos, el rigor de sus armas, para que escarmentados en un lance tuviesen por bien el evitar otros muchos: que de ellos fiaba su reputacion: que les entregaria el pendon de Don Pedro su hijo, con todas sus compañías: que á no embarazarlo sus pocos años, él fuera

en

en persona á asistirlos (1); y en lugar de su hijo Don Pedro les subrogó á Don Martin Fernandez Puertocarrero, su Mayordomo mayor. Eran tan superiores sus prendas de valor, fidelidad y prudencia, que ninguno de tantos Ricos-Hombres se atrevió á disputarle la primacía. En region muy soberana de merecimientos vive quien aun para no padecer le corta á la envidia las alas, remontándose sobre los vuelos de la emulacion. Ninguno replicó al baston de Don Martin, estando presentes todos los Ricos Hombres de la primera estimacion de Leon y Castilla. No niego á los historiadores de aquel siglo, que fué prueba de su obediencia y lealtad; pero tampoco se negará, que un Rey tan alentado, y en empresa de tanto punto, no les hubiera puesto por cabo principal á hombre que no hubiese ganado los votos y el respeto de todos por lo sobresaliente de sus ventajas: y mas,

en

(1) Nombra el Rey Don Alonso por General de sus armas contra Navarra á Martin Fernandez Puertocarrero: y la resignacion de los Ricos-Hombres en la voluntad del Rey.

en lance tan urgente que no daba ocio para nuevas deliberaciones. Sacó el Rey dineros prestados para que se mantuviesen un mes; y despachándolos con toda brevedad, partió desde Valladolid á Palencia donde pudiese tener mas freqüentes los avisos. Aquí le hallaron los Embaxadores de Albohacen, Rey de Marruecos, que le traxéron de parte de su Señor un rico presente de caballos, paños tejidos de oro y seda, espadas guarnecidas de oro y piedras preciosas,alcones, camellos y avestruces, de que abunda la tierra de Africa. Tenia Albohacen sitiado al Rey de Tremecen; y para este fin habia necesitado de retirar todas sus gentes de Gibraltar y Algecira. Juzgó seria el sitio muy largo; y temeroso de no lograr su intento, envió estos mensageros para revalidar con el Rey Don Alonso las treguas. Tambien le diéron quejas de que sus soldados, faltando á las treguas, le habian tomado algunos castillos; á que le respondió el Rey enviaria órden preciso para que se los restituyesen, si no es que hubiese sido recompensa de otros que ellos contra lo pactado de las treguas les hubiesen quitado.

El

El deseo que tenían los Castellanos y Leoneses de venir á las manos con los Navarros les hizo apresurar las marchas. Dos leguas ántes de llegar á Tudela de Navarra les envió un mensagero Don Enrique de Soly, diciendo que los aguardaba en las huertas de Alfaro: este mensaje sonó á desafio; pero encubria una prevencion cautelosa. Estaba desamparado el convento de Fitero; y sin víveres y municiones los castillos de Judégun y Bisaque que habian usurpado al Rey de Castilla los Navarros: y temiendo el Gobernador tomarian aquel parage los Castellanos, los llamó á los campos de Alfaro donde estaban ayuntados Aragoneses y Navarros. Respondió Don Martin Fernandez Puerto-carrero, que estaba bien: que el dia siguiente le buscaria en los campos de Alfaro. No dió crédito á su respuesta Don Enrique: porque el ánimo doblado con que él obró, le hizo sospechar que la respuesta era tambien cautelosa; y así dispuso que Don Miguel Perez Zapata, uno de los principales caudillos de los Aragoneses, entrase aquella noche víveres, y dexase el convento y los castillos bien guar-

guarnecidos de soldados, y que la mañana del día siguiente volviese á incorporarse con sus tropas que estaban en Tudela de Navarra, por si acaso cumplian su palabra los Castellanos de acercarse á las huertas de Alfaro. Fué así: al amanecer el sol se pusieron las tropas de Castellanos y Leoneses á vista de Tudela de Navarra. De Tudela salió gran número de infantes haciendo cara á nuestro ejército, y despues toda la caballería: pero el Gobernador de Navarra y Don Lope de Luna, que era el principal cabo de los Caballeros Aragoneses, se quedáron dentro de la ciudad. Estábanse á la vista los dos exércitos sin embestirse: y Don Martin Fernandez Puertocarrero dió orden que moviesen el pendon de Don Pedro, y que acometiesen. Resistieron con gran valor al primer combate los Aragoneses y Navarros; pero no pudieron el segundo: volviéron las espaldas; y siguiéndolos los Castellanos y Leoneses, hiciéron en ellos grande estrago. Con ser muchos los que mató el hierro, fuéron mas los que murieron en el rio Ebro, arrojándose al agua con el

peso de las armas (1): irracional consejo; huir de la muerte y buscarse el sepulcro. Cansados de herir y matar, se volviéron los Castellanos al pendon del Infante Don Pedro, que estaba sobre un collado. Desde allí distinguieron á Don Miguel Zapata y sus tropas; y dexando compañías de guardia con el pendon del Infante, saliéron las mas lucidas tropas de caballos á cortarles los pasos para que no entrase en Tudela. Logró Don Miguel el acaso de unas acequias caudalosas, que le sirviéron de foso para que no pudiese pasar la caballería Castellana; y estúvose quedo sin atreverse á salir de ellas para combatir nuestras gentes, aunque no habia llegado á él la noticia de estar ya derrotado su ejército. Impacientes los Castellanos, viendo que era muy entrada la tarde y que la obscuridad de la noche les seria favorable para la fuga, pusieron piernas á sus caballos: y abotonándoles los acicates, saltáron el foso y despejáron la otra banda de los Aragoneses que la defendian;

(1) Victoria de los Castellanos contra los Navarros y Aragoneses.

dian ; con que pudo p asar con mas facilidad el resto de las tropas. Mas sangrienta fué esta batalla que la de los campos de Alfaro: fuéron muchos los muertos , los heridos y los presos ; derrib aron   lanzadas de su caballo   Don Miguel Perez Zapata: vali ole la vida la fineza de sus armas , y segunda vez le rescat  de la muerte el haberle conocido. Tom ronle   prision   él y   todos los parientes que le acompañaban : y si el haber entrado la noche no hubiera embarazado el alcance , raro hubiera escapado con vida. Volviéron las tropas Castellanas victoriosas al pendon de Don Pedro , y el dia siguiente fuéron con él sobre el convento de Fitero ; y aunque estaba muy prevenido de gentes y víveres , la noticia de estar derrotado el ejército de Aragon y Navarra bastó para que le desamparasen. En los castillos quisieron hacer resistencia , por ser la guarnicion de ellos de soldados Gascones y Navarros : pero el Alcayde era vasallo del Rey de Castilla , natural de San Pedro de Yanguas ; y le entregó las llaves de él   Don Martin Puerto, carrero.

No les pareció bastante despique haber recobrado lo que era del Rey. Entró en consejo Don Martin Fernandez Puertocarrero: y salió de la consulta, que dividiesen en tres tropas sus gentes, que entrando por diferentes partes del Reyno de Navarra, robasen, talasen y destruyesen á fuego y sangre. Tuviéron en su ayuda á Lope García de Lezano, que los Lepuzcanos eligieron por su cabeza; con que corrieron por quatro partes el Reyno saqueando y robando los lugares, y haciendo prisioneros á su albedrío sin que nadie se atreviese á hacer resistencia. Tuvo noticia de estos sucesos el Rey; y aunque mostró gran regocijo de la victoria, les envió á mandar se saliesen del Reyno de Navarra: que bastaban los estragos hechos para escarmiento, sin llevarlo tan á fuego y sangre: que guardasen contra los infieles los aceros, con quien solo era bien echar todo el resto del poder. No usó bien de esta benignidad el Conde de Fox, pariente del Rey de Navarra: aguardó á que los Castellanos se alejasen de aquellos paises, é hizo una entrada con todas sus gentes hasta Logroño.

Sin-



Sintió vivamente el Rey esta desatencion: y quando estaba disponiendo los medios para hacérsela reconocer á mucha costa, recibió una carta del Arzobispo de Rems (sin duda el hombre de mas veneracion que tuvo aquel siglo) en que le decia se hallaba en Navarra de paso á fin de una romería que tenia votada á Santiago; que las lágrimas de aquellos pueblos, por las vexaciones que habian recibido de sus soldados, le habian enternecido el corazon y obligádole á ser su medianero é intercesor para las paces con su Rey; que esperaba valdrian sus ruegos con un Rey tan Católico, para que depusiese los enojos y enviase personas de su satisfaccion para firmar amigables establecimientos. No dudo se holgaria el Rey de que se hubiese ofrecido medio tan decoroso para soltar la espada de la mano: porque la tomaba de mala gana contra Christianos (1). Envióle el Rey á Martin Fernandez Puertocarrero, Mayordomo mayor de

(1) El Arzobispo de Rems se interpone en los ajustes entre Castilla y Navarra, y el Rey Don Alonso admite sus ruegos.

de su hijo Don Pedro; á Gil Alvarez de Cuenca, Arcediano entónces de Calatrava, que despues fué Arzobispo de Toledo y Cardenal de la Santa Iglesia; y á Fernan Sanchez de Valladolid, su Notario mayor de Castilla: estos por el Rey Don Alonso, y el Arzobispo de parte del Rey Don Felipe, hicieron en esta forma los ajustes. Que el Rey de Castilla gozase en tenuta el convento de Fitero y los castillos de Tudela y Bisaque; y que se siguiese el pleyto en la propiedad, poniendo cada uno de los Reyes un letrado de su parte que abogase delante del Cardenal, en que ambos Reyes conviniesen, y que se estuviese por último á su sentencia: que para las demas pretensiones de ambos Reyes se pudiesen quatro árbitros, dos de cada parte, y que corriesen en lo demas amigablemente las paces y confederaciones.

Conocia el Rey Don Alonso la obligacion de su oficio, y comunicaba á todos los lugares de su Reyno con la proporcion de su necesidad las luces. Del sol deben aprender esta movilidad los Príncipes; nunca para: porque su quietud fuera quizas tan ofensiva á los  
que

que comunicara mas luz, como á las provincias que se la regatease. Pasó el Rey desde Valladolid á Segovia; donde sola su presencia sosegó los bandos y disensiones de algunos Caballeros, y embarazó que no naciesen otras: aquí recibió carta de su hermana Doña Leonor, Reyna de Aragon, en que le daba aviso de la muerte del Rey su esposo. Sintióla en extremo el Rey: no es mucho; fuéron siempre estrechos amigos, sin que pudiese ninguna razon de estado, ni las cautelas sutiles como maliciosas del Infante Don Juan Manuel, entibiar los fervores de su amistad y correspondencia. Respondió á su hermana, mostrando en la carta no ménos lo sublime de su entendimiento que lo grande de su voluntad, que aunque no podia en la tierra haber persona que supliese la falta del Rey su marido, procuraria con los esfuerzos de su cañño parecersele tanto que se reconociese ménos: que estuviese cierta no pondria menor cuidado en mirar por su persona y las de sus hijos que por su propia persona: que le diese muy individual cuenta del estado en que quedaban sus conveniencias y las de ellos,

para que desde luego conociese su aplicacion estudiando en sus mejoras.

Estando el Rey en Segovia, tuvo noticia de otro alboroto que se empezaba á fraguar en Castilla á instigaciones de Don Juan Manuel. Qualquiera se persuadiera á que el Infante Don Juan Manuel, por la respuesta que le dió el Rey de que tenia por bien llevarse á su hija Doña Constanza á Portugal, se hubiera sosegado en su servicio; pudiendo lograr la honra y conveniencia que él tanto deseaba, de ver á su hija Reyna: pero quien está enseñado á hacer el mal, tiene entre otras muchas la pena de estar siempre temeroso de padecerle. No se creyó de las palabras del Rey Don Alonso; y haciendo agravio del estorbo que él fingia para que tuviesen efecto las bodas del Príncipe Don Pedro con su hija, le azoró al Rey de Portugal para que sacase la cara y se diese por ofendido. Dióle tambien noticia de los Ricos-Hombres que sentian mal del mucho poder que daba el Rey á Doña Leonor de Guzman, con ofension de la Reyna de Castilla, hija del de Portugal, para que escribiéndoles los reduce-

se á su devocion y á que todos fuesen contra el Rey. Estos fuéron Don Pedro Fernandez de Castro, Don Juan Alfonso de Alburquerque, y Alfonso Perez de Haro á quien el Rey por muerte de su hermano dió el Señorío de los Cameros (1). Esta noticia le embarazó al Rey el hacer jornada al puerto como tenia determinado. Pasó de Segovia á Valladolid para atajar esta sedicion á los principios. Tuvo industria para apartar de aquella conjuracion á Pedro Fernandez de Castro; que llamado del Rey, vino á Valladolid: y le honró capitulando á su hijo el Infante Don Enrique con Doña Juana de Castro, hija de Don Pedro. Dióse por tan obligado de esta merced, que ofreció y cumplió apartar á Don Juan Alfonso de Alburquerque de la liga que tenia hecha con el Rey de Portugal, Don Juan Manuel y Don Juan Nuñez. Despachó luego sus cartas á los Ricos-Hombres de Leon y Castilla y á los Maestres de las Ordenes, que se viesen con él  
en

(1) Sedicion de algunos Ricos-Hombres, fomentada por el Infante Don Juan Manuel.

en Valladolid á dia cierto. Estando todos juntos, les dixo que era su ánimo acabar de una vez con Don Juan Nuñez y Don Juan Manuel, reconociendo que los demas medios no solo eran inútiles sino dañosos, pues su piedad los hacia mas atrevidos y desmesuradamente insolentes (1). No estaban ménos ofendidos de la obstinacion de estos vasallos los mas de los que allí estaban presentes que el Rey mismo: dixéronle que su paciencia habia sido causa de estas demasías; y que las tendrian cada dia mayores si no usaba del hierro y del fuego, habiendo apurado inútilmente todas las recetas de la blandura. Viendo el Rey tan conformes los mas de los votos á su indignacion justa, resolvió no tomar empresa ninguna hasta arrancar ó allanar estos dos padrastrós de su Reyno: consiguió para este fin cinco servicios y una moneda forera de los Reynos de Leon, é igual cantidad de los de Castilla; con que mandó se previniesen para ir á cercar á Don Juan Nuñez

(1) Junta el Rey á los Ricos-Hombres en Valladolid, con ánimo deliberado de acabar con el Infante Don Juan Manuel y Don Juan Nuñez.

ñez en Lerma. Súpolo Don Juan : envió mensajeros que le templasen. Era ya tarde , sobre tantas veces en que habia despreciado sus piedadades ; y díxoles el Rey , que iria á la puerta de Lerma á darle á su Señor la respuesta.

A catorce dias del mes de Junio llegó el Rey á vista de Lerma ; y puso su tienda cerca de una ermita que llamaban Santa María : llevó consigo las compañías de sus guardias y las milicias de Burgos y de sus Concejos. Parte por beneficio del terreno en que estaba fundada Lerma , y parte por la solicitud que habia puesto Don Juan en fortificarla con quanto cabia en la industria y en el arte (mirándola no solo como á sagrado de su vida sino tambien de número grande de facinerosos de que se componian sus tropas) era árdua empresa el conquistarla. El rio Arlanza es muro y foso que cerca la mitad de la ciudad ; la otra mitad la ceñian tres muros muy altos y dos fosos profundos : los bastimentos que Don Juan tenia dentro los juzgaban ellos suficientes para muchos años ; con que les pareció se quedaria aquel sitio en amago , y que saldria el Rey desayrado pues

se conoceria en su Reyno y fuera del que burlaba un vasallo sus fuerzas. Sentados sus Reales sobre Lerma, dió el Rey órden que cercasen los lugares de Torre de Lovaton y de Villafranca de Montesdoca, que eran de Don Juan Nuñez. Tenia dada órden para que el mismo dia que él se puso á vista de Lerma se juntasen en la villa de las Chozas los Maestres de Calatrava y Santiago para atajar los pasos del Infante Don Juan Manuel que estaba en el castillo de Garci-Muñoz.

El primer dia que plantó el Rey sus Reales á vista de Lerma saliéron algunas tropas de la ciudad para coger los víveres que venian al ejército del Rey. Fiéronse en las pocas gentes que entónces le acompañaban: pero los pocos fuéron tan valerosos que hiriéron y matáron á muchos, y siguiéron á los que huian hasta dexarlos encerrados en la ciudad (1). El dia siguiente quisieron vengar este agravio, y volviéron á salir por un postigo de la ciudad que caía cerca del Real del

(1) Sitia el Rey en Lerma á Don Juan Nuñez: y encuentros entre las tropas del Rey y de Don Juan.



del Rey Don Alonso. Aunque no habia crecido el número de los soldados en el ejército del Rey, les dió orden para que los acometiesen: eran de una y otra parte hombres de obligaciones y de aliento los que peleaban; con que á los primeros encuentros estuvo dudosa la victoria: pero al fin prevalecieron los soldados del Rey, siendo en exceso quatro doblado mas los muertos y los heridos de los aliados de Don Juan; y los que quedáron vivos huyéron á la ciudad con tanto miedo, que se les hizo mas estrecho el postigo á la entrada que á la salida. Dos dias despues se pobló mucho el ejército del Rey: porque fuera de tres Ricos Hombres; Fernan Rodriguez de Villalobos, Juan García Manrique y García Fernandez Manrique con todos sus paniaguados, se agregáron los Caballeros y vasallos de los hijos del Rey avendados en aquella comarca. Los Concejos de Valladolid, Toro, Olmedo y Medina del Campo estrechaban mucho con el sitio á los de la Torre de Lovaton. Su Alcayde Juan Alfonso Carrillo, que la tenia en homenaje por Don Juan Nuñez, ó acaso, ó con estudio,

salió fuera de ella y dexó substituto en su oficio: los de la villa le echáron fuera, y enviáron mensageros al Rey de que querian ser suyos: solo le pidiéron les concediese una merced; y era, que si saliese Don Juan Nuñez con vida del sitio, no los volviese á hacer sus vasallos: así se lo concedió el Rey; con que le entregáron la villa: y los Concejos que la sitiaban se agregáron al ejército del Rey sobre Lerma, y mandó el Rey batesen por tierra sus murallas. Conoció el Rey, que siendo tan fuerte Lerma y estando tan abastecida, le habia de costar muchos dias el entrarla: y mandó labrasen para él una tienda bien capaz y que pudiese resistir las inclemencias de los tiempos; y otros muchos del Real hicieron lo mismo.

Valíanse los sitiados de un puente que alindaba con las murallas del lugar, para salir y hacer algunas correrías contra los Reales del Rey: y mandó derribarla. Era de piedra fortísima: y estaba en sitio que desde las almenas, no solo las saetas sino tambien las piedras alcanzaban á los que cavaban por los cimientos para el derribo; con que se consiguió á

mu-

mucha costa : pero con mayor dolor de los ciudadanos. Tambien les embarazó el recurso á una fuente que estaba entre el Real y la villa edificando en quatro dias una torre de tapias que la dominase ; y guardóla con tanta vigilancia Diego Lopez de Mendoza , que les negó totalmente el recurso : y al lado de la torre , á distancia considerable , hizo otra que dominaba la ciudad , para combatirla ; y pocos dias despues otras quatro : con que iban experimentando ya los cercados los rigores del sitio. Diéronle noticias al Rey , que algunos de los Caballeros de su ejército socorrian con víveres á los sitiados. Era dificultoso no fuese así : porque raro hombre de cuenta tenia el Rey en su ejército, que no tuviese dentro de Lerma ó hermano , ó hijo , ó deudo muy cercano. Sintiólo el Rey : pero anduvo prudentísimo en no dar ni un ligero indicio de que lo sabia , porque no entrasen sus vasallos en desconfianza ; pero sirvióle la noticia para vivir con mas cautela y quitarles las ocasiones de ser desleales : y así dispuso cercar todo el lugar así por la banda del rio como por tierra , y puso centinelas de su satisfaccion

que

que toda la noche velasen sobre las cercas; y otros de á caballo que por la parte del ejército los corriesen en continuos tornos. Diéronle tambien noticia de que Gomez Gutierrez de Sandoval y Gutier Diaz, su hermano, tenian hablas con Don Juan para pasarse á Lerma: manifestóles el Rey lo que se decia de ellos; pero que no lo creia de hombres de tanta sangre: negáronle la verdad al Rey, y en el silencio de la noche se traspusieron á Lerma; y el Rey con las ceremonias que usaba aquel siglo los declaró por traydores. Consolóse el Rey de la fuga de estos Caballeros con la llegada de Don Juan Alfonso, Señor de Alburquerque y de Medellín: traxo consigo muchas compañías de infantes y de caballos; hizole el Rey muchas honras, y dióle por juro de heredad las rentas que poseyeron los Templarios en Villalba de Alcor, sita en tierra de Campos: é hizole su Alférez mayor. Quiso mostrarse agradecido Don Juan Alfonso á estas honras: y habiendo oido que los de la villa salian frecüentemente á una colina que llamaban el Olmillo y que hacian punto los solda-

dados del Rey de desalojarlos de ella (bizarría que picaba en temeridad, porque no habian de batallar solo con los que ocupaban aquella eminencia sino tambien con los que desde los muros y almenas llovian piedras saetas y dardos) quiso estrenar en ella sus brios. Halló gran resistencia en la subida: pero poniendo espuelas al caballo venció la cumbre, y siguiéronle algunas de sus tropas; con que se trabó sangrienta refriega con los que estaban en la cumbre. Debió á un acaso el haber escapado con la vida: porque desde el muro granizáron tantas piedras y saetas contra él, que fuera imposible el librarse. Alcanzó á su caballo una piedra en la cabeza: el golpe fué tan recio que le desatinó; perdió la obediencia al freno, y arrojóse del collado sin poder pararse hasta el Real. Alabó el Rey el valor de Don Juan Alfonso; pero no la cordura, por haber metídose con tan pocos compañeros en aquel peligro: y el día siguiente, porque no les durase el contento, aunque la causa de él era tan ligera, mandó á Don Alonso Coronel que eligiese de las compañías de sus guardias los solda-

dos que le pareciese para echar del Olmillo á los de Lerma. Executólo con tanto valor como dicha : no quedó hombre de quantos le ocupaban , que lo pudiese contar sin dolor. Muertos muchos , heridos los mas , se retiráron á las barreras ; y gran parte de ellos se estropeó arrojándose á los fosos por huir los golpes de las lanzas y las espadas. Estuviéronse algun tiempo dueños del campo ; pero no fué posible mantenerse : porque desde los muros y baluartes de la villa los herian sin poder ser heridos.

Aunque el cuidado que ponía el Rey en haber á las manos á Don Juan Nuñez parece le habia de ocupar toda la atencion , era tan capaz su entendimiento que le cabian en él mas negocios sin embarazarse. Avisóle la Reyna de Aragon su hermana , que el Rey Don Pedro de Aragon su hijastro habia intentado prenderla en un lugar suyo , para apoderarse mas á su salvo de los heredamientos que la habia dado el Rey Don Alonso su marido para ella y sus hijos ; y que habia debido á la fidelidad de Don Pedro Xerica y su hermano Don Diego el haber llegado á Albarra-

cin á despecho del Rey ; y que ofendido del favor que le habia dado Don Pedro de Xerica , habia buscado medios para matarle: que le habia quitado los sueldos que gozaba de la caballería , y le hacia hostilidad en sus lugares y castillos: que Don Pedro Xerica, habiéndolos dexado bien pertrechados , se habia pasado á Requena ; desde donde intentaba hacerle guerra al Rey : que se sirviese de enviarle gente y dineros para este efecto, pues de estar bien asistido Don Pedro pendia su seguridad. Tambien le rogó diese libertad á Don Miguel Perez Zapata y á sus deudos por intercesion suya ; que esperaba agradecerian este beneficio con estar de su parte , no consintiendo en los agravios que intentaba hacerle el Rey (1).

Esto contenia la carta de la Reyna: y la respuesta fué libertar de la prision á Don Miguel , diciéndole le agradeciese á la Reyna su libertad. Envióle á Don Pedro Xerica quatro Ricos-Hombres de Castilla que le asis-

tie-

(1) La Reyna Doña Leonor pide asistencias al Rey de Castilla su hermano contra las vexaciones que la hacia el Rey Don Pedro de Aragon su hijastro.

tiesen con sus compañías ; y orden á los Caballeros que habitaban los contornos de Requena , para que estuviesen á su disposicion en las empresas contra el Rey de Aragon á favor de la Reyna su hermana : dióle el Adelantamiento de Murcia , y hasta cantidad de mil maravedís de renta en seguras fincas.

El aprieto grande en que se hallaba Don Juan Nuñez le obligó al Infante Don Juan Manuel á salir del castillo de Garci-Muñoz para socorrerle (1); salió una noche disimulado, sin que lo sintiesen los Maestres de Santiago y Calatrava que le habia puesto el Rey á la vista para embarazarle la salida : la primera noticia que se tuvo fué , estando ya en Peñafiel , desde donde se prometió poder dar ayuda á Don Juan. Luego que tuvo el Rey la noticia , dexó por su teniente en el ejército á Don Juan Alfonso de Alburquerque; y con las compañías de sus guardias fué á robar los ganados de Peñafiel , para obligarle á salir á la defensa , quedándose el Rey en

(1) El Infante Don Juan Manuel va en socorro de Don Juan Nuñez ; y el Rey pone sitio á Peñafiel.



celada con la mayor parte de sus tropas: nunca quiso salir el Infante Don Juan Manuel; con que el Rey, dexando á la vista de Peñafiel algunas compañías de caballos que le embarazasen la salida, se volvió al ejército. Supieron los sitiados la ausencia del Rey; y salieron con todas sus gentes y pendon tendido fuera de la villa en son de batalla: dispuso Don Juan Alfonso sus haces con ánimo de venir á las manos; y mandó derribar parte de la cerca que se levantó por orden del Rey, para abrir paso á su caballería. Disuadiéronle con eficacia el intento los criados de la casa del Rey y los principales de su Consejo; con que se estuvo quedo: y Don Juan Nuñez, muy contento de tan ligera hazaña, se retiró á la villa. Luego que llegó el Rey se executáron á un tiempo tres órdenes suyos, con que cayéron mucho de ánimo los sitiados. Hiciéron cavas profundas cerca del rio Arlanza, guiando ácia ellas las corrientes: le mudó la madre, y en la parte del rio que caia mas vecina á la villa puso por guarda al Vizconde de Tarzas, Caballero Ingles que años ántes se hizo

vasallo del Rey y le sirvió con tanto valor como fidelidad, acompañándole un tercio de Gascones bien experimentados en la milicia; con que sin costa de mucha sangre no podían socorrerse de agua. Quedábalas refugio en una presa, adonde llegaba el agua por conductos, y vertía dentro de la villa: cegó también el Rey estos conductos; y quedóles solo cerca de la villa una laguna del agua que se trasminaba de los aquíeductos. Esta era su único recurso: y mandó el Rey echasen en ella todas las bestias que muriesen en el ejército, y los cuerpos de los hombres que muriesen ajusticiados, para que se hiciesen horribles en la corrupcion. Sin embargo; llegó á tanto la falta del agua, que por no morir de sed salian á morir bebiéndola. Al mismo tiempo, desde las torres que dominaban la villa la combatian por quatro partes con los trabucos y otros ingenios militares con tanta continuacion y porfia, que igualaban á los dias las noches, sin dexarles hora de descanso.

Los de Busto enviaron mensagero á Don Juan Nuñez, que si no les enviaba socorro dentro de quatro dias, se entregarian al Rey:

no

no pudo socorrerlos; y entregaron la villa á Don Gonzalo Ruyz de la Vega, que era cabo de los vasallos de Don Fadrique, hijo del Rey, á cuya diligencia encomendó el Rey aquel sitio.

Llegó en esta ocasion al Rey Don Pedro de Castro: compensó la tardanza trayendo consigo ochocientos hombres de á caballo del Reyno de Galicia, todos vasallos suyos. Antes de llegar á besar la mano al Rey quiso lograr una empresa muy de su servicio poniéndose con todas sus gentes casi arrimado á los muros de Peñafiel, donde estaba el Infante Don Juan Manuel, y envióle á desafiar. Respondió el Infante, que si él habia ofendido en algo al Rey, no le tocaba á Don Pedro de Castro desagraviarle ni á ninguno otro Rico-Hombre sin especial orden del Rey: á que replicó Don Pedro, que los hombres de su estimacion tenian por mas propios los agravios que se hacian al Rey, que los que padecian sus personas; y así que mirándole como propio le retaba para tomar satisfaccion. Nada bastó para sacarle de la villa al Infante: puede ser sospechase tenia Don

Pedro guardadas en el Rey las espaldas ; aunque aseguran tenia muchas espías que observasen los movimientos del Rey : pero la enfermedad del miedo engendra humores tan ligeros , que qualquier leve recelo basta para inquietarlos. Tres dias duró Don Pedro á vista de Peñafiel , sin poder lograr sus intentos ; con que partió á Lerma : y llegó en ocasion á besar la mano al Rey , que salian de su audiencia los Embaxadores del Rey de Portugal que viniéron de parte suya con esta demanda (1). Que tuviese entendido que Don Juan Nuñez era su vasallo : que le rogaba se sirviese de alzarle el sitio ; que de otra suerte , le obligaria á ponerse en campaña y conseguir por fuerza de armas lo que no alcanzaban sus ruegos. La respuesta que dió el Rey á los Embaxadores fué ésta : que él no tenia cercado á Don Juan Nuñez por delitos que hubiese cometido en aquel mes de Junio en que á él le habia dado vasallage , sino por los robos y atrocidades de años ántes , quando

(1) Embaxada del Rey de Portugal á favor de Don Juan Nuñez : y lo que el Rey de Castilla respondió á ella.

do era vasallo suyo : que en castigándole estos desacatos, se le enviaria allá vivo ó muerto para que le hiciese las honras que gustase.

Mucho irritó al Rey de Portugal esta respuesta aunque tan racional y justificada : juntó las fuerzas mayores que pudo de su Reyno, y púsose con ellas sobre Badajoz (1). No le dió sobresalto al gran corazon del Rey Don Alonso el mantener á un tiempo tantas guerras : porque le sobraban á él tantos bríos y espíritus que repartir entre sus vasallos, que de qualquiera de ellos se prometia sucesos favorables. Dió orden á Don Pedro de Castro, que con sus gentes marchase ácia Badajoz. Escribió á la frontera á Don Juan Alfonso de Guzman, á Don Pedro Ponce de Leon, á Don Alvar Perez de Guzman y á Don Enrique Enriquez, Ricos-Hombres de la Andalucía, de grandes parentelas y séquito; y á los Concejos de Sevilla, Córdoba, Cáceres, Truxillo, Plasencia y Coria; y á Don Ruy Perez, Maestre de Alcántara, que asis-

tie-

(1) El Rey de Portugal sitia á Badajoz: y las prevenciones de Castilla contra Portugal.

tiesen á descercar á Badajoz : y que obedeciesen como á su persona misma á Don Pedro Fernandez de Castro. Es cierto que no llegó éste á tiempo de poder gobernar aquella accion ; aunque no dicen los historiadores la causa : pero los de la frontera bastaron para hacerle levantar al Rey de Portugal el sitio , y para dar mucha causa de llanto á los Portugueses por haberse determinado tan de prisa ; queriendo hacer resistencia con soldados noveles é inexpertos á los vasallos del Rey Don Alonso que no dexaban de las manos las armas. En algunas refriegas que tuvieron los Castellanos con los Portugueses miéntras duró el sitio , sin recibir daño ninguno los Castellanos (porque siempre herian por las espaldas á los Portugueses) hicieron en ellos grandes estragos. No contentándose con esto , divididos en tropas , entraron por los lugares de Portugal saqueando y robando quanto encontraban (1). Todos los de la frontera obraron en esta faccion con bizarría:

pe-

(1) Los Portugueses fueron vencidos en los reencuentros ; y las armas de Castilla entran en Portugal.

pero señalóse mas que todos Don Enrique Enriquez, porque llegó ántes que los demas á ver la cara á los enemigos; y mas tiempo le dió mas victorias.

Bien juzgáron los Ricos Hombres se contentaria el Rey con ajar á Don Juan Nuñez, y que no llevaria hasta los fines su enojo: pero viendo que cada dia crecia mas el ansia de estrecharle cerrando todos los caminos á la fuga, y que estaba cerca la villa de entregarse, se persuadiéron á que si el Rey le prendia le haria cortar la cabeza; y acudiéron á la Reyna Doña María para que intercediese con el Rey. Vino la Reyna desde Burgos á Lerma: y aunque hizo sus esfuerzos, no pudo conseguir de él que le perdonase; y mandó se volviese luego á Burgos, temiendo quizas le habia de hacer blandear la porfia de sus ruegos si estuviese presente.

Crecia por horas el aprieto de los sitiados: porque entró con mucho rigor el invierno y se hallaban sin casas en que guarecerse, arruinadas con la continua batería de las máquinas militares; sin leña para poder defen-

der-

derse de los frios ; sin agua que no pudiese horror á los sitiados al beberla , á los ojos por cenagosa , al gusto y olfato por corrompida. La falta de los víveres no solo la sentia el vulgo de los soldados sino tambien los cabos principales : toda la villa era un hospital , ó de heridos ó de dolientes. Viendo los Ricos-Hombres no habia tenido efecto la súplica de la Reyna , intentáron hacer espaldas para que le descolgasen por la cerca que tenia hecha el Rey Don Alonso : tuvo noticia el Rey de este intento ; y dobló los batidores y las guardas de soldados de toda su confianza. Viendo tambien frustrado este medio , pretendiéron sacarle por un arbolon que de industria quedó abierto en los muros para dar corriente á las aguas. Tampoco este designio se le ocultó al Rey : y en empezando á cerrar la noche , salia oculto de su tienda con algunos Caballeros de sus guardias ; y en llegando á aquel sitio se desmontaban por aguardar con mas secreto la presa (1).

Tres

(1) Los Ricos-Hombres intentan escapar á Don Juan Nuñez por diferentes medios, y quedan frustrados sus intentos.



Tres noches hizo la misma centinela; en que llegó la villa á estar en el último aprieto: y Don Juan Nuñez, desahuciado de otro remedio, envió á decirle al Rey que se queria entregar á merced suya: que solo le pedia su vida y la de los que le habian asistido: que le haria entrega de todos los lugares fuertes, castillos, Alcázares que poseia así en Castilla como en Vizcaya, para que á su arbitrio los derrocasse ó pusiese Alcaydes á su satisfaccion y gusto: y que si se sirviese de hacerle merced de algunas villas, las tomara con calidad de derribar los castillos ó muros si los tuviesen, ó de no poder fortalecerlos sin expresa orden suya si fuesen lugares abiertos. Aunque conoció el Rey que con la espera de uno ó dos dias entraria en la villa sin condiciones, y que aunque se dilatasen mas era seguro el entrarla por fuerza; habiendo tenido aviso de que el Rey de Portugal habia desamparado el sitio de Badajoz con mucho descrédito suyo y gran reputacion de las armas Castellanas (que era el único motivo que podia tener para alzar el sitio) hizo lugar á su piedad entre tantos mo-

tivos que daban calor á su enojo. No llevaban bien algunos del lado del Rey el verle vacilar ácia el lado de la clemencia; y procuráron renovarle al Rey la memoria del desenfrenamiento con que habia obrado una y repetidas veces Don Juan Nuñez haciendo armas contra el Rey de los beneficios y mercedes que le hacia. Satisfizoles el Rey con que no perdía quitándole la vida á Don Juan sola su persona sino la de muchos nobles de Castilla y Leon, que habiendo sido cómplices y factores de la misma culpa, habia de alcanzarles la misma pena: que esperaba con este perdon obligarlos, para que viéndose deudores de la vida, la arriesgasen en su obediencia en batallas contra los infieles: que si desatendiese Don Juan (que no lo temia) á este beneficio, le quedaban mas libres y mas poderosas que ántes ambas manos para castigarle. Las condiciones que puso Don Juan eran tan favorables al Rey, que no necesitó de poner árbitro de su parte; y así le envió con Don Alfonso Coronel esta respuesta (1): que le

(1) Clemencia del Rey en perdonar á Don Juan Nuñez; y las condiciones con que le perdona: y el ren-

le perdonaba á él y á todos los que le habían asistido la vida: que viniese seguro á su servicio sobre su fe y palabra Real: que solo excluía á Gutierre Diaz de Sandoval; á Gomez Gutierrez; y á Garci Lopez de Torquemada, por estar ya fulminada contra ellos sentencia de traidores: que en todo lo demás queria estar á sus conciertos; y que entendiése que nunca le estaria mal á él el que quedasen por cuenta suya sus conveniencias. Avió aquella noche Don Juan Nuñez á los tres Caballeros Encartados, para que se saliesen del Reyno; y el dia siguiente habiéndole enviado el Rey un caballo de su caballeriza, salió en él de Lerma para irle á besar la mano. Salió tambien el Rey algun pequeño espacio de su tienda: luego que le divisó Don Juan, se desmontó él y todos los que le acompañaban, y llegó á pie hasta donde estaba el Rey; hincóle la rodilla, y porfió una y otra vez en que le hiciese favor de que le hablase de esta suerte: no lo con-

rendimiento con que Don Juan le habló, besándole la mano.

consintió el Rey; obligóle á volver á montar en su caballo, y hablóle en esta forma. *Señor: tan conocidas son las mercedes que he recibido de V. M. como lo son tambien mis desatenciones. No pretendo excusar mis delitos; sino acriminarlos, para que luzca mas, pareada con mis desconocimientos, la clemencia de V. M. Si han tenido alguna excusa mis yerros, quiero deberle á V. M. el que los dore; y por ocuparme yo todo con voluntad y entendimiento en obsequios de V. M. que descuenten lo tarde que he llegado á servirle, no quiero gastar en mi defensa ni un pensamiento. V. M. sabe quantos avisos tuve de los muy allegados á su persona, de que no me buscaba ni me hacia honras con otro fin que asegurarme mas para darme muerte: claro está que seria mentira; en la ligereza de cautelarme como si fuera verdad estuvo mi yerro. Esto sabe V. M. para abogar por mí: yo solo sé que V. M. me ha perdonado la vida y me la perdona; con que siendo de V. M. mi vida no solo por el título de vasallo sino por habermela dado en presente, cumpliré con la obligacion que conozco, de emplearla  
siem-*

*siempre en servicio de V. M. pagándole este per-*  
*don, en que nunca tenga que perdonarme sino*  
*que agradecerme. El Rey le respondió, que*  
*así lo esperaba de sus obligaciones y de su*  
*sangre; y que esperase de su mano muchas*  
*honras por lo que de nuevo habia de obrar*  
*en su servicio, y de su memoria eterno ol-*  
*vido de lo pasado. Acabado este razonamien-*  
*to, se volvió á apearse del caballo Don Juan:*  
*besóle al Rey la mano y los pies; y el Rey*  
*cariñosamente le echó los brazos, y fueron*  
*acompañando al Rey hasta su tienda. Dió*  
*orden el Rey á su Mayordomo les enviase*  
*de su despensa comida para él, su muger*  
*y su familia, y á todos los demas soldados*  
*los socorriesen con viandas del ejército. Em-*  
*pezó el sitio de Lerma á catorce dias de Ju-*  
*nio año de Christo B. N. de mil trescien-*  
*tos treinta y cinco, y el año veinte y seis*  
*del Reynado de Don Alonso; y duró hasta*  
*el quarto dia de Diciembre de aquel año.*  
*El dia siguiente mandó el Rey derribar los*  
*muros de Lerma y terraplenar los fosos; y*  
*Don Juan Nuñez mandó á los que estaban*  
*en Villafranca y Busto las desamparasen, para*  
*Part. IV. Tom. I. X que*

que los soldados del Rey derribasen sus muros : derrocáron tambien el castillo de Abia. El Infante Don Juan Manuel , ántes que llegasen á este trance las cosas de Don Juan Nuñez , desamparó á Peñafiel no teniéndose allí por seguro , y se fué al Reyno de Aragon : halló al Rey Don Pedro en Valencia; hízole de palabra muchas honras , pero de obra ninguna.

Diez y ocho dias despues de la entrega de Lerma se estuvo el Rey en aquellos parages hasta que se allanó el lugar y las fortalezas y castillos , y partió aquel dia á tener en Valladolid las Pascuas : vínole acompañando Don Juan Nuñez ; y volvióle el Rey su oficio de Alférez mayor : y dióle por heredad á Villalon , á Zigales y Morales ; y mandó que no les derribasen los muros , empezando tan luego á olvidarse de la pena que podia refrescar en su memoria los desaciertos de Don Juan.

Estando el Rey con los Reales sobre Lerma , llegó allí el Señor de Lebret , Embaxador del Rey de Inglaterra Eduardo ; y otro de Felipe Rey de Francia. Tenian aque-  
llos

llos Reyes entre sí sangrientas guerras sobre el Ducado de Guiana ; y cada uno solicitaba con ansias para sus conveniencias la amistad del Rey Don Alonso : porque sus hazañas le habian grangeado nombre en toda la Europa (1). Propuso el Embaxador de Inglaterra casamiento de una hija de su Rey con el Príncipe Don Pedro , heredero de Leon y Castilla ; medio con que le pareció se allanaria mas el Rey Don Alonso á las paces. Respondió el Rey , que siempre estimaria la buena correspondencia con el Rey su Señor : pero que su hijo Don Pedro era de tan pocos años , que no era tiempo de tratar de capitulaciones ; no siendo verisímil que las vueltas de muchos años no alterasen ó rompiesen los tratados. El Embaxador del Rey de Francia llevó mejor respuesta. Mirando las alianzas de los Reyes á las razones de estado , siempre interesantes á sus per-

SO-

(1) Los Reyes de Francia é Inglaterra solicitan por sus Embaxadores el tener cada uno á su favor la amistad y las armas del Rey Don Alonso ; y declaróse el Rey á favor de Francia.

sonas ó á sus Reynos, los mas cercanos tienen la mayor parte vencida para que su amistad se desee. En los cercanos solo hay que vencer la dificultad de que quieran acudir en la ocasion con los socorros; en los distantes resta otra mayor: que es el que á tiempo puedan. Esta razon prevaleció para que hiciese perpetuas paces con el de Francia, declarándose amigo de amigos y enemigo de enemigos: expresáron en una cláusula de los tratados, que el que enviase á pedir socorro al otro, hubiese de hacer las costas del viage y de las pagas de los soldados. Importóle mucho al Rey de Francia la confederacion del Rey de España: porque en una batalla que tuvo por el mar con el de Inglaterra, no habiendo podido hacer efecto quarenta galeras de Génova que conduxo con sus estipendios el Rey de Francia por haber muerto muchos de los cabos y enfermado los mas de los soldados, arrimándoseles la flota de Castilla pusiéron en fuga la armada Inglesa; y quedó el Rey de Francia dueño del mar con el socorro del Rey Don Alonso. Duráron á disposicion del Rey estos navíos hasta que  
el



el Rey, pareciéndole tenia por sí bastantes fuerzas para defenderse y ofender al Rey de Inglaterra, los despidió.

No le pareció bastante despique contra el Rey de Portugal los daños que le habian hecho en el Reyno los de la frontera, y la retirada tan poco decorosa con que alzó el sitio de Badajoz solo á la voz de que se acercaban los Castellanos. Hizole al Rey Don Alonso mucha sangre el que por favorecer á un vasallo suyo rebelde le hubiese publicado guerra, rompiendo tan estrechos lazos de parentesco y amistad, faltando á la fe de los establecimientos: y ninguna satisfaccion le parecia bastante. Estaba en Valladolid dando calor á las milicias y haciéndose con dineros para hacer guerra á Portugal; y tuvo noticia de que su hermana la Reyna de Aragon habia llegado á Aillon, lugar de Castilla, para hablarle en los pleytos que habia movido contra ella y sus hijos su antenado el Rey de Aragon (1). Llegó á Aillon el Rey, acom-

(1) En Aillon se vió el Rey con su hermana Doña Leonor, y la dió socorros contra el Rey Don Pedro de Aragon su antenado.

acompañado de Don Juan Nuñez : supo las extorsiones que le hacia el Rey echándole de sus Estados ; y despachó sus cartas á los Concejos de Soria , Almazan , Cuenca , Huete , Requena y Molina , para que acudiesen al llamamiento de Don Diego de Haro y Don Pedro de Xerica , su hermano , para hacerle guerra al Rey de Aragon : y juntamente les envió á Don Diego y á su hermano libramientos para las pagas de los soldados.

Viendo el Infante Don Juan Manuel que por instantes se mejoraba el partido del Rey , y que le cerraba el cielo todos los caminos para mantenerse en su rebeldía : porque el Rey de Aragon no se bastaba á sí , por las asistencias de sus vasallos que el Rey dió á Don Pedro de Xerica para hacerle daño en sus Reynos : el Rey de Portugal , donde intentó fixar pie su fortuna , no pudo hacer cara á pocos vasallos del Rey Don Alonso , y lloró su Reyno el que lo hubiese pretendido : el Rey de Navarra contaba entre sus felicidades el haber firmado con él paces : los Reyes de Francia é Inglaterra estimaban tanto su amistad , que la solicitaban á porfia :

los

los Reyes Moros tenian firmadas treguas, mostrándose en ellas pretendientes como interesados: el Señor de los Cameros, su aliado, muerto por traidor: Don Juan Nuñez reducido al servicio del Rey con circunstancias tales, que se volvieron contra él las piedras si faltase á la lealtad; hallábase sitiado sin cercas. Mas apremiado de estas razones, que Don Juan Nuñez con el asedio de Lerma; y prometiéndose en el suceso feliz de éste buen exemplar para el suyo, trató de reducirse al servicio del Rey, experimentando que contra el rayo de su justicia era el rendimiento el mejor sagrado. Juzgó cuerda-mente, que por medio de su madre se aseguraria mas el que el Rey le oyese y le perdonase (1). Logró su madre la ocasion de hallar al Rey en Aillon con la Reyna Doña Leonor su hermana, que la juzgó primer favor para con el Rey. Manifestóle en presencia de la Reyna el deseo que tenia su hijo

de

(1) El Infante Don Juan Manuel, reconociéndose sin fuerzas, solicita el perdón del Rey.

de volver á su servicio; y que no ponía mas condiciones, que las que el Rey gustase: que estaba tan reconocido que pasaria por cualesquier apremios, por el seguro que tenia de que nunca faltaria á la promesa de ser fiel vasallo suyo y de servirle en lo que fuese su voluntad. Oyóla el Rey benignamente; y díxola le era forzoso pasar á Madrid, donde le aguardaban los Prelados y Ricos-Hombres para disponer las cosas de la guerra que tenia publicada contra Portugal: que allí la aguardaria, y tomarian la forma mas conveniente para que el Infante volviese á su servicio.

Partió la madre de Don Juan á Madrid acompañando á la Reyna Doña Leonor, y el Rey fué á Guadalaxara; y de camino cobró el castillo de Zurita, que no habia podido incorporar en el Orden de Calatrava Don Juan Nuñez su Maestre, desde que Garci-Lopez, depuesto del oficio de Maestre por el Rey y por los de su Orden, se retiró á Aragon: por que le mantenian en su nombre Don Gonzalo Perez, Freile del mismo Orden. Pasó á Madrid; donde le aguardaba Do-

Doñ  
Man  
vasa  
traia  
los  
Rey  
tillo  
tage  
quat  
gies  
los  
vist  
cies  
en  
sear  
fant  
cau  
Re  
dia  
en  
Do  
al  
u  
nue

Doña Juana, madre del Infante Don Juan Manuel, acompañada de muchos Caballeros vasallos de su hijo. Con los poderes que traian suyos, se hicieron en esta conformidad los ajustes para que volviese al servicio del Rey (1): que daria en rehenes la villa y castillo de Escalona; la villa y castillo de Cartagena, Peñafiel y sus Alcázares; y otros quatro lugares fuertes, los que el Rey escogiese, para que el Rey pusiese á su eleccion los Alcaydes y Gobernadores: y que fuese visto el que los perdia todos, si desobedeciese á los llamamientos del Rey ó faltase en algo á su servicio. No podia el Rey desear mas claras demostraciones de que el Infante Don Juan Manuel venia esta vez sin cautelas á servirle, pues ponía en manos del Rey todas las fuerzas é instrumentos que podian ser medios para ofenderle: y firmados en esta forma los tratados, partió la Reyna Doña Leonor á Albarracin, y Doña Juana al castillo de Garci Muñoz; desde donde escri-

(1) Condiciones con que el Infante Don Juan Manuel consiguió el perdon del Rey.

cribió á su hijo se viniese á Castilla para besar la mano al Rey.

Concluidos estos ajustes, habló el Rey con los Ricos-Hombres y Prelados: manifestóles la falta con que se hallaba de medios para hacer guerra al Rey de Portugal: que faltaba una suma grande, despues de haber contribuido las cantidades que cabian en la poca posibilidad de sus pueblos; y de su voluntad los Arzobispos, Obispos, Prelados y Abades del Reyno, y el Gremio de todos los Eclesiásticos, le contribuyéron con liberalidad mas de lo que necesitaba (1): con que desde allí dispuso el hacer guerra á Portugal en esta forma. Dió orden á Don Pedro Fernandez de Castro, para que con sus gentes entrase por Galicia en Portugal: á Don Pedro Nuñez de Guzman, que le invadiese por Ciudad-Rodrigo al tiempo que él con el grueso del ejército hiciese entrada por Badajoz. Desde Madrid partió el Rey á Truxillo: á la partida llegó á besarle la mano Don Juan Alfonso, hijo de Don Alonso,

Se-

(1) Declara el Rey la guerra á Portugal.

Señor de Gibráleon, vasallo que habia sido hasta entónes del Rey de Portugal. El Rey le hizo mucha merced: señalóle rentas en Castilla, y dióle por juro de heredad todos los lugares del Real de Manzanares. Desde Truxillo pasó á Badajoz, donde aguardaba sus gentes para hacer entrada en Portugal en un mismo dia por tres partes. Supo su llegada la Reyna de Portugal Doña Beatriz, hermana de su padre Don Fernando: y vino á verle (quien duda que instada del Rey de Portugal) y á rogarle desistiese de intento tan forastero á su genio é inclinacion; que era mostrar solo con los enemigos del nombre de Christo sus ardimientos. El Rey la oyó con mesura que se rozaba en desabrimiento; y la respondió, que la estimacion ó desestimacion de los propios era quien daba ó quitaba la reputacion á las armas con los extraños: que pues el Rey de Portugal habia querido romper por su gusto tantos lazos de amistad y parentesco, con que deslustraba su opinion, le era forzoso el volver por ella, de calidad que quando se oyese fuera de sus Reynos el agravio, sonase mas el ruido de la

satisfacción que el de la ofensa (1). Sin embargo, dixo: *para que conozca el Rey lo que á V. M. la venero, dígame que me alargue de su Reyno quatro villas fuertes, las mas vecinas á Badajoz; que con eso perderé el susto de que otra vez vuelva á cercarme: y ahora soltaré la espada para no tomar mas satisfacción del agravio.* Conoció la Reyna no era esto cosa en que se podia hablar al Rey de Portugal; y aun por eso se la propuso el Rey de Castilla: porque no estaba de talante de retroceder un punto de sus intentos. El dia siguiente en que se partió la Reyna llegaron las tropas que el Rey aguardaba. Hubo entre ellos una controversia muy reñida; el Rey se entró en medio de la refriega por apaciguarlos, y sin querer le diéron una espada en la pierna: pero no le embarazó el salir el dia siguiente á Yelbes; donde hizo talar los olivares, viñas y huertas, y apresar los ganados mayores y menores que hallaron: de

(1) La Reyna Doña Beatriz de Portugal viene á Badajoz á ver al Rey Don Alonso, rogándole desista de hacer guerra á Portugal: y la respuesta que el Rey la dió.



de allí pasó á Ronches. Aconsejéronle algunos, que lo sitiase : otros juzgaban seria mas sensible al Rey de Portugal el estragarle muchos lugares que el tomarle uno; y á este parecer se inclinó el Rey, dividiendo en varias tropas su exército, que corriesen la tierra y la robasen : con que cada dia volvian al Rey ricos de ganados, de presas y de cautivos. Dixéronle al Rey Don Alonso, que el Rey de Portugal habia hecho una salida ácia Xerez de Badajoz, Burguillos y Alconchel; y por el gran deseo que tenia de verse con él en campaña, anduvo en un dia doce leguas desde Ronches á Cheles, sito en la ribera de Guadiana. Siguióle con gran fatiga su exército: porque fuera de lo largo del camino, traian el embarazo de muchas presas y prisioneros. Mandó el Rey que les diesen libertad; y llenáronle de tantas bendiciones quantas diéron maldiciones á su Rey que le ocasionó el hacer esta guerra. Llegado á Cheles, supo el Rey Don Alonso que habia sido ruido echadizo para divertirle; y tomó desde allí el camino para Olivenza, con ánimo de hacer toda hostilidad en el Reyno

So-

Sobrevinole aquella noche el accidente de una terciana que embarazó sus designios: prosiguió con el mismo rigor algunos días; y los médicos le aconsejaron mudase ayres: porque los de aquella tierra en aquel tiempo eran muy ofensivos; de que se podia temer sobreviniesen peores accidentes. Cargaron, fuera del parecer de los médicos, los ruegos é instancias de los Ricos-Hombres que le asistian; con que bien á pesar suyo se determinó á irse á curar á Sevilla, dexándoles orden de que no desamparasen la guerra (1).

No era menor la hostilidad que el Almirante Tenorio hacia á Portugal por el mar, de la que padecia por tierra. Juntó toda su armada el Rey de Portugal; y dió orden á Manuel Pezano, Genoves, á quien nombró por Almirante, que saliese en busca de las naos de Castilla, y que en qualquiera parte que las encontrase las embistiese hasta el último

(1) El Rey se retira del ejército á Sevilla, por haberle sobrevenido tercianas; y no obstante el faltar la asistencia del Rey, se enciende mas la guerra contra Portugal, y queda victoriosa la armada de Castilla de la de Portugal.

timo rompimiento. Era Manuel Pezano hombre no ménos experto que valeroso; y buscó nuestra armada con igual deseo que el Almirante Tenorio tenia de encontrarse con la suya. Halláron presto la ocasion: porque la buscaban de veras; y fué una de las mas sangrientas refriegas que se refieren en las crónicas: duró algunas horas la batalla con tanta sangre de ambas partes, que quanto alcanzaba á ver la vista del mar bermejeaba. Duró indeciso el triunfo todo el tiempo que, aferrada la Almiranta Portuguesa y otro navio de los mejores de su flota á la Almiranta de Castilla, no le diéron lugar al Almirante Tenorio para otra operacion que la defensa: pero habiendo echado á fondo dos naves Portuguesas los Capitanes de otras dos naves de Castilla, fuéron á socorrer su Almiranta; con que pudo el Almirante Tenorio lograr su destreza y esfuerzos, y á poco espacio rindió á la Almiranta Portuguesa. Abatióla el estandarte, é hizo prisionero al Almirante y á un hijo suyo; con que las que no pudiéron fiar á su ligereza la vida, se rindiéron de su voluntad: seis vasos de la arma-

ma-

mada Portuguesa echáron á fondo los nuestros, con otros ocho cargados de despojos y prisioneros. Llegó el Almirante Tenorio á San Lucar de Barrameda. Desde allí avisó al Rey el suceso, y de que pasaria por Guadalquivir á Sevilla. Esta nueva fué la receta mas eficaz para desarraygar del Rey las tercianas. Salióle el Rey á recibir, acompañado de muchos Caballeros de su Corte. Venian en las naves todos los cautivos, aprisionadas las manos: solo el Almirante y su hijo Don Carlos venian sin prisiones. En la Almiranta de Portugal venia el estandarte de su Rey arrastrando por las aguas. Mandó el Rey Don Alonso le colgasen en la Iglesia Mayor de Santa María de Sevilla, reconociendo á Dios y á su santísima madre esta victoria.

Aun no se apaciguó el enojo del Rey Don Alonso contra el de Portugal con este nuevo golpe y tan sangriento: dispuso sus gentes, y entró por el Algarbe de Portugal saqueando y robando los lugares que encontraba de su dominio; y en Tabira quemó la tarazana, y sustentó gran parte de tiempo su ejército con los robos que les hizo de tri-

trigos y de ganados. No pudo tener el Rey de Portugal despique, aunque intentó saquearle al Rey Don Alonso algunos lugares en Galicia. Cercó á Salvatierra; duró ocho dias el sitio: pero defendióla con tanto valor Basco Ozores, Alcayde del Rey, que no pudiéron derribar una almena habiéndoles costado muchas vidas el intentarlo. En los lugares abiertos de Galicia logró algunos robos: porque Don Pedro Fernandez de Castro, á quien el Rey Don Alonso habia hecho General de aquella frontera, no quiso embarzárselo. Alegó por razon, que iba el Rey de Portugal con aquellas gentes: que habiéndole criado desde su niñez y recibido tantas honras de su mano despues de crecido, se le caia la espada de la suya, sin poder levantarla contra su bienhechor. Buena razon para no haber admitido el cargo; pero fea excusa despues de admitido.

Puso fin á los enojos del Rey de Castilla la autoridad del Pontifice, que se interpuso por medianero de las paces, y le envió para este fin al Maestre de Rodas: y el Rey Felipe de Francia escribió al Arzobispo de

Rems , Embaxador suyo , para que de su parte le hiciese súplica al Rey de Castilla en orden á que sobreyese en la guerra empezada contra el de Portugal. El de Castilla estaba tan herido de la sinrazon , que fué mucho consintiese aun á instancias tan superiores en las treguas de un año. Murió en este tiempo Don Gimeno , Arzobispo de Toledo : propuso el Rey á aquella Santa Iglesia la persona de Gil Alvarez de Cuenca , Arcediano de Calatrava y del Consejo del Rey Don Alonso , de quien siempre se dió por bien servido ; y aunque estaban las voces de todos los Capitulares por Don Basco , Dean que al presente era de Toledo , por la insinuacion del Rey eligieron por su Arzobispo á Don Gil Alvarez. Partió el Rey á Sevilla ; y llegando á Mérida , donde le aguardaban el Arzobispo de Rems y el Maestre de Rodas , firmó las treguas con el Rey de Portugal : y de allí pasó á Ledesma , de quien habia dado el Señorío con las villas de Galisteo , Granadilla , Montemayor y Salvatierra , á su hijo Don Sancho ; y hallando que era falto , se las traspasó á Don Fernando su hijo , á quien hasta en-

entónces no habia señalado ningunas rentas. Pasó á Burgos, donde hizo provechosísimas ordenanzas. Ardíanse en disensiones los Caballeros y los hidalgos sobre puntos de honra, en que aun no estaban liquidados los duelos (1). El Rey tomó en todos la mano y los compuso, manifestándoles que le tendria á él por contrario el que pusiese dolo en su ajuste: y para lo de adelante hizo levítico por donde se difiniesen; habiendo tenido por muchos dias largas conferencias con los Prelados, con los de su Consejo, y con los Ricos-Hombres de mas juicio y experiencias. Hizo tambien ordenanzas para moderar los brindis y los excesos en las comidas. Concluida esta Pragmática, mandó concurriesen todos los que se hallaban en Burgos á la Iglesia mayor de Santa María, donde se leyéron en voz alta, para que constasen á todos los establecimientos; pero sobrepujaron mucho las voces del aplauso general á las de la intimation de las órdenes: porque reconocieron

su

(1) Ordenanzas que el Rey hizo en Burgos, muy convenientes al beneficio comun.

su justificacion , y las utilidades grandes que acarrearía á la salud del Reyno su observancia. Y pareciéndole que el ocio que al presente gozaban les daba lugar para discurrir en galas y en banquetes , mandó celebrasen torneos y justas ; en que entraba siempre encubierto , queriendo que solo le diesen á conocer los botes mas pujantes de su lanza y las cuchilladas mas firmes de su espada. En estos torneos , y en los que celebró en su coronacion , salió el Rey herido aunque ligeramente ; y gustaba , aunque fuese á costa suya , que se ensayasen en estos juegos , para que adestrasen los brazos á herir á los Moros quando fuesen verdaderas las lides.

En estos ejercicios le cogió al Rey Don Alonso la noticia de que Albohacen , Rey de Marruecos , habiendo vencido y muerto al Rey de Tremecen su enemigo , enviaba conductas á Algecira para introducir la guerra en España ; y que sobre cien baxeles que tenia en el mar , fabricaba otros muchos , con ánimo de apoderarse de España. Ignoraba estos designios de Albohacen el Rey de Aragon : y creyendo gozaba el Rey de Castilla el bene-



neficio de las treguas con los Moros, y que los enemigos domésticos se habian reconciliado, temió volviere contra él las armas por las sinrazones que habia hecho á la Reyna Doña Leonor su hermana; y prevínose escribiendo á la Reyna su madrastra, que deseaba llegar con ella á ajustes de paz. La Reyna le respondió que consultaria al Rey su hermano. Tuvo con él vistas en Cuenca; donde fué la Reyna acompañada de Doña Juana, madre del Infante Don Juan Manuel. Antes de hablar en su causa, le pidió la Reyna á su hermano diese licencia para que el Infante Don Juan Manuel viniese á besarle la mano: respondió el Rey gratamente, que ya echaba ménos el que no le hubiese pedido esta gracia; que viniese seguro de que le queria para sí y para bien de su Reyno. Obró la Reyna Doña Leonor con tanta fineza el oficio de medianera, que acompañó á Doña Juana hasta el castillo de Garci Muñoz donde estaba el Infante y su muger Doña Blanca; y juntos entraron en Cuenca á ver al Rey en su palacio: el Infante se arrojó á sus pies; y el Rey le le-

vantó del suelo á sus brazos , y habláron mas los afectos que las palabras (1). Fué este dia muy señalado : porque no le esperáron ver los Reynos. Hablóse despues en los ajustes de la Reyna Doña Leonor con su alnado el Rey de Aragon , y eligió el Rey la persona del Infante Don Juan Manuel para que se abocase con el Rey Don Pedro de Aragon; y el Rey de Aragon envió á su tio el Infante Don Pedro : y firmáronse los tratados con las condiciones siguientes. Que hubiese paces entre el Rey de Aragon y el de Castilla : que se diesén recíprocamente armas auxiliares , especialmente si los Reyes Moros de allende el mar hiciesen guerra ; porque era comun el peligro , y era bien lo fuese la defensa : que el Rey de Aragon restituyese á la Reyna y á sus hijos todos los lugares, posesiones y rentas que los habia dexado el Rey su padre : que á Don Pedro Xerica le des-

(1) El Infante Don Juan Manuel se reconcilia con el Rey , y el Rey le perdona. Ajústanse tambien las diferencias entre la Reyna Doña Leonor y su alnado el Rey Don Pedro de Aragon.

desembargase el Rey su hacienda ; y que éste volviese al Rey los lugares que le habia tomado en Valencia : que la Reyna y sus hijos los Infantes volviesen á Aragon ; y que el Rey les hiciese recibimiento tan honorífico, que descontase el deslucimiento con que la obligó á salir de Aragon fugitiva. Puso el Infante Don Pedro sobre estas condiciones otras dos demandas : una fué , que la Reyna intercediese con el Pontífice para que le diese licencia al Arzobispo Don Pedro de Luna para volverse á Zaragoza ; que por haber sido principal motor de los desabrimientos del Rey con la Reyna , le envió á llamar á su Corte : la otra fué , que el Infante Don Fernando , hijo mayor de la Reyna Doña Leonor, acogiese en sus villas y fortalezas al Rey de Aragon y á sus soldados. Corriéron sin disputa de ambas partes las condiciones que pedian. En esta última , en que hizo el Rey de Castilla reparo , se dió este corte : que en cumpliendo el Infante Don Fernando catorce años , y no ántes , se le concedia al Rey su postulado.

Firmó el Rey en Madrid estos ajustes;

Y 4 con

con que se partió el Infante Don Pedro á Aragon, y el Rey se quedó en Madrid previniéndose contra las invasiones del Rey de Marruecos: porque cada dia recibia nuevas de la frontera, de que Albohacen convocaba, no solo las gentes de su Reyno sino tambien toda la morisma, con color de zelador de su religion, y de que su profeta Mahoma habia quitado el cetro de las manos á otros Reyes Moros y puéstole en la suya para que le vengase de las afrentas con que le infamaban los profesores de la ley de Christo. Envió sus libramientos á todas las milicias de las fronteras y á los Concejos de ambos Reynos: despachó cartas á sus Ricos Hombres, y á los Maestres y Prelados, y á los Mayordomos de sus hijos, para que alistasen sus vasallos; que se hallasen á la entrada de la primavera siguiente en los contornos de Sevilla: envió tambien orden al Almirante Tenorio para que fabricase nuevos vasos, y con los que tenia guardase el estrecho. Estando ya para partir de Madrid, recibió carta el Arzobispo de Rems del Papa Benedicto, en que le hizo gracia del Capelo de Cardenal; con que le  
fué

fué forzoso dexar el lado del Rey y partir á la Corte del Pontífice.

Pocos meses ántes habian dado sentencia los Freyles de Santiago contra su Maestre Don Basco Lopez : juzgáronle incurso en crimen de lesa magestad , fuera de otros delitos de que mostraban tener plena probanza ; de usurpador de los bienes comunes de la Religion para conveniencias particulares suyas : priváronle de oficio , y juntáronse en Ocaña para elegir nuevo Maestre. Manifestóles el Rey se daria por servido de que eligiesen á su hijo Don Fadrique : parecióles gran honra de su Orden ; y escribiéronle estaban prontos á obedecerle : pero considerándolo el Rey mas despacio , les envió segundo aviso de que le parecia mas conveniente , quando amenazaba todo el poder de los Africanos á España, poner el Maestrazgo de Santiago , á cuyo valor y fidelidad atribuia él la mayor parte de sus victorias , en persona que pudiese servirle ; y que Don Fadrique su hijo , que aun no habia salido de la infancia , no era capaz del ajobo de las armas : y habiendo de ser otro , ninguno le parecia tenia el lleno de todas las  
pren-

prendas para aquel empleo, como Don Alonso Melendez de Guzman, tio de su hijo. Convenciólos la razon del Rey: freyláron á Don Alonso de Guzman, y diéronle despues la obediencia como á su Maestre (1). Habia muchos pretendientes de esta honra; y despicáron el sentimiento con el desenfado de publicar que aquel puesto no se le habia dado el Rey á Don Alonso, sino á Doña Leonor su hermana. Enfrenar lenguas de maldicientes no es empresa fácil: lo cierto es que Don Alonso tenia en sí y en toda su ilustrísima varonía tan executoriados los méritos en sus hazañas, que no necesitaba de recomendacion de parte de hembra; y el tener una hermana hermosa, no sé por dónde sea pecado contra el valor. Ajustadas ya las cosas de los Reynos de Castilla y Leon, apresuró el Rey su jornada á la Andalucía: porque habia empezado ya el Príncipe Abomileque á hacer entradas en los lugares de la frontera. En Merxaliza armó Caballero á Don Juan Nuñez,

con

(1) Deposition del Maestre de Santiago, y eleccion de nuevo Maestre.

con muestras particulares de estimacion y honra suya; y éste despues armó otros diez Caballeros de sus paniaguados y confidentes.

De allí pasó á Sevilla: y sin dar mas treguas á sus fatigas que descansar de un trabajo con la mudanza á otro mayor, convocó á los principales de su Reyno; y resolviéron en aquella junta seria conveniente talar los campos de Antequera, Archidona y Ronda: porque mucha parte de la caballería Africana que pasó con Abomileque se acuartelaba en aquella comarca; y se les obligaria á retirarse, viéndose sin granos, sin ganados, y sin forrage para los caballos. Executóse el orden del Rey abrasando los sembrados de Ronda, Archidona y Antequera; talando las huertas y apresando los ganados, sin que los Moros, siendo tantos en número y segun la fama publicaba valerosos, hiciesen una seña de resistencia. No lo atribuyó el Rey Don Alonso á cobardía, sino á que querian conservar enteras sus fuerzas para echarlas todas en un empeño; y fué así: porque habiendo dado orden el Rey Don Alonso que marchase en orden su ejército ácia la villa de Teba, fuéron

saliendo á la desfilada tropas de caballos Moros de Ronda, y gran número de soldados de á pie; y unidos despues, se fuéron acercando á la retaguardia de los Christianos. Habia puesto el Rey en ella los hombres de mas obligaciones de su exército: venian en ella por caudillos Don Juan, hijo del Infante Don Juan Manuel; Don Juan Nuñez de Lara; Don Alonso Melendez de Guzman, Maestre de Santiago: dixéron á sus soldados se estuviesen quedos aguardando se acercasen los Moros. No tardáron estos en executar lo, fiados en su valor y destreza: viéndolos ya cerca, hizo seña el Infante Don Juan á acometer; y fué tan horrible el primer choque que les dió nuestra retaguardia, que sin aguardar el segundo se pusiéron en afrentosa huida: siguiéronles el alcance los nuestros, hiriendo y matando á eleccion (1). Habíanse retirado los Moros casi una legua de Ronda: y pareciéndoles estaba muy distante esta surtida, se acogieron á una sierra muy alta y de

(1) Las tropas de Castilla ponen en fuga á las de los Moros.

de mu  
jadas.  
guiólos  
muchos  
hierro  
ñaron.  
el resto  
á la si  
desmo  
en un  
muy es  
le con  
los do  
soldad  
Rey e  
tales  
aquella  
fué su  
Ferna  
Rey  
y dep  
fué á  
dond  
del ir  
veyén



de muchas quebradas por estar sus peñas tajadas. No les valió la aspereza del sitio : siguiólos nuestra infantería y caballería ; y siendo muchos los que murieron á violencias del hierro , fuéron muchos mas los que despeñáron. Dió orden el Rey de que aguardase el resto del ejército á los que habian subido á la sierra en alcance de los Africanos ; y desmontando el Rey de su caballo , se sentó en un ribazo : no fué necesidad de descanso ; muy estudiado fué aquel ocio en quien nunca le conoció la cara : quiso honrar y confiar á los dos Don Juanes , haciendo notorio á sus soldados que no hacia falta el cuidado del Rey en empresa que tomaban por su cuenta tales vasallos. Luego que se incorporáren aquellas tropas entró el Rey en Teba ; que fué su primer conquista : y era su Alcayde Fernan Gonzalez de Aguilar. No la halló el Rey bien abastecida de municiones y víveres ; y depuso al Alcayde y eligió otro : de allí fué á Osuna ; y sin detencion pasó á Sevilla : donde pasó todo el verano y la mayor parte del invierno fortificando las fronteras ; proveyéndolas de municiones , armas y víveres,

por

por los frecuentes avisos que le daban sus espías de que Albohacen amenazaba con espantoso ejército á la Christiandad: que pasaban ya de doscientos los vasos que tenia en el mar; y que eran tantas las gentes que pasaban en ellos á Algecira, que hacian creible el asunto de su arrogancia, de que habia de inundar á España (1). A entradas del otoño llegó á Sevilla por el rio Guadalquivir Jufre Gilaberte, Almirante del Rey de Aragon, con doce galeras que enviaba su Rey para guarda del estrecho. Poco despues, dexando ordenadas las cosas de la frontera y por General de todos á Don Gonzalo Martinez, Maestre de Alcántara, hizo jornada á Madrid para sacar de los Reynos contribuciones con que poder oponerse á la furia de los Africanos. La viveza del Rey Don Alonso, y lo poco que emperezaba en los viages viviendo siempre en un movimiento continuo, consiguió el que sus vasallos, aun quando mas distante, para no descuidarse en el obrar le

(1) Las grandes prevenciones de armas que hacian contra España los Reyes Moros.

le mirasen como presente : el saber que tan presto estaba en Castilla como en Leon, en Leon como en la Andalucía, hacia que sin tenerle por santo le juzgasen en muchos lugares á un tiempo.

Miéntras el Rey estuvo en Madrid, no perdiéron ocasion sus soldados de debilitarles las fuerzas á los Moros y de hacer toda hostilidad en los lugares que encontraban en la Andalucía. En la primera salida que hizo el Maestre de Alcántara tomaron un castillo que tenían los Moros, y corriéron los campos de Alcalá de Benzayde, talando sus mieses, aprensando los ganados, y trayendo muchos prisioneros : cogiéron tambien una recua de trigo que iba para el abasto de Priego ; dexáron esta presa en Alcaudete, y pasáron á Ecija.

Quiso desplicarse el Rey de Granada : y saliendo con todas sus gentes á correr las tierras de los Christianos, se puso sobre Silos, lugar que tocaba al Orden de Santiago. Juntó Don Alonso Melendez de Guzman, Maestre del Orden, á toda diligencia las mas gentes que pudo ; y fué toda necesaria : porque fuéron  
tan

tan recios y tan continuados los asaltos y combates, que en espacio de tres dias les habian desmantelado por muchas partes los muros. Aunque veian tan á la mano el logro de sus fatigas, luego que divisáron nuestras gentes cesáron de combatir la villa; y marcháron en órden de batalla á encontrarse con los nuestros. Era excesivo el número de los Africanos; con que algunos juzgáron por temeridad el aguardarlos en el campo: pero el Maestro, no ménos eloqüente que brioso, los animó y azoró con sus razones para que despreciasen las ventajas engañosas que se fundan en mas número, debiendo solo atribuirse al ardimiento y bizarría de los espíritus (1). *Los de mi linage (les dixo) estan hechos á ver la cara de los Reyes en la campaña: yo quiero parecer hijo suyo en verlos, y que no me vean las espaldas; si quisieris seguirme, los trofeos militarán á vuestra gloria: y si no, la tendré de morir batallando.* Solo esta razon acabó desnudando el acero;

y

(1) El valor del Maestro de Santiago en una refriega contra los Moros.

y poniendo piernas al caballo , se entró por los esquadrones de los Moros : su exemplo arrastró tras sí todos los Caballeros de su Orden , y estos á las milicias ; con que se trabó una sangrientísima batalla , en que estuvo mucho tiempo neutral la fortuna : pero cantáron la victoria los Castellanos, desamparando el Rey el campo, y dexando en sus tiendas ricas preseas para el despojo. Con las armas , caballos y todo el resto del bagage se acogió á Silos : partióle liberalmente con los soldados ; detúvose algunos dias en repararse , y despues dió vuelta á todos los castillos y lugares del Orden , abasteciéndolos de víveres , municiones y armas para las batallas que temian de los Africanos.

El Príncipe Abomileque tomó á su cargo el volver por la reputacion del Rey de Granada; y envió numerosas partidas de caballos y no menor número de infantería , y por cabo de ellos á Aliartar , Caballero de grandes espíritus y que tenia sangre de muchos Reyes Africanos , para que corriesen las tierras del Rey de Castilla hasta afrontar con los muros de Sevilla. Tuvo noticia Fernan

Perez Portocarrero , Gobernador de Tarifa, de un Christiano que lleváron cautivo á Algecira y se habia huído de la prision. Juntamente dió aviso , que su principal intento era asaltar á Lebrija, que sabian estaba abundantísima de granos de que ellos necesitaban mucho : porque la armada de Aragon y de Castilla que guardaban el estrecho impedian les pudiesen venir de Africa. Participó esta noticia Fernan Perez al Obispo de Mondoñedo , que quedó por orden del Rey en Xerez , y á todos los castillos comarcanos , para que estuviesen prevenidos al socorro ; y él se entró en Lebrija donde amenazaba el mayor riesgo. No bastáron estas prevenciones á embarazar el que el ejército de Abomileque, pasando por Medinasidonia y Xerez , no hiciese grandes robos de ganados y prisioneros. Hizo alto el ejército de Abomileque en una campiña vecina á Xerez ; y envió el General hasta mil y quinientos caballos escogidos para que entrasen á Lebrija : defendiéndola con tanto esfuerzo Portocarrero , que tuvieron por bien desistir á los primeros combates ; y corriéron la tierra hasta Guadalquivir,

vir, robando muchos ganados y talando la tierra de Arcos (1). Salió Fernan Perez Portocarrero con solos quarenta hombres de á caballo y setenta de á pie en seguimiento suyo á lo largo, para no perder el rastro, y dió aviso á Don Alvar Perez de Guzman y á Don Pedro Ponce de Leon que estaban en Utrera, y al Concejo de Sevilla, señalándoles el camino que llevaba, y juntamente avisándoles podrian alcanzarle á tiempo: porque se movian muy lentamente los Moros, á causa de ser innumerables los ganados que se llevaban. Llegó esta misma noticia á Don Gonzalo Martinez, Maestre de Alcántara, que se habia acogido á Ecija con los de su Orden despues de haber talado los campos de Alcalá de Abenzayde. Juntáronse hasta ochocientos hombres de á caballo con Don Martin Fernandez Portocarrero; y teniendo noticia estaba el ejército de Abomileque en un valle media legua distante, camináron hasta ponerse á la vista. Reconociendo los Moros el

(1) Varios reencuentros con los Moros: y de todos salen con descrédito sus armas.

el exceso que hacian sus gentes , celebráron con algazaras la victoria ántes de la batalla: pero el ardimiento con que los acometiéron los Castellanos hizo que en breve se trocasse la alegría en llanto. De mil y quinientos caballeros Africanos apénas quedó quien pudiese contarle á Abomileque el destrozo de su ejército. Don Pedro Ponce embistió con sus tropas á trescientos caballos Moros que estaban en guarda de los ganados y cautivos que habian apresado : derrotólos y púsolos en huida , y conduxo todos los ganados á Arcos donde era frontero ; y donde concurriéron aquella noche todas las gentes de Castilla á celebrar la victoria no menos hazañosa que afortunada.

El querer despícase de esta rota le tuvo al Príncipe Abomileque no menos costa que la vida. Hizo otra salida ácia Alcalá de los Gazules , robando y talando la tierra con cinco mil hombres de á caballo y duplicado número de infantes : ejército bastante para conquistar una grande provincia ; mal empleado en tan baxas empresas. Tuvo noticia Fernan Gonzalez de Aguilar , caudillo del Con-

ce.



cejo de Ecija , que no era su intento solo el apresar ganados sino asaltar el castillo de Alcalá de los Gazules ; dió noticia á los Ricos-Hombres y Maestres que estaban en Arcos , y tuviéron su consejo. Era el punto dificultoso : porque la tierra vecina á Algecira, de donde él se intitulaba Rey , le favorecia mucho para hacer á su salvo la retirada , y para que le viniesen prontos los socorros si los necesitase. Fuera de que , las gentes que le asistian eran tantas , que no correspondia un Castellano á diez Moros ; con que aunque perdiese seis partes de su ejército , le quedaba con quien complacerse de la victoria , y al Rey de Castilla quizas no le quedaban otros tantos militares de reputacion como los que en esta refriega aventuraba. Añadian fuerza á su resolucion los que eran de este parecer , con que quatro dias ántes se habia tenido por milagro el vencerlos : que era tentar á Dios el volverse á entrar en un peligro de donde sin él no podian salir. No se puede dudar que es discursivo el miedo : pero no hubieran logrado tantas estatuas los Romanos , y marchitado tantos laureles sus

cabezas , si hubieran sido tan discursivos. Don Martin Fernandez Portocarrero tomó por los que eran de contrario sentir la voz, y les habló en esta forma (1). *Querer negar la ventaja que hace el ejército de Abomileque al nuestro en el número fuera contradecir á los ojos ; pero negar que la calidad de nuestros soldados es superior á la de los suyos fuera tambien modestia delinqüente , si nos aprovechamos de ella para consentirle que se entre en nuestras tierras y se vuelva libre con los robos que en ella hace sin tener quien se lo defienda. Es verdad que en los dos sucesos inmediatos en que nuestras armas han vuelto victoriosas puede querer la fortuna su parte , porque inferiores en número , en terreno, y fatigados del camino y de las lluvias derrotamos á los que en todas estas circunstancias nos eran superiores ; pero esta razon favorece , no impugna mi sentimiento : porque las mejores armas auxiliares para vencer son haber vencido. Y así , si nos ayudó la fortuna*

(1) Don Martin Fernandez Portocarrero , General de las armas , insta en que se de la batalla á los Moros aunque estaban estos superiores en fuerzas.

*tuna ¿qué ofensa la hemos hecho desde ayer á hoy, ó qué víctimas la han consagrado los Moros, para que se haya desgraciado con nosotros y haya vuelto ácia ellos el agrado? Fuera de que, no hay mas fortuna en las batallas que la voluntad de Dios, que es el Señor de las victorias: pues si estas gentes, como vasallos de Albohacen, enemigo de Christo el mas sangriento que se conoce en toda la morisma, son los que mas blasfeman su nombre ¿por qué hemos de temer que se haga de parte de los infieles y dexé el bando de los Católicos? Si el Rey nuestro Señor estuviera presente, sé que aplaudiera mi voto, y que hiciera depusiesen el suyo los que le tienen contrario: yo no necesito de verle para obedecer á lo que sé será gusto suyo; en su estandarte miro al Rey: y pelearé por defenderle, con los mismos aceros que si viera arriesgada en su pendon su persona misma. Mucha eficacia tienen las voces, si las pronuncia quien tiene crédito de buenas manos y de que sabe decir bien y obrar mejor. Dió á estas razones el último esfuerzo el haber contado Don Gonzalo Martinez, Maestre de*

Alcántara , las milicias que se habian agregado : y halló ser hasta dos mil hombres de á caballo y dos mil y quinientos infantes; con que todos de un consentimiento resolvieron salir en busca de Abomileque y darle la batalla en qualquier lugar donde le encontrasen. Las espías que enviaron á correr la tierra traxeron aviso , que aquella noche iba á dormir á la vega de Pagana , vecina al rio Patrete ; que podrian sin mucha fatiga alcanzarlos aquella noche : porque el exército iba á paso lento convoyando los ganados que habian apresado. Caminaron toda ella : y aunque ántes de esclarecer el dia , por las luces artificiales y hogueras conocieron dónde habia hecho alto el Real de los Moros , no se determinaron á acometerlos : porque la obscuridad de la noche era grande ; en que no era fácil distinguir á los amigos de los contrarios. Al romper el alba , algunos soldados de á pie , sin que les hubiesen dado orden , empezaron desde unas colinas que dominaban el valle á apellidar á Santiago. Abomileque estaba tan confiado , así en la calidad como en el número de sus gentes , que

tu-

tuvo por burla y entretenimiento aquellas voces, juzgando, como referian despues algunos prisioneros, que aunque el Rey de Castilla desguarneciese todas sus fronteras y juntase en un batallon todas sus gentes, no habia de osar acometerle; y así se estuviéron los mas desmontados, haciendo el mismo juicio que Abomileque: pero otros, hasta quinientos, mas desconfiados y no menos valerosos, montáron en sus caballos y se pusieron en forma de pelea. Reconociéron el peligro los Castellanos como cuerdos, pero no rehusáron el lance como valientes; y juzgando que darles mas tiempo era multiplicar contra sí enemigos, chocáron tan recio que se conoció bien la valentía de los ginetes Africanos en haber podido resistirlos, y en que se reduxese á punto disputable el triunfo: pero aunque se les agregáron á los Moros todos los que al principio juzgáron habia sido burla el ruido de acometerlos, quedó por los Castellanos el campo; siendo muchos y de lo mas florido del Africa los que quedáron en él muertos, y mas los que pereciéron en una legua que les siguiéron el alcan-

cance. La priesa que se daban á huir á Algecira unos ; á las tierras circunvecinas otros; la turbacion de verse acometidos quando ellos se juzgaban mas asegurados ; la confusion de ver tantos cadáveres de sus compañeros á los ojos , ocasionó el que no atendiesen á guardar la persona de su Rey. Salió á pie huyendo de su tienda , porque el aparato Real de ella no le manifestase : cansóse presto ; y viendo que nuestras gentes corrian el campo victoriosas , se arrojó entre unos zarzales fingiéndose muerto para defender con esta estratagemá la vida : no pudo hacer tan al vivo el muerto , que acercándose un soldado no le diese dos botes de lanza sin conocerle. Dexóle por muerto : encontróle poco despues con las ansias de la muerte un Moro que buscaba asilo para su vida en aquellas breñas (1) : echósele sobre los hombros , con ánimo de llevarle á Algecira ; pero rindióse á pocos pasos : y el mismo Rey le dixo que pusiese señal en el lugar en que le dexaba , y

die-

(1) Quedan vencidos los Moros por Don Martin Fernandez Portocarrero: y muere en esta refriega el Príncipe Abomileque.

diese aviso á sus soldados para que le sacasen de aquel trance. Obedeció el Moro : y dando cuenta del suceso á los Moros que se habian retirado á aquellas sierras mas vecinas, apadrinados de la noche viniéron en su busca ; no le halláron en aquel lugar : porque fatigado de ardiente sed por la mucha sangre vertida , arrojándose á beber á un arroyo que estaba poco distante , se quedó muerto en la orilla. Increíble es , así el número de los Africanos que murieron en esta batalla ( que pasáron de diez mil , siendo ellos mismos los cronistas de esta tragedia ) como la suma riqueza de todo género de despojos que se halláron en sus tiendas. Sin embargo , un cronista de aquel siglo , despues de haber referido esta victoria , añade. *Solo admirarán el que tantas veces los pocos veniesen á los muchos , los que no consideraren que en estas ocasiones los soldados Christianos lo parecian en las costumbres : y aunque fuera de las batallas viviesen muchos de ellos estragadamente , para entrar en ellas se prevenian con la penitencia y con las armas de los sacramentos ; con que tenian de su parte*

*á Dios: y con su brazo auxiliar los exércitos de Xerxes son poco para contrarios.*

Sobrevino á estas felicidades un accidente que turbó mucho su regocijo. Don Gonzalo Martinez, Maestre de Alcántara, quedó por General de las fronteras quando partió el Rey de Madrid á sacar contribuciones y pedir préstamos para las pagas de sus soldados. Desde soldado de fortuna habia subido el Maestre al puesto en que se hallaba: nadie pudo negarle los méritos; pero tampoco la dicha: que suelen hacerse tal vez compañía. Favorecióle mucho el Rey: corrian por su mano las rentas de su patrimonio; y tenia tanta mano en la casa del Rey, que los mas puestos y oficios de ella se proveian por su arbitrio. Sintió éste mal de la eleccion de Maestre de Santiago que hizo el Rey en Don Alonso Melendez de Guzman, y procuró estorbarla por quantos medios supo: y si ello no fué así, el chisme llegó con esta fuerza á Doña Leonor de Guzman su hermana; y ayudó mucho á que le diese entero crédito, el estar ella persuadida á que no le hacia con el Rey buenos tercios. Con esta ocasion



escribió Doña Leonor al Rey (1), haciéndole al Maestre tantos capítulos y de especies tan feas; mostrándose ofendida en el crédito y en la reputacion, del atrevimiento con que el Maestre hablaba de su persona; y que por no perdonarla á ella no perdonaba al mismo Rey, hablando con vilipendio y desacato de sus acciones. Aunque se persuadió el Rey que muchas de aquellas cláusulas las dictaba mas la pasion y el enojo que la verdad, envió á llamarle para oírle; y previno á los mensageros, que si no viniese voluntariamente á su mandato, le traxesen preso. Estaba el Maestre en Xerez acompañado de muchas gentes suyas; aun calientes las lenguas de los aplausos que le habian dado por la victoria contra el Rey de Algécira: abrió las cartas esperando leer en ellas muchas honras que le hiciese el Rey; y viendo el efecto tan contrario, le faltó poco para matar á los mensageros. Luego conoció de dónde le venia el tiro; é hizo juicio de que  
su

(1) Don Gonzalo Martinez, Maestre de Alcántara, cómo le desquiciaron de su fortuna.

su herida era incurable: porque la ira de una muger que se presume ofendida nunca dió quartel. Executó siempre todo lo que pudo; y podia mucho Doña Leonor, pues podia todo lo que el Rey. Partió el Maestre con todas sus gentes de Xerez á Moron, lugar fuerte de su Orden; y desde allí le respondió al Rey una carta tan libertada y desatenta, que hizo verisímiles los delitos de que Doña Leonor le acusó en la suya. Previno el efecto que habia de hacer la carta en llegando á manos del Rey; y dexando en Moron Alcayde que le hizo homenaje de no recibir al Rey aunque llegase á sus puertas, pasó á los castillos de Magacela y Bienquerencia: y dexándolos abastecidos de gentes y de municiones, tomó el mismo homenaje á sus Alcaydes que al de Moron; y partió á los castillos y fortalezas que tenia su Orden en la frontera de Portugal, para que estuviesen por él contra el Rey Don Alonso. De la respuesta tan libre y desahogada coligió el Rey el último arresto en el Maestre Don Gonzalo; y envió orden á los Caballeros que dexó subordinados al Maestre,

pa.

para que no desamparasen á Xerez por si intentasen hacer nueva salida los Moros de Algecira. Pasó el Maestre á la frontera de Portugal ; y no solo abasteció los castillos de Alcántara , Santi-Ibañez y la torre de piedra buena , previniendo á sus Alcaydes que no admitiesen al Rey de Castilla , sino que se los ofreció al Rey de Portugal despues de sus dias si le amparase contra el Rey. Excusóse el Rey de Portugal , con que tenia treguas con el de Castilla ; y aun le debian de durar dolorosas memorias de quán mal le estuvo quebrantarlas por ayudar á otro vasallo rebelde. Pasó al último despecho el Maestre, escribiendo al Rey de Granada y ofreciéndole entregar los castillos con las mismas condiciones que al de Portugal : pero no llegaron estas cartas á manos del Rey de Granada ; sino á las del Rey Don Alonso , habiendo desbalijado las espías que tenia contra los Moros al mensagero del Maestre.

Esta noticia , y la que tuvo de haber muerto los Moros á Jufre Giralberte , Almirante del Rey de Aragon , de un saetazo que le diéron los Moros de Algecira habiendo

do

do salido desde el estrecho á batallar con ellos por tierra, con la de que se enviaban á despedir los Aragoneses, le hicieron al Rey aligerar la jornada á la frontera. Dexó hechos libramientos para sus soldados, y partió á Valencia donde le escribiéron estaba el Maestre de Alcántara. En Cazalegas, lugar vecino á Talavera de la Reyna, tuvo noticia de que se habian separado muchos Freyles de su Maestre; y que se habian juntado en la villa de Alcántara, y que la tenian por suya. Alabóles la determinacion el Rey; y díxoles eligiesen Maestre: y que le parecia muy benemérito de ese puesto Nuño Chamizo. Así lo executáron, con aprobacion de otros muchos Freyles que para la eleccion viniéron de los lugares de sus Encomiendas (1). Aquí tuvo tambien noticia de los tratos que tenia con el Rey de Portugal, para entregarle los castillos del Orden que alindaban con su Reyno: y como siempre crecen las malas nuevas, añadieron que el Rey de Portugal se disponia

(1) Don Gonzalo Martinez, Maestre de Alcántara, fue depuesto del Maestrazgo; y elegido en su lugar Nuño Chamizo.

ya á darle socorro con que hiciese resistencia al Rey de Castilla. Esta noticia le obligó al Rey Don Alonso á apresurar tanto las jornadas, que en dos dias y pocas horas del tercero anduvo mas de quarenta leguas. Amaneció la mañana del tercer dia, despues del aviso, en Valencia donde estaba el nuevo Maestre con los Freyles electores. Acogieronle en la villa, y diéronle noticia de que Don Gonzalo Martinez ocupaba el castillo. Luego que tuvo noticia de la entrada del Rey en Valencia, hizo que colgasen por las almenas en contorno los pendones que habia tomado á Abomileque y á otros personages de sangre Real que le acompañaron en la batalla en que murió; y puso el suyo en medio, sobresaliente á los demas: sin duda pretendió con esta accion acusarle al Rey de desatento y de ligero, pues se movia contra un hombre que le habia dado tantas victorias, con el poco ayre de un chisme. El dia siguiente se acercó el Rey á las puertas del castillo, y mandó á los que estaban de guardia en las torres le llamasen á Gonzalo Martinez: salió éste á la torre que llamaban de

Rabagatos. El Rey le dixo mandase que abriesen las puertas, pues le tenia hecho homenaje; y que sin él, por vasallo debia obedecerle como á su Rey. Respondió, que era primero su vida; y mas, quando injustamente se la queria quitar á quien habia quitado tantas á sus enemigos, y exponiendo la suya, por asegurarle á él en su cabeza la corona. Aseguróle el Rey con juramento, que le conservaria la vida y el puesto de Maestro; que solo para evitar lances como el pasado, le exoneraria de los oficios de su casa. Respondió, que tenia en su compañía Caballeros Asturianos y Leoneses: que le diese tiempo para consultarlo con ellos; y que responderia. La respuesta fué salir un soldado Asturiano y despedir al Rey con estilo tan grosero é indigno, que no persuadiéndose el Rey podia nacer de hombre de obligaciones, instó que saliese el Maestro á darle la respuesta: y fué tan de villano, que descargáron muchas piedras sobre el Rey, abollándole en diferentes partes el escudo. Alcanzaron tambien algunas saetas á su caballo; y á un Freyle de Alcántara que estaba á pie muy

muy cercano al Rey le atravesaron con una flecha, de que cayó muerto. Desesperado atrevimiento; defender un delito acumulando tantos y tan horribles. Retiróse el Rey á Valencia, y dió sentencia de traidor contra Don Gonzalo Martinez (1). Llegó ésta á su noticia; y convocando los Caballeros que tenia en su compañía (si merecen este nombre los que consintieron injuria tan afrentosa contra su Rey sin haber hecho pedazos al agresor) les dixo. *Hasta ahora no os habia fiado la guarda de estas torres y castillos; ya es una misma vuestra causa y mi causa: porque si yo he sido traidor al Rey, los que han cooperado conmigo tambien lo son; mirad por vuestras vidas y por la mia.* Una de las torres le entregó á Per Alvarez Escarpizo y á Alvar Rodriguez Osorio; otra á Ruy Fernandez de Xodar; y otras tres á Fernan Gonzalez de Almazan, á Diego Sarez y á Diego Perez de Grixalva: todos criados de la casa del Rey. Estos tres cedi-

(1) El Maestre Don Gonzalo Martinez publicado por traidor: y los justos motivos que hubo para ello.

diéron en lo exterior á la violencia del Maestre; pero conserváron siempre en el corazon la lealtad, memoriosos de las muchas honras que el Rey les habia hecho en su casa. Enviáronle á decir al Rey con un hombre de su satisfaccion, que mandase hacer escalas; que ellos las asegurarian en las almenas de la torre del tesoro, de quien eran guardas, para que pudiesen subir sus gentes y apoderarse del castillo. Executóse con toda presteza esta diligencia; y subiéron á su salvo todos los soldados del Rey que se juzgáron importantes para aquella empresa: puestos encima, tremoláron una bandera del Rey diciendo en voces altas *Castilla por el Rey*; y corrió la voz, que el Rey estaba en el castillo del tesoro: ella bastó para que todos los Alcaydes que habia puesto Don Gonzalo franqueasen sus torres y apellidasen al Rey de Castilla. El dia siguiente llegó el Rey á la torre mayor, que la defendia Don Gonzalo: mandó le llamasen; y viendo estaba contumaz, le dixéron las compañías que estaban en su defensa, que le obedeciese: porque ellos estaban en ánimo, si no lo hacia,

de



de salir á echarse á los pies del Rey ; con que se vió obligado á baxar de la torre, anticipándose á hacer él por sí aquel rendimiento : llegó tarde , y sobre delitos indignos de venia (1). Mandó el Rey se le quitasen de delante : que se executase en él la sentencia dada de traidor ; con que le degolláron , y despues quemáron su cuerpo. Luego que supieron los Alcaydes de piedra buena y de Santi-Ibañez la muerte de Don Gonzalo, traxéron las llaves de sus castillos al Rey ; y el Rey se las entregó á Nuño Chamizo, Maestre que era ya del Orden de Alcántara : y partió el Rey á Valencia ácia Truxillo, divirtiéndose algunos dias en el exercicio de la montería.

Al mal corazon que tenia el Rey Alboacen contra los Christianos le añadió nuevo fuego de indignacion y venganza la noticia que tuvo de la muerte del Príncipe Abomíleque su hijo , y del grande estrago que habian hecho en la morisma ; que sin duda en  
las

(1) El Maestre Don Gonzalo Martinez fué degollado, y quemado su cuerpo.

las tres refriegas pasadas llegarían á veinte mil los muertos , heridos y presos: y así por vengar la muerte del hijo, como por razon de estado de que no juzgasen los Castellanos se habian entibiado sus alientos ni minorádosele las fuerzas , hizo que pasasen hasta tres mil ginetes Moros á Algecira , y en ellos toda la flor de sus exércitos. Apénas pusieron los pies en ella , quando empezaron á dar muestras de valor y ardimiento, corriendo la tierra de Arcos , de Xerez y Medina Sidonia , haciendo toda hostilidad y daño en las tierras del Rey. Hallábanse los de Xerez sin cabeza á quien obedecer desde que faltó el Maestre de Alcántara Don Gonzalo ; y de conformidad eligieron uno que llevase el pendon del Rey , á quien juraron todos seguir como si fuera el Rey mismo: ¡qué poco escrupulosa es la lealtad ! ¡qué poco puntoso el zelo de los vasallos que sirven á su Rey con fineza ! Tuviéron noticia del parage en que andaban los Moros , y aceleraron ácia él las marchas : luego que se pusieron á la vista , apretó al caballo el que llevaba el pendon del Rey ; y le siguiéron con  
ím-

ímpetu tan alentado los fronteros de Xerez y de Arcos, que desordenáron los esquadrones de los Moros en confusion tan deshecha, que nunca pudiéron volverse á unir ni recobrase: y quarta vez cantáron victoria los Castellanos (1); habiendo muerto de los tres mil los dos mil: y entre ellos los soldados que tenia de mas reputacion el Africa; y un Moro Bontuy, privado del Rey Alboacen: y volviéronse á Xerez con la presa que llevaban los Moros, y con los despojos que se dexáron en la campaña.

Proseguia el Rey en sus diversiones de la caza por los montes de Truxillo, haciendo tiempo á que llegasen sus gentes de Castilla para hacer guerra aquel año á los Moros; que fué el veinte y ocho de su Reynado. Hizo noche en Robledillo: el Alcayde de aquel lugar cuidaba de las atarazanas de Sevilla. Informóle al Rey de la suma necesidad que tenia su flota de repararse, por haber estado todo el invierno en la mar  
guar-

(1) Quarto reencuentro con los Moros, en que quedaron victoriosos los Christianos.

guardando el estrecho : que muchos de los vasos estaban ya del tiempo y de los combates incapaces de echarse á la mar : que otros muchos vasos estaban sin marinería, por haber corrido una mortal epidemia en ellos. Entró en gran cuidado el Rey con esta noticia : porque no ignoraba el que ponian así el Rey de Marruecos como el de Granada en echar al mar poderosas armadas. Partió con toda diligencia á Sevilla ; donde llegó mártres de carnestolendas : y el día siguiente pasó en un barco por el rio Guadalquivir á San Lucar ; donde le encontró Bernaldebro, Capitan de uno de sus navíos , con una galera cargada de pan que el Almirante Tenorio habia cogido á los Moros (1). Los prisioneros que hicieron en ella dixéron , que el Rey Albohacen quedaba en Ceuta apercibiéndose para pasar á España. Pasó desde San Lucar al puerto de Santa María , é hizo armar las ocho galeras que estaban en aquel puerto sin gente ; y dió orden de que se las

re-

(1) Grandes prevenciones que hace el Rey de armada contra los Moros, para oponerse al poder del Rey de Marruecos.

remitiesen al Almirante Tenorio. Despachó sus cartas al Rey de Aragon avisándole de las prevenciones de armada que tenia Albohacen, para que en cumplimiento de los pactos establecidos le enviase navíos de socorro para la guarda de la mar. Volvió el Rey á Sevilla; donde tuvo aviso que la armada del Rey Albohacen, que constaba de doscientas y setenta velas mayores y menores, habia pasado aquende el mar sin que hubiese podido embarazarlo el Almirante Tenorio, por haber pasado todas de noche y por parage muy distante de donde estaba nuestra flota. Aunque no faltaron envidiosos de sus ventajas, que intentasen descomponerle con el Rey queriendo persuadirle no era posible hubiesen pasado tantos vasos si no es habiendo él cerrado los ojos por haber abierto las manos á los sobornos; esta noticia le participó su muger Doña Elvira escribiéndole con un cómitre de su galera. Dió calor el Rey á que armasen de gentes escogidas las seis galeras que de nuevo se habian fabricado en Sevilla, y envióselas al Almirante para que las incorporase con el resto de la armada: con que

que llegó á juntar treinta galeras y quatro naos; corto número, comparado con la armada de Alboacen que constaba de doscientos vasos mayores: pero quiso despicarse el Almirante de los que le calumniaron con él, purificándose por una parte de su sospecha, y dándoles mas hazañas que envidiar á sus émulos. Hizo tocar sus tambores y trompetas á acometer, y fué en busca de toda la armada de Alboacen; honrosa temeridad, que le hubiera hecho glorioso en las memorias de los siglos, si le hubieran acompañado todas sus galeras y navíos aunque eran todos pocos: pero de todas las treinta galeras solas diez y ocho le siguiéron; y de los navíos solo uno que llevó á remolque la Almiranta, por no favorecerle el viento. Peleáron estos pocos vasos con gran bizzaría: pero sobreviniendo por instantes muchas esquadras de galeras, y cogiéndolos ya cansados de herir y matar, rendidos á manos de sus mismas victorias, se rindiéron á las de los Africanos; siendo vencidos, solo por cansados de vencer (1). Echáron

(1) Encuentro de las armadas, en que quedáron ven-

ron algunas de aquellas galeras á fondo ; en otras entraron los Moros , no habiendo quedado vivo ningun Christiano. Aferraronse con la Almiranta de Castilla quatro galeras de los Moros : y el Almirante Tenorio se defendia y ofendia con tanto denuedo , que habiendo saltado dentro por tres veces los Moros , los volvió á echar fuera con valor increíble. Viendo los que estaban en el navío , que desde él no podian , por faltarles viento , favorecerle ; y reconociendo la mucha gente que le habian muerto á su Almirante en las refriegas pasadas , desampararon el navío , y saltaron en la Almiranta para defenderle. Esta resolucion , obrada con el acuerdo de su fineza , ocasionó la última adversidad al Almirante : porque viendo los Moros sin gente el navío , entraron con toda diligencia ; y como sobrepujaba mucho á la galera , desde lo alto de él arrojaban dentro de la Almiranta piedras y saetas , logrando todos los tiros sin resistencia. Volviéron á hacer quarta

vencidos los Christianos, por la excesiva ventaja de los baxeles ; y matáron al Almirante Tenorio.

ta entrada los Moros: y no teniendo ya gentes el Almirante con que rechazarlos, llamó ácia sí los pocos soldados que le habian quedado; y teniendo con una mano asido el pendon y jugando con otra la espada, obró milagros de valentía su brazo: cayéron muertos á sus ojos los pocos que habian quedado vivos de los Christianos; y ni el verse solo le hizo desamparar el pendon ni rendir la espada, hasta que á cuchilladas le desjarretaron manos y pies: una barra de hierro que desde lo alto del navío descargáron sobre su cabeza fué quien acabó de quitarle la vida. Muerto, le segaron la cabeza, y la arrojaron al mar; y de su cuerpo hicieron presente al Rey Albohacen: despues desarboláron el estandarte del Rey Don Alonso, y le arrastráron por el mar. Viendo derribado el estandarte y perdidas las gentes, los que habian quedado en las galeras las desampararon y se retiráron á los baxeles: y sobreviniéndoles un poco de viento favorable, aportáron á Cartagena; con que fuera de estos pocos vasos, añadió el Rey Albohacen al grueso de su armada toda la flota de Casti-

till  
y l  
tre  
un  
ver  
pac  
for  
Re  
ren  
hec

Por  
ma  
nec  
par  
nos  
res  
pas  
mil  
Ma  
gas  
ate  
tial  
Ta  
Al



tilla. Aunque la pérdida fué tan quantiosa, y los soldados tantos y tan valerosos : y entre ellos el Almirante Tenorio ; hombre de un siglo : porque se viéron juntas en él las ventajas que rara vez suelen hacer entre sí paces ; suma industria ; sumo valor ; suma fortuna ; no se acobardó el pecho augusto del Rey Don Alonso : ni dexó el gobernalle, rendido á las furias de temporal tan deshecho.

Duraban aun las treguas con el Rey de Portugal, que tenia armada aprestada en el mar : que era lo que necesitaba la urgente necesidad de guardar prontamente el estrecho para que no se inundase España de Africanos ; siendo constante voz de los historiadores mas verídicos de aquel siglo, que habia pasado Albohacen consigo hasta quinientos mil Africanos. Valióse de la Reyna Doña María, para que con los cariños de hija obligase á su padre el Rey de Portugal á que atendiese á esta causa, comun á toda la Christianidad. Conoció el riesgo que amenazaba á Tarifa, estando solo tres leguas distante de Algecira ; en cuyos montes se albergaba aque-  
lla

lla multitud innumerable de Moros (1). Envió por Gobernador de ella á Alfonso Fernandez Coronel; y cuidó se abasteciese de trigo, de municiones y pertrechos, teniendo por cierto seria el tomar aquella villa el primer empeño de los Africanos, como lo manifestó el suceso: y á la celeridad con que la abasteció el Rey, se debió únicamente el poder mantenerse. Pudo tanto el ruego de la Reyna Doña María con su padre, que á pocos dias llegó toda la flota del Rey de Portugal á Sevilla, con su Almirante Manuel Pezano y su hijo Carlos, á quien soltó de la prision el Rey Don Alonso. Recibiélos con mucho agrado, é hízoles grandes honras: pero no pudo conseguir que pasasen á la guarda del estrecho; y así se quedáron en Cádiz. Esta condescendencia del Rey de Portugal hizo que las treguas de un año pasasen á ser paces perpetuas; y que el Rey pidiese licencia á Doña Constanza, hija del Infante Don Juan Manuel, para que pasase á Portugal á ce-

(1) El Rey de Portugal acude con su armada en socorro de Castilla.

celebrar las bodas con el Príncipe Don Pedro de Portugal. Valióse tambien de los Genoveses: y eligiendo por su Almirante á Don Egidio Bocanegra, hermano del Duque Simon, los obligó con esta honra á que por sus estipendios le envasen quince galeras; con que cobráron aliento los cabos de las galeras Portuguesas para intentar hacer resistencia. Envió tambien á Aragon sus mensageros para que le ayudase el Rey, en fe de los conciertos establecidos; y porque no alegase falta de medios, le envió cantidad de doblas en préstamo, con que pudiese pagar por tres meses los soldados suficientes para armar sus doce galeras y enviarlas con toda brevedad. A este mismo tiempo se estaban fabricando vasos en todas las atarazanas del Rey: y se tuvo por prodigio de su actividad y vigilancia, que en el espacio de siete meses pudiese juntar armada que no solo diese celos, sino es terror á Alboacen; de quien hizo General á Alfonso Ortiz Calderon, Prior de San Juan.

Ya en su fantasía se daba Alboacen por Monarca de toda España, viendo el mar libre

bre para que pasasen todas las gentes del Africa; á quien habia convocado, asegurándoles no los llamaba para el ajobo de conquistar provincias, sino para el gozo de poseerlas: porque no habia de haber en todas las fuerzas de España juntas quien pudiese hacer rostro á sus esquadrones: que solo con la ociosidad de poner los pies en la tierra de España la dominarian: que serian sus pasos otras tantas victorias: y que les juraba por el santo profeta Mahoma, no le habia movido el apetito de dominar, ni las ansias de extender su imperio, á las fatigas que habia tomado en conducirlos; sino el volver por la honra de su gran profeta, y desagraviarle haciendo que en España, donde mas infamado habia sido su nombre, fuese mas aplaudido. El pretexto de la religion (poderoso en todos pero mucho mas en el vulgo) y las ofertas de heredarlos y enriquecerlos en las tierras fértiles de España, hizo que se despo- blase el Africa en su seguimiento (1). Empe-

(1) El excesivo número de Africanos que pasó contra España: y como empezaron por Tarifa sus conquistas.

pezó por Tarifa sus conquistas ; como lo habia prevenido el Rey Don Alonso , señalando por su Alcayde á Juan Alfonso de Benavides : de cuyo valor tenia el Rey muchas experiencias , por haberle criado desde niño en su casa. Substituyóle en lugar de Alfonso Coronel : porque queria siempre tener á éste á su lado , fiando no ménos de su voluntad que de su entendimiento. Entráron en Tarifa en compañía de Juan Alfonso de Benavides, Juan Fernandez Coronel , hermano de Don Alonso ; Ruy Gonzalez de Castañeda ; Gonzalo Alfonso de Quintana ; Fernan Carrillo y Pedro Carrillo su hermano ; Sancho Martinez de Leyva ; Iñigo Lopez de Orozco : todos criados en la casa del Rey , y dignos de inmortales elogios por el teson bizarro con que mantuviéron aquella plaza contra toda la potencia Africana , señalándose mucho entre los demas Caballeros Leoneses y Castellanos que la defendian.

Solo diez dias ántes que pusiese Alboha-  
cen el sitio (que fué á veinte y tres dias del  
mes de Setiembre del año veinte y ocho  
del Reynado de Don Alonso) entráron en

Tarifa; y lograron en ellos, en repararla y abastecerla, lo que podia ser empleo y fatiga de muchos meses. Como las gentes y las máquinas militares que habia traído consigo Alboacen eran tantas que sobraran para la conquista de muchos Reynos, desde luego empezó á ser el sitio tan apretado que ni aun para el respirar les dexaban ocio. En seis horas hicieron un foso delante de sus Reales, que cercaba la villa en contorno y les embarazaba hacer correrías á los sitiados: combatíanla á un tiempo con veinte ingenios, sin que pudiesen los de adentro impedirlo; porque sus ballesteros cubrían el ayre con las saetas, sin que pudiesen sacar una mano sin peligro (1). Apoderáronse de la torre de Don Juan, llamada así (como escribimos en la vida del Rey Don Sancho) por haberla edificado á expensas de los Reyes Moros este Don Juan que desnaturalizado de Castilla se pasó al Africa; desde ella asestaban mejor los tiros á la ciudad: y pareciéndoles que el estar poco eminente les embarazaba el no

(1) Sitio de Tarifa.

tenerla ya arruinada con los trabucos, empezaron á labrar junto á ella otra torre, con ánimo de que descollase dos tercias mas que la de Don Juan; con que se prometian arrasar con facilidad los muros, las torres y los edificios. Eran cien mil manos las que trabajaban en esta obra; con que en el espacio de un dia crecia desmesuradamente. No podian embarazarlo de dia los sitiados: pero por las noches les derribaban lo que de dia habian fabricado. Quatro veces insistieron en proseguirla, y otras quatro se la arruinaron: y viendo las muchas vidas que les costaba el defenderla, se rindiéron á la constancia de los Castellanos. Solo por la parte que miraba á la mar estaba la villa sin foso; pero tan guardada de infantes y caballeros Moros, que bastaban sus tropas para el sitio de toda la villa: pero necesitando los sitiados de dar aviso al Rey de la apretura en que se hallaban, se resolvieron á salir á batallar con ellos; teniendo prevenidos dos hombres y una chalupa, para que logrando la confusion de la pelea, se hiciesen en ella al mar y le diesen al Rey el aviso. Executáronlo con valor

tan bien afortunado , que sin perder un hombre arredraron los Moros del arenal ; causando en ellos muchas muertes y estragos, como en todas las demas salidas que hicieron por las noches á recoger las piedras que habian tirado de dia , y á subir tambien los materiales de que necesitaban para cerrar las brechas que abrian en los muros los combates continuos de los ingenios. Supo el Rey el grande aprieto en que se hallaban : y despachó con toda celeridad al Prior de San Juan, con las doce galeras, quince naos y quatro leños que se habian armado en sus atarazanas ; y dióle carta para el Almirante de Portugal que estaba en Cádiz , rogándole que se arrimase con sus doce galeras al estrecho: pero no se dexó vencer del ruego. No se desalentó por eso el Prior , y en breve se puso con su armada en frente de la villa de Tarifa ; con que cobraron grande aliento los Castellanos , y cayó tanto desmayo sobre Albohacen, que estimara mucho no haberse entrado en aquel empeño (1). No fué efecto de su cor-

(1) El valor con que se defendian los de Tarifa ; y



bardía el miedo: fundamento tuvo grande para su desmayo. Habia hecho juicio Albohacen, no habia de poder el Rey de Castilla disponer en todo aquel año armada que le estorbasse el correr libremente el mar como dueño de él: en esta confianza, luego que desembarcáron sus gentes, caballos, armas y víveres, se deshizo la mayor parte de su armada; volvió á su suegro el Rey de Tremecen las esquadras de sus galeras; al Rey de Bugía sus naos; al de Granada su flota: y quedóse con doce galeras dentro del puerto de Algecira, y con las embarcaciones menores, para conducir las vituallas de sus puertos. Discurria tambien que la armada del Rey de Portugal y la del Rey de Aragon no podian tardar en unirse con la de Castilla; con que podian cerrarle con tanto aprieto el estrecho, que le impidiesen la vuelta á Africa. Creció el cuerpo de su miedo experimentando que en solos tres dias que los vasos menores no habian salido por miedo de

como llegó la armada en socorro; con que desmayáron los Moros.

de nuestra armada levantaba ya la multitud las voces con la falta de los alimentos: que aunque fué mucho lo que acarreó del Africa, eran innumerables los gastadores. Tanto se dexó sobrecoger del miedo, que le envió un mensagero á Don Juan Alfonso de Benavides pidiéndole le enviase dos personas con quien tratar algunas cosas que juzgaba le serian á su Rey convenientes: que él enviaria otros dos en rehenes. Envió á Nuño Ruiz de Villa-mediana, y á Ruy Lopez de Ribera. La noche en que llegaron estos al Real del Rey Alboacen sobrevino una tormenta tan horrible, que arrojó de las quince galeras las doce contra las costas; donde encajaron unas, otras se abrieron: y las doce naos se dexaron llevar donde quiso el ímpetu furioso de los vientos. Aportaron parte de ellas á Valencia, y las mas á Cartagena (1). El Prior de San Juan, que hacia officio de General, escapó una galera; y otras dos pudieron seguirle. Fuéron muchos los solda-

(1) El contratiempo que padeció la armada de Castilla.

dados que perecieron ; y á todos los que quedaron vivos hicieron prisioneros los Moros, como dueños de aquellas costas. Lleváronlos delante de su Rey ; y exhortólos á que renegasen , alegando para dar eficacia á su sermón , que en el suceso presente se conocia que el cielo apadrinaba su secta y reprobaba la de los Christianos : pues quando le faltaba á él armada con que resistir á la del Rey de Castilla , el cielo habia alistado los vientos que batallasen en su favor. No fué maldad tan exêcrable que un Rey criado en aquella falsa secta y con tibias luces de la verdad de la fe predicase á favor de su religion ; pero que hiciese infeliz fruto su sermón entre Católicos fué lo mas lamentable: renegáron muchos de la fe de Christo por evitar la muerte y por conseguir las honras que el Rey prometia á los apóstatas ; los que despreciáron sus amenazas y sus ofertas fueron degollados en su presencia. Entre los que estuviéron firmes en la fe se señaló mucho Juan Alfonso de Salcedo : añadió mas lustre á su linage con su constancia , que le habian dado las proezas esclarecidas de sus

mayores. Al querer prenderle los Moros, se resistió con tanto denuedo que admiró su valentía á los bárbaros. Pudieron matarle: pero persuadidos á que le reducirían á su religion, quisieron lograr á su favor lo generoso de sus alientos. Lleváronle preso delante de Albohacen; é informado de la bizarría de sus espíritus, le ofreció honras, riquezas, y los puestos primeros en su milicia, porque abrazase su ley: que de otra suerte, moriria con sus compañeros. *Yo estimo mas*, le respondió, *poderme llamar Christiano que tener tu Imperio y el de todos los Reyes del mundo: si me quitares la vida, harás que pague á Jesu-Christo del mejor modo que puedo la vida que él primero sacrificó por mí.* Ofendido de la respuesta el Rey, mandó cortarle la cabeza; y él, baxando el cuello al cuchillo, dixo: *mas debo á tu rigor que á tus promesas; pues quando por tu mandado me quitan la cabeza me la coronan.*

Los enviados de Tarifa por haberlo pedido el Rey, aguardaban á que los llamase; y viendo el descuido del Rey, pidieron audiencia. Puestos delante de él dixéron, que por

por su  
les di  
berlos  
tra ar  
te de  
gaba  
superi  
nido  
de M  
cia lo  
ria da  
los p  
aves:  
come  
que  
mand  
das p  
tantes  
para  
rifa.  
en T  
las c

(1)  
cos,

por su órden habian venido de Tarifa ; que les dixese su pretension. El Rey negó haberlos llamado : porque la pérdida de nuestra armada habia mudado tanto el semblante de las materias de la guerra , que se juzgaba para todos los trances sin competencia superior (1). Díxoles que aunque habian venido sin su órden , era estilo de los Reyes de Marruecos que no saliesen de su presencia los forasteros sin alguna honra ; y así quería darles aquel dia su mesa. Era viérnes , y los platos que servian eran diferencias de aves ; y atentos á su religion no quisieron comerlas. Exhortólos con el exemplo de los que habian apostatado de la fe , que por mandato del Rey comiéron de aquellas viandas prohibidas : pero ellos estuviéron constantes sin querer probarlas. Instáron al Rey para que les diese licencia de volverse á Tarifa. No sé lo que hubiera hecho á no haber en Tarifa rehenes suyos ; muy creible es que las cabezas de los Moros guardáron las de los

(1) Los enviados de Castilla al Rey de Marruecos , quán observantes se mostráron de la religion.

los Christianos. Luego que llegaron á sus Reales los dos Moros que habia enviado á Tarifa , mandó tocar sus tambores y añafles para que se previniesen todos de armas y volviesen á repetir los asaltos y combates contra la villa. En el poco ocio que tuviéron los sitiados habian limpiado sus fosos , reparado sus muros y torres ; con que aunque fuéron estos últimos combates mas porfiados , se pudieron defender y ofender con menos riesgo. No les faltó industria , aunque era el sitio tan riguroso , para darle al Rey individuales avisos del estado en que se hallaban: un Christiano , diestro en el Arábigo , entre los Moros usaba el trage de Moro ; y á horas que tenia determinadas hablaba en secreto con Don Juan Alfonso de Benavides : informábale de los intentos que tenia Albohacen ; y Don Juan Alfonso le fiaba las cartas para el Rey , con las noticias individuales del estado en que se hallaba la villa : y por esta misma mano llegaron con seguridad las cartas del Rey á las de Don Juan Alfonso. En la última que le escribió el Rey le alentó mucho á que conservase la plaza , dándole es-

pe-

peyanz  
correrl  
nuestr  
galeras  
Arago  
que ha  
hacia  
defenc  
y el c  
contra  
confor  
aunqu  
ros ,  
de cie  
to ó l  
ros in  
de los  
su ob  
varla  
gacion  
ver c  
parte  
H  
María  
tugal

peranzas de que no dudase iria presto á socorrerle : que no le desmayase la pérdida de nuestra armada, porque aguardaba por horas galeras de Génova y la flota del Rey de Aragon ; que con los diez navíos de guerra que habian escapado libres de la tormenta hacia número bastante para guardar el mar y defender el estrecho. Alabó mucho su valor y el de sus gentes en las salidas que hicieron contra los Moros ; pero le advirtió era mas conforme á la prudencia el excusarlas : porque aunque llevasen siempre la peor parte los Moros , era para ellos menos sensible la falta de cien soldados que para él un soldado muerto ó herido ; por ser la multitud de los Moros innumerable , y muy limitado el número de los Castellanos que guardaban la villa : que su obligacion y su empeño era solo conservar la ; y por la suya del Rey corria la obligacion de socorrerla : y que no tardaria en ver cómo sabia el Rey desempeñarse de la parte que le tocaba.

Habia enviado el Rey á la Reyna Doña María á que se abocase con el Rey de Portugal su padre y solicitase su ayuda para esta

em-

empresa; y ofrecióla el Rey venir en persona con todas las gentes de su Reyno. Obligóse tanto el Rey Don Alonso de esta oferta, que pasó á Portugal: viéronse ambos Reyes en Girumeña, y uniéronse con lazo estrecho de amistad (1). Dexó el Rey Don Alonso las compañías de su guardia, que viniesen asistiendo á la persona del Rey; y órden para que en entrando en los lugares de Castilla le recibiesen como á su persona misma, costeando todos los gastos de su familia. Volvió á seguirle el Rey con toda presteza; é hizo se juntasen en su palacio todos los Prelados, Ricos-Hombres, Maestres de las Ordenes, y los Alféreces á quien habia encomendado los pendones de sus hijos: viéndolos á todos juntos, se sentó en su trono; hizo le pusiesen en su mano siniestra la corona que le pusieron en la cabeza quando le ungiéron Rey, y al lado derecho su espada: y hablóles en esta conformidad (2). *Esta corona he-*  
re-

(1) Vistas en Girumeña del Rey de Castilla y Portugal: y como quedáron confederados contra los Moros.

(2) Razonamiento que el Rey Don Alonso hizo á los suyos.



*vedé de mis padres y abuelos ; debí á mi nacimiento el ser Rey : pero ninguno de vosotros ignora , que el haber podido conservar esta corona tan combatida de enemigos domésticos y extraños , solo lo he debido á esta espada ; ya obrando con ella justicia en los tribunales ; ya ensangrentándola diferentes veces en las lides con mis contrarios : pero el Rey , aunque no niego tiene especiales asistencias de Dios , no es mas de un hombre ; y solo puede obrar como uno , aunque mas bríos le den los espíritus generosos del corazón que le anima y la sangre Real que arde en sus venas . Si vosotros , unos por tener sangre mia , otros por lo que me debeis á mí , por lo que se deben á sí mismos otros , y todos por la lealtad de vasallos no cooperais á que se fixe en mis sienes , imposible será mantenerla ; y mas , en la ocasion presente , en que Albohacen Rey de Marruecos ha arrojado á nuestras costas avenidas tan impetuosas de Africanos , que parece se transforman en hombres todas las arenas de Africa . El Rey de Granada , y todos los Caballeros Moros poderosos que gobiernan los casti-*

tillos vecinos á nuestras fronteras , estan confederados con él ; siendo su asunto borrar de España el nombre de Christo é introducir á la sombra de sus estandartes la ley bestial de su falso profeta Mahoma. Gran vergüenza seria que fuese en ellos mas activo el zelo de acreditar su religion falsa , que en nosotros el ardor christiano de mantener la verdadera. El supremo padre y Pontífice de la Iglesia , Benedicto , no solo concurre franqueándonos las rentas de la Iglesia en tercias y décimas , sino tambien concediendo indulgencias á los que con la señal de la cruz militaren debaxo de su estandarte contra los pérfidos Mahometanos : y á los que por impedimentos legítimos no pudiesen hallarse en esta conquista les concede todas las indulgencias y perdones que consiguen los que peregrinan á Jerusalem , con calidad de que asistan con los estipendios que se contribuyen á un soldado en el espacio de tres meses ; con que acredita de religiosa y santa la guerra que emprendemos contra los enemigos mas jurados de nuestra fe. Han llegado á mis oidos los sentimientos de algunos de

de vos  
ticular  
clinán  
entreg  
alguno  
Españ  
á seg  
la pr  
á la  
támen  
lo lo.  
consej  
partic  
quien  
de us  
en el  
del  
deba  
deis  
nes  
tro.  
para  
Tavi  
no f  
publ

de vosotros que en vuestras conferencias particulares habeis controvertido este punto, inclinándoos á que era mas cuerda resolucion entregarle á Albohacen la villa de Tarifa con algunos pactos honrosos, que exponer á toda España ( por no perder un rincon de ella ) á segunda ruina ; quiza mas irreparable que la primera. Siempre me habeis visto flexible á la razon : y tan poco amante de mis dictámenes, que he seguido con docilidad, no solo los pareceres de mis Consejeros, sino el consejo y advertencia de qualquier soldado particular ; atendiendo á lo que dicen, no á quien lo dice : porque importa poco que salga de una choza la luz, si es luz que me pone en el camino y me alumbra para apartarme del precipicio. Yo os ruego que, sin que os deba nada la corona que ciñe las sienes, le deis el valor que por sí merecen á las razones que batallan contra ese sentimiento vuestro. No ha despoblado Albohacen el Africa para sentar la espada con hacerse dueño de Tarifa : y aunque aparatos tan estruendosos no fueran pregon de sus intentos, su voz lo publica y repite tantas veces, y en el Africa  
ha

ha hecho tantos manifiestos de que viene á conquistar á España, que por hacer buena su palabra y no padecer la ignominia de los suyos y de los nuestros, aunque no le impeliese á ello el apetito de dominar y de ensanchar los términos de su Imperio, ha de procurarlo echando todo el resto de su poder; especialmente, constándome por aviso de mis espías, que el Rey de Granada con todas las fuerzas de su Reyno va á asistirle para esta empresa: pues ¿qué pacto decoroso podré yo hacer con entregar una villa á quien pretende siete Reynos? Servirá el cederle á Tarifa de dexarle mas libres las fuerzas para asaltar otra y otras muchas plazas. Necia credulidad fuera mia el persuadirme á que quien me rompió las treguas de tres años, que él mismo solicitó y revalidó con presentes el tiempo que tuvo guerra con el Rey de Tremecen, me las guardase ahora solicitándolas yo, quando se ve sin enemigos y con exército tan pujante. Hoy, teniendo solo un pie fixo en Algecira, bravea y amenaza ruinas á nuestros Reynos: si le dexamos fixar el otro en Tarifa ¿no mejoramos su cau-  
sa

sa  
dos  
bra  
las  
luc  
suy  
fue  
cie  
ros  
cer  
des  
de  
tria  
tan  
pro  
y r  
pos  
ind  
for  
de  
qu  
ase  
sa  
Re  
sa

sa y empeoramos mucho la nuestra? Una de dos: ó arrojar las armas, y cruzados los brazos rendirnos á su albedrío y presentarle las coronas de Leon, de Castilla y Andalucía; ú oponernos á esta primera invasion suya, en que su poder es menor y nuestras fuerzas no estan debilitadas: porque es especie de locura añadir poder al enemigo poderoso, para vencerle. Luego, ó se le ha de hacer ahora la guerra, ó nunca; cediéndole desde luego á España. No juzgo á ninguno de vosotros tan muerto al amor de la patria; tan tibio en los espíritus de la honra; tan olvidado de su sangre y de la de sus progenitores; tan poco amartelado de la fe y religion que profesa, que no oiga esta proposicion con despecho; con ira santa; con indignacion pundonorosa. Luego el batallar es forzoso: vamos á morir ó á vencer; que donde se pelea por la religion y por la honra qualquiera suceso es estimable: el vencer nos asegura la palma, y el morir en tan honrosa empresa la gloria.

Encendióse tanto en este razonamiento el Rey, que ardiéron con la vecindad de su

llama aun los que tenian en su corazon helados los espíritus. A públicas voces votaron todos se emprendiese la defensa de Tarifa; y que si perseverase el Rey Albohacen en el sitio, se le presentase de poder á poder la batalla. Con haberse dado tanta diligencia en el viage el Rey Don Alonso, llegó solos quatro dias despues que el Rey de Portugal á Sevilla con mil Caballeros Portugueses de lo mejor de su Reyno; dexando orden á las demas gentes suyas, que le siguiesen por los atajos mas breves hasta Tarifa (1). Dispuso el Rey Don Alonso le recibiesen con los mismos aparatos triunfales que á él en su primera entrada en Sevilla: de que se dió el Rey de Portugal por tan obligado, que envió nuevas convocatorias á su Reyno, para que dexando la precisa guarnicion de las plazas y castillos, viniesen todos á asistirle. Escribióle de conformidad una carta al Rey Albohacen, con solas estas cláusulas. *Hemos sabido que teneis sitiada á Tarifa: que el Rey*

(1) Llega el Rey de Portugal al sitio de Tarifa con mil caballos.

*Rey de Granada os acompaña; y que blasonais de que España es vuestra. Nos holgarémos de que nos aguardéis hasta tal plazo: porque deseamos ver si lo que se obra es como lo que se habla. A que respondió Albohacen: que porque deseaba saber lo mismo, tuviesen por cierto que aguardaria; aunque tenia hecho juicio que su aguardar seria de balde.*

El día siguiente salieron los dos Reyes de Sevilla á jornadas muy cortas, para que pudiesen alcanzarlos, así las gentes que estaban en Sevilla y su contorno, como las milicias de los Concejos de Leon, Castilla, Andalucía y Murcia. El día que salieron de Sevilla, hicieron alto en la ribera del rio Guadaira; el siguiente pasaron á Utrera: después á Loja; de allí á las Cabezas de San Juan: el día siguiente á las Cuevas de Toyos; desde aquí pasaron á un arroyo que alinda con Xerez, por nombre Salado: hicieron alto el día siguiente á las márgenes da Guadalete, donde aguardáron dos días á las gentes que venian de Portugal; donde les alcanzó también Don Pedro de Moncada, Almirante del

Rey de Aragon. El dia siguiente hicieron alto en el Berrueco, lugar vecino á Medinasionia: de allí pasaron á hacer noche junto al rio Barruate, y luego hicieron alto en las vegas que riega el rio Almodovar. El dia siguiente, que fué Domingo veinte y nueve de Noviembre del año de Christo B. N. de mil trescientos y quarenta, llegaron á la peña del cuervo á vista de Tarifa; con que la desampararon los Moros que estaban en ella de guardia. Viendo el Rey Albohacen y el de Granada que los Reyes de Castilla y de Portugal habian ya desempeñado su palabra buscándolos, confiriéron entre sí el modo cómo salir ellos ayrosos del empeño en que los habia puesto su arrogancia (1). Dió orden el Rey Albohacen que alzasen el sitio y que se reduxesen á sus tropas, así los caballos como los infantes: mandó subir su tienda de campaña á un collado no muy distante de Tarifa, y casi igual en la eminencia á sus muros: en él dexó las mugeres que traia consi-

(1) El Rey de Marruecos manda levantar el sitio, para salir á oponerse al ejército de los Reyes de Castilla y Portugal.



sigo, y dos hijos de tierna edad, incapaces de tomar armas; y dexó para su custodia hasta quatro mil caballos Moros y seis mil infantes. El Rey de Granada plantó su tienda en otra eminencia no muy distante del alfaneque de Albohacen, arrimándose mas á la sierra. Dió tambien órden para que quemasen todos los ingenios que habia traído del Africa: señaló tropas que guardasen los vados de los rios, para que embarazasen á nuestra caballería é infantes el paso: al vado del rio Salado puso al Infante Abomar, su hijo, asistido de dos mil y quinientos caballos y mayor número de infantes. El Rey Don Alonso y el de Portugal registraron aquella noche desde la peña del cuervo la disposicion con que tenian sus Reales los Moros; y despues de larga disputa con los Prelados y Consejeros de guerra, resolvieron dar la batalla en esta forma. Halló el Rey Don Alonso constar su ejército de doce mil hombres de á caballo y quince mil infantes (1).

Di-

(1) La forma en que el Rey Don Alonso dispuso su campo.

Dividiólos en quatro trozos: con el uno engrosó el ejército del Rey de Portugal, porque estaba muy superior en caballos é infantes el Rey de Granada con quien habia de batallar. Este trozo se compuso de los vasallos del Príncipe Don Pedro, heredero de Leon y Castilla (y llevaba su pendon Don Nuño Fernandez de Castrillo) de Don Pedro Fernandez de Castro; de Don Juan Alfonso de Albuquerque, Mayordomo mayor del Príncipe; de Don Diego de Haro; de Don Gonzalo Ruiz Giron; de Don Gonzalo Nuñez Daza; de los Maestres de Calatrava y de Alcántara; y los Concejos de Salamanca y Ciudad-Rodrigo.

El segundo trozo de la vanguardia se compuso del Infante Don Juan Manuel; de Don Juan Nuñez de Lara, Señor de Vizcaya: á quien acompañaron el Maestre de Santiago, Don Alonso Melendez de Guzman; Don Juan, hijo de Don Juan Alfonso de la Cerda; Don Fernando Rodriguez, Señor de Villalobos; Don Juan García Manrique; Don Diego de Haro, hijo de Don Lope el chico; Fernando Gonzalez de Aguilar; Juan

Fer-

Fernandez de Asueros ; Garci Fernandez Manrique ; Alvar Rodriguez Daza , con las milicias de Sevilla , Ecija , Xerez y Carmona.

El tercer trozo , en que iba el Rey de Castilla , se compuso de todas las compañías de sus guardias , y de los Infanzones é hijosdalgo de Leon y Castilla. A Don Gonzalo de Aguilar le mandó fuese á sus espaldas , con las milicias de Córdoba de quien era caudillo. A Don Pedro Nuñez , originario de las montañas de Leon , soldado de muchas experiencias , le hizo cabo de todos los infantes que habian venido de Vizcaya, Guipuzcoa , Alava y Asturias de Oviedo , y de las tierras de las Ordenes ; y le mandó fuesen cerca de su persona , para valerse de ellos donde llamase la necesidad. Dió á un Caballero Frances , por nombre Hugo , que llevase el pendon de la Cruzada que envió el Pontífice. Habia tiempo que Hugo era vasallo del Rey : él le armó Caballero y le dió heredamientos en Ubeda , y le dió esposa de su mano ; honras que supo merecerle con la lealtad de sus servicios.

El quarto trozo se compuso de los va-

sallos de sus hijos Don Enrique y Don Tello, á que agregó las milicias de todo el Obispado de Jaen : y nombró por caudillos á Alfonso Coronel y Don Martin Fernandez Portocarrero ; de cuya lealtad , valor é industria hacia gran confianza el Rey. Dió orden que entrasen aquella noche en Tarifa : y al esclarecer del dia siguiente , dió tambien orden al Almirante de Aragon Don Pedro de Moncada , para que echando en tierra sus gentes se uniese con las del Prior de San Juan , é incorporados con los que saliesen de Tarifa invadiesen la tienda del Rey Albohacen ; con que era cierto , que por socorrerla los Moros se desbaratarian , y desordenados , podrian las gentes del Rey lograr con mas facilidad el derrotarlos.

Executáron con toda presteza el mandato del Rey Alonso Coronel y Don Martin Portocarrero ; pero al vadear el rio Salado halláron horrible resistencia en los Moros que estaban de escolta (1). Eran los Castellanos

(1) Don Martin Portocarrero y Don Alonso Coronel entráron con cinco mil hombres de socorro en Tarifa.

¶ quien encomendó el Rey esta empresa entre caballeros é infantes hasta cinco mil ; y los Moros que se juntaron á impedir el paso fueron innumerables : porque habiendo visto trabada la refriega , á los tres mil caballos y seis mil infantes que asistian al Infante Abomar , hijo de Albohacen , acudieron otros muchos ; no solo por defender el paso , sino por defender tambien la vida del Infante. El suceso , aunque muy batallado , fué tan feliz para los Christianos , que con pérdida de solos tres los pusieron en huida á todos los Moros , y se abrieron paso para entrar mas de cinco mil hombres en Tarifa. Volvieron despues á la guarda del vado los Moros : y habiendo cortado las cabezas á los tres Christianos que quedáron muertos , se las envió el Infante á su padre como trofeo de su valor ; asegurándole no habia pasado ninguno de los Christianos á Tarifa. Por dilatarle la noticia de un enfado , le ocasionó quizas la pérdida de todo su ejército , y le puso en balanzas su propia vida como referirá la historia.

Ordenadas así las cosas , madrugó el Rey  
án-

ántes que el sol el Lunes siguiente: y aunque  
 había confesado y recibido el cuerpo de  
 Christo B. N. muchas veces desde que salió  
 de Sevilla, aquel día le confesó, dixo misa  
 y le comulgó el Arzobispo de Toledo Don  
 Gil de Albornoz, y á su exemplo todos los  
 del ejército; y cobraron tanto aliento ha-  
 biendo hecho paces con Dios para hacer la  
 guerra á los enemigos de su fe, que les pa-  
 recia tardaba la señal de acometer. Dió orden  
 el Rey Don Alonso de que marchasen sus  
 gentes á tomar la vuelta á la peña del cuervo;  
 y salieron al mismo tiempo de Tarifa los que  
 habían entrado la noche ántes, la gente que  
 tenia de guarnicion la plaza, y los que des-  
 embarcáron de las naos: y plantáron sus  
 Reales á vista del alfaneque de Albohacen (1).  
 Cogióle muy de nuevo aquella multitud, por  
 estar creído de que era verdadero el informe  
 que le habían hecho de que ninguno había en-  
 trado en aquella plaza; y el sobresalto le  
 hizo dudar si la tierra brotaba contra él Chris-  
 tia-

(1) Empiézase la batalla entre los dos ejércitos.

tianos. Pasada la peña del cuervo y reconocidos los quarteles de los contrarios, marchó el Rey Don Alonso á la mano derecha ácia la parte del mar. contra el ejército de Albohacen; y el de Portugal á la siniestra, arimándose mas ácia la sierra donde tenia sus Reales el Rey de Granada. Poco ántes de llegar al rio Salado reconocieron los que iban en la vanguardia del Rey Don Alonso los esquadrones de Moros que guardaban los vados: dió orden el Infante Don Juan Manuel que se detuviesen; y fué la detencion tanta, que llegando las tropas del Rey, no habian adelantado un paso. Envióle á decir el Rey al Infante con un Caballero de sus guardias, que por qué no pasaba él y los de la vanguardia. Oyó el Alferz de Don Juan el orden del Rey, y movióse con el pendon para pasar el vado: y el Infante Don Juan Manuel detuvo á los demas y á él, dándole tan recio golpe en la cabeza que le hizo perder los estribos. No solo sintieron mal de esta detencion del Infante los que estaban á su lado; hubo quien se atreviese á decirle lo que sentia:

pero ni el verse conocido sirvió de espuela á su dexamiento ; y si le pareciere al lector voz muy tibia , podrá sustituir la que juzgare mas significativa. Habia dado orden el Rey , de que los pendones de sus hijos Don Fadrique y Don Fernando con sus vasallos fuesen delante de él : pero viendo Don Gonzalo Ruiz , Mayordomo de Don Fadrique , que el no darse por entendido el Infante Don Juan Manuel del orden del Rey era darles el dia y la victoria á los Moros haciéndolos con nuestro desaliento briosos , le enseñó á obedecer obedeciendo al gusto del Rey sin aguardar ni la insinuacion de su mandato. Habia en el Salado un puente muy estrecho y que tenia muchos Moros en su guarda : arrió al caballo las espuelas , y entró en él haciendo gran riza en los Moros que le defendian. Siguiéronle muchos de los vasallos del Infante Don Fadrique ; y pasado el puente , trabáron sangrienta guerra con los Moros: Garcilaso de la Vega , viendo el gran riesgo en que se habia entrado su hermano Don Gonzalo , se arrojó al puente ; y tras él los  
que



que seguian el pendon del Infante Don Fernando : serian en todos hasta ochocientos ; y pasaban de quatro mil los Africanos que divididos del grueso del ejército se unieron para resistirlos. Duró mucho tiempo la batalla , sin que descaeciese el valor de los Castellanos. Aunque Don Gonzalo y Garcilaso entraron en este riesgo sin orden del Rey con la interpretacion sola de su gusto, envió el Rey á Don Alvar Perez de Guzman que los socorriese con las gentes que estaban á su orden : bastó este socorro para que los Moros desamparasen el puente. Don Juan Nuñez de Lara y Don Alonso de Guzman, Maestre de Santiago , aunque no les intimaron á ellos el orden del Rey sino al Infante Don Juan Manuel , luego que entendieron ser voluntad suya , pasaron el Salado con sus pendones , y derrotaron los esquadrones de los Moros que defendian el vado ; dexando cubierto el campo de cadáveres , y teñido el rio Salado en sangre Africana. Los que llevaban los pendones guiaron por una cordillera que desde el rio terminaba en el collado donde tenia su tienda

el

el Rey Albohacén; con que le dexáron libre la huida á los Moros ácia la mar y Algecira; pero llegando cerca del alfaneque de Albohacén, halláron defendido el paso de infantes y caballos Moros. Túvoles poca costa el desalojarlos: huyéron ácia el valle en que estaba Albohacén con todo el grueso de su ejército. Lográron la ocasion los que habian salido de Algecira, viendo acometidos por otra parte á los que guardaban la tienda del Rey: y acelerando las marchas, embistiéron por lo eminente de aquella colina en que estaba gran parte del ejército Africano y los soldados de mas reputacion á quien fió el Rey de Marruecos riqueza, honra y afecto en la guarda de sus mugeres, y de la principal de todas que tenia primer lugar en su voluntad; Tunecia Fátima, hija del Rey de Tunez. La primera embestida que hiciéron los Castellanos fué tan impetuosa, que desamparáron la tienda del Rey, sus mugeres, hijos y riquezas; huyendo unos á Algecira, otros ácia la mar, acogióndose á las galeras que tenia el Rey Moro en su puerto. Este suceso le dexó al  
Rey

Rey de Marruecos muy caído de corazón, y al Rey Don Alonso le dió nuevos brios para pasar el vado del Salado en busca del Rey Albohacen que habia baxado el valle de Tarifa y atrincherádose en él con todo el grueso de su ejército. No se sabe con qué orden ó con qué designio, dexando el camino Real, tomó una vereda Pedro Ruiz Carrillo que llevaba el pendon del Rey Don Alonso, que era atajo para subir al collado en que estaba el Real de Albohacen: siguiéronle muchos trozos de infantes y caballería. Puede ser les llevase la codicia de saquear la tienda del Rey, en que habia corrido voz se ocultaban grandes tesoros. Quedó en el valle el Rey Don Alonso, con pocas tropas de sus guardias y sus donceles, muy vecino al grueso del ejército de Albohacen. Reconociéronle los Moros: y juzgando que si les salia bien el lance de prenderle ó matarle desquitaban con él los malos sucesos que hasta entónces habian tenido en las refriegas, le acometiéron por tres veces con corage tan impetuoso, que se contó por milagro el que quatrocientos hombres pudiesen una y otra vez rechazar la  
fu.

furia de veinte mil combatientes (1). Volvió el Rey Don Alonso la cabeza juzgando que Don Pedro Nuñez de Guzman, á quien habia dado orden, le guardase las espaldas con sus tropas de caballería y con los infantes de las provincias de Vizcaya y de los lugares de las Ordenes; y halló se habian apartado, arimándose á los esquadrones que destinó el Rey para que ayudasen al Rey de Portugal para batallar con el Rey de Granada. No desmayó el magnífico Príncipe viéndose tan desacompañado entre un mundo de contrarios; y volviéndose á los pocos que le asistian, les dixo: *hoy conoceré lo que son mis vasallos, y hoy conocerán ellos lo que es su Rey.* Dixo: y desenvaynando la espada, arimó el acicate al caballo y se entró por los esquadrones de los Moros fulminando rayos con su acero. Estas palabras y este exemplo dió tantos brios á sus vasallos, y filos tan penetrantes á sus espadas, que hicieron vulgar el prodigio de Briareo; pues cada uno parece que

(1) El riesgo en que estuvo de ser preso el Rey Don Alonso; y el valor con que se portó.

que peleaba con cien brazos. El Arzobispo de Toledo, Don Gil de Albornoz, en todo este dia no se apartó del lado del Rey: viéndole mezclado entre el polvo y la sangre, y tan arriesgada su persona en que no iba ménos que la salud de todo el ejército, adelantándose asió de la rienda al caballo del Rey y le detuvo, diciéndole que el dia y la victoria era suya; que no malograrse con su ardimiento el triunfo mas glorioso que habian de celebrar las Españas. Recobróse el Rey; y en breve tiempo, habiendo reconocido Pedro Ruiz Carrillo que llevaba el pendon, que no le habia seguido el Rey, baxó con toda celeridad al valle, y con él muchas compañías de peones y caballos: poco despues llegó Ruy Perez Ponce de Leon, y con él el Concejo de Zamora y el Obispo de Mondoñedo con sus gentes, Ruy Perez de Biedma con sus compañías, y Don Gonzalo de Aguilar con las milicias de Córdoba; con que se fuéron mas despacio los Moros: y quando viéron venir contra sí las tropas de Alonso Fernandez Coronel y las de Don Martin Fernandez Portocarrero con todas las gentes que

habian salido de la armada y de Tarifa, no tuvieron ánimo para aguardarlos; en confuso desorden huian unos á la mar, otros á Algecira, procurando fuese delante de ellos su Rey Albohacen, dándole lugar para que pudiese escapar por los pies la vida. Del yerro de Don Pedro Nuñez de Guzman forjó Dios el mayor acierto: porque estando muy neutral la victoria del Rey de Portugal contra el Rey de Granada, descaecieron de ánimo viendo se incorporaba con las tropas del Rey de Portugal infinito número de caballos y de infantes; con que á todo huir siguiéron las huellas del Rey Albohacen y de sus soldados: y vueltos á unir los exércitos del Rey de Castilla y Portugal, les fuéron siguiendo el alcance hasta el rio Guadamecil; haciendo tanto estrago en los Moros, que vueltas hoces las espadas de los Castellanos, dexáron cubiertos de hacinas de Moros aquellos campos. Entráron los dos Reyes vencidos aquella noche en Algecira: y no teniéndose allí por seguros, lograron su obscuridad; y tomó el Rey de Granada el camino para Marbella, y el Rey Albohacen para Gibraltar. Consi-  
de-

deró el Rey Albohacen no estaban seguros sus Reynos de Africa si se supiese allá su derrota ántes que él llegase: recelaba no se alzase Abderramen su hijo con el Reyno de Marruecos, porque habia dado bastantes indicios su ambicion de que le pesaba le embarazase la vida de su padre el reynar. Este recelo le puso á Albohacen en cuidado, para enviar en diferentes horas de la noche saetias que averiguasen si nuestra armada guardaba el estrecho. No se le olvidó esta diligencia á la gran comprehension del Rey Don Alonso: pero fué dichoso Albohacen en que el Almirante de Aragon, á quien previno el Rey para que le guardase, estuvo tan remiso en la obediencia como lo habia estado en todas las demas operaciones; habiendo puesto el Rey de Castilla toda la costa de su armada, sin tener de ella mas provecho que si fueran pintados sus soldados y sus galeras: con que asegurado el Rey Albohacen de que no habia en el mar defensa, pasó en una galera suya á Africa (1).

La

(1) Victoria por los Christianos, con circunstancias milagrosas; y las grandes conveniencias que de ella se siguieron á España.



La reputacion, la fama, la gloria, las conveniencias que traxo á España esta victoria se vienen tan á los ojos, que la mayor eloquencia se acobardará siempre al referirlas. Las riquezas que hallaron en las tiendas de los Reyes se dexan considerar, aunque no comprehender fácilmente, atendiendo á que no vendria desaliñada la Reyna de Marruecos y otras siete mugeres que traia consigo el Rey, y competente número de damas que las asistiesen. Los despojos de tantas tiendas de Señores y Caballeros Moros, que viniendo á esta guerra muy creidos á que se habian de quedar en España, es natural traxesen consigo las joyas de mas estimacion y las alhajas de mas precio; de todo género de armas y caballos; quién podrá hacer cómputo? Entre innumerables cautivos, los principales fuéron Abomar, hijo de Albohacen; Abohomo sobrino suyo, hijo de su hermano Albohaly Rey de Sojumenza; y cinco mugeres Christianas y Moras del mismo Rey Albohacen: el número de prisioneros y muertos, si no le hubiera publicado el mismo Rey Albohacen, se tuviera por fabuloso. Hizo re-  
que-



querir luego que llegó al Africa los alcamicos ( como ellos dicen ) ó las planas en que habian escrito sus nombres los que pasaron con él el mar ; y halló faltar quatrocientas mil personas : y algunos de los Moros que volviéron despues de esta rota á Algecira , confesáron que á la vuelta pasáron los Moros en quince dias ocupando solo doce galeras , habiendo gastado á la venida cinco meses y ocupado setenta galeras. Entre los muertos se halláron dos hijos del Rey Albohacen , de poca edad ; su madre Tunecia Fátima, Reyna de Marruecos ; la Horra , muger de grande estimacion en el Africa ; y su hermana Doña Maymona.

Quieren algunos historiadores dar mejor lugar á esta victoria que á la de Ubeda. Yo las hallo muy semejantes : porque las consiguiéron dos Reyes Alfonsos : porque ambos entráron mas fiados en que hacian la causa de Dios que su propia causa : ambos se previniéron , é hicieron se previniesen sus soldados haciendo penitencia de sus culpas y reconciliándose con Dios ; y la paz con él fué quien hizo sangrienta guerra á sus contrarios:

en ambas partes destrozaron los pocos á los muchos: y ambos Reyes reconocieron el brazo milagroso de Dios, á quien mas que á su poder atribuyeron la victoria. Es verdad que en esta batalla del Salado les cupo mas parte de gloria á los Españoles, porque fueron escasas ó ningunas las asistencias de los extraños. Tambien es verdad que en esta batalla de Tarifa murieron solos veinte Christianos, y en la de Ubeda doscientos veinte y cinco: pero haciendo cotejo con el número de los contrarios en una y en otra batalla, aunque mas quieran cerrarse los ojos los infieles, han de ver que fué Dios quien peleó por los Christianos. Y siempre que los Católicos movieren las armas con motivos tan religiosos, experimentarán sus favorables protecciones: porque á Dios no se le cansa el brazo; ni puede todo el poder humano hacer resistencia á las mas ligeras demostraciones del suyo, pues con mosquitos sabe sujetar Faraones.

Dueños ya del campo, se volviéron á juntar el Rey de Castilla y el de Portugal en la peña del cuervo. Hubo muchos soldados que

que le insinuáron al Rey de Castilla seria conveniente seguir el curso de las victorias y poner sitio á Algecira , y pasar despues á Gibraltar : buen asunto , si su consecucion pudiera depender solo de la presteza de los deseos , y no de la prolixidad de las manos y de los días ; para que faltaban fuerzas y bastimentos. Fuera de que , era grande el número de los soldados que en diferentes quadrillas se habian desaparecido cargados de oro y de joyas en tanta cantidad , que aportando á los Reynos de Aragon , Navarra y Francia, escriben historiadores de aquel siglo , que se halló haber baxado la plata y el oro la sexta parte de lo que valia ántes en París , en Aviñon , en Valencia , en Barcelona , en Pamplona y Estiela ; con que se hacia la empresa del todo imposible. Antes de levantar el Rey los Reales de la peña para Xerez , envió diferentes ministros para que recogiesen lo mas precioso que habia quedado de aquellos despojos , y lo conduxesen á Sevilla en las naos : entró tambien en Tarifa ; y dexó órden para que se reparasen sus torres y muros , y luego partió á Sevilla acompañando al Rey de

Portugal. El recibimiento que les hizo aquella nobilísima ciudad , aunque fué prevencion de pocos dias , como trabajó en ello el afecto y el regocijo , pareció estudio de muchos meses (1). El Arzobispo y Cabildo diéron principio á este religioso triunfo saliéndolos á recibir en procesion , y llevando á los dos Reyes debaxo de palio hasta la Iglesia de Santa María la mayor ; donde diéron á Dios gracias , no sin lágrimas de ternura y de devocion , arrojando delante de su altar todas las banderas que habian quitado á los Moros, y poniendo á sus pies todos los despojos del triunfo : despues prosiguiéron los festejos y regocijos seculares por el espacio de tres dias. Al fin de ellos mandó poner en los salones de su palacio en diferentes apartados , así las alhajas preciosas , como las monedas y barras de oro y plata que pudiéron haber á las manos sus ministros : á una parte las doblas ; y entre ellas habia algunas tan grandes que pesaban por cien doblas Marroquies : en

(1) Como fué recibido en Sevilla el Rey Don Alonso con religioso triunfo.

otra las barras, espuelas, frenos y argollas de oro que traían los Moros en las gargantas, en las muñecas y tobillos: á otra las monedas de plata, separadas de las barras y de la demas plata labrada: en otra las piedras preciosas, aljofar y perlas en cantidad muy considerable: en otra las espadas y armas guarnecidas de oro y de piedras preciosas: á otra los jaeces; con que se admiraba no ménos que la riqueza, la prolixidad del arte con que estaban labrados. Mandó tambien sacasen á la plaza del palacio todos los Moros que habian traído cautivos; y aparte las personas Reales que eran de quantiosos rescates. Formado este aparador, llevó al Rey de Portugal consigo para que escogiese de todo lo que gustase. Estimó el Rey de Portugal la oferta; y solo puso los ojos en algunas espadas, sillas, frenos y espuelas que por extraordinarias merecieron su gusto, no queriendo tocar lo Real de su ánimo en lo interesal ni precioso: pero el Rey Don Alonso le alargó al hijo del Rey de Sojumenza y otros Caballeros Moros muy poderosos; con que era preciso fuesen muy quantio-

tiosos los rescates. Salió despues acompañado de una jornada con toda la nobleza de Leon y Castilla hasta Cazalla de la sierra: de allí tomó el Rey de Portugal el camino para su Reyno; y en volviendo el Rey Don Alonso á Sevilla, envió por su Embaxador al Papa Benedicto á Juan Martinez de Leyva (1) para que le refiriese con individualidad el suceso de la batalla que confesaba deber á sus oraciones y sacrificios, enviándole en reconocimiento un presente de los despojos, y pidiéndole continuase las concesiones de tercias y diezmos: porque su ánimo era continuar las batallas contra los enemigos de Christo y perseguidores de su Iglesia. El presente se compuso de muchas telas de oro y seda ( las que parecieron mas á propósito para adorno de los templos y del palacio del Pontífice ) de piedras preciosas y perlas para las imágenes y custodias; y de otras alhajas preciosas por raras: veinte y quatro pendones de los que quitó á los Moros;

y

(1) Envía el Rey Embaxador al Papa dándole cuenta de la victoria, con ricos dones.

y veinte y quatro caballos con ricos jaeces; y el caballo en que asistió el Rey aquel dia á la batalla, y su pendon. Antes de llegar á Aviñon, los Cardenales que tuviéron noticia de que se acercaba á la ciudad salieron á recibir al Embaxador del Rey; y fué tanto el concurso de Cortesanos que los siguió, que por el embarazo de los caminos gastó en dos leguas dóce horas. En llegando á Aviñon subió en un caballo, y llevó enarbolado el pendon del Rey Don Alonso: delante de él iban las acémilas encubiertas, con el presente para el Pontífice; y los veinte y quatro caballos llevaban del diestro: y detras de cada uno un hombre con adarga y espada; é inmediatos al Embaxador otros veinte y quatro Moros, con otras tantas banderas de sus Reyes vencidos puestas sobre sus cuellos y arrastrando por la tierra. Luego que entró por la sala en que estaba el Pontífice, se baxó del trono; y trasladado de la mano del Embaxador á la suya el estandarte del Rey Don Alonso, empezó en alta voz el himno de la Iglesia *Vexilla Regis prodeunt*: los Cardenales, Arzobispos y Obispos le pro-

si-

siguiéron. Convocó el Papa para el día siguiente la Corte ; en que dixo la misa en acción de gracias : y despues hizo un sermon en que manifestó su eloqüencia , su erudición , su sabiduría , su zelo y su gran juicio ; pues no habló palabra que no fuese del intento. Puede ser idea el sermon de Benedicto á los mejores maestros del púlpito : leyóles una leccion que aprenden pocos predicadores ; que fué hablar á propósito del asunto. El asunto de Benedicto fué comparar el zelo religioso del Rey Don Alonso con el zelo del Rey David : la victoria que consiguió de los dos Reyes Moros con la que consiguió David de otros dos Reyes gentiles ; Rohob y el Rey de Siria , como se refiere en el *lib. 2. de los Reyes cap. 8.* donde dice la Escritura les quito el freno de la mano de los Filisteos , con que dominaban el pueblo de Dios , y le trasladó á su mano ; poniendo el yugo sobre los cuellos que ántes le dominaban. Así el Rey Don Alonso hizo tributarios á los dos Reyes Moros que en la soberbia de su fantasía se juzgaban ya dueños del freno para sujetar los Reynos Christianos:



y como David , de los despojos y de la plata y oro que quitó á sus contrarios atesoró gran copia en Jerusalem para la fábrica del templo; así el Rey Don Alonso para adorno de los templos de la Christiandad. Y se aventajó á David , imitando al Rey Antioco , hijo de Demetrio ( como se refiere en los Macabeos ) que reconociendo á Simon por Sacerdote Sumo , le hizo presente de los despojos que habia quitado á sus contrarios: así el Rey Don Alonso , reconociendo en mí aunque indigno el sumo sacerdocio de toda la Iglesia , me ha enviado dones , haciendo á su corona feudataria de las sandalias de San Pedro; con que se ven nuevamente apoyadas las profecías , de que al poder de los Reyes Christianos ha de deber la Iglesia sus aumentos , su veneracion , y la defensa de las naciones bárbaras. Todos los Reyes prueban esta verdad : pero se adelantan á todos los de España ; y singularísimamente el Rey Don Alonso de Leon y Castilla : pues habiendo empuñado el cetro desde catorce años , no le ha gozado un dia sin hacer manifesto á sus vasallos y al mundo , que no le estima  
por

por cetro, sino por baston contra los infieles. Así lo dixo el dia de su coronacion ; y así se ha experimentado en todos los dias de su vida, con aumentos grandes de la Christianidad, y ruinas de los sectarios del impío Mahoma. Coronó su sermon exhortando á todos sus oyentes hiciesen á Dios súplicas y rogativas para que aumentase la vida de un Rey tan valeroso, tan amante de la religion, tan zeloso de la fe, y tan provechoso á la Iglesia. Hizo el Pontífice muchas honras al Embaxador Juan Martinez de Leyva, y concedióle la prolongacion de las tercias y décimas ; y dióle para el Rey un presente de muchas reliquias guarnecidas de piedras preciosas.

No se dexó lisonjear del ocio el Rey Don Alonso, ni dió treguas á sus fatigas complaciéndose de este triunfo. Estaba muy entendido de que la rota pasada, ni le habia escarmentado á Albohacen, ni debilitado tanto su poder que pudiese darse parabienes de haber quebrantado sus orgullos ; y así se apercibia para tener siempre ejército pronto con que poder oponerse á sus fuerzas. Cumplía-

plíase ya el plazo que habia señalado para las Cortes en Llerena : asistió á ellas ; y alargándose mucho los Capitulares en concesiones de nuevos pechos y tributos viendo no los gastaba el Rey en vanas pompas de ostentarse magestuoso ni en delicias de su mesa (1), el Rey los fué á la mano , reduciendo á la tercera parte las contribuciones porque los consideraba muy gastados en los continuados servicios de tantas guerras ; con que creció tanto el amor en los vasallos , quanto sintieron disminucion sus rentas. Concluidas estas Cortes , pasó á Madrid ; donde celebró otras : á que concurrieron Leoneses y Castellanos ; y en ella sacó lo preciso para hacer guerra el verano siguiente á los Moros. Hallóse el Rey en Sevilla á la entrada de la primavera del año de Christo B. N. de mil trescientos quarenta y uno. La empresa principal que tenia discurrida en su mente era apoderarse de Alcalá de Abenzayde ; manifestó á qual ó qual de sus confidentes este designio , y recató-

se-

(1) En las Cortes de Llerena conceden al Rey nuevas contribuciones ; y el Rey las minora , con-  
doliéndose de sus vasallos.

sele á los demas : echó voz de que su intento era entrar á Málaga ; y para esforzar esta voz, hizo cargar quatro naos de trigo y harina , y que caminasen otras quatro de guerra en conserva suya. Luego llegó esta operacion á noticia del Rey de Granada , y túvola del todo por cierta : quando supo que , estando ya el Rey en Córdoba con todas sus gentes , habia echado bando de que estuviesen todos dispuestos para marchar dia determinado á ponerse á la vista de Málaga. Con estas noticias sacó el Rey de Granada gentes de sus castillos , dándoles orden de que apresurasen las marchas para entrar ántes que nuestras gentes en Málaga. La noche ántes del dia en que se habia publicado la ida á Málaga, manifestó el Rey á los principales cabos su intento ; y díxoles que le siguiesen : y el dia siguiente amaneció sobre Alcalá de Abenzayde. Fué grande el sentimiento del Rey Juzaph: porque despues de la ciudad de Granada, era Alcalá de Abenzayde la alhaja de mas estimacion que tenia en su Reyno ; por su fortaleza , en lo natural grande , en lo artificioso mayor ; por el número grande de sus

ciu-

ciuc  
en  
la p  
ras  
ade  
vive  
solu  
de  
les  
vece  
á vi  
el I  
tiran  
No  
vive  
berl  
una  
acer  
don  
llam  
gar  
las

(1)  
de A  
F

ciudadanos ; y por la mucha riqueza que habia en ella. Desde que llegó el Rey Don Alonso la puso sitio , y se iba estrechando por horas : en todas las salidas que hacian los de adentro para abrir paso á que les entrasen víveres volvian tan escarmentados , que resolvieron no hacer salida hasta que el Rey de Granada con todo el poder de sus armas les introduxese socorro. Intentólo por quatro veces el Rey Juzaph : pero aunque se puso á vista de nuestras gentes , solo el saber que el Rey Don Alonso las asistia le hacia retirarse sin querer nunca llegar á las manos. No solo se hallaban ya los sitiados faltos de víveres : la sed los congojaba mas , por haberles quebrado los conductos y arruinado una torre desde donde impedian el que se acercasen los nuestros á cegar los pozos de donde el lugar se socorria ; con que hicieron llamada y pactaron entregarle al Rey el lugar y sus fortalezas , con que les reservase las vidas (1). Condescendió el Rey ; y con-

(1) Apodérase el Rey Don Alonso de la fortaleza de Alcalá de Abenzayde y de otros castillos.

concluyó en veinte dias de asedio la que se juzgó fatiga de todo un año. Entró el Rey en Alcalá de Abenzayde; y dió tanto calor en el reparo de sus torres y muros, que en pocos dias le restituyó su antigua hermosura y fortaleza. Miéntras el Rey estuvo sobre Alcalá, rindiéron sus soldados el castillo de Carabuey: otros quince dias despues entró á la villa de Priego por fuerza de armas; y partiendo de allí, entró por asalto á Rute y al castillo de Benamexi y la torre de Matteredera; con que á los fines de Octubre de aquel año se volvió á Sevilla glorioso con tantas victorias. Persuadióse el Rey de Granada á que no estaba segura su corona teniendo al Rey Don Alonso por enemigo: veia se le caia de la cabeza á pedazos; con que se resolvió á enviarle Embaxadores, ofreciéndose como ántes á ser su vasallo, y á pagarle las doce mil doblas en parias. Oyó el Rey los Embaxadores; y resolvió admitiria aquel vassallage, con condicion que se publicase enemigo de Albohacen, Rey de Marruecos: no se atrevió Juzaph á romper con Albohacen; con que se quedó rota la guerra con el Rey Don Alonso.

Las

Las operaciones violentas á la naturaleza, ó se acaban , ó la acaban presto: las que son connaturales se conservan mas , y la conservan. Junto con el uso de la razon nació en el Rey Don Alonso el odio á la nacion Africana ; creció la razon , y creció el odio : el uso le hizo parecer naturaleza ; con que no descaecia , sino crecia con el tiempo. En seis meses les quitó á los Moros la villa de Alcalá de Abenzayde ; el castillo de Monclin ; la villa de Priego ; el castillo de Carabuey ; la villa de Rute ; el castillo de Benamexi , y la torre de Matrera , habiendo poco ántes abatido todo el poder de Africa en la batalla de Tarifa. Si fuera violenta en su pecho el ansia de destruirlas , estas fatigas le convidaran ó le impelieran al ocio : pero como se habian hecho naturaleza , le afervorizaron á nuevas conquistas. Teniendo en Sevilla juntos los Ricos-Hombres , los Prelados , los Maestres , y la primera nobleza de sus Reynos , les dixo (1). *A las oraciones de los Ve-*

nt-

(1) Manifiesta el Rey á sus Ricos-Hombres su designio de acabar de desposeer á los Moros de las for-

nerables Prelados que me han asistido, y á  
 los brios invencibles de vuestros aceros, han  
 debido los Reynos de España el mantenerse  
 en la pureza de la fe, y yo mantener en ellos  
 mis coronas: pero no podemos darnos los pa-  
 rabienes, ni ofrecernos un dia de seguridad,  
 miéntras los Africanos tuvieren tan fácil el  
 paso á nuestros puertos; y resguardos tan  
 firmes en una ciudad tan numerosa, tan fuer-  
 te y tan pertrechada como la de Algecira.  
 Desde que pasó Albohacen á Africa, segun  
 los avisos ciertos de mis espías, solo ha estu-  
 diado en juntar medios para despícarse de la  
 rota pasada, en que perdió hacienda, honra  
 y delicias en las muertes de sus mugeres y de  
 sus hijos. Todos los Reyes del Africa; por pa-  
 rientes de Albohacen unos; por amigos y con-  
 federados otros; y todos por juzgar la ofensa  
 comun hecha á su religion, le favorecen con  
 gentes, con dineros y con armas auxiliares  
 por el mar y por la tierra. Si le dexamos  
 dueño de Algecira, en pocas horas, desde Ceu-  
 ta,

talezas que tenian en España: y los motivos en que  
 funda su empresa.



ta, desde Argel y Marruecos podrá arrojar mas gentes que para la defensa de Tarifa; é irritado el Rey, participará su indignacion y corage á los pechos de sus vasallos: con que la victoria de Tarifa, si no se acompaña con la de echarle de Algecira, solo habrá tenido de felicidad el retardar la infelicidad que nos amenazó; pero no el huirla: pues ocupando el dominio Africano á Algecira, siempre nos amenaza. Aunque he ocupado mis primeros años en otras empresas, siempre tenia en ésta los ojos: porque he reconocido que sin esta conquista no ha de convalecer el poder de España; siempre han de ser sus fuerzas enfermedades, y su salud quebrada. Veo la dificultad del asunto: porque es empresa árdua el que queramos los Españoles hacer rostro á los Reynos de Africa contra cuyas numerosas provincias y ánimos belicosos, despreciadores de la vida, necesitó el Imperio Romano de todo su poder quando mas glorioso para refrenarle y tenerle á raya en sus términos. Si su orgullo y su apetito de dominar se segara dentro de ellos, fuera en mí temeridad reprehensible el no contenerme en los co-

tos que me dexáron mis gloriosos predecesores: pero siendo forzoso el que hayamos de sentir el furor de sus armas mas dentro del corazon de España, tengo por mejor política militar el alejar de nuestros confines la guerra é intentar con osadía quitarles lo que poseen, para que no se alarguen ellos á introducirse en nuestras posesiones; especialmente quando si somos afortunados en la conquista del Algecira, echamos una llave con que se cierra España, y á él le quitamos una ciudad de refugio en que abrigar sus gentes, y unas campiñas tan fértiles y tan dilatadas, que albergáron seis-cientos mil bárbaros y sustentáron sus bagages sin que se conociese mengua en las yerbas y en el forrage. He manifestado mi sentimiento en la proposicion, fuera de lo que acostumbro, porque los mas de los que resisten á esta consulta manifestáron que era éste su parecer luego que entramos en la villa de Tarifa; y la falta de medios nos obligó á suspender por entónces la empresa en que juzgamos todos se aseguraba la salud pública. Porque sabia ser este vuestro dictámen manifesté el mio, y le motivé con las razones que á todos se os

ofre.

*ofrecerian quando el de la religion y el amor á vuestras patrias os hicieron manifestar el deseo de continuar con la fatiga de la conquista de Tarifa el sitio de Algecira. La consulta, segun esto, ha de ser de los medios: propondré los que he discurrido, y abrazaré los que adelantaren vuestros discursos. Los Reynos de la Andalucía, para la conquista de Tarifa me hicieron nuevo servicio, concediéndome alcabala de todo lo vendible. No obraron con menor fineza los Reynos de Leon y Castilla: constándole á todos no consumo estas cantidades en casas para mi recreo ni en palacios para usanzas de mi magestad; sino para alejarles de sus casas el tropel de las guerras, y para conservar en su decoro y pureza la fe de que ellos se muestran tan zelosos. El padre y supremo pastor de la Iglesia, Benedicto, nos ha ofrecido prolongar las tercias y décimas para este empleo; en que las ganancias no son ménos provechosas á la magestad de nuestro cetro: y se me hace creíble del cariño con que ha mirado nuestra persona y con que ha celebrado nuestro asunto de porfiar hasta morir en hacer guerra á la nacion*

*bárbara de los Sarracenos, que crecerá los donativos; ó por lo ménos nos concederá préstamos para una causa que es mas suya que nuestra. Tambien espero que el Rey de Francia no habrá olvidado los sucesos afortunados que debió á nuestras armas auxiliares todo el tiempo que tuvo rota la guerra con el Rey y Príncipe de Inglaterra: y blasonando tanto de Christiano, será nuevo impulso para que nos asista; pues son comunes á su corona y á la nuestra los enemigos á quien yo publico la guerra. El Rey de Aragon, en fe de los pactos establecidos, nos asistirá con su armada: y habiendo sujetado ya las sediciones de Mallorca, será mas seguro y mas numeroso su socorro. El Rey de Portugal se manifiesta tan obligado á nuestras atenciones (aunque todas debidas á su fineza) que cada dia se ofrece de nuevo á asistir con sus armas y su persona en las guerras que emprendieremos contra los Africanos; y en la verdad hace por sí en auxiliar nuestras armas: porque á ningún Reyno amenaza el riesgo tan vecino como al de Portugal, si el de Castilla no reprime los bríos insolentes de los Africanos. De los*

los  
los  
gu  
ello  
gan  
cau  
se r  
cau  
van  
tall  
bim  
  
sent  
cos-  
tad  
para  
será  
vigil  
to e  
dos  
pues  
y pa  
  
(1)  
ra co  
se hac

*los Venerables Prelados que me asisten, y de los demas de mis Reynos, hago juicio que siguiendo á la cabeza de la Iglesia de quien ellos son miembros tan principales, no juzgarán desperdicio el emplear sus rentas en la causa de la religion. Estos son los medios que se me ofrecen, fiándole lo demas á Dios; cuya causa han de hacer nuestras armas: y no es vana esperanza fiar mucho de él en esta batalla, pues en la pasada de Tarifa le debimos el todo de la victoria.*

Todos los circunstantes aplaudiéron el sentimiento del Rey; y los Prelados, Ricos-Hombres y Maestres ofrecieron de voluntad sus rentas, y levantar gentes á su costa para que tuviesen logro sus deseos (1). No será fácil á quien meditare la vida de este vigilantísimo Rey el definir si era mas pronto en los discursos ó en las execuciones. En dos dias dexó ordenadas sus fronteras y dispuesta su armada para la guarda del estrecho, y partió luego á Valladolid; donde tomó pocos

(1) Ofrecen todos al Rey sus vidas y haciendas para continuar las conquistas: y las prevenciones que se hacen para el sitio de las Algeciras.

cos días de descanso con la Reyna y su hijo el Príncipe Don Pedro. Sin mas retórica que el proponerlo le concedieron alcabalas: pasó á Burgos; donde hicieron reparo algunos de los Concejos, no en la concesion del tributo, sino en la duracion de él: porque los gravámenes que se pusieron por una urgencia particular, juzgáron debian aliviarse pasado aquel frangente; y así concedieron por el tiempo que durase con los Moros la guerra. Repararon bien: pero nunca se ha podido reparar mal. Pasó el Rey desde Burgos á Leon: despues á Zamora: de allí á Avila: despues á Segovia: y en todas estas ciudades, rasamente sin límites en el tiempo, le concedieron las alcabalas; como tambien en la villa de Madrid, donde se detuvo algunos dias disponiendo libranzas para los que le habian de seguir de los Reynos de Leon, Castilla y Toledo. Aquí tuvo nueva de la muerte del Papa Benedicto. Lloró la Iglesia la falta de un padre benigno y prudente; y el Rey Don Alonso mas: por la grande estimacion y cariño que le mostró siempre, siendo continuo panegirista de sus ventajas y  
pro-

proponiéndosele por exemplar á los demas Reyes Católicos. Aquí tuvo tambien nueva de Don Egidio Bocanegra, su Almirante mayor de la mar, en que le avisaba haber tenido noticia cierta por sus espías, de que Albohacen tenia ya aprestada una grande armada en el puerto de Ceuta: con quien se habia unido la del Rey de Granada: que serian hasta ochenta y tres los navíos de guerra: y que habia dado orden á sus Almirantes para que buscasen la armada del Rey de Castilla y peleasen con ella hasta el último esfuerzo: que juntamente habia tenido noticia, hallándose él con sus navíos en el puerto de Jatares, de que salian del puerto de Bullones doce galeras que habia hecho armar Albohacen para que se juntasen con su armada que estaba en Ceuta: que él las habia salido al encuentro y las habia vencido, echando dos á fondo, quemando quatro, y apresando las seis sin daño ninguno de su flota (1). Junto con el regocijo de esta nueva entró el Rey

(1) Armada grande que echaron al mar los Moros: y como peleó con ella el Almirante de Castilla, quedando victorioso.

Rey en cuidado del suceso, si llegasen á parearse las dos armadas: despachó cartas á Sevilla á sus tesoreros, para que librasen todo lo que fuese necesario para armar los nuevos navíos y galeras que se labraban en las atarazanas de sus puertos; y que se las enviasen á su Almirante Don Egidio. No podia sosegar su viveza en Madrid, viéndose distante de los peligros; quisiera lo bizarro de su corazon hallarse siempre el primero en los riesgos. Salió de Madrid mediado el mes de Mayo: y llegando al Pedroso, lugar que dista de Sevilla diez leguas, tuvo de Don Alonso Melendez Guzman, Maestre de Santiago, noticia de que la armada del Rey de Marruecos habia pasado aquende el mar: que estaba cerca de Algecira, por donde hace entrada en el mar el rio Guadamecir: que su Almirante Don Egidio Bocanegra y el Almirante de Portugal Cárlos Pezano estaban al estrecho para embarazarles el paso. Juéves por la mañana tuvo el Rey esta nueva; y ese mismo dia caminó las diez leguas, llegándose á desayunar á Sevilla: sentado á la mesa, despachó decretos á los Ricos Hom-  
bres

bres  
para  
y ga  
á lo  
por  
Salió  
te á  
le e  
habi  
troz  
dió  
su c  
gar e  
zon:  
tre  
galer  
Alb  
derr  
ráron  
esta  
desd

(1)  
los M  
Chris  
torios



bres que se hallaban mas prontos en aquellos parages , para que se entrasen en los navíos y galeras, por si llegase el trance de la pelea; y á los Maestres de las Ordenes , que asistiesen por tierra, por si necesitasen de su socorro. Salió de Sevilla , y fué á comer el dia siguiente á las Cabezas de S. Juan. Estando allí, se le excitó la memoria de que en aquel lugar le habia llegado la nueva lastimosa de haber destrozado una tempestad toda su armada; y le dió el corazon que habia de premiar Dios su conformidad con darle en aquel mismo lugar otra buena nueva. No le engañó el corazon: porque tuvo noticia , por carta del Maestre de Santiago , que habiendo salido trece galeras de Algecira en ayuda de la flota de Albohacen , diez galeras nuestras las habian derrotado; anegáron las quatro; las siete baráron en tierra; y apresáron las dos (1). Con esta buena nueva aceleró el Rey el paso; y desde Xerez envió un correo á Tarifa, dando

(1) Diez galeras de Castilla derrotáron á trece de los Moros , apresando las dos; y la armada de los Christianos pelea con la de los Moros, quedando victoriosa.

dole órden al Gobernador para que remitiese una carta suya al Almirante, en que le daba aviso que estaba en Xerez para socorrerle: que tenia prontos víveres y soldados. La misma noche que entró el Rey en Xerez tuvo aviso de que su flota habia peleado con la del Rey de Marruecos y de Granada: que habian sido muchos y sangrientos los combates; pero que habia quedado la victoria por su Almirante Don Egidio. El gran deseo de que fuese esta nueva cierta le hacia á su entendimiento que pusiese á pleyto la certidumbre (que son muy hermanos el mucho amor al bien con el mucho susto de perderle): si ya no es traza de la voluntad fingirse incrédula á los testigos que la hablan al gusto, por multiplicar los regocijos oyendo que se multiplican los testimonios de la verdad. Al amanecer del dia siguiente le llegó otro aviso del Gobernador de Tarifa con todas las circunstancias de la victoria (1): que su Almirante Don Egidio Bocanegra habia derrotado

(1) Confirmase la noticia de haber quedado derrotada la armada de los Moros: y los ricos despojos que se hallaron en dos galeras.

tado toda la flota de los Moros: que habian perdido en esta refriega veinte y cinco galeras, y entre ellas las dos Almirantas: que las demas se habian acogido á Ceuta; però tan destrozados los vasos y con tantos soldados muertos y heridos, que no seria fácil el repararlas: que entre las galeras que apresáron, halláron en una grandes cantidades de monedas de oro y de plata que enviaba Albohacen para las pagas de los soldados que por su órden habian pasado á Algecira. Persuadido ya el Rey á la verdad del suceso, hincado de rodillas se le agradeció á Dios como favor que le venia de su mano; y que como de dueño tan generoso, no solo le habia dado aquella victoria, sino dádole con que pagar á sus soldados para que consiguiesen otras muchas: disponiendo su providencia que costease el Rey de Marruecos las muertes de sus principales vasallos. Un dolor le quedó al Rey Don Alonso de esta victoria; que fué, el no haberse hallado en medio de las refriegas: y debia de ser muy molesto el dolor; porque le hacia quejarse muchas veces, lamentándose de no haber llegado á tiem-

po, aunque apresuró tanto el viage que hubo dia en que caminó veinte y quatro leguas. Retiróse la armada del Rey Don Alonso al puerto de Jatares de donde habia salido, distante media legua de Algecira. Quiso el Rey agradecer á los Almirantes el buen logro que habian tenido sus armas; y juntamente exâminar por sí mismo el estado en que habia quedado su flota, y registrar la ciudad de Algecira (1). Antes de partir de Xerez recibió carta del Rey de Aragon, en que le avisaba como en cumplimiento de su promesa le enviaba veinte galeras con su Almirante Don Pedro de Moncada. Recibió carta tambien del Almirante Moncada, en que le referia, que viniendo con sus galeras á tomar puerto en uno de los de Castilla, descubrió trece galeras de Moros: que hizo levantar velas; y dándolas a'lance, cogió quatro que venian cargadas de trigo y harina para entrar en el puerto de Algecira: dos encallaron á vista de Estepona; y las siete huyeron al puerto de

(1) Agréganse nuevas fuerzas á la armada de Castilla.

de Cádiz: y la fecha de la carta era de tres días despues que la armada de Castilla habia derrotado á la de los Moros. Estas buenas nuevas eran nuevos estímulos á los deseos del Rey, para no dilatar el sitio de Algecira. Llegó á Jatares: habló con los Almirantes: estimóles el valor con que habian obrado, diciéndoles que tenian al suyo envidioso. Registró su armada; y hallóla tan entera, como si fuera recién echada de la atarazana al mar: vió tambien las galeras del Rey de Aragon, que estaban con las suyas en la guarda del estrecho; con que tuvo ménos dificultad en darle á Cárlos Pezano la licencia que pedia para volverse á Portugal á rehacer la suya. Hízole muchas honras á la despedida; y escribió al Rey de Portugal, agradeciéndole el socorro que le habia hecho y rogándole le volviese á enviar quanto ántes las mismas galeras reparadas y reforzadas de armas y gente, recomendándole mucho la persona del Almirante. Entró despues el Rey en un baxel y registró toda la ciudad de Algecira: y viendo el buen asiento en que estaba fundada; la disposicion de su

puerto ; la hermosura de sus edificios ; la fortaleza de sus muros, baluartes y torreonnes ; la copia de aguas dulces que tenian dentro de la ciudad ; sus veneros ; y que eran suficientes para las moliendas del trigo que necesitaban los moradores y para el riego de las huertas y de las hazas ; y que tenia cerca montes y dehesas para los ganados , admiró el Rey las muchas conveniencias , é hizo juicio que no habia nacido de ligereza de ánimo , ni de tenerle bien contentadizo , el haberse intitulado el Príncipe Abomileque Rey de Algecira : crecieron los deseos del Rey de apoderarse de ella , con el informe de los ojos. Preguntó al Almirante si tenia noticias de la provision y de las gentes que habia dentro de la ciudad : respondió las tenia muy frescas , de un Moro con quien tenia secreta amistad , que salia á excusas de los de la ciudad ; y el dia ántes le habia informado , serian hasta treinta mil hombres los que habia dentro de la ciudad , capaces los mas de tomar armas : que de municiones , especialmente de polvora y balas , estaba muy abastecida : que los víveres eran muchos : que

solo el pan le hacia falta ; y ésta habia crecido mucho, habiéndoles quitado el Almirante de Aragon quatro galeras de trigo y de harina que venian desde Ceuta para su socorro.

Aunque el Rey Don Alonso habia determinado dexar pasar todo aquel año para que cayesen las rentas de las alcabalas, y tener con que pagar sus soldados ; habiendo pasado á Xerez y conferido la materia con sus Consejeros, se resolvió á empezar luego el sitio. A los veinte y nueve años de su Reynado, y entrado en el treinta y uno de su edad, á los principios del mes de Agosto se puso con sus gentes sobre Algecira. Serian los que le asistian en el principio de este sitio, hasta dos mil y quinientos caballeros y tres mil infantes (1): dividiólos en varias tropas, cogiendo los caminos para embarazar el comercio por tierra con los otros lugares de los Moros, especialmente con el Rey de Granada ; y dió aviso por sus cartas á los Ricos-Hombres, Prelados y Concejos de sus Reynos, de que estaba ya sobre Al-

(1) Dase principio al sitio de Algecira.

Algecira : que lograsen quanto pudiesen el tiempo para venir en su ayuda , porque no podria cerrar el sitio hasta que llegasen todas sus gentes. Dió tambien orden á su Almirante y al de Aragon , para que dexando guardado el estrecho , corriesen con algunas esquadras de sus galeras embarazando los socorros que podian venir á la ciudad del Africa. Los Moros que estaban en Algecira eran grandes soldados , nacidos en la campaña , y criados en el exercicio de la milicia ; no ménos valientes que industriosos. Conociéron que si le daban tiempo al Rey Don Alonso , cada día le habian de venir nuevas gentes y se habia de hacer mas dificultoso desalojarle ; y así determináron , ya desde los muros con los mosquetes y bombardas , ya con los dardos arrojados á tanta distancia por la violencia de los instrumentos que los impe- lian que alcanzaban tanto como las balas , ya con las freqüentes salidas en numerosas tropas de á pie y de á caballo , retirarlos de los puestos que les embarazaban el comercio , y arruinar las casas que levantaban de madera para guarecerse , y las trincheras en  
que



que se defendian. En todas las salidas y combates que hicieron, no solo hallaron defensa, sino tambien ofensa suya y pérdidas considerables de sus soldados: mas diéron que padecer al ejército Christiano las inclemencias de los tiempos que las armas de los Africanos (1). Entró el otoño tan desapoderado en las lluvias, y tan continuadas sobre excesivas, que se defendian mal aun los que vivian en casas muy acomodadas; con que se dexa ver quán poca defensa tendrian en sus barracas y chozas los soldados, abiertas á los rigores é inclemencias del temporal tan deshecho y tan importuno. No se eximió de la mala condicion del tiempo la tienda del Rey: pasó muchas noches en pie, porque le echaban del lecho las goteras; y los pantanos que ocasionáron tan frecuentes inundaciones eran de calidad, que no podian vencerlos los caballos mas fuertes. Aprovechaban estas inclemencias del tiempo los Moros, pensando hacer á su salvo las salidas: pero aunque

te-

(1) La inclemencia de los tiempos fatiga mucho á los sitiadores de Algecira.

tenian los Castellanos contra sí al tiempo, enemigo poderosísimo, tenian en su favor las llamas de su aliento; á quien nunca entibiáron los yelos ni las aguas elementales: porque es de gerarquía superior el fuego que se engendra en la region del corazon y se alimenta de los materiales de la honra.

En diez y nueve meses que duró este sitio, pocos dias se pasáron sin refriega; y en muchos de ellos pocas horas sin combate á los primeros meses del sitio: porque eran muy superiores en el número los enemigos, y peleaban desde la comodidad y descanso; dándoles la muchedumbre lugar para el ocio, sin dexarles á los Castellanos, ni en el espacio de la noche ni del dia un instante en que no fuese peligroso el descuido, por los continuos rebatos y baterías de los trabucos, de los dardos y de las bombardas, que por no ser tan freqüentes en aquel siglo, no ménos atemorizaban con el estruendo, que con las heridas incurables por venir tocadas de yerbas venenosas (1). Aunque se debió á la pro-

vi-

(1) La constancia de los Christianos en los lances  
pe-

videncia del Rey, y al zelo de sus ministros, el que en los mayores espacios de tan prolixo sitio estuviesen abastecidos los soldados no solo de los víveres precisos para la vida sino tambien de todos los regalos de aves y frutas que pudieran gozar en el ocio abundante de la paz, hubo temporadas, por las inclemencias del mar que no daban lugar al acarreo, en que llegó á ser la necesidad extrema, no solo en lo vulgar del ejército, sino en lo superior de los xefes y cabos de él. En los trances mas sangrientos de las batallas mostró el Rey Don Alonso lo superior de sus alientos; en estos ahogos que padecian sus gentes, ya de las inclemencias del tiempo, ya de la falta de los víveres, mostró su gran entendimiento: visitaba en sus tiendas á los soldados: consolábalos con las esperanzas de que presto se verian con premio sus fatigas; y á algunos que vió vencidos á los continuos afanes, les dixo *¿es posible que habiendo tesoro en los Moros, por defender su falsa secta, de*  
*ba-*

peligrosos que padeciéron en lo largo de este sitio: y razones y exemplo con que el Rey los alentaba para mantenerse en él.

*batallar con tanta porfia, no siendo en la hora presente mayores sus comodidades que las muestras, hemos de desmayar nosotros que hacemos la causa de Dios y que peleamos por la fe verdadera de Jesu-Christo? ; Qué mejor empleo puede tener un hombre de su vida, que morir por la honra de quien murió por darle su gloria? Tenian eficacia estas razones: porque le veian al Rey el primero en los trabajos; no excusando su día de hacer centinela y de suplir por los que no podian entrar en el turno, que los señalaban por enfermos ó por muy fatigados. En el afan de abrir fosos; de levantar las trincheras; de disponer las bastidas, era el Rey el primero que ponía el hombro: y resplandecía mas su mano con el astil del azadon, que con el cetro. Este obrar daba energía á sus palabras; y las honras que les hacia, ya acariciándolos, ya echándoles al cuello los brazos, ya alabando sus brios y celebrando sus hazañas, hacia olvidarse del alimento y les daba espíritu para morir al lado de su Príncipe: y tambien el ver que ponía quantos medios alcanzaba el discurso para tenerlos sur-*

ti-

tidos y contentos. Llegaron á los siete meses del sitio, en que se padeció la primera carestía, por espacio de quince dias los víveres en tanta abundancia, que se olvidó presto la penuria. Casi al mismo tiempo llegaron los pendones del Príncipe Don Pedro, y los de sus hijos Don Enrique y Don Fadrique, acompañados de esquadrones lucidísimos de sus vasallos: poco despues llegaron los Concejos de Avila, de Truxillo, de Arévalo, de Cuellar, de Villa-Real, de Coca, de Plasencia, de Segovia, de Madrid, de Sepúlveda, de Medina del Campo, de Ciudad Rodrigo, de Cáceres; y Don Ladron de Guevara y Beltran Velez de Guevara su hermano, acompañados de mucha infantería de Alava. Parecióle al Rey que con este socorro de gentes podia ya estrechar el sitio á la ciudad; y formando nueva planta para los esquadrones, se arrimó tanto á la ciudad que podia con los ingenios desbaratar sus torres y baluartes: pero no pudo cerrar el cordón, por ser muy dilatada la circunferencia que ocupaba la villa nueva y la vieja; y suplió con empalizadas los lugares que no podian

dian ocupar sus gentes: con que yá no podian entrarles socorro á los sitiados del Rey de Granada , en que tenian puesta su confianza ; y por el mar eran tan tenues los que les venian en algunas saetías que por pequeñas podian esconderse á las centinelas que velaban en las gavias de las flotas de España , que no podian abastecer la ciudad.

Tuvo aviso el Rey de Granada del apremio en que estaban los de Algecira: y juntando seis mil caballos y quatro mil infantes , los dividió en varios esquadrones para que entrando en los lugares de la Andalucía hiciesen diversion de las gentes que el Rey Don Alonso tenia sobre Algecira ; ó por lo menos , embarazasen el que se valiese de los soldados de sus fronteras para engrosar su ejército , viéndose obligado á defender sus plazas (1). No pudo lograr sus intentos : porque estaban tan bien guarnecidas las fronteras , y de soldados de tanta reputacion , que no solo las defendian sino le ofendiéron ma-  
tán-

(1) El Rey de Granada entra con su ejército en los lugares de Andalucía para hacer diversion : y lo mal que le salió el intento.

tándole muchos soldados. Don Fernan Gonzalez de Aguilar le escarmentó para que desistiese de inquietar á los fronterizos. Estaba en el ejército quando murió Don Gonzalo de Aguilar su hermano: dióle licencia el Rey para que fuese á tomar posesion de los mayorazgos de Aguilar, Montilla y de Castilanduzar en que sucedia por haber muerto sin heredero: hallábase en Aguilar quando los Moros de Málaga y Ronda, unidos con dos tropas de la caballería del Rey de Granada, intentáron asaltar á Ecija y corrieron sus campiñas llevándose todos los ganados que encontráron y haciendo muchos prisioneros. Queriendo frustrar este designio, salió Fernan Gonzalez de Aguilar con solos doscientos hombres, siendo quatro mil los Moros que convoyaban la presa. Dióles alcance en las riberas del rio de las yeguas; é invocando fervorosamente al Apóstol Santiago, dió orden de que los acometiesen. Oyóle sin duda el valeroso Apóstol: porque doscientos Españoles pusiéron en huida á los quatro mil; siguiéronles casi dos leguas el alcance, en que matáron hasta seiscientos; li-  
ber-

bertaron del cautiverio á muchos Christianos; cogiéronles trescientos caballos; y restituyéron toda la presa de ganados á sus dueños. Este golpe le escarmentó tanto al Rey de Granada, que no volvió á inquietar las fronteras del de Castilla: pero instado del Rey Albohacen y de los sitiados de Algecira, se arrió con un grueso ejército al rio Palmones, distante media legua de los Reales del Rey Don Alonso. Supo éste por sus espías, era el designio abrir el paso á los convoyes para que entrasen municiones y víveres en Algecira, aunque fuese necesario pelear de poder á poder hasta lograr su intento. Nada deseaba mas el Rey Don Alonso, ni nada mas conforme á sus ardimientos, que el llegar con él á las manos; pero obedeció al parecer acertado de sus Consejeros, de que no rehusase la batalla si le buscase el enemigo en los puestos que ocupaba su ejército, pero que no saliese de ellos á buscarle: porque estaba el Rey de Granada muy mejorado en puestos; defendido con las quebradas de algunos montes por donde no podian pasar dos hombres juntos; y el rio Palmones, con la  
mul-



multitud de las lluvias , no se podia esguazar  
 sin gran riesgo : y siendo el intento del Rey  
 tomar aquella ciudad , y el del Rey de Gra-  
 nada impedirselo ; que á éste le tocaba el  
 desalojarle de sus puestos , no á él el irle  
 á echar de los que ocupaba sin poder emba-  
 razarle sus designios no adelantando mucho  
 las marchas (1). Importóle mucho al Rey  
 Don Alonso así en este lance como en otros  
 muchos la docilidad : venció á sus enemigos,  
 porque rindió á agenos dictámenes su dictá-  
 men. Hizo por dos ó tres veces amago el  
 Rey de Granada , moviendo su ejército , de  
 acercarse mas á los Reales del Rey Don  
 Alonso : pero viendo que guardaban sus trin-  
 cheras los Castellanos sin moverse , se vol-  
 vió sin hacer faccion ninguna á Granada ; con  
 que cayó mortal desconsuelo sobre los de Al-  
 gécira , é intentáron matar al Rey en su mis-  
 ma tienda , persuadidos de su constancia , que  
 solo con la muerte cesaria de aquella empre-  
 sa : pero Dios , cuya causa hacia el Rey , le  
 li-

(1) Quán importante le fué al Rey Don Alonso la  
 docilidad en sus dictámenes : y cómo le libró Dios  
 de notorios riesgos y de las traiciones de los Moros.

libró con singular providencia descubriéndole la traicion y los traidores , valiéndose de los Moros contra ellos mismos. Estaba uno de ellos condenado á muerte , por haberse descolgado una noche por las almenas : ofreció por rescate de su vida dársela dentro de tres dias al Rey. Avisóle de esta traicion al Rey otro Moro que se halló presente al concierto: dió las señas ; dificultosas de errarse porque era tuerto de un ojo el agresor : prendiéronle : y puesto en quëstion de tormento confesó su delito ; y fué condenado al fuego , y el delator premiado. Desde esta ocasion dobló el Rey las guardias de su persona , y rara vez se desnudó las armas. En otra ocasion tuvo aviso de que se guardase de dos Moros que vendrian á pedirle su amparo fingiendo venir fugitivos de la ciudad : porque iban resueltos á darle la muerte. Echáronles la mano las guardias del Rey ántes que llegasen á su tienda ; y convencidos de su delito , les cortáron las cabezas , y puestas en unos trabucos las echáron dentro de Algecira : despiciéronse los Moros cortándoselas á los Christianos cautivos y arrojándolas á nuestro ejército.

Casi once meses habia pasado el Rey sobre el cerco de Algecira, quando acabáron de llegar todos los Ricos-Hombres, Concejos y Prelados de sus Reynos : y poco despues de ellos el Rey de Navarra, con doscientos Caballeros de lo mejor de su Reyno, que le vino á ayudar en aquella conquista; y Don Gaston, Conde de Fox y Señor de Bearne: con que le sobró gente para apretar el cordon así por mar como por tierra con tanto apremio, que con dificultad podia salir quien diese nuevas del aprieto en que se hallaban; con que humillados sus orgullos, solo discurrían conciertos para rendirle al Rey la ciudad reservando las vidas.

Entre accidentes tan favorables le sobreviniéron al Rey otros no poco penosos (1). La muerte de Don Alonso Melendez de Guzman, Maestre de Santiago, fué el uno: sintióla con extremo el Rey, porque le amaba tanto como le estimaba; ambos afectos bien merecidos á su lealtad y á su valor: murió  
de

(1) Muerte del Maestre de Santiago: y los embrazos que se ofrecieron para elegir nuevo Maestre.

de enfermedad , pero en la campaña. Visitóle en ella el Rey muchas veces , diciéndoles á los médicos le asistiesen como á su persona misma : muerto , le mandó llevar al puerto de Santa María hasta donde le acompañó lo mas lucido del ejército. De este accidente se originó otro ; barajándose tanto los Comendadores Freyles de Santiago sobre el sucesor al Maestrazgo , que aun entrando el Rey de por medio no pudo componerlos : y porque ninguno de los pretendientes pudiese quedar quejoso , presumiéndose todos iguales , determinó el Rey se diese el Maestrazgo á su hijo Don Fadrique á quien no podian dexar de reconocer superior. Aplaudiéron todos el corte que habia dado el Rey , aunque todos los pretendientes se quedaban sin el premio : porque sin duda debe de hacer mas sangre al pundonor el que posea el competidor que no se aventaja el puesto , que el dolor de que á él le falte. Achaque es de la condicion humana sentir mas los bienes agenos que los males propios. Consiguió el Rey dispensacion de la Santidad de Clemente , por no tener la edad legitima Don Fadrique ; y nombró  
por

por  
llalo  
nos  
taba  
ban  
prin  
bien  
das  
poc  
por  
cons  
nos  
do  
halla  
su c  
dign  
de  
de  
dosa  
cimi  
prin  
que

(r)  
bios  
P

por su teniente á Fernan Rodriguez de Villalobos. El tercer accidente aun fué mas penoso y de peores conseqüencias ; porque estaba ya numeroso su ejército , y no bastaban para una semana los víveres que á los principios duraban un mes. Hallábanse tambien apurados los erarios Reales, y consumidas las rentas del año siguiente ; con que pocos dias de dilacion de llegar los víveres por falta de viento ocasionáron gravísimo desconsuelo en el ejército , que pasaba en algunos á despecho y desesperacion , reconociendo la falta de medios con que el Rey se hallaba (1). Atreviéronse algunos á decirle en su cara al Rey , era asunto horrible y no digno de alabanza arriesgar toda la nobleza de Castilla y Leon por el logro contingente de apoderarse de una ciudad : otros, valiéndose de Ruy Pabon que tenia mucho conocimiento con el Rey de Granada y con sus principales Ministros por haberles hecho creer que estaba enemistado con el Rey Don Alonso,

(1) Faltan los víveres al ejército : y los disturbios que causó esta falta.

so, le persuadiéron que escribiese al Rey de Granada manifestándole no disgustaria el Rey Don Alonso de hacer con él treguas. Aunque la carta no iba firmada del Rey Don Alonso ni declaradamente en nombre suyo, como le hablaban con cláusulas al gusto, respondió que consultaria la materia con sus Consejeros; y que esperaba no desdeñaria el tratado de las paces.

El descontento de los soldados, y las causas tan urgentes que le ocasionaban, eran fuertes estímulos que traspasaban el corazón del Rey; sin que dexase de intentar medio para conseguir la plaza: en que juzgaba consistia la quietud de sus Reynos y la seguridad de mantenerlos en la verdadera religion. Dió orden para que se labrase en Sevilla moneda que no fuese de toda ley, ofreciendo el resarcirla de sus rentas acabado el frangente de aquella guerra; y para este fin envió toda su plata labrada y alargó las joyas mas preciosas de su recámara. Opusiéronse á esta determinacion los Ministros principales del Rey, y los Ricos-Hombres que le asistian, experimentados en los graves daños (y las

mas

mas veces irreparables) que ocasionan semejantes mudanzas : diéron el consejo y el remedio , contribuyéndole al Rey sus joyas y plata para que fuese la moneda de toda ley. Fué tambien considerable alivio en estos ahogos el socorro de cincuenta mil doblas que le envió el Rey de Francia con Don Gil de Albornoz , Arzobispo de Toledo ; diciéndole que envidioso de tener parte en conquista tan favorable á la religion le enviaba aquel donativo , pesaroso de que las guerras con Inglaterra le embarazasen el asistirle con su persona y vasallos (1). Juan Martinez de Leyva habia ido con legacia al Papa : consiguió veinte mil florines de empréstito. Las ciudades de la Andalucía asistieron con gruesos donativos ; con que respiró el Rey y todo el ejército , con haber llegado quatro navíos cargados de víveres , y otros con municiones é ingenios : con que mudáron las cosas de semblante , y el Rey entró en esperanzas de apoderarse presto de la ciudad. Infundió tambien mucho aliento en los Castellanos,

é

(1) Cómo socorrió Dios al Rey en estos ahogos.

é inflamó mas los espíritus belicosos del Rey, el haber llegado aquellos dias á su ejército el Conde de Arbid y el Conde de Voluzber, de la primera nobleza de Inglaterra, con mucho séquito de Caballeros Ingleses: recibíolos el Rey con la estimacion que merecian sus personas. Manifestáron, quando les dió audiencia, era hacer la causa de Dios y batallar por su gloria el primer motivo que los habia obligado á dexar sus tierras: el segundo, ver y comunicar á un Rey tan celebrado de la fama en el teatro universal del mundo, no solo por sus gloriosas hazañas, sino por los motivos desinteresados de sus empresas; tomando para sí las fatigas, y consagrando á la fe y á la religion los trofeos de sus victorias. Con los mismos intentos viniéron otros Señores de Francia, de Aragon y de la Gascuña; entre los quales se hicieron mas lugar Don Gaston de Bearne, Conde de Fox, y su hermano Roguer Bernal, Vizconde de Castilbon: estos y los demas Señores extrangeros servian en el ejército á expensas propias; sacrificando sus haciendas y mayorazgos al obsequio de la Iglesia cató-

li.



lica , hollando las cervices de sus mayores adversarios.

Estaban en su mayor pujanza los Reales del Rey Don Alonso ; surtidos de viandas y de regalos ; y tan acomodadas las posadas y tiendas de la campaña , que formaban una ciudad muy numerosa (1). A este tiempo llegaron los Embaxadores del Rey de Granada, con poderes para ajustar treguas por espacio de catorce años ; en que pagaria el tributo de las doce mil doblas cada año y le reconoceria vasallage como ántes , con calidad que alzase el sitio de Algecira. Ya habia tenido noticias el Rey , de la carta que habia escrito Ruy Pabon sin órden suya al Rey de Granada : pero importaba llevar adelante aquella resolucion , aunque no fué suya , para tenerle suspenso al Rey de Granada con la esperanza de los ajustes , y embarazarle los socorros que podia enviar á Algecira. Oyó á los Embaxadores con alegre semblante ; y respondió consultaria con sus Ricos-Hombres el punto que

(1) Llegan al Real Embaxadores del Rey de Granada pidiendo treguas y ofreciendo tributo y vasallage.

que le proponian , ofreciendo darles con brevedad la respuesta. Mandó á algunos criados principales de su familia los acompañasen, mostrándoles la disposicion y planta de sus Reales. Admiráron los bárbaros entre las descomodidades de guerra tan viva y sangrienta la abundancia de víveres y de regalos , y entre los desórdenes confusos que ella lleva de su cosecha tanta regularidad y tan pacífica. No extrañáron ménos la riqueza de las tiendas de los extranjeros ; ni el ver , al uso de su patria , pendientes de las picas los morriones en diferentes formas de leones ; de osos ; tigres ; raposas ; águilas ; y de otras fieras y aves , en sus aspectos y garras , horribles. Mas admiracion les causó ver formada una calle mayor abundantísima de todas las mercaderías , galas y joyas que pudieran acreditar á una ciudad de opulenta. Enviólos á llamar el Rey el dia siguiente : y para conseguir de su Rey las largas que solamente deseaba , les propuso dos condiciones para los ajustes porque las juzgó imposibles. Fué la una , que si queria su amistad rompiese con Albohacen ; la otra , que fuera de las doce mil doblas de

cada un año , le diesen de pronto todos los gastos que habia hecho en mas de quinze meses de sitio : que por entónces no podia responder otra cosa. Partiéron los Embaxadores; y dió órden el Rey , de que al mismo tiempo por ocho partes combatiesen toda la ciudad : fuéron tantos y tan recios los combates de aquel dia , y tantos los muertos y heridos de los sitiados , que el dia siguiente asestáron los ingenios á las dos torres mayores y arruináron gran parte de ellas sin resistencia. No ponía menos cuidado el Rey en la mar , entrándose con el secreto de la noche encubierto en algun batelillo humilde , velando sobre sus centinelas : alguna noche le reconocieron sus mismos soldados ; é importó para que , sospechándole vigilante en todas , en ninguna durmiesen.

No ignoraba Albohacen el aprieto en que se hallaban los de Algecira , ni que el Rey de Granada habia desistido de poder introducir por tierra el socorro juzgando imposible la empresa ; y así procuró juntar gruesa armada en Ceuta y venir en persona á introducir el socorro. Estando ya para hacerse

á la vela , tuvo noticia de que el Príncipe Abdorramen , su hijo mayor , se habia alzado con el Reyno de Marruecos (1). Era ésta la segunda sublevacion que habia intentado Abdorramen , impaciente de que le durase tanto á su padre la vida. No sintió menos Albohacen el tiempo en que executó su hijo este atrevimiento , que la rebelion misma : porque le impedia el poder socorrer á Algecira ; en que le iba la reputacion y el despique de los agravios que padeció sobre Tarifa. Resolvióse á quitarle la vida á su hijo, pareciéndole no admitian cura mas blanda las altiveces de su espíritu. Dió cuenta de su determinacion á Hascar , Alguacil mayor suyo y muy de su confianza. Aprobó Hascar la resolucion del Rey : porque si volvia á Marruecos las espaldas para socorrer á Algecira, le daba tiempo á su hijo para fortalecerse y llevar adelante la rebelion : si desamparaba la empresa de Algecira volviendo contra su hijo las armas , temia se entregasen los sitiados

(1) Intenta el Rey de Marruecos pasar al socorro de Algecira : y la causa que se lo embarazó.

dos habiendo ya desesperado el Rey de Granada de poder socorrerlos ; con que le pareció el mas seguro compendio quitarle la vida á su hijo : el modo discurrió Hascar ; y fué en esta forma. Entró en Marruecos : pidióle al Príncipe audiencia ; y en ella le dixo de parte de su padre , no admiraba el que en años tan adultos sintiese el verse sin poder y mando : que su deseo era dividir con él el cetro : que eligiese la provincia de que quisiese intitularse Rey ; que desde luego se la cederia su padre. Era Hascar hombre de ingenio astuto y que sabia colorir tan al vivo los fingimientos , que les daba bulto y apariencia de verdades. Creyó Abdorramen la propuesta , y admitió gustoso el concierto ; y para obligar mas á su padre al cumplimiento , le envió las compañías que le asistian para que pasasen con él á Algecira. Viéndole ya Hascar desarmado , ó en su mismo palacio como quieren unos , ó en la casa del mismo Hascar (adonde cautelosamente le conduxo) los soldados que tenia ocultos le cortaron la cabeza y desaparecieron su cadáver. Volvióse Hascar á Ceuta : dióle al Rey noti-

ticia de la muerte del Príncipe : agradecióle mucho la execucion ; y considerándose ya libre de ese embarazo , dió calor á sus Almirantes para que aprestasen las armadas y se encaminasen á Algecira. El haber sido tan oculta la muerte del Príncipe ocasionó nuevo embarazo á los intentos de Albohacen: porque un Moro ( que quizas habia sido cómplice en la muerte de Abdorramen y sabidor del cuidado con que se habia ocultado su cuerpo ) fingió ser él el Príncipe difunto: ganó algunos confidentes que ayudasen á llevar adelante su embuste : traia con una toca cubierto el rostro , sin descubrir mas que los ojos y boca. Corrió la voz de que vivia el Príncipe ; y el vulgo , crédulo siempre á las novedades y mas de las mas fabulosas , mas se persuadió á creer mentira tan mal aliñada. En breve tiempo se le agregáron muchas gentes al Príncipe embozado ; que así le llamaban los Moros : insistió en la pretension del Príncipe difunto , llamándose Rey de Marruecos : y aunque no tuvo en la ciudad entrada ; pero por la industria de los que le ayudáron á urdir esta trama tenia en ella muchos

chos aficionados. Llegó al Rey Albohacen la noticia ántes de partir de Ceuta: reconvinole á Hascar como falsario en la relacion que le habia hecho de haber degollado al Príncipe: Hascar se ratificó en el informe que le habia hecho; y desengañado el Rey, formó quatro esquadrones de los soldados que tenia en tierra, y de muchos que sacó de sus navíos: sitiáron al fingido Príncipe en un monte, dos leguas distante de Marruecos: no pudiendo defenderse se dió á prision, y el Rey le mandó cortar la cabeza; con que se libró el Rey de este susto. Volvió á Ceuta; donde recibió cartas del Rey de Granada, en que le hacia saber tenia en buen estado los ajustes con el Rey de Castilla para que alzase el sitio y firmase treguas con ambos: pero que era tan excesiva la cantidad que pedia de doblas, que no se atrevia, sin conferir á boca con él los plazos y la parte que él podria contribuir, á concedérsela: que para esto habia conseguido ya pasaporte del Rey Don Alonso: que le aguardase en Ceuta, donde se verian el dia siguiente. Llegó el Rey de Granada á Ceuta: manifestóle al  
Rey

Rey Albohacen las noticias que como testigos de vista le habian dado sus Embaxadores de quán surtidos estaban los Reales del Rey Don Alonso, no solo de los mantenimientos necesarios, sino de todos regalos para las delicias: que no solo militaban en su ejército Leoneses, Castellanos y Andaluces, sino los que se le habian agregado de Alemania, Inglaterra, Francia, Aragon y la Gasuña; Caballeros de gran sangre y de muchas experiencias en la milicia: que se habian arimado ya tanto á la ciudad y levantado tantos castillos de madera en todo su contorno, de mayor altura que sus muros, que no disparaban pieza ni jugaban ninguno de sus ingenios militares sin estrago de los moradores ó de los edificios: que de los treinta mil hombres que estaban dentro de la ciudad quando empezó el sitio, no habian quedado cinco mil capaces de tomar armas (1); porque los que no habian muerto en las refriegas y en la epidemia que corrió por espacio de algunos meses estaban tan maltratados,

ya

(1) El estado en que se hallaban los sitiados.



ya con las muchas heridas, ya con las dolencias, y tan desalentados con la falta de víveres, que servian mas de embarazo que de defensa: y añadió, que aunque estos males pudiesen tener esperanza de algun ligero alivio introduciendo una ú otra vez gente y víveres por el mar en algunos sambequines ó saetías que por pequeñas pudiesen esconderse al registro de las centinelas; pero que eso solo serviria de dilatar la muerte, no de huir-la. Solo quedaba un remedio: que era pelear de poder á poder las dos armadas; en que se reconocia tambien gran peligro: porque estaba la armada del Rey de Castilla muy ventajosa, habiéndose agregado á los doce navíos y veinte galeras de Castilla catorce galeras de Génova, diez de Portugal, y veinte de Aragon; en que habia marineros y soldados tan expertos, que habian visto muy á su costa que diez galeras solas habian por dos veces desbaratado treinta de los Africanos: con que no menos se hacian incontrastables por el mar, que lo estaban por la tierra. El ver tan baxa nuestra fortuna, y tan superior la de del Rey Don Alonso, me violentó á

pe-

pedirle treguas; pareciéndome ser Algecira joya tan preciosa en la corona de los Moros, que se debia abandonar qualquiera precio por redimirla. Doscientas mil doblas son las que pide el Rey Don Alonso para satisfacerse de los gastos que le ha causado el sitio. No extrañé lo quantioso de la peticion; constándome haber ofrecido V. A. á Don Egidio Bocanegra, Almirante de las galeras de Génova que milita á favor del Rey Don Alonso, toda la cantidad de doblas á que se alargase su deseo, porque desembarazase el estrecho y se volviese con sus galeras á Génova. Pues sin mejorar, un paso para no perder á Algecira se compraba tan caro; el todo de libertarla de la opresion que padece, de balde nos le da quien pone coto y número aunque tan excesivo: pues V. A. no se le puso al Almirante, siendo una parte pequeña de libertad la que compraba.

Mucho sintió el Rey Albohacen el que fuese la relacion del Rey de Granada tan verdadera como infeliz; en que veia desbaratadas las ideas que habia fabricado su fantasía en desagravio de la muerte de su es-

po-

posa y de sus hijos quando intentó asaltar á Tarifa: pero , bien que á despecho suyo, contribuyó de pronto las cien mil doblas y ofreció las otras cien mil á plazos ciertos, y señaló catorce años para término de las treguas ; con que el Rey de Granada dió la vuelta con toda diligencia, deseando tener vistas con el Rey de Castilla. Lograron los émulos de Don Egidio que llegase á oídos del Rey la voz que esparciéron, de que quería apresar la galera del Rey de Granada y trasponerla á Génova su patria (1). Aunque no hizo el Rey estimacion de esta calumnia, por contarle de boca de los enemigos habia estado en su mano mayor cantidad de doblas porque les dexase libre el paso del mar y que las despreció su lealtad estimando mas que el oro la fama de su reputacion ; sin embargo , por no dexar ofendidos con el desprecio á los que le habian dado el aviso , se determinó á entrar con Don Egidio en su Almiranta , y buscó colores pa-  
ra

(1) Las malas voces que se divulgáron contra el crédito del Almirante Don Egidio.

ra llamar á ella á tres sobrinos suyos de quien no tenia la seguridad que del Almirante: y aun no bastó esta diligencia; porque era sabidor de esta faccion otro sobrino que era patron de una galera. Este salió de traves á la del Rey de Granada; y aferrándose con ella, intentó entrarla á todo rompimiento: pero halló tanta resistencia, que no pudo lograr su intento. Venian tendidas las velas de la galera del Rey de Granada y el viento que le daba de popa era tan recio, que llegaron ambas galeras á tocar en las costas de Gibraltar; con que temiendo el Genoves no menos caer en las manos del Rey de Castilla que en las de los Moros, desaferró su galera y aportó á Génova. Luego que desembarcó el Rey de Granada en Gibraltar, escribió una carta muy sangrienta al de Castilla quejándose del trato doble que se habia usado con él. Conoció el Rey Don Alonso, que aunque no era verdadera la causa, tenia grandes fundamentos su enojo. Respondióle que aquel trato doble, mas habia sido contra el decoro suyo exponiendo á opiniones la fe de su palabra, que contra él mismo:

mo : que tuviese por cierto , no perdonaria diligencia hasta poner á sus pies la cabeza del desleal facinoroso : y que tuviese tambien entendido , no le daba esta satisfaccion por deseo que tuviese de su amistad , sino por lo que se debia á sí mismo , y por desagrarar su propia fe ofendida. Este accidente le aprovechó al Rey Don Alonso para quedar mas libre de toda obligacion á las treguas : aunque nunca habia sido su ánimo efectuarlas , sino entretener á los enemigos , para que descurriendo de introducir socorros en Algecira se rindiesen á la hambre los sitiados.

Luego que tuvo Albohacen noticia del suceso del Rey de Granada , dió orden á sus Almirantes , que caminasen con sus flotas á ponerse á vista de Algecira ; despejando el mar , para que pudiesen entrar algunos navíos á Algecira cargados de todas viualas. No quiso exponer su persona á otra contingencia como la que tuvo sobre Tarifa ; y envió un hijo suyo por General de toda la armada , con orden de que pelease con la del Rey de Castilla si fuese necesario para

introducir el socorro. La necesidad grande en que se hallaba el Rey Don Alonso del Almirante Don Egidio (1) le obligó á disimular con él, no dándose por entendido de que habia sido disposicion de su sobrino el haber contravenido á su orden espiondo al Rey de Granada: hizole algunos presentes, mostrando mas confianza de él que hasta entón- ces. Junto con las galeras de guerra salió de Ceuta una cargada de harina, higos, miel y manteca, para entrar socorro á los sitiados: túvose por suceso milagroso el modo con que embarazó Dios el que lograsen su deseo los bárbaros (2). Habia en una de las Almirantas de los Moros un mozo Christiano cautivo: alcanzó á oír la conferencia que tuviéron los Moros, y la resolucion de arrimarse con ella á Algecira valiéndose de la obscuridad de la noche y del viento Levante que les era propicio: enterado de su desig- nio, se retiró de ellos; y saltando en un

pe-

(1) Prudencia del Rey en lances singulares.

(2) Suceso raro con que se embarazó el que entrase socorro en Algecira.

pequeño batelillo , con solos dos remos se echó al mar. Aunque no le sintieron los Moros quando hizo la fuga ; echándolo poco despues menos , alargaron la vista : y reconociendo el barco en que iba fugitivo , le siguiéron á vela y remo. Vió tambien el cautivo que le venian al alcance , y puso mas diligencia en remar para escapar la vida : pero en el mayor aprieto se le quebró el un remo ; con que juzgó cierta su prision y su muerte : pero el peligro (que ordinariamente embaraza los discursos) á él le hizo ingeniar-se para escapar del riesgo. Extendió los pies á los dos costados de la barca ; y quitándose una jaquetilla , tomó las dos puntas y fué extendiendo los brazos en la forma que los pies , y el viento sopló tan de recio , que no pudo darle caza el batel que venia en su alcance. Llegó cerca del estrecho ; donde estaban dos galeras de la flota del Rey de Castilla haciendo guardia y siendo centinelas para dar aviso de los movimientos que hacia la armada del Rey de Granada : dió voces que le socorriesen , diciendo que era Christiano:

acogiéronle en su galera , y dióles noticia de que llegaría presto la galera que enviaba el Rey de Granada para socorro de los sitiados de Algecira ; con que se previniéron para apresarla. Una hora despues viéron la galera : y aunque se diéron toda diligencia á atravesarse y embarazarle el curso , el viento que traía era tan recio y tan favorable , que se les fué de entre las manos. Alzáron sin embargo las velas para seguirla : y á poco espacio rompió el viento los dos mástiles de la galera de los Moros ; con que la diéron alcance , y sin valerles la resistencia la apresáron. No refiero este suceso por milagro como los cronistas de aquel siglo : por singular y cariñosa providencia de Dios sí ; que sabe sin alterar el curso de las cosas naturales favorecer á los que le sirven , dexando burladas las fuerzas de sus contrarios.

Aunque hicieron varias puntas las esquadras de galeras del Rey de Granada y de Albohacen , poniendo las proas ácia Algecira y amagando otras veces á afrontar con nuestra flota que guardaba el estrecho , siempre



se quedáron á la mira sin atreverse á pelear. Aportó el grueso de la armada de Albohacen á Gibraltar, con intento de desembarcar gente por el rio Palmones ácia la parte en que estaba atrincherado el ejército del Rey de Granada, para hacer por la tierra la guerra que no habian osado á acometer por el mar (1). En pocas horas volvió la vigilancia del Rey Don Alonso las fuerzas de la mar á la tierra: y dexando formado el cordon para que no pudiesen salir los sitiados ni entrarles de fuera socorro, dió orden de que los combatiesen con los ingenios; para que reconociesen que, no bastándose á sí mismos, podrian mal salir á dar ayuda á sus compañeros. Dividió despues en cinco tropas el residuo de su ejército: puso dos al vado del rio de los Palmones, adonde encaminaban las marchas los soldados del Rey de Granada; otra en una ensenada por donde entra en el mar este rio; la otra en medio de estas dos, para que estuviese pronta al socor-

ro

(1) La vigilancia del Rey para que no se mejorase la armada enemiga.

ro donde llamase la necesidad ; el otro trozo , menor en número pero todo de gente escogida , reservó para guardia de su persona. Dió orden el Infante , hijo del Rey Albohacen , que saltase en tierra la gente de treinta galeras ; con que alentados los soldados del Rey de Granada , se arrojaron briosos al vado : dexáronlos pasar libremente los Castellanos que estaban retirados á alguna distancia ; y no teniendo ya fácil la surtida , se avanzaron á ellos con gran denuedo : no peleáron con desigual valor los Moros ; con que estuvo dudosa algun tiempo la victoria. Arrojáronse al vado para favorecerlos los esquadrones que gobernaba Hascar : ántes que llegasen á tierra , estaba sobre ellos Fernan Rodriguez de Villalobos , teniente de Maestre de Santiago por Don Fadrique , con el esquadron lucido de su Orden ; con que les embarazó el unirse á sus tropas , y consiguió el que las otras dos de Castellanos que estaban empeñadas en la refriega los pusiesen en huida. No pudieron tener recurso al vado , por tenerle ocupado Don Fernando de Villa-

Villalobos; procuráron ampararse en las cimas de algunos collados: pero no les valió por sagrado su eminencia. Allí los siguió el esquadron que llevaba consigo el Rey, y el que gobernaba Don Alonso de Albuquerque; con que de tres mil Moros que pasáron el vado contra los Castellanos, fuéron contados los que quedáron con vida. No contentos los Castellanos con tan honroso triunfo, pasáron ellos el vado de Palmones acaudillados de Fernan de Villalobos, en busca de los enemigos. No emprendiéron con órden del Rey temeridad tan honrosa: pero viéndolos ya dentro del empeño, envió otros dos esquadrones que los socorriesen, quedándose él al vado con pocas gentes de su guardia. Bastó el asombro que les causó á los bárbaros esta determinacion arrojada, para que saltasen en sus galeras; cuidando los soldados de Albohacen solo de librar al Infante: y los soldados del Rey de Granada, con no menor miedo, se volviéron á sus tiendas pasando el rio Guadiarro. No se movió el Rey de aquel lugar hasta que estuviéron de vuelta todas

sus gentes , que seria entre diez y once de la noche ; habiéndose pasado todo aquel dia ( que fué víspera de Santa Lucía ) sin comer, en obsequio de la gloriosa vírgen : ¡ raro exemplo de tolerancia y devocion entre los desahogos y licencias de la campaña ! Ultima desesperacion hubiera causado en los sitiados este descalabro , si no hubieran logrado, miéntras estaba divertido el Rey en la pelea por tierra , el que les hubiesen socorrido desde Ceuta con algunos víveres y municiones de que necesitaban en extremo , por haber muchos dias que se sustentaban con higos y manteca ; alcanzando á pocos de los principales cabos el pan por onzas. Persuadióse el Rey que habia de dar algunas largas el sitio , miéntras no cerrase el mar con la apertura que los tenia oprimidos por tierra : solo su teson y su industria pudieran conseguir empresa tan ardua (1). Habia en el sitio número grande de toneles , de excesiva grandeza , que puestos sobre las trincheras que habian fabri-

(1) Astucia con que el Rey hizo cerrar el sitio por la mar.

cado los Castellanos , llenos de tierra y piedras servian de parapeto con que se defendian de las balas y de las saetas que les disparaban desde Algecira : hizo que los conduxesen al mar por la parte que mira Algecira á Almería : formó con ellos dentro del agua un medio círculo , á treinta pasos de distancia uno de otro : este espacio estaba defendido con vigas , cabezadas de hierro y cadenas , que componian el medio círculo ; con que impedian el paso aun á los menores sambequines de los Moros. Perfeccionada esta línea , tuvo noticia el Rey Don Alonso de sus espías , que un Moro , llamado Muza , tan diestro en la marinería como alentado y amante de su Rey Albohacen , habiendo blasonado de que los diez y seis meses que habia durado el sitio habia entrado socorro en Algecira con quatro pequeños baxeles sin que lo hubiese podido estorbar toda la armada del Rey de Castilla , se habia vuelto á Ceuta con los víveres y díchole al Rey Albohacen , que eran ya todas sus industrias inútiles contra las prevenciones del Rey Don Alonso : que si

valiese algo su parecer , le aconsejara guardase las vidas de tan nobles vasallos como tenia en Algecira , ya que habia querido la fortuna que no pudiese guardar la ciudad. Del mismo parecer fuéron los Ministros que le asistian al Rey ; como interesados en las vidas de sus hermanos , parientes y amigos, que era forzoso perdiesen las vidas si el Rey entrase á la ciudad por fuerza. Mucho hicieron blandear al Rey estas razones ; y el desmayo con que le escribió el Rey de Granada acabó de vencerle. Resolvióse á que entregasen al Rey la ciudad , con dos condiciones : una, que perdonase á todos los de la ciudad las vidas ; otra , que firmase treguas con los dos Reyes Moros por quince años ; y que el Rey de Granada le rendiria como ántes vasallage, y le contribuiria las doce mil doblas en cada un año. Con este ajuste vino al Rey Don Alonso Azan Algarafe , valido del Rey de Granada , y otros dos Moros de Marruecos de la sangre Real de Albohacén. Llevaban mal algunos del ejército , que el Rey firmase aquellos conciertos ; sino que entrase á la  
ciu-

ciudad  
ate  
Rey  
dad  
cias  
vive  
Alm  
esqu  
volv  
ya  
con  
lueg  
redu  
pret  
Vié  
la e  
dos  
mil  
gárc  
Alc  
amp  
vab

(1

ciudad á fuego y sangre : los mas cuerdos, atendiendo á los sumos gastos que hacia el Rey ; á quán quebrantados estaban los soldados en sitio tan prolixo ; á las contingencias de un mal temporal que embarazase los víveres ; á las instancias que hacian los Vice-Almirantes de Aragon para volverse con sus esquadras , y los Caballeros Ingleses para volverse á sus tierras por haberse cumplido ya el plazo de las treguas que tenia su Rey con el de Francia , sintieron debia el Rey luego luego firmar los tratados. Así lo efectuó, reduciendo solo á diez años las treguas que pretendia Albohacen se dilatasen á quince (1). Viérnes , á veinte y seis de Marzo , año de la era de Cesar de mil trescientos ochenta y dos y del nacimiento de Christo B. N. de mil trescientos quarenta y quatro , le entregáron las llaves de ambas villas al Rey Don Alonso. El Sábado á veinte y siete las desampararon los Moros , con pasaporte que llevaban del Rey hasta Gibraltar : ese dia tremo-

(1) Entrega de Algecira á los Christianos,

moláron las banderas del Rey Don Alonso y de su hijo el Príncipe Don Pedro en las torres mayores de las villas ; y colgáron en las almenas las de sus hijos Don Enrique, Don Fadrique, Don Tello y Don Juan : y tambien los pendones de los Prelados, Ricos-Hombres y Concejos que asistiéron á la conquista. El Domingo siguiente , que lo fué de Ramos , entró el Rey en la ciudad : y habiendo purificado de los ascos de la secta Mahometana , de sus impuros ritos y sacrificios la mezquita mayor de los Moros , la puso por nombre el Rey Santa María de la Palma. Dixo aquel dia misa en ella Don Gil de Albornoz , Arzobispo de Toledo , bendiciendo primero los ramos y palmas con que se celebró aquel triunfo ; rindiéndole á Dios y á su santísima madre la palma : que solo con su proteccion pudiéron vencer tantos montes de dificultades , en la prolixidad de un sitio que duró diez y nueve meses y veinte y tres dias. Aquel dia se quedó el Rey á comer en el Alcázar ; los Prelados y Ricos-Hombres se fuéron á sus tiendas. Usando del  
be-



beneficio de las treguas , viniéron á visitar al Rey los mas principales Caballeros Moros: deseosos ( como decian ellos ) de ver á un Rey soldado ; á un Rey que solo tenia de Rey el serlo ; Rey compañero ; amigo , sin ningun accidente ofensivo de la magestad ; coronado de sus hazañas , no de sus insignias ; que enseñaba á pelear peleando ; que hacia suaves las fatigas ajenas con sus fatigas. Deseó el Rey ver á un hijo del Príncipe Abomileque y nieto de Albohacen , que era uno de los que habian salido de la ciudad de Algecira : conociéron los Moros que era á fin de agasajarle ; y el ayo que le criaba se valió de ese mismo motivo para no consentirlo : parecióle generosidad hipócrita el dar quatro dices á quien le estaba quitando una ciudad que le dió á su padre el título de Rey , y que tenia ánimo de no dexarle tierras á Albohacen en que pudiese heredarle su abuelo. Vió de parecer contrario á los demas Caballeros Moros ; y poniéndole á sus expensas en una barca , le llevó á Gibraltar.

De los que murieron en el tiempo que  
du-

duró este sitio sirviendo al Rey Don Alonso hacen largo catálogo las crónicas antiguas de aquel siglo ; los principales fuéron los siguientes : muriéron peleando el Conde de Lons, Caballero Aleman ; Juan Niño , de la casa del Rey ; Nuño Hernandez Carrillo y Gomez Carrillo su hermano ; Gutierre Diaz de Sandoval y Lope de Villagran , ambos vasallos de Don Juan Nuñez ; Ruy Sanchez de Rojas, Maestre de Santiago ; Don Beltran Duque, Mallorquin ; Diego Alfonso Tamayo , vasallo del Infante Don Juan Manuel ; los Caballeros Ingleses , vasallos del Conde Arbid ; Pedro Alvarez Nieto ; Don Rodrigo Alvarez de Asturias ; Don Nuño Chamizo , Maestre de Alcántara ; Fernan Gonzalez , Señor de Aguilar, hermano de Don Gonzalo ; Diego Bravo, Montero mayor del Rey : estos son los que muriéron en guerra viva. De dolencias muriéron el Maestre de Santiago Don Alonso Melendez de Guzman ; Juan Arias de Altero , Portugues ; Don Gonzalo , Señor de Aguilar , de Montilla , de Monturque y de Castilanduzar ; Pedro Fernandez de Castro,

Ma-

Mayordomo mayor del Rey y Adelantado mayor de la frontera, y Pertiguero mayor en tierra de Santiago; el Rey Don Felipe de Navarra.

Con esta victoria, y las treguas con los Reyes Moros, descansaron algunos años los Reynos de Leon y Castilla; y no menos floreció en ellos la paz por la vigilancia del Rey en la administracion de la justicia, que la abundancia por haber alzado las gabelas y nuevos impuestos con que le obligó la necesidad á agravar á sus vasallos el tiempo que duraban las guerras: exemplo digno de notarse, por ser lo frecuente el que pasen á hacer los Reyes herencia de lo que para un lance y por una vez les concedió la obediencia y lealtad de los vasallos. Digo que descansaba el Reyno; pero no el Rey: porque aun le duraba el desabrimento de haberse perdido en su tiempo Gibraltar; siendo en su pundonor el estímulo de esta pérdida mas poderoso para el sentimiento, que para la complacencia tantas ciudades y castillos como les habia quitado á los Moros, y  
triu-

triumfos tan gloriosos como los que habia tenido contra sus armas (1). Logró la ocasion al quinto año despues de la toma de Algecira para romper las treguas con el Rey de Granada y Albohacen , por haber hecho algunas invasiones los Moros de Ronda y Marvella , vasallos de Albohacen , contra los lugares de la frontera de la Andalucía: y convocando todas sus gentes , se puso sobre Gibraltar el año de Christo B. N. de mil trescientos quarenta y nueve. Eran muy favorables las disensiones que tenian entre sí los Reyes Moros , á la pretension del Rey Don Alonso : porque el Rey de Granada, mal seguro de sus mismos vasallos , atendia mas á conservar su vida que á nuevas empresas fuera de su Reyno. Albohacen se habia menester todo y toda su potencia contra su hijo Abohcaen , que le habia quitado ya el Reyno de Fez : y estaba tan poderosa su faccion , que aspiraba al Reyno de Marruecos y á las demas provincias que señoreaba

su

(1) Motivo con que el Rey rompió las treguas con los Moros y puso sitio á Gibraltar.

su padre ; con que en pocos dias hizo grandes progresos el ejército del Rey , poniendo á los habitadores de Gibraltar en sumo apremio (1). Pero fué Dios servido , por sus juicios inexcrutables , de trabajar al ejército del Rey con el azote de una peste tan horrible , que morian de ciento en ciento los soldados. No desmayaba el magnánimo corazón del Rey á vista de un riesgo tan evidente: acudia á Dios , pidiéndole levantase la mano en castigo tan severo ; alegando el que volviese por su causa , pues mirando solo á su gloria y á afirmar las basas de la fe en España , habia hecho rostro á los enemigos de la Religion y expuesto tantas veces su vida á los tiros , á las asechanzas , á las injurias de los tiempos : imposibles de evitar ni de prevenir en los acontecimientos de la guerra. Volvióse luego á sus soldados , animándolos con christiana eloqüencia : proponiales el empleo glorioso de su vida , si muriesen en aquella demanda : que era linage de martirio

el

(1) Peste en el ejército Christiano : y la constancia del Rey en mantenerse en el sitio.

el morir con la espada en la mano , quando la desnudaba el zelo de mantener la fe , no la venganza ni otros motivos de temporales intereses. Aunque los Prelados , Infantes y Ricos Hombres que le asistian con tanto cariño como lealtad llevaban mal el que perseverase el Rey despreciando una vida que importaba tanto , ninguno se atrevia , viéndole tan empeñado en morir en aquella demanda ó conseguirla , á disuadirle de su intento : pero determináronse á hablarle todos juntos , pareciéndoles cederia á la multitud la constancia del Rey. Juntáronse un dia en la tienda del Rey con su sobrino Don Fernando , hijo del Rey de Aragon y de Doña Leonor su hermana , Don Juan Nuñez de Lara , Señor de Vizcaya ; el Señor de Villena Don Fernando , hijo del Infante Don Juan Manuel ; Don Juan Alfonso de Alburquerque ; todos los Maestres de las Ordenes y los Prelados de sus Reynos : y tomando por todos la voz Don Gil , Arzobispo de Toledo , le habló en esta forma (1).

Se-

(1) Instancia que hicieron los Ricos-Hombres para que alzase el Rey el sitio.

Señor: en los vasallos que tiene V. M. presentes y que han fiado sus sentimientos á mi voz, no los ha de oír V. M. á solos ellos y á mí, sino tambien los clamores de todos los vasallos de sus Reynos Católicos. Lloran ya la pérdida de su Rey; y la lloran con causa: porque el contagio es tan venenoso, que aun los que mas se resguardan no le evitan: pues ¿cómo podrá evitarle V. M. no pudiendo recabar de su pecho generoso como compasivo el no entrarse en medio de los dolientes para consolarlos con su presencia? Lloran ya perdido á su Rey; y en su pérdida lloran tambien la muerte de sus Reynos y la ruina de su disciplina militar: porque aquellos se mantienen con la justicia, y ésta con el exemplo del Príncipe. No pueden negarle á V. M. lo glorioso del asunto: pero aguardar la ocasion oportuna para lograrle, no es perder el mérito, sino acreditar la prudencia. Las operaciones que no van reguladas con ella, aunque mas se aliñen con los atavíos del zelo, siempre las mancha la nota de indiscretas y temerarias. Cada dia crece el incendio de la peste: morian á los principios

diez ó doce de los soldados que tenían por sus incomodidades poca defensa ; ha subido el número hasta ciento : y en la calidad no ha perdonado á los principales cabos , aunque defendidos con los pertrechos que caben en la cortedad de un sitio. Si Dios por su oculta providencia es el que nos hace la guerra : quién ha de querer batallar contra Dios ? Venerar los decretos de su voluntad , y aguardar con rendimiento el que aplacados sus enojos amanezca tiempo mas favorable , es religion ; es acierto ; y testimonio de la providencia con que se obra : pero hacer tesón de proseguir porque se empezó , es dar buenos dias á nuestros contrarios , y motivarles complacencias de que pelea Dios por su causa ; y es tambien disgustar al mismo Dios , aunque sea el pretexto volver por su gloria : porque quiere la obediencia , y no el sacrificio.

Sin duda consiguieran estas razones el triunfo que deseaban , de otro qualquiera corazon que no estuviese tan armado de los aceros de la constancia como el del Rey Don Alonso : pero no hicieron mella en él las puntas de discursos tan bien templados. Respondió con



con magnanimidad: que le hacia falta á la fe un Rey que pecase por nimio en el zelo de propagarla; y que él queria dexar á los Reyes de España este pecado (que juzgaba muy venial) en herencia. No puedo creer, decia, que no haya de ser Dios muy misericordioso en perdonar á quien por hacer su causa se desestimó tanto á sí mismo que se rozase en cruel. Lo que yo ruego á tantos religiosos Prelados como me asisten es, que me ayuden con sus sacrificios á aplacar los enojos de Dios; y á los Infantes, Ricos-Hombres y cabos de mi ejército, se esfuercen á persuadir al resto de mis soldados no desmayen en lo último de la carrera. Gibraltar fué donde puso el primer pie Muza, que fué la ruina de España: de mis conquistas ha de ser el fin el restituir á mis Reynos este principio, borrando el padron afrentoso que padeció la Monarquía Española; y mas que ella la Religion Christiana. Viendo al Rey tan firme en su determinacion, se volviéron todos á sus tiendas; y el Rey discurria por las de todos, con el mismo aliento y seguridad que si fuera incapaz de padecer el con-

ta-

tagio de que morian tantos. Quiso Dios premiar su religioso zelo anticipándole en lo mejor de sus años mejor corona por la que perdía en la tierra : fué tocado de la landre tan perniciosa y executiva , que solo dió tiempo para apresurar los remedios del alma (1). Murió en Viérnes santo , á veinte y seis de Marzo del año de mil trescientos y cincuenta. El dia y el año fuéron feliz pronóstico de su salvacion : el dia , por ser el en que Christo B. N. redimió con su sangre el mundo; ese murió el Rey Don Alonso , con ansias de que se lograra mas el mérito de aquesta sangre : el año cincuenta ; año de jubileo plenísimo : porque en la verdad ; si excedió el Rey en el zelo , fué pecado mas digno de indulgencia , que el de los que amantes de su vida rebozan su amor propio con la capa de la prudencia.

Aunque tanto ántes habian empezado á llorar sus vasallos la muerte del Rey , con la nueva de la execucion se anegáron en llanto todos sus Reynos : grandes fuéron las de-

(1) Muere el Rey de una landre en el sitio.

demostraciones de dolor y de sentimiento; pero menores que la causa. Perdiéron en Don Alonso un Rey padre todos sus vasallos: perdió en los tribunales su fuerza y vigor la justicia: perdió la Iglesia su mas acérrimo defensor: perdiéron los soldados amigo y compañero: perdió la Monarquía de España el diamante que tanta magestad dió á su corona: perdió á un Rey que mereció tener por panegirista á Benedicto, de feliz memoria; ensalzándole sobre todos los Reyes Católicos, y estimulándolos con su exemplo á hacer mas aprecio de ganar vasallos para Christo que de adelantar provincias á sus coronas.

El mismo dia que murió el Rey juráron los Ricos-Hombres y Prelados que se halláron en el sitio de Gibraltar por Rey de Leon y Castilla al Príncipe Don Pedro su hijo, que era entrado ya en diez y seis años, y empezó á reynar el mismo dia que murió su padre. Dexó ordenado el Rey Don Alonso en su testamento, que le diesen sepultura en Córdoba, en la capilla donde fué enterrado Don Fernando su padre: pero fué primero llevado á Sevilla, donde estuvo algunos meses  
en

en depósito. Acompañó su cuerpo hasta Sevilla toda la nobleza de España. Salióle á recibir su hijo Don Pedro, ya Rey, y su esposa Doña María, y asistiéron ambos en la Iglesia al funeral; en que los clamores de los vasallos confundieron las voces de la música funeral. Depositáronle despues en la Iglesia de Santa María, en la capilla de los Reyes: desde donde le trasladó su hijo el Rey Don Enrique á la capilla de Córdoba el año de Christo B. N. de mil trescientos sesenta y uno.







